





H

ANTOLOGÍA RELATA  
2015

Talleres Literarios

H



H

ANTOLOGÍA  
CUENTO Y POESÍA

Talleres Literarios

2015

Red de Escritura Creativa-RELATA

H

Selección, edición y presentación

Miguel Ángel Manrique

Antología Red de escritura creativa Relata 2015 / prologuista  
Miguel Ángel Manrique. -- Ibagué : Caza de Libros  
Editores, 2015.  
394 páginas ; 21 cm.  
ISBN 978-958-8919-41-6  
1. Cuentos colombianos - Colecciones 2. Poesía colombiana  
3. Arte de escribir 5. Escritura I. Manrique, Miguel Ángel, prologuista.  
Co863.o8 cd 21 ed.  
A1515923

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

# ANTOLOGÍA RELATA 2015

Red de Escritura Creativa-RELATA

Ministerio de Cultura

MINISTRA

Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA

María Claudia López

SECRETARIO GENERAL

Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES

Guiomar Acevedo Gómez

LITERATURA Y LIBRO - RELATA

Víctor Manuel Mejía

Diana Yanir Gutiérrez

Vanessa Morales Rodríguez

María Juliana Serrano Ochoa

John Fredy Güechá

Rubén Darío Sánchez

ISBN 978-958-8919-41-6

© Varios Autores

© Ministerio de Cultura,  
República de Colombia  
RELATA - Red de escritura creativa  
redrelata@mincultura.gov.co  
www.mincultura.gov.co

© Caza de Libros Editores - Fundaproempresa  
Primera edición: Noviembre de 2015,  
Ibagué

EDICIÓN Y DISEÑO EDITORIAL

Caza de Libros Editores  
Emilse Herrera Quevedo

EDICIÓN DE TEXTOS Y PRESENTACIÓN

Miguel Ángel Manrique

CONCEPTO GRÁFICO DE LA COLECCIÓN

Tangramagráfica

REVISIÓN DE PRUEBAS

Betuel Bonilla Rojas  
John Fredy Güechá

Distribución y ventas: Caza de Libros Editores

Calle 45A N° 19-26 B. Palermo. Bogotá - Cra. 7A N° 19-41 B. Interlaken. Ibagué, Colombia

www.cazadelibros.com / cazadelibros@gmail.com

Printed and made in Colombia / Impreso y hecho en Colombia por Caza de libros Editores

Prohibida, la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los editores y propietarios del copyright.



MINICULTURA



# ÍNDICE

## PRESENTACIÓN

OTROS RUMBOS DE LA LITERATURA COLOMBIANA Miguel Ángel Manrique	15
---	----

## CUENTO

### DIRECTORES

MARÍA DE LOS ESTEROS Eugenio de Jesús Gómez Borrero	23
--	----

### ASISTENTES

ACCIDENTE Guillermo José Mejía Barona	29
--	----

LOS GRADUADOS Sandra Inés Gómez Galindo	34
--	----

## MENCIONES DE HONOR

### DIRECTORES

LAS VITRINAS Norwell Calderón Rojas	45
--	----

## MENCIONES DE HONOR

### ASISTENTES

EL MIEDO, SU CÍRCULO Anderson Antonio Alarcón Plaza	55
--	----

## OTROS RELATOS

CAFÉS DE TINIEBLA Ronald Sarmiento Castellar	61
CUANDO MIRAS ATRÁS Patricia Lemus Guzmán	68
MATARON A MI LÍDER María Ana Elisa Franco Botero	73
DOS VASOS Y UNA BOTELLA DE AGUARDIENTE Josefina Quintero Murcia	81
LA DEUDA Juan David Hernández	84
EL SAPO ENCANTADO Jael Monroy Soto	86
MARY CARMEN Miladeh Esther Illidge Zableh	93
MEJOR LA SEGURIDAD Julio Santiago Cubillos Bernal	96
LA CASA Jair Alexánder Dorado Zúñiga	98
SIEMPRE TODA LA VIDA Ligia García de Barragán	102
MIS PRIMEROS ZAPATOS NUEVOS Nancy Ayala Tamayo	105



MIEDO	103
Juan José Andrade Guerra	
DIEZ MINUTOS	110
Marta Acosta Acosta	
ÁTLAS DE LA GUERRA	119
Diana Verónica Méndez Sánchez	
UN BUEN ZAPATO	121
Edison Mauricio Delgado	
LOS LENTES AZULES DE DALIA	123
Lina María Gómez Ramírez	
NI CUMPLEAÑOS, NI TORTA	127
Iliana Zuluaga Daraviña	
MENTES INFERIORES	132
Aida Yelisa Polo Ramírez	
UNA Balsa EN EL DESIERTO	134
Mauricio Lazo Castañeda	
EL DEL MOTILADO RETRO	139
Álvaro Andrés Pérez Martínez	
DOS JÓVENES AMANTES DE LIBROS	146
Auria Plaza Moreno	
ESCAPE HACIA EL ARMARIO NORMANDO	150
Carlos César Silva Araujo	
AHÍ	154
Jaineth Calderón Ortega	

EL PINO	158
Gloria Álvarez Arrieta	
TEDIO	164
Enrique Álvaro González	
POR DECISIÓN UNÁNIME	167
Aurora Elena Montes Rebollo	
PECADOS MILAGROSOS	172
Sandy Mileth Sierra Amaya	
LA MUJER DEL PARQUE	178
Robinson Tavera Villegas	
UNA VIDA SIN PASADO	184
Duffay Ríos Castaño	
A LA DERIVA	189
Libia Cantillo Vásquez	
ADIÓS, NEGRA MARÍA	194
John Taylor	
FLOR	196
Jorge Isaac Romero Polanco	
POESÍA	
DIRECTORES	
OBRA MÍNIMA	205
Raúl Henao Fajardo	

## ASISTENTES

ROSTROS EQUIVOCADOS Félix Molina Flórez	217
--	-----

## MENCIÓN DE HONOR

### ASISTENTES

CON EL OJO BAJO LA BOTA Alfonso Durán Rincón	229
---	-----

## OTROS POEMAS

LA ANTESALA DEL CAOS Jonny Fernando Carvajal Torres	243
--	-----

POEMAS Mayirled Puentes Barbosa	254
------------------------------------	-----

SI PUEDES, CON LAS ALAS Carmen Teresa Garcés Castro	261
--	-----

PENUMBRA Charol Saray Gualteros Bolaños	269
--	-----

MEANDROS Luis Felipe López Rebellón	275
--	-----

INSTRUCCIONES PARA AMAR Luis Eduardo Valencia	285
--	-----

EL PAYASO SOY YO Andreis Camero Bajaire	287
--	-----

MÚSICA DE AGUAS Fabiana Naranjo Urrea	297
--	-----

EL SILENCIO NO ES OLVIDO Ebelis Corzo Oñate	302
ESCRITURA SIN CRISTAL Sandra Victoria Suárez	307
SILENCIOS DE UNA SOLISTA Aurora del Carmen Cárdenas López	317
CINCO POEMAS Cecilia Urrutia Zorro	325
SIN NOMBRE Alan González Salazar	330
OTRA Michelle Alexandra Rincón Cardona	336
SABES Yineth Nova Guerrero	341
LA NOCHE HABITADA Raúl Ortíz Betancúr	342
DE LAS FORMAS DE LA MUERTE Johanna Marcela Roza	354
LUZ DE UN RECUERDO Andrés Mauricio Suárez	361
MOVIMIENTO EN DO Ana Rita Jordán	367
SOBRE LOS AUTORES	375

H  
PRESENTACIÓN  
H



# OTROS RUMBOS DE LA LITERATURA COLOMBIANA

Miguel Ángel Manrique

## H

Cuando uno habla de los contemporáneos, habla de las personas que lo acompañaron durante un trayecto de la vida, no necesariamente de la gente de la misma generación o que nació por la misma época, sino de las que independientemente de la edad o el oficio, influyeron o compartieron un mismo *ethos*, una visión del mundo, un diálogo o unas creencias. En el caso de la *Antología Relata 2015*, los escritores que participan en esta son contemporáneos los unos de los otros. Están cerca. Aunque no se conozcan, al menos todos ellos hacen parte de ésta compilación en este momento de sus vidas.

La publicación de este libro contribuye a sacar de los cajones los cuentos y poemas de los diversos autores que componen una parte de la literatura nacional, así esta no exista en términos absolutos, que hacen parte de los talleres literarios de Relata. También, por supuesto, invita a los lectores a padecer de insomnio ideal para afrontar su lectura.

Los cuentos y poemas de esta antología son parte del trabajo que han venido desarrollando, durante el último año, los

directores y asistentes de los talleres de escritura creativa del Ministerio de Cultura. La selección tiene que ver tanto con la calidad de los textos presentados, como con la representación literaria del país. Hay por eso relatos y versos escritos, por ejemplo, en Providencia, Pamplona y Arauca, así como en muchos otros municipios colombianos.

Sin embargo, la antología no es una visión exhaustiva de la literatura colombiana, que no existe como tal, sino más bien una visión anárquica y azarosa de piezas, autores y temas literarios que se producen tanto bajo la sombra de las palmeras como en el silencio de los apartamentos, motivados por las conversaciones y herramientas que se dan en cada uno de los talleres de escritura creativa, y bajo metodologías y enfoques diversos. En resumen, los textos aquí publicados son el resultado de diversas pasiones.

Por tanto, no tratan solo de literatura colombiana. Los escritores colombianos, como ya lo expresó alguien más, hacen lo que pueden con el lenguaje y la imaginación. Pero si de algo carece la literatura colombiana actual es de “alma nacional”. Ya no se define por lo romántico ni por lo telúrico ni por lo real maravilloso. Los escritores son de todas partes y de ninguna parte y no tienen inconveniente, como dice Jorge Volpi, “en viajar a otras tierras o en responder a otras tradiciones”.

Los cuentos de esta antología aunque son diferentes narrativa y literariamente, comparten una conciencia del espacio en que ocurre las historias, lo urbano o rural, y es a través de estos espacios como están organizados: desde lo más urbano, lo caótico, la violencia, la prostitución, la vida moderna y el robo en la gran ciudad, pasando por la vida pueblerina, hasta lo natural, el campo y el mar, la antología está pensada para mostrar un distanciamiento del ser humano de esas realidades, no solo en el espacio “físico” que compone la obra, sino en la relación del hombre con esos entornos.

El punto de quiebre entre lo urbano y lo rural está en la preocupación literaria por el ambiente y el reconocimiento en el lenguaje de que la naturaleza hace parte de la realidad del hombre. Ejemplos del trabajo narrativo en los cuentos son los puntos de vista con los que juega el narrador de “Accidente”,



de Guillermo José Mejía Barona, que crean una historia espectral y divertida. O la forma de narrar la vejez y el paso del tiempo en “Las vitrinas” de Norwell Calderón Rojas.

La poesía, por su parte, apunta en apariencia a destinos diferentes. Resalto la forma bíblica de capítulos y versículos de “Rostros equivocados”, poemas de Félix Molina-Flórez y la manera como Carmen Teresa Garcés Castro explora en lo femenino en “Si puedes, con las alas”. Es en esa multiplicidad donde hay sentido. Si bien no hay una línea definida como en los cuentos, la organización de los poemas pretende mostrar el movimiento ondular en las voces poéticas, no solo en la longitud de los versos y poemas, sino en lo diversos que resultan los estados anímicos de los poetas.

Como novedad, la antología publica cuentos y poemas de algunos directores de taller: “María de los Esteros” de Eugenio de Jesús Gómez Borrero, “Adiós, negra María” de John Taylor y “Las vitrinas” de Norwell Calderón. Y una selección de poemas de Raúl Henao Fajardo, quien en “Obra mínima” le canta a la amante invisible, a Don Quijote y a la madrugada: “En la jaula de la madrugada hay un pájaro cantor. / Se conciertan los caminos al sol, / al sueño alterna la vigilia a modo de réplica”.

*La Antología Relata 2015* se compone de 38 cuentos y 22 breves inventarios poéticos, para un total de 60 autores publicados.

## H



H  
CUENTO  
H



H  
DIRECTORES  
H



# MARÍA DE LOS ESTEROS

Eugenio de Jesús Gómez Borrero

## H

De este viejo manglar no sólo sacaban moluscos y cangrejos, también brotaban canciones.

A María de los Esteros, como le decían a mi abuelita, le gustaba cantar mientras sacaba conchas del raicero. Metía sus manos cautelosamente en el fango, palpaba aquí y allá, una y otra vez, buscando las pianguas ocultas en las raíces de los mangles.

—¡Malcom! ¡Malcom! ¡Malcom!—Aquí estoy, abuela. Míreme, aquí estoy. Tranquila, tranquila...

—Malcom, no te vas a dejar sacar de Bajamar. ¿Me oíste? Esta tierra se la ganamos al mar. No les tengás miedo. Pásame el canasto.

Apenas el Sol pelaba el ojo, mi abuela se levantaba a trabajar. Rezaba un padrenuestro a las ánimas benditas, tomaba café y se vestía de pianguera: guantes de caucho, sombrero de paja, camisa manga larga y botas pantaneras. El traje de combate que por generaciones han usado las recolectoras de conchas de este litoral Pacífico.

En la punta de la canoa, María colocaba una ollita metálica con el fiambre, capacho de coco para hacer humo en el manglar y varios canastos donde guardaba las pianguas. A mí me sentaba enfrente suyo. Acurrucado en la angosta embarcación, la miraba hipnotizado. Todavía no me explico cómo no se quemaba la lengua con el cigarrillo. Le gustaba fumarlo con la candela para adentro de la boca. Ladeaba el pucho de un lado al otro y era capaz de escupir la ceniza del pielroja sin que se le cayera.

—¿Malcom? ¿Malcom? ¿Malcom?

—Sí, soy yo. Míreme, míreme...; tranquila, soy yo.

—Esta tierra no existía antes. Separamos las aguas. Aramos las olas. Sembramos esperanza. Cosechamos tierra. Este territorio nos pertenece, se lo ganamos al mar. Aquí nació y aquí me entierran. Yo no me voy a dejar sacar. Pasame el otro canasto, Malcom.

Recuerdo que a la travesía diaria de María de los Esteros se sumaban, que en paz descansan, Juana Caimito, doña Naidí, Pastora, Polonia, Saturnina, Rosa Moya, Vicenta y Mamasiete, la partera de Bajamar. Siempre iban acompañadas de sus hijas; el único hombre era yo. Todas bogaban con la ilusión de llenar sus canastos de pianguas. A ritmo de canaete, los chistes, chismes y pesares se volvían canto de laboreo. Sus melodías ancestrales fluían a través de los recovecos del manglar y la voz carrasposa de mi abuela lideraba el coro de piangueras milenarias.

*Cómo pedirle a las olas que no acaricien la arena*

*Cómo pedirle a la arena que no espere la mar*

*Cómo pedirle a las olas que no produzcan espuma*

*Cómo pedirle a la gente abandonar Bajamar.*

Al desembarcar, las niñas quemaban el capacho para espantar el jején y yo me trepaba en lo alto de un mangle rojo a verlas pianguar. En medio del humo, mi abuela sumergía su gordura en el lodazal, apretaba el pucho entre sus encías y, con los ojos en los dedos, iba buscando los escondites de las con-



chas. Mientras tanteaba el barro, solía contar que, al igual que la mujer, las pianguas tenían partes íntimas y menstruaban, y que en las noches de cuarto menguante ellas abrían sus valvas para seducir a la luna con sus labios carnosos.

Pero hoy, en este marchito raicero, María sólo desentierra recuerdos. No cogió ni una sola concha. Ni siquiera un cangrejo. Aunque los canastos están vacíos, no deja de contar sus pianguas. Incluso, arroja de nuevo al manglar las que según ella todavía están muy pequeñas. ¿Quién soy yo para despertarla?

—¿Cómo le habrá ido a Polonia y a Mamasiete? ¿Ellas ya se fueron, papi?

—Sí, abuelita, hace mucho que se fueron.

—¿Y Saturnina? ¿Y María Caimito? ¿Y Vicenta?

—También.

—Cuatro docenas de pianguas y tres cangrejos azules. No está mal. Malcom, dos docenas las vendés en el mercado y las otras dos las dejás en la cocina. No sé si hacerme un cebiche con harto limón o prepararme un buen sudado de piangua con sus dos toneladas de arroz.

Cae la tarde y es peligroso estar aquí. Salimos con la vaciante y ahora nos regresamos con la marea alta. María está molida, tiene la espalda partida de estar agachada y está untada de barro hasta las orejas. Aunque siempre se lava antes de subir a la canoa, sigue apestando a ese olor podrido del manglar. Mientras remo, inhalo en secreto el hedor de mi abuelita. Amo el perfume de María de los Esteros.

—¡Malcom! ¡Malcom! ¡Malcom!

—Aquí estoy, abuelita. Míreme, soy yo...; tranquila.

—Malcom, no te vas a dejar sacar de aquí. Recordá, Malcom, recordá. Dios que también es negra como yo, dijo: “Acumúlense las aguas de abajo del firmamento en un solo conjunto y déjese ver lo seco”. Y Dios, que también es pianguera, llamó a lo seco tierras ganadas al mar. Y vio Dios que estaba bien que los negros y las negras venidos de los ríos tuvieran dónde vivir, dónde soñar. ¿Ves, Malcom, por qué no hay que tenerles miedo? Dios está con nosotros. *Cómo pedirle a las olas que no acaricien la arena / Cómo pedirle a la arena que no espere*

*la mar / Cómo pedirle a las olas que no produzcan espuma / Cómo pedirle a la gente abandonar Bajamar.*

Sube la marea. Baja la marea. Sube la marea. Baja la marea. Sube y baja. La marea lame los muertos arrojados al raicero y pudre la memoria de los vivos. Impunidad ecológica. La descomposición de los cadáveres le sienta bien a las estadísticas. Los medios informan: “Reubicación trajo paz, cesaron las masacres”. Pero en cada gota de lluvia se evapora un muerto. El manglar que un día fue despensa de vida hoy es cementerio para quienes se resisten a abandonar Bajamar. Las pianguas desaparecieron, se ahogaron con tanta sangre. Y los cangrejos que aún quedan descubrieron su gusto por la carne humana.

H

H  
ASISTENTES  
H



# ACCIDENTE

Guillermo José Mejía Barona

## H

### EL SOBREVIVIENTE

Estaba sentado en el andén, con la ropa bañada en sangre. Parte de ésta tal vez provenía de la herida que tenía en la frente.

El policía me alumbró la cara con una linterna y me preguntó:

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo —respondí.

—¿Qué pasó?

—No recuerdo.

—¿Además de la herida en la frente, tiene alguna otra herida?

—No sé.

—¿De dónde viene toda esa sangre? —preguntó, indicando mi ropa. Un paramédico se acercó a examinarme.

—No sé.

—¿Cómo se llama el conductor? —preguntó, señalando el cuerpo sin vida de un muchacho como de mi edad y cuya cara se me hacía conocida.

—No recuerdo.

—¿Puedo ver su identificación?

De modo mecánico me llevé la mano al bolsillo trasero y saqué la billetera. Se la entregué.

### LA MAMÁ

El teléfono sonó en la madrugada y, todavía dormida, contesté.

—Aló.

—Buenas noches —dijo una voz al otro lado de la línea—. Le habla el teniente Sánchez, de la Policía.

Al escuchar la palabra “policía”, me desperté del todo y, angustiada, pregunté:

—¿Qué le pasó a Marcos?

—Señora, ¿conoce al señor Marcos Marín y al señor Juan Sepúlveda?

—Sí, Marcos es mi hijo y Juan es su mejor amigo, ¿qué les pasó?

—Señora, lamento informarle que sufrieron un accidente...

En ese momento me desmayé. No recuerdo qué sucedió después.

### LA NOVIA

Esa noche yo no quería salir. Marcos, mi novio, había invitado a su amigo Juan, el pesado de Juan, que no desaprovechaba oportunidad para tirarme los perros.

Fuimos a Cocktail, nuestro bar favorito. Yo pedí una margarita. Marcos no tomó bebidas alcohólicas porque estaba en un tratamiento médico. En cambio, Juan se emborrachó.

En un momento en que Marcos fue al baño, Juan se acercó y trató de besarme. Seguro Marcos vio algo porque, al regresar, me preguntó molesto:

—¿Por qué coqueteas con Juan?

—¿Yo? Él trató de besarme.

—No seas mentirosa, Martha. Juan es mi mejor amigo y nunca haría eso.

Molesta por la acusación, pero sobre todo por la ceguera de Marcos, le contesté:

—Pues no sé qué clase de amigo es, cuando no desaprovecha oportunidad para seducirme y hacerme toda clase de propuestas.

Marcos, enfurecido, salió a buscar a Juan y yo, molesta, me marché a casa en un taxi.

Todavía lamento haberlo dejado solo.

#### EL MESERO

El señor Marcos y el señor Juan son clientes habituales del bar. Anoche llegaron como a las once, junto con la señora Martha, la novia del señor Marcos.

El señor Juan se emborrachó como siempre. El señor Marcos no bebió alcohol, sólo agua mineral con limón.

—¿Y la muchacha? —me preguntó el policía.

—Creo que ella tomó tequila. Pero se fue temprano, antes de la una, después de discutir con el señor Marcos.

—¿A qué horas se fueron los señores?

—A las tres, cuando cerramos.

—¿Vio quién manejaba el auto?

—No, señor. Yo estaba adentro.

#### EL PORTERO

Ellos salieron cuando el club cerró. El señor Juan estaba muy borracho y el señor Marcos lo sostenía para que no se cayera.

Al llegar al carro discutieron. Parece que el señor Marcos quería manejar, pero el señor Juan insistía que era su carro y que sólo él lo manejaba.

—Al final, ¿quién manejó? —me preguntó el policía.

—No lo sé. Con tanta gente que salía me distraje y no vi cuando se fueron.

LOS POLICÍAS

—¿Qué pasó aquí? ¿Otro accidente por imprudencia?

—Sí, mi teniente. Parece que el carro venía a muy alta velocidad, perdió el control en la curva y chocó con el poste.

El teniente recorrió la escena del accidente y preguntó:

—¿Muertos?

—Uno. El otro sólo tiene una herida superficial en la frente.

—¿Dónde están?

—Parece que con el golpe ambos salieron disparados fuera del vehículo. El conductor está allí, muerto. Al otro lo encontramos sentado en el andén.

—¿Algún testigo?

—Ninguno.

—¿Y el sobreviviente qué dice?

—No recuerda nada, mi teniente.

—¿Iban borrachos?

—Es raro, mi teniente. El sobreviviente está borracho hasta los topes. No puede tenerse en pie. En cambio, los paramédicos dicen que el muerto no había consumido alcohol.

EL MUERTO

Era mala noche para salir. Yo estaba bajo tratamiento médico y no podía consumir bebidas alcohólicas, y a Martha no le gustaba salir con Juan. Pero él insistió y no me pude negar a acompañar a mi mejor amigo.

Juan, como siempre, se emborrachó, y Martha terminó peleándose conmigo; se marchó enfadada. Yo me quedé. No podía dejar solo a Juan. Después me tocó aguantarme todo el resto de la noche su perorata sobre la amistad, la lealtad, lo afortunado que era de tener a Martha, lo que él haría por tener una novia así, bla, bla, bla... Yo no le prestaba mucha atención.



Al final, cuando cerraron el bar, nos fuimos al carro y Juan, a pesar de lo borracho, insistió en manejar. Yo pensé en tomar un taxi, pero me daba miedo dejarlo solo. Temía que se hiciera daño.

Juan tomó la avenida junto al río a muy alta velocidad; le supliqué que manejara más despacio, pero no me atendió.

En la curva perdió el control y chocamos. La puerta se abrió y salí disparado. Mi cabeza se golpeó fuertemente contra el andén. Era una herida mortal, por la cual manaba abundante sangre.

Cuando estaba agonizando, vi a Juan que se acercaba, se agachaba, me cargaba en sus brazos y me depositaba junto a la puerta del conductor.

Todavía me pregunto: “¿Por qué hizo eso?”. Estoy seguro de que era por mi bien, sin duda Juan es mi único y verdadero amigo.

#### EL SOBREVIVIENTE

Muy despacio, casi arrastrando los pies, camino detrás del féretro. Lloro. Luzco dolorido, destrozado, culpable por estar vivo. Todos se acercan a tranquilizarme. A mi lado, Martha, para consolarme, me abraza de forma amorosa.

H

# LOS GRADUADOS

Sandra Inés Gómez Galindo

# H

*Porque eso sí es digno de compadecer  
todo el que no tenga diploma de bachiller.*

Rafael Escalona, *El bachiller*.

o

Francisco se acerca por detrás:

—Hace rato que no la veía —dice, y toma la caja con las fichas de ajedrez—. ¿Jugamos? —me pregunta.

—Me pido las blancas —respondo, en mi sueño, y nuevo P4R.

I

El primer diploma de bachiller, copia fiel del original, según hace constar el sello notarial, falso, fue el suyo. Estábamos a comienzos de enero de 1978 y en mi familia nadie había obtenido ese título antes.

Hizo todo el mismo día, despacio, matando el tiempo, mientras se acostumbraba a la idea de que por fin era bachiller. Si se convencía a sí mismo, sería más fácil convencer a los demás. El lunes siguiente se levantó temprano, revisó su hoja de vida Minerva 1103, le adjuntó la copia del diploma y salió, con paso firme, a presentar la entrevista.

—Entonces te acabas de graduar —dijo la mujer de Recursos Humanos, mientras revisaba el diploma.

—Sí, señora —contestó Francisco, y se le quebró la voz.

Se apretó los testículos con la mano izquierda. “Ninguno de los bachilleres que conozco es más inteligente que yo”, pensó. Él aprendía todo lo que le interesaba: la ficción psicológica, el ajedrez, las canciones de Nicola Di Bari, los juegos de razonamiento abstracto, el póker y cualquier otro asunto que pusiera en juego su agilidad mental. “El diploma está bien”, repitió mentalmente durante toda la entrevista. A fin de cuentas, aspirar a un puesto en una de las tiendas de Bots tampoco era la gran cosa.

## 2

Aunque lo intentó, ser estudiante formal no fue lo suyo. Al comienzo le gustaba, pero su cabeza hiperactiva se aburría pronto. En la escuela, entregaba las tareas de primero, pedía permiso para ir al baño y no regresaba. Trepado en un árbol mataba las horas haciendo tiro al blanco con su cauchera de municiones de chicle.

Mal tiempo para estudiar.

A los doce años era el hombre de la casa. Mi papá se aparecía de vez en cuando, borracho, a regañar. Cuando él llegaba, Francisco se iba para los humedales a cazar ranas. Tonny se iba con él. Tonny era su perro: “Mitad gozque, mitad pastor alemán, como yo”, decía, y lo abrazaba como a su mejor amigo. Los otros eran los vagos del barrio con los que organizaban rallies de carritos de balineras. A todos los habían expulsado del colegio.

Mal tiempo para estudiar.

Muy tarde, ya de noche, Tonny y él regresaban, sin afán. Mi hermano atravesaba las calles del barrio hacia la casa, y yo lo

sentía antes de que llegara. Lo escuchaba silbando una canción que sólo yo reconocía... *Me gusta la calle / el aire cansado... / yo voy caminando pateando la lata jugando, jugando.*

## 3

Le fue bien en la entrevista. Tal vez porque era bachiller, o porque se expresaba con fluidez, o simplemente porque era endemoniadamente encantador, y lo sabía. De esto último le daba algo de crédito a un librito que había leído por ahí: *Cómo ganar amigos e influir sobre las demás personas*. Psicología social, barata, fácil... Decía que la usaba a la inversa. Vaya uno a saber qué significaba eso. Esa misma semana entró a trabajar a Bots como administrador de la sucursal de Chapinero.

## 4

—Antes de llevarlo a la marquertería, sáquele varias fotocopias y mándelas a autenticar en la Notaría —dijo mi mamá, mientras nos servía el almuerzo.

Eso fue el día que me entregaron, por ventanilla, el diploma de Bachiller académico del Colegio Departamental de Fontibón. Ahora, casi nueve meses después de él, también yo era bachiller. El diploma permaneció exhibido en la mesa del comedor durante todo el almuerzo.

—No sé si enmarcarlo o meterlo debajo del colchón —dije, para restarle importancia al momento. No quería que Francisco se sintiera mal.

—Tan chistosa —dijo él, y me regañó con la mirada—. Yo la acompaño —añadió. Algo tramaba. Lo supe, no sé si porque éramos gemelos monocigóticos, pero siempre sabía en qué estaba pensando Francisco, incluso antes de que él lo pensara.

Con mi diploma perfeccionó la técnica. Ahora no hacía copias, sino originales: papel pergamino con estampados del escudo de la República de Colombia, letra gótica, sello de madera con base de caucho, firmas del Rector y el Secretario del colegio, número del folio, libro de registro y, al final, la firma del Secretario de Educación refrendada con un sello seco.

En la parte de atrás ponía cinco estampillas que sumaban 493 pesos oro. Los diplomas le quedaban más bonitos que el mío.

—Ahora sí vamos a conquistar el mundo —dijo, y sonrió con esa sonrisa de príncipe que le había aprendido a Dale Carnegie.

## 5

Francisco, al frente de la tienda, sentado en un tronco, mira llover. En Bogotá siempre llueve. No hay clientes y la única vendedora está en la bodega, acomodando mercancía. Al otro lado de la calle, una muchacha vestida de blanco intenta evadir los charcos y los carros. Lleva una sombrilla que el viento voltea, junto con su falda. Hoy llueve en horizontal. “Tiene piernas bonitas”, piensa Francisco, prende un Marlboro y alista su sonrisa. Ella al fin logra cruzar y entra, corriendo, al establo en donde está Francisco.

—Buena tarde —dice.

—Si te gusta mojarte, sí, buena tarde —dice Francisco.

—Qué bonita decoración —dice ella, y mira al interior de la tienda.

—Sólo falta el caballo —dice Francisco, y se acomoda un invisible sombrero tejano.

—Lástima que sólo vengo a escampar...

Francisco la invita a entrar, le muestra la tienda y le brinda un tinto. Ella se llama Rocío, es de Ibagué y lleva poco tiempo en Bogotá. Está buscando trabajo, sin mucha fortuna, ya que no tiene título de bachiller. Francisco sonríe y se le iluminan los ojos.

## 6

Ese mismo fin de semana, Rocío se graduó de la Normal Nacional de Señoritas. También entró a trabajar en Bots. Para esas fechas, muchos de los amigos de Francisco, los mismos vagos con los que había crecido en el barrio, los de las balineras, ya eran bachilleres: del Nazareno, del Militar, del Agustiniiano, de Los Andes..., y la mayoría tenía el título, enmarcado, en la sala de la casa.

A diferencia de sus otros clientes, a ella le hizo prometer que se inscribiría en un instituto, a validar, como recientemente lo había hecho él.

## 7

—Juegan o qué.

El tono desafiante de Francisco molesta a los que están en el diamante. No son del barrio y fuman baretta, pero eso a Francisco no le importa.

Él lleva un ajedrez en una mano y en la otra una pelota de béisbol. El diamante, improvisado en uno de los potreros en donde hoy queda la planta eléctrica, está hecho un lodazal. Ha llovido durante toda la noche. En Bogotá siempre llueve.

—Sisas —contesta el más joven, uno que tiene ojos rojos de diablo.

Los buenos y los malos. Los buenos contra los malos. Los buenos son Francisco y sus amigos: Mortadela, Bagre, Ganzúa...

Juegan varios partidos de béisbol y después van a la tienda de doña Trina a jugar ajedrez, a jugar ocho loco y a apostar. Los malos huelen a metal afilado, a cadenas enrolladas en sus antebrazos, a gavilla, a perro triste, a sangre y miedo. De allá vienen.

Esa noche Francisco llegó a la casa, pero no lo escuché silbar nada.

## 8

Nunca se negó. Nunca cobró. Pero recibía regalos imposibles: unos chacos como los de Bruce Lee; un ajedrez cuyas fichas estaban hechas de tuercas, tornillos y mariposas de acero galvanizado; una pera de boxeo restaurada con parches para despinchar neumáticos de bicicleta; una cota de cruzado hecha de chapas de latas de cerveza. También, alguna de las recién graduadas, lo invitó a salir con todo pago.

Su fama salió del barrio y los malos también quisieron ser bachilleres. La mayoría, gastados y rotos, ni siquiera sabían leer. Francisco no quiso:

—Una cosa es una cosa, y otra, otra... —dijo.

## 9

Hace varios años que no vivo en el barrio.

Mi mamá se murió, vendimos la casa y de Francisco ya nadie se acuerda. Debajo de la planta eléctrica quedó el diamante y en su entraña la sangre de Francisco. “Ahora sí vamos a conquistar el mundo”, dice, en mi cabeza, como si supiera que hoy se me dio por venir.

A él lo apuñalaron los malos, porque no los quiso graduar. La calle. Y sí, el primer diploma de bachiller, copia fiel del original, según hace constar el sello notarial, falso, fue el suyo. Estábamos a comienzos de enero de 1978.

## 10

—DxP —juega Francisco, antes de desvanecerse. Con su voz de antes, dice—: ¡jaque mate! —Y sonrío.

\* \* \*





H  
MENCIONES DE HONOR  
H



H  
DIRECTORES  
H



# LAS VITRINAS

Norwell Calderón Rojas

## H

El viejo caminó las solitarias calles de la barriada hasta que reconoció las vitrinas. Se detuvo, sacó un pañuelo, levantó los gruesos lentes, limpió el sudor de su cara y del flaco cuello, guardó el pañuelo y permaneció de pie frente al letrero de la relojería.

Cuando estuvo seguro de que era ésa, descansó los lentes sobre las arrugas de la frente, frotó los párpados, buscó en la billetera el recibo, intentando distinguirlo entre los otros papeles y sus viejos carnés. Con una mano húmeda apretó el recibo, se asomó suavemente sobre la vitrina, llamó al relojero, llamó a la joven que en la mañana acomodaba antiguos despertadores. No hubo respuesta.

Las vitrinas —altas, viejas— llenaban las paredes del local. Las más nuevas, atravesadas al frente de la entrada, hacían de pared cancel. El espacio vacío detrás de ellas formaba un pequeño cuarto donde el viejo imaginó un escritorio y un hombre sentado, en silencio, escuchando su llamado con una sonrisa inmóvil. Maldijo. Ni la muchacha ni el relojero respondieron a su maldición.

Esperó de pie sin ver, sin pensar en nada. Esperó inmóvil hasta que una voz, a su espalda, lo sobresaltó.

—Don José salió y dijo que se demora. Señor, yo de usted me daba una vuelta.

No lo había visto llegar. El muchacho a su espalda —bajo, lentes oscuros, cachucha de beisbolista— sonreía. Él no le respondió.

—De verdad se demora, don.

—Necesito mi reloj. Mire, aquí está el recibo.

El joven tomó el recibo con cuidado —la mano que se lo entregaba estaba manchada por el vitíligo—, leyó el nombre y devolvió el papel.

—Es que yo no estoy autorizado. Mejor aproveche el tiempo, y cuando regrese don José se lo entrega.

El viejo no tenía nada que hacer ni ganas de hablar. Miró uno por uno los relojes de la vitrina, uno por uno los afiches, los títulos en cartulina que certificaban al relojero. Sacó un cigarrillo y lo puso en sus labios; no lo encendió. El silencio se alargaba en el ronroneo intermitente de los pocos carros lejanos.

De espaldas al joven, el viejo se quejó.

—Por eso es que esta ciudad se está acabando. Aquí ya no quedan sino desmañados. Perezosos y delincuentes.

—Señor, es mejor que se vaya. Mi tío José no vuelve.

Le fastidiaba el calor, la espera, la insistencia del muchacho. Cambió de posición para responderle, pero se detuvo sin decir nada. Un reflejo de lo que pasaba detrás de la gran vitrina cancel se movía en el vidrio opaco de otra vitrina. El viejo se caló los lentes para ver mejor y entonces sintió que le empujaban las costillas con algo duro.

—Adentro, y sin hacer ruido, cucho.

Girando el cuello, vio la pistola y la sonrisa del muchacho. Cruzó el estrecho espacio entre las vitrinas y siguió hacia el fondo, siempre picado por el cañón.

—Este cucho los vio.

El viejo miró hacia donde unos minutos antes había imaginado al relojero sentado frente a un escritorio, burlándose. El escritorio estaba, también el relojero, y la dependiente. Había

otros dos tipos. Uno de ellos se agitaba entre las piernas de la muchacha, desnuda y amarrada sobre el escritorio —al verlos, detuvo su ajetreo por un momento—, el otro sostenía una pistola reluciente. Un empujón lo lanzó cerca del relojero, sus gafas y el cigarrillo rodaron casi un metro. También él rodó. Se sintió más viejo que nunca.

—Le dije que se fuera, pero no se quiso ir. No es mi culpa.

Ninguno de los dos hombres le prestó atención a la disculpa del muchacho. Desde el piso, el viejo reparó en que la joven lloraba, bajito, asfixiada por la mordaza, y en que el relojero, de pie junto a él, parecía inconsciente.

Le dolían el cuello, las rodillas, los labios apretados. El del escritorio acabó. Él aprovechó para recoger sus lentes, apoyarse en la pared y levantarse. Al mirar hacia el escritorio le pareció que el hombre tenía un miembro grande y pensó en la muchacha, en que sólo miraba al techo, en que cada vez lloraba con más fuerza. Era bonita.

Cuando el segundo hombre ocupó el lugar del primero, la muchacha dio un chillido de niño. El tipo reaccionó con una bofetada. No fue un golpe fuerte, pero hizo que el relojero despertara de su letargo y se adelantara un paso, lo suficiente para que le estallaran un cachazo por detrás de la oreja y cayera al piso. Dos sacudidas y dejó de moverse. La muchacha cerró los ojos, el joven de la pistola se tapó una risita, el viejo abrió la boca para buscar más aire. Las venas de su frente pulsaban segundos cada vez más cortos.

Cuando el viejo volvió a respirar normalmente aún le temblaban las piernas. Durante el aparatoso silencio que siguió —machacado cada segundo por el mecánico choque de los sexos—, miró la cara enrojecida de la dependiente, el gesto crispado del hombre que la acometía, el cuello tenso, las venas brotadas.

Las mujeres con las que el viejo se había acostado no eran muchas. Miró a la muchacha mientras pensaba en esas mujeres. Uno de los hombres fue hasta él y le quitó los lentes, los sostuvo a unos centímetros de su cara, los miró un momento y después los aplastó contra el suelo. El viejo ya casi no dis-

tinguía a la muchacha, pero la imaginaba. Volvió a pensar en ella, en ellas, en las mujeres de su pasado. La piel, los cuerpos jóvenes, templados, turgentes. La piel canela de una campesina con la que bailó en una fiesta de pueblo, la morena de la que recordaba un aroma intenso. Las que amó. Recordó los muslos, los senos. Entre los recuerdos, encontró los brazos de su esposa moribunda, chamizos quebradizos. Quiso desear a su mujer pero no fue capaz de recuperar su rostro de joven enamorada. Cerró los ojos y volvieron las otras, sus gestos y voces. La incesante intensidad de sus cuerpos calientes se deshizo cuando desde afuera alguien preguntó por el relojero. Antes de asomarse, el muchacho de la gorra empretinó la pistola y la ocultó bajo la camiseta.

—¿Qué necesita, don? Mi padrino salió.

—¿Vuelve?

—Para cerrar. Si quiere venga a las seis.

—Dígale que vino Pablo, que me tenga la plata, que yo vengo a las seis.

—Ajá.

Adentro todo se había detenido. El relojero seguía inmóvil, el primer hombre apuntaba la pistola al techo, el segundo le cubría la boca a la muchacha con una mano emborronada de rojo. Ella parecía mirar al techo. El viejo se limpió el sudor con la manga de la camisa, pasó la mirada de uno a otro y trató de no mirar a la muchacha. Sabía que la chica tenía los senos grandes y que hacía una mueca bajo la mordaza. El viejo imaginó que era una sonrisa. Cuando el muchacho regresó, el segundo hombre había perdido la pasión. Se apartó de la joven y se subió calzoncillo y pantalón.

—Hágale.

El muchacho movió la cabeza para decir que no.

—Viejo, entonces hágale usted.

El viejo los miró a todos sin verlos y todos lo estaban mirando. También la mancha borrosa que era la muchacha volteó para verlo. Sentía las miradas, el pulso de las venas en su frente, la resequedad en la boca. Intentó decir algo. Lentamente, como si ellos no estuvieran ya ahí, el viejo metió una



mano temblorosa en el bolsillo del anticuado pantalón y palpó en el fondo. El segundo hombre dio un paso y con la suavidad de una caricia le metió la pistola bajo el cuello, luego miró hacia abajo y soltó una carcajada. El viejo caminó con pasos cortos, se acomodó entre las piernas de la muchacha y durante un rato no pensó en nada más que en esos senos grandes, y en que nunca se había sentido más vivo que esa tarde. Terminó, se subió el pantalón y caminó hasta pegar la espalda a la vitrina del fondo. Desde allí vio cuando el joven caminó alrededor de la dependiente, le pareció que le tapaba la boca, y algo plateado relumbró junto al cuello de la muchacha. Luego hizo lo mismo con el relojero. El suelo cambió de color junto a ellos.

Antes de salir, el primer hombre le puso una mano sobre el hombro. El viejo imaginó que el tipo sonreía. Volteó para no verlo y su miopía le devolvió unas figuras borrosas reflejadas en las vitrinas. Sabía que una de esas era él, pero no quiso buscarse. Se apartó de la mano que pesaba en su hombro y quedó parado frente a la puerta. Los cuatro salieron a la calle al mismo tiempo.

# H



H  
MENCIONES DE HONOR  
H



H  
ASISTENTES  
H



# EL MIEDO, SU CÍRCULO

Anderson Antonio Alarcón Plaza

## H

Un niño, al quedarse solo en casa, mientras sus padres van a visitar a un familiar enfermo, despierta luego de haber dormido durante cuatro horas. Toma el reloj que su padre le regaló de cumpleaños y observa un doce, seguido de dos ceros. Es medianoche y él nunca ha estado despierto a esa hora. Escucha cómo gotea el agua en el baño contiguo. La llave siempre ha tenido aquel problema irreparable. La única solución para no regar el líquido preciado es poner un recipiente de gran tamaño para que éste se almacene. El niño lo sabe e intenta levantarse de su cama para cumplir con aquella responsabilidad familiar. Recuerda, sin embargo, que el abuelo murió hace poco, y además acuden a su memoria las escenas del programa de zombis que ha visto antes de ir a la cama.

No se levanta. Cubre su cara con la manta hasta sentirse enjaulado y, cerrando los ojos, intenta llamar de nuevo al sueño. “El abuelo no me hará nada, así ya esté convertido en zombi”, piensa. La llave sigue goteando, el agua corre ahora con más intensidad, recuerda el susurro leve de un

abuelo enfermo consintiendo a su nieto. El niño agarra con más fuerza sus cobijas.

Cerrando los ojos, de nuevo, fallidamente, intenta sumergirse en su almohada. Esa noche, la bolita de algodón artificial se niega a cooperar, se rebela contra la cabeza que día a día la aprisiona. La almohada se calienta y el joven la cambia de cara. El frío es el mejor amigo de quien se atrinchera bajo cinco trozos de tela térmica. De nuevo, el ruido del agua inquieta al joven, sin mover un solo dedo, siente el miedo que le penetra los huesos. Nada es peor que ver la cara de papá cuando los recibos llegan, nada.

Sintiéndose obligado consigo mismo, y con sus oídos para protegerse del posible sermón sobre economía, piensa en ir a poner el eterno recipiente en el lavamanos. Saca la cabeza de su refugio nocturno y mira a su alrededor, buscando el interruptor de la luz. Increíblemente, éste no se le presenta a la vista. El joven se sumerge de nuevo en sus cobijas y cierra los ojos para intentar dormir.

No lo consigue. El cuerpo de su esposa le calienta el costado izquierdo. La misma vieja casa de la infancia lo ha vuelto a despertar. El chorro de agua ha crecido en los últimos veinte años y es completamente necesario levantarse a poner el trasto de plástico para que recoja el agua. Mirando el techo, recuerda aquella noche en la que sus padres salieron a visitar al tío enfermo. Recuerda, igualmente, que ese día el tío murió. Días antes el abuelo también había fallecido. De la misma manera, detalla que el techo no ha sido pintado desde que él era un niño. Su esposa da media vuelta y le pone el brazo sobre el pecho. El sudor que expele su cuerpo ha empapado las sábanas. La mujer que tiene a su lado se niega a quitarle el brazo de encima. El hombre toma las cobijas y, cerrando los ojos, recuerda que debe levantarse temprano.

Siente el agua correr. La ha escuchado desde que, intentando dormir, se echó sobre la cama y se cubrió con seis cobijas. El frío se ha vuelto intenso desde que su mujer murió, dejando todo lo demás y llevándose únicamente el calor que le ofrecía noche tras noche. La humedad, repentina-



mente, crece en el lecho. El anciano, avergonzado consigo mismo, extiende su mano hasta la entropierna para confirmar lo que tanto temía. El agua, al subir la presión, corre más rápidamente por el lavamanos. Es necesario buscar las pantuflas viejas bajo la cama para ir a cambiarse de ropa, así como para poner el trasto que retiene el agua. Sin embargo, recuerda que su abuelo murió años atrás, lo mismo que su tío, sus padres y su esposa. Igualmente le es imposible olvidar el programa de zombis que cancelaron hace tanto, que lo entretenía y atemorizaba en su niñez. Metiendo la cabeza bajo las mantas y quitándose los calzoncillos mojados, se mueve hacia la orilla opuesta, la que le correspondía a su esposa. Cerrando los ojos, consigue quedarse dormido.

# H



H  
OTROS RELATOS  
H



# CAFÉS DE TINIEBLA

Ronald Sarmiento Castellar

## H

### I

Pablo, sentado en el puente peatonal de Prado, contempla la coquetería de Jazmín, que camina desafiante por la avenida Bolívar mientras el viento intenta penosamente levantar su falda. Él mira el reloj, faltan diez para las dos de la tarde. Es el día en que por fin va a declararle su amor, pero eso será en la noche, después del asalto.

Sobre la avenida La Playa, cerca del edificio Coltejer, el Coffe parquea su moto. El cielo nublado amenaza con desbordarse en lágrimas. Mira con discreción hacia la joyería El Fortín, sabe que hoy, 2 de diciembre de 1993, es el día en que más se mueve dinero: se lo ha dicho su novia; ella trabaja allí.

Los enmarañados transeúntes atraviesan las calles. Ruido, carne humana y humo aniquilan el silencio mortuorio de una ciudad que huele y sabe a panteón. Del baño del café marañón sale Miguel, que ya ha esnifado los primeros pases de perico de la tarde. Ve llegar a tres jóvenes envueltos en botas de as-

tronauta y chaquetas de cuero. Son sus amigos, los de siempre, con los que ejecutará el asalto: Pablo, el Coffe y el Curro.

Sentados en una mesa, muy al rincón, empieza el ritual. El Coffe pide cinco cafés, una botella de brandy, saca las pastillas de ácido, alista las bolsitas de coca y, mirando los cafés que acababan de servir, pregunta: “¿Dónde está Russel?”. Pablo baja la cabeza: “Él no vendrá”. El Coffe hace un gesto de preocupación, pero no dice nada, no podría decir nada, sabe que los otros lo adoran y enfrente de ellos no puede hablar mal de él. La noche anterior, mientras esperaban sentados en el puente peatonal de la avenida Colombia a que les pagaran el cruce de hace unos días, Russel le dijo a Pablo: “No voy más, me voy de esta ciudad, no puedo seguir con este tipo de vida; mañana me voy para la Costa, tengo comprado el tiquete. Vente conmigo”. “¿Y qué vamos a hacer allá?”. “Pues estudiamos, trabajamos, hacemos algo serio; si seguimos así vamos a ser cadáveres jóvenes”. Pablo le había dicho: “Después del asalto, en la noche, me le voy a declarar a Jazmín, si ella me dice que sí, me voy de una para la terminal, con ella, por supuesto, y entonces empezamos de cero”. Russel abrazó a Pablo: “No hay necesidad de que vayas a ese atraco; suelta eso, ve por Jazmín y nos vemos en la terminal”. “No puedo quedarle mal al Coffe, es algo que le debo, tú no tienes problemas, ese man te tiene miedo”.

“Nada de risas, nada de divertimentos frívolos e indignos. Nada de fingir que lo que dicen es gracioso. Nada de colocar cara de tontarrón cuando los humanos cuentan una anécdota superficial. Nada de obnubilarte cuando un seudointelectual te da consejos o elabora su teoría mezquina sobre la vida. Nada, nada de eso”. Eso les decía siempre Russel cada vez que acometían un golpe, a ellos les gustaba, les daba fuerza, los llenaba de odio. Esta vez lo hizo Pablo antes de mezclar todo y tomarse cuatro cafés de tiniebla líquida, ya no tendrán contemplaciones, son los dueños del mundo, lo demás es escoria, un café quedó esperando por su antiguo dueño.

Caminan sobre la muerte los Pifra —así se autodenominaban, pillos fracasados— llenos de un veneno mortal acurrucado en sus venas. Caminan entre rostros que aman

la rutina de su día, que se regodean en la frivolidad de sus vidas. Los cuatro creados involucionados yacen en tinieblas, van directo a la prendería El Fortín, el mundo de ellos está a punto de convertirse en una brea desparramada.

## II

Jazmín, desde su esquina, coquetea desafiante con los hombres que pasan por su lado. Ellos, cabizbajos, la miran sin deseo. Una muchedumbre enorme me persigue endilgándome la muerte de un tal Pablo Escobar. Mi madre corre a mi lado y a cada rato se detiene a recoger lapiceros de colores extraños, curvados, horrorosos. Espero un taxi que quiera llevarme. Las prostitutas del parque Bolívar irrumpen en la escena y me miran, me dan ganas de echarme uno, pero tengo poco dinero, sólo me alcanza para el taxi en el que regresaré a mi madre a su casa después de haberla sacado del manicomio y del tumulto de locos que querían alejarla de mí para siempre. “Ustedes mataron a Pablito, asesinos”, nos grita la gente. Miro a Jazmín y comprendo que debo matarla. También estoy enamorado de ella. Pablo me la quitará, no lo puedo permitir. Mi madre me saca del letargo cuando en su alzhéimer ascendente me grita: “¡Esposo mío!”. Los taxis no me paran, todos los transeúntes del bulevar de Junín me miran con odio. He matado a Pablo. Comienzan a caer gotas de agua por la ciudad. Alguien me ofrece un café. “Es de tiniebla”, me dice. “Tómalo, me llamo Pablo Escobar”. “Pero si tú estás muerto”. “No, todavía no me han matado”, y entonces despierto.

El tiempo ha transcurrido violentamente. El reloj, como dormido, va desangrando las horas con el *tictac* angustioso de sus manecillas. Es una mañana fría y nublada, preciosa. Abro la ventana y un viento helado me baña la cara. Afuera del hotel, los enmarañados transeúntes y los primeros buses empiezan lentamente a invadir las calles. Adentro, una mujer yace desnuda en la cama. Vuelvo a tirarme y pienso en todo el dolor de estos días sin tregua en que he vivido últimamente, días que me saben a hiel mezclada con arena. Desgarrado de miedo,

contemplo el techo de la habitación. Una angustia indescrip-  
tible me susurra en silencio. Cuento los minutos, deseo que  
este día desolado se extinga, se muera en las calles. Es el día  
del asalto. Yo renuncié a eso, ahora debo convencer a Jazmín,  
que está desnuda a mi lado, que ame a Pablo.

“Debes decirle a Pablo que te vendrás con él, es la única  
manera que se salga de este mundo”. Como un sonámbulo  
desperté a las diez, vi a Jazmín en el balcón fumándose un  
cigarrillo. “Pero si yo no siento nada por Pablo, te amo a ti”. Le  
digo: “Eso no importa, él no sabe que tú y yo somos amantes;  
delira por ti, te vas con él y punto, de lo contrario te mato”.  
“¿Tanto quieres a tu amigo que serías capaz de matarme?”. Le  
insisto: “Haz lo que te digo, él se te va a declarar, vas a ve-  
nir con él, empaca tus cosas y nos vemos en la terminal. En  
el camino solucionaremos eso, es la única manera de que él  
se salga de este mundo; hazlo por mí”. “¿Y si no llega?”. “Si  
él no llega, entonces sabré que está muerto y tú te vas para la  
terminal de todas maneras, te vas conmigo. Voy a bañarme,  
arréglate, pide la cuenta y di que te llamen un taxi”.

La dejé en Bolívar, cerca del puente peatonal de Prado.  
La vi caminar desafiante, mientras el viento intentaba penosa-  
mente levantar su falda. Miré el reloj, el asalto ocurriría pron-  
to, eran casi las dos de la tarde.

### III

El hombre, pálido y temblando de miedo, ve cómo  
uno a uno sus empleados son amarrados. El Coffe empieza  
a vaciar las vitrinas. Con su pistola, el Curro amenaza al  
dueño y le dice que abra la caja fuerte. Miguel mete todo en  
maletas. Pablo campaneaa afuera. La joyería a esa hora, por  
lo general, está cerrada. Russel mira a lo lejos la escena. El  
Coffe le pica el ojo a su novia mientras la amarra con deli-  
cadeza. Ella no puede evitar sonreír. Miguel saca las llaves  
de los dos carros parqueados afuera. El tiempo es vital. Por  
fin logran abrir la caja. La puerta de salida se abre ruidosa-  
mente y cuatro jóvenes salen apresurados. El Coffe ordena:



“Miguel, llévate un carro, Curro el otro; yo me voy en la moto con Pablo”. Cuando Pablo se monta de parrillero, en una fracción de segundo toma la decisión. “Mejor me voy en el carro con el Curro, así sospecharan menos”. “¡Listo, listo!”, grita el Coffe. Pablo alcanzó a montarse mientras los dos carros arrancaban a toda velocidad. Las maletas iban en los autos. El Coffe sonreía mientras cerraba la puerta de la prendería... Las calles dejaron de susurrar, la Obertura de *Egmont* sonó en el aire, el reloj del universo se detuvo y en cámara lenta el Coffe recordó que en el frenesí del asalto no habían amarrado al dueño, sin embargo, se dijo: “La puerta está con candado por fuera, pasarán horas antes de que les abran”. Por un pequeño orificio, que se suele dejar en las joyerías, por si alguien viene en la noche a necesitar de algún servicio, el dueño de la joyería El Fortín sacó su revólver. Se escucharon dos truenos sin lluvia, dos descargas de muerte en esa tarde nublada donde las tímidas nubes no se atrevían a llover sobre los hombres. Russel vio como el Coffe se desplomaba y como su cabeza se sacudía en el vacío... Quiso auxiliarlo, pero la gente ya corría en dirección a la joyería, mientras por el orificio un señor pedía auxilio: “¡Llámen a la policía!”. Beethoven estallaba en la cabeza de Russel.

Pablo, el Curro y Miguel huían mientras escucharon los balazos. No supieron de la muerte del Coffe hasta después de dos horas, cuando pasaron en un taxi por la zona y vieron cómo la policía había acordonado el lugar y se hacía el levantamiento del cadáver. Siempre que efectuaban un golpe, merodeaban por donde lo habían ejecutado para oír los comentarios de los transeúntes. “Nadie amarró al dueño”, dijo Pablo. “Y quién iba a saber que tenía un arma, pero fresco, Pablo, a ese man ‘me lo bajo’ yo mañana mismo”, replicó Miguel con lágrimas en los ojos.

Repartieron el botín. Pablo empacó un morral y se dirigió a la residencia que atendía Jazmín, sabía que su turno era hasta las ocho de la noche. Debía apresurarse. Russel le había dicho que el bus salía a las diez de la noche. Jazmín lo vio llegar y

escuchó atenta lo que Pablo decía, puso cara de sorprendida y le dijo que ya sabía de la muerte del Coffe, y que si acaso no le importaba. “Sí me importa, pero debemos irnos..., ahora es el momento”. Jazmín le pidió que lo esperara en el café Marañón, que entregaría el turno e iría de inmediato. Sorprendido y feliz se fue cantando “Muere libre”, una canción del primer álbum de Kraken. Se sentó en el café y pidió una cerveza. El noticiero entregaba un informe especial: habían dado de baja a Pablo Escobar Gaviria, el narcotraficante más buscado del mundo. Jazmín llegó pronto y le pidió caminar por la avenida Bolívar, tenía que recoger unas cosas. Visiblemente emocionado la siguió. A pesar de que su amigo había muerto, el hecho de comenzar una nueva vida con la mujer que amaba y al lado de su mejor amigo lo llenaba de gozo. Jazmín subió unas escaleras. Pablo miró la hora: eran las nueve. La lluvia había mandado temprano a sus casas a los transeúntes mortuorios de Guayaquil. Las calles estaban desiertas.

“He recorrido estas calles, las veo morir de frente de mí, pisadas de callejón, turbulencias solitarias cargadas de dolor, cabalgando entre sus penas. Humanos abatidos que parecen mutantes sacados de Mad Max..., y pensar que yo podía terminar como ellos. Extrañaré a mis eternos vagabundos, caminamos muchas veces estas noches sintiendo la lluvia, mientras nos sentíamos poderosos, inmersos en cafés de tiniebla”. Jazmín bajaba con una tula desvencijada. Pablo sonrió y le dio la espalda. En las fauces de la oscuridad de esa noche inmensamente solitaria, el joven sintió como un pellizco muy fuerte en la parte media de su espalda, se volteó con dificultad y entonces vio a Jazmín con el cuchillo ensangrentado que ahora se hundía en su abdomen. La noche esperaba al caos, sigilosa de toda tenebrosidad que pudiera entrar en su laberinto de desdicha. Pablo cayó al suelo mirando la luna deformada que parecía llorar. Jazmín tiró el cuchillo y las sombras se refugiaron bajo la debilidad de los hombres, bajo un muchacho que agonizaba en una noche solitaria de tímida lluvia, como en algún relato de novela negra que antes había leído, mientras su asesina corría despavorida al encuentro con el amor.

## IV

El terminal estaba convulsionado. El rumor convertido en noticia mundial sobre la muerte de Pablo Escobar tenía a muchos habitantes de la ciudad pasmados. Unos celebraban su caída y otros la lloraban. Miré el reloj. Eran las 9:45. Debía abordar el bus. Bajé lentamente y vi a Jazmín, sola, sentada y mirando para todos lados, totalmente desorientada. Me quedé mirando durante algunos minutos a ver si aparecía mi amigo, pero no llegó. “Pasajeros con rumbo a Montería, último llamado”, sonó en el altavoz. Tal vez mi parcerero decidió no ir a declararle su amor a Jazmín, tal vez decidió quedarse en Nefastollín, tal vez quiere vengar la muerte del Coffe o, tal vez, se emborrachó y se drogó hasta que se le olvidó nuestro compromiso. Saqué una gorra de la maleta, me puse unas gafas oscuras y pasé por el lado de Jazmín sin voltear atrás. Ingresé al bus, donde el aire acondicionado me hizo tiritar, me senté al lado de la ventanilla y supe entonces que estaba dejando un mundo que no reconocería jamás. Las primeras notas del *Requiem* de Mozart sonaron en mi cabeza mientras la lluvia allá afuera seguía siendo eterna.

## H

# CUANDO MIRAS ATRÁS

Patricia Lemus Guzmán

## H

Mientras hacías la larga fila para el cajero automático miraste atrás y lo viste. No pensabas encontrártelo en un centro comercial. Cinco años antes, habías jurado no volver a hablarle, pero te sorprendiste respondiendo al saludo que te hizo desde lejos. Te alegró llevar puesto tus *jeans* favoritos y unos tacones de siete centímetros; y qué orgullosa te sentiste del anillo en tu dedo y de tu hermoso hijo que jugaba con un carrito en tus brazos.

—Hola, Gina —te dijo al acercarse.

Habías olvidado lo alto que era. Le respondiste con el “hola” más entusiasta que pudiste.

—¿Es tuyo? ¿Cómo se llama? —preguntó refiriéndose al niño.

—Sí, se llama Juan David.

—Escuché que estabas viviendo en Bogotá...

—Sí, vivimos allá, estoy por aquí de vacaciones, visitando a mi tía.

—Ah, qué bueno... La empresa va a cerrar, ¿sabías?

—Sí, qué pesar...

Conociste a Fernando cuando ambos trabajaban en una fábrica de muebles en la zona industrial de la ciudad. Tú eras

la dulce niña de ojos verdes que contestaba el teléfono y él un joven ingeniero recién llegado de Bogotá, que no perdía oportunidad de pasar por la recepción para hacerte reír. Fue lo que te enamoró de él, porque aunque era alto y delgado, no era guapo, tenía una forma particular de caminar que hizo que tus compañeras de Contabilidad lo apodaran Huggies —camina como si tuviera un pañal cagao, decían muertas de la risa—. En ese momento no te hizo gracia, e incluso cuando él se enteró del apodo, te hiciste la que no sabía; sin embargo, desde que terminaron, en tu mente dejó de ser Fernando y se convirtió en Huggies.

Pero al principio fue Ferna, tu Ferna, el que hizo que ir a trabajar todos los días se volviera una fiesta, el que te dejaba mensajes en la contestadora para alegrarte el día, el que te ayudaba a hacer las tareas de la universidad, el que te hacía el amor diciéndote al oído: “Mi Barbie, mi muñeca”. Hasta te llevó a conocer a su mamá un fin de semana que vino de visita a la ciudad. “Fernando, a mí me encantaría tener un nieto con los ojos verdes”, dijo ella al verte. Sí, soñabas con casarte con él cuando terminaras la carrera; tú, que perdiste a tu mamá a los doce años y que desde entonces habías tenido que ir a vivir con tu tía y tus primos, anhelas una familia de verdad, un apartamento que pudieras decorar a tu gusto, ser la reina de tu hogar. Hasta tenías ya los nombres de tus dos hijos: Luis Fernando y Daniela. ¡Cuántos sueños, Gina! No contabas con que aparecería Alexandra Franco.

Cuando cruzó la puerta de la oficina, en su primer día de trabajo, y te saludó con un “buenos días”, no se te pasó por la mente que sería ella la que se casaría con Fernando. Alexandra, la nueva diseñadora, era alta, morena, de la cintura hacia arriba era la versión criolla de Pocahontas y de la cintura para abajo parecía sacada de un cuadro de Aguas-limpías. ¡Dios bendito!, esa mujer no tenía nalgas, lo que cargaba atrás era el globo terráqueo con todos los continentes descubiertos y por descubrir. Cuando caminaba por la oficina, no había cuello que se quedara quieto, era imponente y la condenada lo sabía. Los hombres se volvieron lo-

cos por ella, era su tema de conversación predilecto, y las de Contabilidad no demoraron en bautizarla Yayita.

Fernando no fue la excepción. Él, nacido en un pueblito cerca de la capital, donde un culo así es tan raro como un día soleado, a veces ni disimulaba delante de ti. Tus pellizcos no se hacían esperar, aunque en realidad pensabas que con el tiempo se le pasaría. Y tal vez hubiese sido así, porque cualquier hombre de la oficina, joven o viejo, soltero o casado, ingeniero o administrador, hubiera dado lo que sea por quedarse con Alexandra Franco, ella era ese balón de oro que todos querían ganar —y por supuesto, sostenerlo en sus manos, besarlo y exhibirlo orgulloso ante los demás— pero tuviste mala suerte, Gina...: a Yayita le gustó Fernando.

Juan David empezó a patalear en tus brazos para que lo bajaras.

—Espera, papi, ya casi nos vamos —le dijiste para tranquilizarlo.

—¿Cuántos años tiene?

Va a cumplir tres —y no te aguantaste las ganas de ser cruel—. Y tú, ¿tienes niños?

—No, todavía no —te respondió mirándote a los ojos.

Sabías perfectamente, por tus antiguas compañeras de oficina, que Alexandra había engordado varios kilos por los tratamientos que se había hecho para quedar embarazada y aún no lo lograba.

Lo que sí logró, cinco años atrás, fue quedarse con Fernando. Al principio, Alexandra se la pasaba metida en su oficina. “Muñeca, lo que pasa es que estamos discutiendo el diseño de la nueva línea de muebles”, te decía Fernando. Luego, empezaron a almorzar juntos en la cafetería (él, que nunca iba a almorzar a la misma hora que tú porque los directivos de la empresa no veían con buenos ojos las relaciones entre compañeros y quería guardar las apariencias). Y lo peor de todo eran los chismes de la oficina, tus compañeras vivían llamándote para decirte: “Se miraron, se saludaron, lleva media hora metida en su oficina; ¿ya viste la minifalda que trajo hoy?, ¡abre el ojo, nena, que la perra esa lo tiene

emboba' o!". ¿Recuerdas, Gina, el día de su cumpleaños? Fue con un vestido blanco muy ceñido que le llegaba a la rodilla y les levantó a los hombres algo más que el ánimo. Le colgaron globos en su oficina, le compraron torta y hasta recibió un ramo de flores anónimo. En Contabilidad montaron un FBI para investigar quién era el remitente de las rosas. Llamaron a la floristería y lo único que pudieron averiguar fue que el pedido lo había hecho un tal "José Pérez", y que había pagado en efectivo. "¡Qué José Pérez ni qué ocho cuartos, ese tuvo que ser Fernando!". No sabías qué hacer, más que celosa, te sentías humillada. Empezaste a descuidar los estudios, no te concentrabas en el trabajo, vivías peleando con Fernando y él aprovechaba esas peleas para perderse los fines de semana y regresar el lunes, como si nada, a la oficina.

Pero tu mala suerte aumentó. Un viernes saliste temprano porque tenías un examen en la universidad, y por la prisa se te olvidó guardar la plata de la caja menor dentro de la caja fuerte. El lunes, cuando llegaste, hacían falta quinientos mil pesos. ¡Qué lío se armó! A los pocos días tu jefe te llamó a su oficina: "Lo siento, Gina, yo sé que no fuiste tú, pero no puedo hacer más nada", y te entregó la carta de despido.

Aguantaste las lágrimas en la oficina para que Alexandra no te viera, y sólo las soltaste esa noche en el hombro de Fernando. "No te preocupes, muñeca, ahorita consigues otro trabajo". Continuaron juntos, pero ya no era lo mismo. Lo veías de vez en cuando, estaba irritable, no quería que le reclamaras nada y nunca más te hizo reír. Poco tiempo después te llamaron de la oficina: "Nena, Huggies se está comiendo a Yayita, eso aquí es *vox populi*, ya mucha gente los ha visto". ¿Cómo podías tú, pequeña Barbie, competir con Yayita? No, imposible, tenías que dejarlo ir. No sin antes decirle unas cuantas verdades.

Se acercaba tu turno para llegar al cajero automático.

—Chao, Fernando, que estés bien.

—Chao, Gina, me encantó verte, cuídate.

Mientras sacabas el dinero de la máquina, recordaste que hasta habías ensayado en el espejo esas últimas palabras, no

querías que te temblara la voz, ni que tu corazón parti'o te traicionara. Cuando fue a recogerte a la universidad le dijiste:

—¿Sabes qué, Huggies?, ya me cansé. Quédate con tu Yayita y revuélcate en sus nalgas tremebundas. No vuelvas a buscarme.

La voz de Juan David te apartó de tus recuerdos:

—¡Vamos, mami, vamos!

—Sí, ya, mi amor, ya nos vamos —Io tomaste del brazo y te alejaste, como aquel día, con la espalda erguida y sin mirar atrás.

H



# MATARON A MI LÍDER

María Ana Elisa Franco Botero

## H

—¡Jaime, Jaime! ¡No, no se muera! Aguante, por favor, no me deje solo.

—Enrique, qué pasó, dónde están todos.

—Tranquilo, Jaime, yo lo voy a ayudar. Resista.

Una bala había perforado el cuello de mi compañero de lucha. Lo único que se me ocurrió fue taponarlo con la mano el orificio que botaba sangre a borbotones. Su voz se hizo más débil, palideció y apenas balbuceaba las palabras de nuestro líder Jorge Eliécer Gaitán: “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”.

Una ráfaga de balas mató uno a uno a mis compañeros. Pertenecíamos al movimiento estudiantil. Nuestra doctrina era enseñar a los estudiantes las ideas del Caudillo Gaitán. “Me quedé solo”, pensé. Jaime con su cara destrozada y desangrándose ya no era compañía. El asesinato de nuestro dirigente Gaitán nos había obligado a reunirnos para llegar al centro de la ciudad a reclamar su muerte. Pasaban por nuestro lado hombres y mujeres que gritaban: “Arriba Gaitán, abajo la oli-

garquía”. Salían de los almacenes con toda clase de mercancía robada. Sentí tanto miedo que grité con toda mi fuerza:

—¡Ayuda, ayuda! Alguien que me ayude, mi amigo se muere.

—Señor, subámoslo a la volqueta de mi hermano —dijo el vigilante del edificio que estaba enfrente de nosotros—. Deme un segundo y dejo encargada a mi hermana de la portería.

—El vigilante es la salvación —le dije a mi amigo—. Tranquilo, compadre, ya viene la ayuda.

—Apúrese, Enrique.

La voz de Jaime apenas se escuchaba.

Entre los dos arrastramos el cuerpo desgonzado de mi compañero. Cuando nos aproximamos al camión que estaba a pocos pasos, mi amigo alzó su brazo izquierdo y, sollozando, dijo: “Amigo, me voy. Es un honor morir el mismo día que Jorge”. Sonrió, sufrió una convulsión y expiró.

Sentí el frío de la muerte, estaba perdido en esa ciudad incendiada, llena de escombros, cadáveres por donde se mirara, borrachos tambaleándose, mujeres luciendo finos abrigos, un caos total. “La guerra, esta es la guerra”, me dije. “Qué más da”. No pude más, rompí en llanto, cerré los ojos de Jaime, me quité el saco manchado de sangre y lo dejé sobre el cuerpo inerte de mi amigo. No tuve más remedio que aceptar la realidad y decidí devolverme a casa. Mi vida peligraba. El trayecto era largo, tenía que caminar desde la carrera Trece con calle Treintaidós, hasta la calle Sesentaicuatros con carrera Veinticuatro, en el Siete de Agosto. Fue desolador el panorama, no había un solo metro de la calle libre de basura, vidrios, palos y piedras por todas partes. Se escuchaban sirenas y gritos de angustia en cada esquina. La imagen de mi madre... no la podía apartar de mi mente. Rogué a la Virgen María para que la protegiera. Apuré el paso. Al llegar a la calle Sesentaicuatros con carrera Quince, un grupo de hombres se lanzó sobre mí.

—¡Burguesito de mierda! Identifíquese, ¿de qué lado está?

Como pude saqué el carné que me acreditaba como miembro del movimiento defensor de las ideas de Gaitán. Sentí un fuerte olor a licor. Me quedé inmóvil. Apenas ojearon el documento soltaron la carcajada, me pegaron con un palo

en la cara y se rieron diciendo: “Vamos por ellos, la venganza es nuestra”. Pasando la calle había un señor que gritaba:

—¡Dejen al muchacho!, no lo maltraten, él es de los nuestros.

Los hombres aceptaron su pedido y me soltaron. El hombre me hizo señas y me invitó a seguir a su casa.

—Muchacho, siga. Mucho gusto, me llamo Cristóbal.

—Gracias, don Cristóbal, por su confianza, es usted muy amable.

—Yo me llamo Enrique, pertenezco al Movimiento Liberal.

—Mi sexto sentido nunca me falla —dijo don Cristóbal—. Ya hablaremos de los hechos, Enrique.

Entré a la casa y estornudé, el ambiente estaba muy húmedo. Una montaña de cajas interrumpía la entrada principal. Los listones de madera chirriaban al caminar. Observé las repisas que forraban las paredes del comedor y recordé una colección de tazas y platos de mi madre. La mayoría de las casas de esa zona de Chapinero conservaban el mismo estilo. Los muebles estaban cubiertos con sábanas.

Le pregunté:

—Señor, veo que están de trasteo, ¿llegan o se van?.

Don Cristóbal respondió:

—Nos vamos. Esta noche viajamos a Cali, pero como está la situación, no creo que lo podamos hacer.

—Papá, papá, ¿dónde está mi mamá? —dijo la niña que vi abrazada a los barrotes torneados del cedro macizo; estaba sentada en el borde del último peldaño. Esa niña, de más o menos doce años de edad, lloraba desconsolada.

—Stellita, no llore más —dijo su papá y le acarició la cabeza—. En un rato llega la mamá.

—Don Cristóbal, ¿en qué le puedo ayudar? —Le dije mirando a la niña, quien me llamó la atención porque estaba vestida de negro.

Él me dijo en voz baja:

—Ha sucedido una tragedia en esta casa, estamos de luto por la muerte de mi hija mayor, Lucero.

—Síntese por favor, Enrique. Me disculpa por no poder ofrecerle algo de comer y menos de beber, acabo de escuchar las noticias, parece que el agua está envenenada.

Recordé la hora de mi medicamento y no tuve más opción que salivar para poder tragarlo.

—Señor, señor, ¿quién es usted? —preguntó la niña.

—Niña, niña... ¿Está aburrida? Si quiere le leo un cuento —le dije.

Por un instante dejó de llorar y de nuevo se sentó, observándome detenidamente. En ese momento tocaron a la puerta. Era la vecina que llegaba preguntando por doña Enriqueta.

—Cuelguen la bandera con una cinta negra, la chusma viene y pueden entrar a la casa. Esta es la consigna para protegernos —dijo la señora.

El señor Cristóbal no sabía dónde buscarla, todas las pertenencias estaban guardadas en esas cajas y no tenía a quién preguntar.

—Don Cristóbal, yo le puedo colaborar —dijo la vecina—. Cortemos la mitad de mi bandera y que la niña se quite el cinturón.

—Vecina, ¿puedo pedirle otro favor? —dijo don Cristóbal—, debo salir a buscar a Enriqueta y no quiero dejar a la niña sola.

—Sí, señor, no hay problema, yo la cuido.

—Enrique, ¿usted me acompañaría? —me preguntó don Cristóbal.

—Claro que sí, estoy a su entera disposición.

Colgamos la bandera con la cinta negra en la ventana de la segunda planta. Don Cristóbal cerró la casa con llave y entregó la niña a la vecina. Caminamos por el barrio preguntando a los vecinos por la señora. Nadie respondía a la puerta. Al final de la calle el tendero lo llamó:

—¡Don Cristóbal, su señora va rumbo al Cementerio Central! No fue posible detenerla. Lloraba por su hija. Dijo que no podía permitir que la niña estuviera con la chusma.

—Sí, don Cristóbal —le dije—. Esa es una orden de la policía, están llevando a todos los muertos al cementerio. Lo mejor es ir a la estación de policía y pedirles que nos lleven en una patrulla, los francotiradores están camuflados y pueden herirnos.

En ese momento hubiera querido estar en casa, con mi madre. Pero el sentimiento de gratitud hacia ese señor era muy fuerte y no podía abandonarlo a su suerte.

Apuramos el paso, encontramos en el camino a un comandante quien muy amablemente nos ofreció acercarnos al cementerio. Debíamos esperarLo hasta tanto no llegaran los refuerzos. Don Cristóbal temblaba, se quitó repetidas veces el sombrero; ansioso, me dijo:

—Enrique, ahora sí cuénteme, ¿cuál es su relación con el Caudillo? Usted es muy joven, ¿a qué se dedica?

—Señor —le dije—, siempre he querido luchar por la igualdad de mi pueblo. Gaitán sembró en mí las ganas de defender sus ideales, pero la verdad, hoy me siento derrotado, perdido en un barco sin capitán. ¿Qué voy hacer sin mi líder? ¡Mis compañeros murieron!

—Muchacho, ¿y su familia?

—Vivo con mi madre, mi padre murió cuando yo tenía dos meses de nacido. Soy el hombre de la casa. Estudio en la mañana en el Camilo Torres y en la tarde me desempeño en un oficio muy noble, la carpintería.

Una orden interrumpió nuestra conversación.

El comandante Trujillo se disculpó por la demora, tenían muchos inconvenientes pues la guarnición de la Policía Nacional de Bogotá se había sublevado uniéndose a la revuelta. Estaban solicitando ayuda departamental y municipal. El Ejército Nacional estaría al mando; y mientras esto se organizaba, los desórdenes crecían. Nos presentó a su subalterno Torres, quien nos invitó a subir a la Ford gris.

—Debemos apurarnos, usted debe regresar a casa pronto —dijo don Cristóbal.

Sentí un escalofrío que me hizo temblar, lo asocié con la muerte y me pregunté: “¿Qué más tendré que ver en este día?”. Los latidos cardíacos se aceleraron, al igual que la marcha de aquella camioneta. Torres maniobraba el timón como si fuera su juguete preferido, frenaba intempestivamente. Pi-pi-piiii, a todo lo que se le atravesara.

—¡Agárrense pues, que en un santiamén llegamos!

Don Cristóbal exclamó:

—¡Llegamos, Enrique! ¡Que Dios nos ayude!

—Me despido —dijo Torres.

Buscamos la tumba de su hija. Había fallecido el dos de enero del mismo año a la corta edad de catorce años.

Mi mandíbula se movió de izquierda a derecha desatando un fuerte dolor de cabeza. Tomé aire, sequé mis manos en el pantalón y no pude controlar el temblor de mis piernas.

—¡Enriqueta, Enriqueta! —gritaba don Cristóbal—. Al fondo de todas las bóvedas se escuchaban los gemidos de una mujer. Corrí para escuchar más de cerca y don Cristóbal me siguió. Allí estaba tirada sobre el césped. Descompuesta, pero aun así no ocultaba su porte señorial. El pelo recogido en una moña la caracterizaba como toda una maja. Su imagen no correspondía a sus actuaciones. De las manos de la señora se vertía la sangre mezclada con la tierra y el pasto, las empuñaba y golpeaba la lápida. Por un momento imaginé a mi madre ante mi tumba. “¿Perdería la cordura?”, me pregunté.

Unos policías intentaban levantarla, pero ella no lo permitía; don Cristóbal me pidió ayuda y la levantamos. Estaba desencajada, gritaba:

—¡Ayúdenme a sacar a Lucero!, no quiero que esté con la chusma”.

Su esposo, con toda la delicadeza del caso, trató de persuadirla, y ella poco a poco se fue calmando entre sus brazos.

—Cálmate, mujer, eso es imposible, vámonos. Stellita está con la vecina, debemos ir a casa.

Ella apenas lo miraba y decía:

—Mi hija, mi hija.

—Mija, le presento a Enrique —dijo Don Cristóbal.

Ella, muy seria, me preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Es amigo de mi esposo? Nunca lo había visto.

—Señora —le dije—, estoy a sus órdenes, su esposo me salvó la vida.

—Vámonos ya, Enriqueta —dijo don Cristóbal—, debemos salir, es muy peligroso.

A la entrada del cementerio nos encontramos con unos hombres descargando de una volqueta unos cadáveres. Les pregunté si nos podían llevar hacia Chapinero, pues era imposible encontrar otra clase de transporte.

—¡Súbanse! —gritó el más viejo—, no hay tiempo.

Ayudé a don Cristóbal a subir a su señora, pues la altura de ese vehículo no era la apropiada para subir a una dama. Arrancó con tanta velocidad ese hombre que salimos despedidos hacia el fondo del camión; un olor repugnante nos produjo náuseas. Todo estaba manchado con sangre, doña Enriqueta entró en pánico y empezó de nuevo a llorar. Resolvimos bajarnos a pocas cuadras. No tuvimos más remedio que caminar. Ya estaba cayendo la noche y el frío nos calaba los huesos.

Estaba agotado, de nuevo pensé en mi mamá y me sentí mal, me sentí un ser irresponsable: me había desaparecido durante todo el día; mi pobre madre debía estar pensando lo peor.

—Don Cristóbal, debo apurar el paso, debo llegar pronto a mi casa.

—Tranquilo, Enrique, siga su camino, nosotros seguiremos el nuestro. Gracias por su ayuda, ojalá encuentre bien a su mamá.

Un apretón de manos y un hasta luego fue nuestra despedida.

Seguí caminando. No podía sacar de mi mente ni de mi corazón el dolor de la muerte de mi líder, la de Jaime, la de mis otros compañeros y el luto familiar de mis nuevos amigos.

Por fin ya estaba próximo a llegar a mi hogar, quería abrazarla, contarle todo lo sucedido, pedirle perdón y decirle que nunca jamás me alejaría por tanto tiempo de la casa.

Había llegado. No lo podía creer, los ventanales estaban destrozados, la puerta principal había sido convertida en astillas. Sentí un fuerte mareo, por ninguna parte vi la bandera de Colombia. De nuevo mi mandíbula traquéó y el dolor de cabeza se hizo más intenso.

—¡Madre! ¡Madre!

Me asomé y la escena me dejó atónito:

—¡Qué infamia!, ¡desgraciados, qué hicieron! ¡Madre, dónde estás?, madre, por favor, ¡madre, respóndeme!

Corrí por toda la casa, ya no podía más, sentía que desmayaba. Busqué la insulina en lo que quedaba del gabinete metálico del baño y tembloroso atiné en la pierna como pude. Un calor intenso quemaba mi cuerpo, la resequedad de mi boca ansiaba beber un río entero, el dolor intenso de las articulaciones me tumbó al piso...

... Entre dormido y despierto escuché la voz lejana de mi madre...

—... Hijo, voy a contarte sobre la muerte de tu padre..., él sufrió de una enfermedad llamada diabetes, la padeció desde muy joven. Entró en un coma cuando tú naciste. Debes cuidarte...

—Madre... ¡madre, dónde estás! No me dejes, quiero verte. ¡Papá! Dame un abrazo, vamos a buscar a mamá...

H



# DOS VASOS Y UNA BOTELLA DE AGUARDIENTE

Josefina Quintero Murcia

## H

Te besaste con Carlos, pero realmente te gustaba Juan, su hermano. Comenzaste a conquistarlo desde la pista de baile con el movimiento de caderas que tus *jeans* ajustados resaltaban.

Ellos compartían una mesa al frente de donde estabas. Al bailar cerca, descubriste que eran idénticos.

Cuando la canción terminó, abandonaste la pista y te encontraste a uno de ellos en el pasillo que conducía a la parte posterior del lugar, en donde había poca iluminación. Tropezaste con quienes venían de la pista de baile buscando con afán un turno. Había satisfacción en tus ojos y deseo de disfrutar de la noche.

A uno de ellos lo viste tomar hacia el baño de las damas. Tenía un *sex-appeal* que lo hacía irresistible. Su estatura no pasaba desapercibida. Vestía ropa blanca. La luz ultravioleta resaltaba su figura, igual a la de su hermano. Estaba solo.

La cámara de seguridad cubría la vista del pasillo que registraba la alegría del lugar. Allí quedó grabado cuando la puerta del baño se cerró.

\* \* \*

La discoteca estaba cada vez más llena. Los que llegaron primero se ubicaron en las mesas de madera de la primera planta, donde una lámpara con luz tenue dejaba ver en la penumbra la silla que completaba el juego de muebles. Luces intermitentes de colores giraban alrededor de la pista decorada en la pared con fotografías de Marc Anthony, Silvestre Dangond, Gilberto Santa Rosa y Shakira. En el interior de la segunda planta, colgados sobre los polines del techo, había guitarras, timbales, maracas y un acordeón pequeño. Se subía por una escalera metálica en forma de caracol. El balcón, con vista panorámica, dejaba ver la avenida que recibía los carros que ingresaban a la ciudad. La música impactaba con melodías de salsa, vallenato, merengue y reguetón en la primera planta.

La seguridad de la discoteca era controlada por un joven que a través de cámaras vigilaba los movimientos que se daban en la noche. En una de las pantallas apareciste. Forcejeabas con alguien que te halaba desde el interior del baño en el momento en que abrías la puerta para entrar. Caíste y una mano grande te levantó por el brazo.

La loción que impregnaba tu brazo era la misma que percibiste en el pasillo. Uno de los jóvenes estaba contigo. No gritabas. Sobre tu boca se posaban unos labios gruesos que doblegaban tu voluntad mientras sus manos te estrujaban los pezones erguidos, duros, y te sujetaban fuertemente, acercándote poco a poco. La oscuridad del baño no te permitió distinguir cuál de los dos hermanos te reducía.

\* \* \*

Los miembros de seguridad que realizaban el recorrido por el pasillo, encendieron la luz. En ese instante, viste con incertidumbre, el rostro del joven. Lo empujaste y él se resbaló sobre el piso mojado, golpeándose la cabeza con el borde de la puerta. La sangre fluía de su frente.

Estabas aturdida, con el torso desnudo. Agachaste la cabeza e intentaste cubrirte con las manos y los brazos. Al baño llegó el otro joven. Dijo llamarse Juan, el hermano gemelo de Carlos. Había llegado a auxiliarlo.

Se comunicaron a través de unas señas que sólo ellos comprendieron. En la mesa aguardaban dos vasos y una botella de aguardiente sin destapar. Carlos había ganado la apuesta.

H

# LA DEUDA

Juan David Hernández

## H

En la vida como policía se pueden ver muchas cosas, como usted lo sabe, señor fiscal. Uno puede escoger cualquiera de los dos caminos: la corrupción o la honestidad y, pues ya que estoy frente a usted, se podrá imaginar cuál de los dos escogí.

Yo, aquí sentado frente a usted, podría contarle muchas cosas, pero vamos al grano. Tengo entendido que lo que usted quiere saber es de mis pequeñas exportaciones al exterior.

Yo he exportado muchas cosas: drogas, mujeres, armas y cualquier otra cosa que se pueda imaginar. Ahora lo hago por las ganas de tener dinero, pero antes no era así y usted muy bien lo sabe.

Todo empezó cuando mi pobre vieja estaba en el hospital con una enfermedad terminal, y como no tenía para pagar el tratamiento, pues me decidí. La primera vuelta fue con pequeños intercambios de drogas entre el Valle del Cauca y Antioquia, pues como puede saber trabajé para el gran Pablo Escobar, pero me di cuenta de que los ingresos que estaba teniendo no eran suficientes para satisfacer mis gustos. Total,

usted se dio cuenta de que después de una semana mamá murió y todo fue diferente de allí en adelante.

Después de los movimientos entre el Valle y Antioquia, lo que siguió fue la trata de blancas, que con el cargo que tengo en la Policía fue muy fácil. Empezamos a mandarlas hacia Venezuela, Ecuador, Bolivia, Cuba y México, pero después me di cuenta de que enviándolas a lugares tan cerca no ganábamos dinero, al contrario, entonces ese negocio no me convenía.

El siguiente paso fue la exportación de coca hacia EE.UU. Esa vuelta sí dio resultado, pero yo creo que aparte de todo esto, lo que usted quiere saber es sobre su hija. Le aclaro que de eso no le puedo decir nada por petición de ella misma. Yo, como persona muy cercana a ella, tampoco quería mandarla a que me cagara la vuelta más grande de toda mi vida, pero como era ella y no otra, no me pude negar. Mi confianza en ella se acabó ese día, por eso en este momento está trabajando para poder pagar sus deudas.

Ya que conoce la historia, usted decide si me mete preso. Tenga en cuenta que todo empezó por salvar a mi madre, que al fin y al cabo es la misma suya, y que no se le olvide que hoy es fiscal sólo porque yo se lo permití. Usted también tiene una deuda conmigo, pero como ya sabe, no se la puedo cobrar de la misma forma. Si ella llega viva, dígale que la espero en la cama donde pagó su primera deuda.

# H

# EL SAPO ENCANTADO

Jael Monroy Soto

## H

El día era frío, como siempre. En la gran ciudad llovía. El goteo lento de la brizna que caía se tornaba casi imperceptible. Omai-  
ra estaba sentada en el auditorio, al igual que otros trescientos  
diecinueve participantes del congreso. Observaba la curiosa  
decoración del escenario, digna de imitar para un evento de  
su ciudad; disfrutaba de la música de fondo, *Yanni en concierto*  
desde el Taj Mahal. Adoraba esas melodías y la imagen del pia-  
nista extasiado tocando dos instrumentos al tiempo.

Esa tarde vestía pantalón con chaqueta azul y camisa  
blanca de puños abotonados. Llevaba botines negros y medias  
gruesas para protegerse de la baja temperatura que le afec-  
taba tanto el ánimo como la salud. Era el clima que menos  
disfrutaba. Amaba los días de playa y los cálidos rayos del sol  
acariciando su piel trigueña. A sus cuarenta años lograba con  
ejercicio diario mantener una figura armónica, cuerpo salu-  
dable, abundante melena que adornada su rostro ovalado de  
facciones delicadas y labios carnosos.

Esperaba su turno para presentar una de las tantas ex-  
periencias exitosas de la empresa en la que se desempeñaba.

El puesto a su lado derecho permanecía desocupado. Centró su atención en el anciano canoso, experto expositor quien daría inicio a su disertación inmediatamente. Pasaron más de quince minutos cuando un hombre algo mayor que ella se sentó a su lado, contextura mediana, tez blanca, cabello lacio, sonrisa franca, ojos oscuros y brillantes. La miró directamente preguntando si podía ocupar ese lugar. Fue como haber recibido una descarga eléctrica, era tal la energía que traía aquel caballero que la mujer perdió totalmente el hilo de la charla. Físicamente no le atrajo mucho, no obstante, el hechizo entre los dos fue instantáneo.

Minutos después el doctor Nahúm se presentó. Se trataba de un médico de cuarenta y cinco años que vivía en una ciudad intermedia y compartía con Omaira la misma especialización, siendo ella ingeniera, razón por la cual se encontraban allí.

Después de expresar rápidamente quién era él, empezó a indagar por lo que había detrás de ese llamativo rostro que le atrajo, sin que la ingeniera tuviese forma alguna de abstenerse de responder. Solía ser reservada con su vida privada, pero esta vez esa regla se desmoronó. En menos de media hora había puesto al doctor Nahúm al tanto de los acontecimientos ocurridos en su último año de vida.

Pronto llegó la hora del almuerzo. Recorrieron el club para acceder al lugar donde podrían ingerir sus alimentos, caminando a la par para luego compartir mesa. Omaira parecía estar en un letargo, recobraba la sensatez por efímeros espacios de tiempo. En algún momento, mientras comía, se preguntó: “¿Por qué he sido tan confiada con este hombre, siendo la primera vez que lo veo y sin saber realmente quién es?”.

El doctor Nahúm pareció leerle el pensamiento, disimuló mostrándose comprensivo y, de forma diplomática, empezó a contar parte de su historia de vida, buscando tal vez equilibrar la balanza, motivado por la actitud intrigada de la ingeniera. Al finalizar el almuerzo volvieron hasta el salón donde continuaba el evento. Cada mirada, cada roce de sus cuerpos incrementaba las sensaciones, el deseo iba en vertiginoso aumento, en especial después de aquel

instante en el que Omaira se sintió delatada por su propio e incontrolado cuerpo al bajar unas escaleras.

En la tarde compartieron varios espacios. Omaira percibía la presencia del médico en el lugar, aun sin verlo. Sabía que se encontraba cerca cuando sentía nuevamente la descarga de energía sexual recorrerle el cuerpo. El hombre lograba alterar su estado sólo con la presencia. Sus pensamientos empezaron a descontrolarse, era inevitable, este desconocido le estaba provocando sensaciones que hacía tiempo tenía reprimidas debido a la separación del padre de sus hijos.

Desconocía que el médico, al igual que ella, contaba con un espacio para presentar la organización en la cual trabajaba. Cuando lo vio subir al escenario, experimentó en toda su humanidad una sensación que conocía, sin embargo, la intensidad actual la hacía imposible de definir. El deseo se materializó, reconociéndolo en la humedad de su entrepierna. Detalló de arriba abajo, preguntándose por qué razón le hacía perder el control. Ella, normalmente empaquetada en varias armaduras para protegerse de los buitres comunes en su entorno, no sólo por su éxito como profesional, por su porte y elegancia, sino por su condición actual, ahora estaba abierta a este hombre, deseando que la historia de hadas fuese exactamente al contrario. Su instinto anhelaba verlo convertido en sapo para tener el placer de darle un beso, largo, profundo y apasionado que lograra transformarlo en el príncipe que trajera con él la llave de sus sentidos y abriera el portón de las sensaciones, trasladándola por una vía segura al desfogue pleno de la libido aprisionada en el traje de su cordura.

De no ser por la mirada directa del médico desde el escenario, cuando por fin logró acomodarse el micrófono en la solapa de su chaqueta negra que hacía juego con el pantalón y con la impecable camisa blanca, habría continuado soñando y tal vez se hubiese permitido experimentar un orgasmo encubierto allí mismo.

La presentación del eminente galeno fue enriquecedora para los demás asistentes al evento. Al finalizar, todos aplaudieron profusamente. Omaira no supo a ciencia cierta lo que dijo. Apretaba los labios con cada gesto sugestivo del



ponente. Dejó divagar su mente, fantaseando con esa boca que la excitaba, mordisqueando centímetro a centímetro su cuerpo. Recreó la forma como las sutiles manos del hombre recorrerían cada parte de su silueta, cual ave apresurada buscando donde protegerse de un fuerte aguacero. Disfrutó del sabor de su boca, presagiando una cascada incontenible de explosiones vehementes que la llevarían sin control hacia el más sublime de los abismos.

Salió de su ensoñación cuando lo vio sentarse junto a ella. Como establecía el protocolo, lo felicitó por su presentación, encontrándose de frente no con una mejilla para rozar un discreto beso, sino con unos labios ansiosos de poseerla. Sintió nuevamente la contundente energía vital del hombre, el deseo mutuo quedó al descubierto cuando la recorrió íntegra, en un intento por desnudarla visualmente. Sus manos entrelazadas lograron atenuar sutilmente la exaltación de la respiración y el incremento de velocidad de sus torrentes sanguíneos.

Sentados, mirando al frente, aparentaban escuchar las disertaciones de los otros profesionales. Sabían que no estaban allí, que se habían adelantado a un lugar más privado donde podían dar rienda suelta a sus anhelos y dejarse llevar por la vorágine de los instintos.

Por fin, a las seis de la tarde, intentando ser formal, el doctor Nahúm invitó a Omaira a cenar. sus hoteles estaban cerca, así que sería fácil desplazarse. Por alguna razón, la ingeniera debía pasar a su habitación antes de aceptar la invitación.

Subieron al taxi. Sólo bastó estar dentro para que se perdieran en el beso soñado. Una leve pausa con el fin de orientar al conductor y luego otro beso, largo, apasionado, intentando ser contundente para que pronto saliera a la superficie el príncipe encantado con la llave mágica.

El ambiente revelaba la excitación, sus cuerpos emitían olores acordes con el apetito sexual de cada uno. Se reconocían en el deseo del otro. El conductor, que discretamente intentaba no mirar por el espejo retrovisor, sin duda alguna comprendió que sus pasajeros desbordaban el deseo de poseerse mutuamente y que mientras más rápido llegara al destino sería mejor.

No planearon nada, por la cabeza de Omaira no pasó la idea. Ella pidió la llave y el doctor, muy puesto en su lugar, solicitó en la recepción del lujoso hotel que le permitieran ingresar con ella. Por supuesto que el personal de seguridad se previno, teniendo en cuenta que no estaba registrado y que era un alto riesgo para la huésped.

El médico dejó al descubierto todos sus atributos de persuasión y logró convencerlos. Un botones los acompañó hasta la puerta de la habitación, quiso que la dejaran abierta sin lograr el objetivo. El doctor consiguió que desistiera de su intención y la cerró sutilmente ante su mirada expectante.

Al cerrar, las manos del hombre se multiplicaron, corrían esparciendo caricias, dejando un tapiz de huellas indelebles en la piel de Omaira. Tan rápido la despojó de la ropa como se deshizo de la suya. La tomó por la cabeza y la besó apasionadamente, escudriñando cada rincón de su boca con esa lengua inquieta que desenterraba todas y cada una de las sensaciones posibles. El torrente de emociones no permitía control. Omaira deseaba como nunca sentirlo, lo disfrutó, acarició como quien estando ciego reconoce un objeto amado y extraviado por mucho tiempo. Fueron minutos de éxtasis, inolvidables, los gemidos cargados de lascivia, el ardor y la resequedad en la boca que impedían articular palabras coherentes, la cascada era imparable, sus mentes se desconectaron, el exceso de humedad en sus genitales habría podido atenuar la voracidad de un verano inclemente, supliendo el líquido necesario para mantener la vida.

El médico tomó tiempo para acariciar los senos de Omaira. Recorrió con su lengua los pezones, tal como ella lo había imaginado. Apretó con una sutil presión que la hizo gritar de placer, bajó hasta el ombligo y después hasta el monte de Venus. Se acomodó sobre ella, tomando un corto respiro para colocarse el preservativo y la penetró con todo el vigor de que fue capaz. Ajustaron el ritmo y se dejaron llevar, totalmente sincronizados, náufragos en el océano del placer, perdidos en una mutua incursión erótica, ávidos el uno del otro. Fue mágico. Pese a que jamás habían compartido nada, lograron desatar las amarras de sus ansias al

tiempo, los más espectaculares juegos de luces se fragmentaron en millones de trozos que recorrieron cada una de sus células, transportándolos desafortunadamente por un sendero fantástico hasta llegar juntos al nirvana del orgasmo.

Al terminar, unas risitas cómplices de asombro y plenitud fueron interrumpidas por el impetuoso recuerdo del botones en la puerta. Se levantaron inmersos en un silencio entendido, se vistieron apresuradamente intentando ralentizar el pulso exacerbado y recuperar su compostura, por lo menos en apariencia.

El botones intuyó lo que había pasado, fue observador y discreto, su interés era garantizar la seguridad de la ilustre huésped. Salieron abrazados, con la excusa de abrigarse del frío inclemente en el exterior. Parecían unidos de antaño por un hilo invisible que aunque flexible mantenía siempre el control.

Durante la comida, Omaira supo que el médico también estaba separado, que tenía una hija y ninguna intención de recuperar su matrimonio.

Al día siguiente terminaba el congreso. Se encontraron ingresando a los eventos y departieron momentáneamente. Omaira sabía que había sido una aventura que llegaba a su fin, no era tan ingenua como para creer totalmente la versión masculina sobre su estado civil. Llegó a pensar que tal vez estuviera acostumbrado a hacer siempre lo mismo o simplemente era un hombre felizmente casado que negaba a su esposa para vivir momentos como este. Se animó recordando el placer vivido, concluyendo que de cualquier forma valió la pena darse la oportunidad de sentir.

Todo terminó con la promesa mutua de viajar algún día a la ciudad donde cada uno residía para verse de nuevo. Compartidos celulares y correos, se despidieron como dos compañeros de congreso que logran establecer una buena relación a lo largo del evento.

De vez en cuando, Omaira enviaba saludos cifrados en algún mensaje que esporádicamente él respondía, quizá inmerso en sus ocupaciones y en la atención de su nueva familia.

Años después, sin volverse a ver físicamente, cuando los dos se encontraban sumergidos en sus vidas, el doctor Nahúm reestableció el contacto, desconocía el porqué, ni el cómo y

mucho menos el para qué. Se sintió atraído por la imagen pública de Omaira, sin saber que después de aquella noche, ella había regresado con el padre de sus hijos, de quien ahora nuevamente se estaba separando, esta vez para siempre.

Las mismas sensaciones que disfrutaron aquella noche de julio los volvieron a unir en perfecta sincronía. Bastaron sólo unas palabras sutiles y exactas a través del teléfono para que la energía se volviera a desbordar como el río que busca afanoso recuperar su cauce.

H

# MARY CARMEN

Miladeh Esther Illidge Zableh

## H

### I

Siempre han cuidado de mí. He sido deseado, amado, odiado o todo al mismo tiempo; como haya sido, así me ha gustado. Andando por el mundo he paladeado y disfrutado sabores, olores y sonidos que desbordan los sentidos.

Me he embriagado con chichas, cocteles y licores de todas las calidades y los precios; he gozado pieles de mujer de todos colores y texturas, pero, vale decirlo, siempre he tratado de cuidar y de rendirle culto a mi cuerpo, no sólo a mis sentidos.

Me ha gustado vivir bien, he elegido vivir bien, como yo concibo vivir, disfrutando de todo, libre y sin complicaciones.

### 2

Recuerdo vívidamente la primera vez que la vi, a ella, mi mujer y madre de mis hijas. La primera vez que nos sentimos, aun sin habernos tocado.

Fue un día húmedo y pegajoso, de esos en que densas nubes encapotan el inclemente sol que abrasa y derrite cuan-

do uno camina por la calle. Un día así, estando en el gimnasio, súbitamente me topé por primera vez con sus ojos.

3

Una sensación hormigueante me recorrió la espina dorsal y, sin pensarlo, mi cuerpo giró con rapidez; allí estaba él, sosteniendo unas pesas tipo mancuernas con las manos; cada palmo de su piel expuesta brillaba por el sudor como bronce bruñido y tallado hermosamente por un diestro escultor...

4

Deslicé mi mirada despacio por sus turgentes senos, su deliciosa cintura y sus acogedoras caderas; me hablaron de abundancia, de sexo, de femineidad.

5

Sus ojos me traspasaron con irreverencia que no respetaba el culto al amor... Ansié que me amara y que con sus varoniles manos acariciara cada palmo de mí...

Deseé que sus labios carnosos, condenadamente provocativos, me quemaran el corazón..., que me borrarán del alma y de la piel esa sensación de soledad y de carencias que tanto me atormentaba...

6

Pero... la verdadera belleza de Mary Carmen no la define su erotismo ni la oculta lujuria que la envuelve y me seduce; no son sus altaneras nalgas, ni siquiera la sensualidad de su boca o las redondeces que me consumen de deseo. No, la verdadera belleza de mi mujer está en su capacidad de darme justo lo que necesito.

En mi parecer de eso se trata, de juntarte con alguien que se apropie de lo que no te interesa apropiarte; que te sacie los sentidos, te solucione casi todo y que no te joda la vida.

Huérfana de madre desde niña, a cargo de sus hermanos menores y de un padre vividor, Mary Carmen está hecha a mi medida; nacida para complacer.

Mujer, hija, hermana y madre, siempre lista para ser usada, para ser consumida; pero ese, ese no es mi problema.

H

# MEJOR LA SEGURIDAD

Julio Santiago Cubillos Bernal

## H

Juanita y Laura planean hacer una fiesta de disfraces el día de Halloween, en la casa de Camila. La casa es sencilla y de un solo piso.

Camila y Laura se encargan de los pasabocas y Juanita de los adornos.

Juanita llegó puntual y timbró, pero nadie le abrió. Timbró de nuevo.

—¡Hola! Soy yo. ¿Me van a abrir?

—Sí, ya le abro —dijo del otro lado un hombre al que ella no conocía.

—¿Es familiar de Camila?

—Sí.

El hombre la dejó seguir y cerró la puerta. Luego la encañonó con una pistola.

—¡Entrégueme el celular!

—No tengo ningún celular.

—¡Entrégueme el celular!

—Sólo tengo este iPod.



Después de entregarlo, ella continuó caminando y apareció otro hombre cubierto con un tapabocas, también armado, quien le ordenó entrar en la cocina. Al abrirse la puerta vio a Camila y su familia amordazados, custodiados por un tercero cubierto con pasamontañas.

El papá respiraba con dificultad.

—¡Amordácenla! —le gritó uno de ellos al que los vigilaba.

Nuevamente sonó el timbre. Un minuto después, Laura estaba sollozando junto a la familia, tirada en el piso de la cocina.

—¡Cállese!, si no quiere que la golpee.

—¡Amordácenla! —ordenó el que le había abierto a Juanita.

—¿Dónde está la caja fuerte? —preguntó uno de ellos al viejo, mientras le quitaba la mordaza.

—Saliendo a mano derecha, en el cuarto, al final del corredor.

—¡La clave!

—No la sé. Nunca hemos usado la caja, es muy vieja.

Dos de ellos, el que parecía el jefe y el del tapabocas salieron.

El estruendo hizo cimbrar la casa. Dentro sólo encontraron una pistola vieja. Empacaron los computadores, algunas joyas, cámaras de fotografía, teléfonos y dinero en efectivo.

Los ladrones echaron todas las cosas en el baúl de la patrulla que habían dejado en el garaje, se deshicieron de sus pasamontañas y se volvieron a colocar sus uniformes para salir a auxiliar a los buenos ciudadanos.

## H

# LA CASA

Jair Alexander Dorado Zúñiga

## H

Alguien golpea la puerta con vehemencia en la madrugada. Adormilado, cruzo el zaguán a oscuras y abro. El molesto visitante soy yo mismo; al fondo, la noche densa. No le permito entrar. Él insiste y forcejamos. Finalmente consigo echarlo. Se queda plantado, ahí, bajo la luna, en medio de la calle inhóspita.

El sueño solía presentarse con algunas variaciones; a veces era la abuela quien pretendía que le abriera. Igual se lo impedía, pero acababa sintiéndome culpable por dejarla en plena noche, indefensa, con su batola de dormir blanca. En ocasiones era yo el que se quedaba a la intemperie. Entonces me asaltaba el terrible miedo a los delincuentes nocturnos, y despertaba.

Así empecé a soñar con la casa, la casa silente y abatida que un día prometí no abandonar. Los sueños venían cargados de ansiedad. Más tarde mutarían en pesadillas que me dejaban sentado en la cama, temblando. La irrupción de las imágenes marcó el final de una fugaz etapa sembrada de vagas ilusiones. Los cambios repentinos me habían llevado a pensar en un porvenir posible. Arrendé un apartamento en lo alto de un edificio nuevo, al norte

de la ciudad. A la empleada de la inmobiliaria no le hicieron falta las argucias del lenguaje comercial para hacer que firmara el contrato; su sonrisa sugestiva, la constelación fantástica de pecas diminutas que salpicaban sus mejillas y mi afán por huir de la quemazón de su atmósfera candente, se encargaron del trabajo. De cualquier manera, la elección tenía la marca de un gran acierto. Todo era tan diferente y novedoso: el ascensor revestido de espejos, la piscina en forma de corazón en el verde luminoso de los prados, el sendero adoquinado entre el bosque de eucaliptos, el estanque con sus patos. Así, el eslogan de la urbanización parecía fidedigno: “Un paraíso natural, a un paso de la ciudad”. El recuerdo de las calles mustias e inseguras del centro se hizo lejano, como una fotografía a blanco y negro olvidada entre las hojas de un viejo libro. La vida se colmaba de buenos augurios.

La mayor parte de las viviendas estaba habitada por familias jóvenes, de aire impetuoso y saludable. Gente vivaz y gentil, con sus horarios, sus obligaciones, con su lugar en el mundo. En la puerta del frente vivía una simpática estudiante universitaria que se alegraba de tenerme como vecino, la misma que después empezaría a urdir cierta animadversión hacia mí. Yo los espiaba con una extraña mezcla de envidia y vergüenza, pues mis días eran campos baldíos sin ningún provecho. Si bien el sentido común me urgía a buscar alguna ocupación para huir del agobio de las horas vacías, en la intimidad guardaba la amarga certeza de mi incapacidad congénita para involucrarme con desconocidos. Por fortuna, la herencia de la abuela y la futura venta de la casa darían cobertura a mis necesidades y me evitarían cualquier humillación. Con un escenario semejante, no era nada raro que el tiempo, lentamente, fuera descorriendo el velo engañoso con el que la novedad suele encubrir lo que es fatal. Los paseos por el bosque se tornaron monótonos y toda la geometría perfecta que gobernaba las formas y los espacios que me rodeaban se me hizo de un artificio insoportable. Las noches, de repente, llegaron impregnadas de pesadumbre. Trataba de no dormir para esquivar las escenas recurrentes. Durante el día me sentía observado, y en esas miradas etéreas percibía una carga de reproche. Débil y nervioso, acabé por restringir las salidas del apartamento.

Entonces, presa de un remordimiento tardío, como un castigo a mi indolencia, evoqué con nitidez las entrañables

paredes de cal, las amorosas líneas irregulares, el delicado musgo entre los resquicios de las piedras del patio, la pila inútil y ativa, los silencios inciertos, la penumbra.

Contemplé con lástima la casa, con su tejado que se hundía sin remedio. La casa toda vencida, agotada, inclinándose sobre la esquina del patio, como buscando el reposo de sus siglos. Y la abuela, que se apagaba, día tras día, como si anhelara la paz primigenia donde sus fluidos serían un todo con el adobe de las paredes, cuando éstas ya no fueran paredes sino un sustrato de terrones, arcilla, arena y trozos de caña. Recordé con dolor los últimos días antes de la decadencia, cuando la única molestia que sufríamos tenía que ver con los vecinos. Andaban sobresaltados por los ruidos y las voces que provenían de la casona. Había presencias con las que vivíamos en contubernio, decían. A los ojos de esos buenos cristianos, ese trato cotidiano era un asunto diabólico. Nos miraban con recelo, jamás recibíamos una visita. Hasta que tuvo alientos para salir a la calle, la abuela caminaba hasta una iglesia alejada del centro para oír sus dos misas semanales. Así evitaba acusaciones y señalamientos. Cuánta perfidia hay en este mundo: los ruidos eran invenciones de la gente. Jamás oí nada extraño, aparte de los ronquidos de la abuela o de las asechanzas amorosas de los gatos en el tejado. Cómo es posible que desde las casas aledañas se escucharan llantos desatemplados, el restallido de un látigo, el repiquetear de cascos sobre el empedrado. Por el contrario, nuestra vida discurría en el silencio más espeso. Un silencio favorecido por la profusión de espacios: entre el zaguán y el patio; entre el patio con su pila abandonada y la sala; entre ésta y el pasillo de las habitaciones, entre las habitaciones y la cocina. Vivíamos en mundos divergentes y pacíficos.

Una mañana de noviembre encontré a la abuela en su cama. Me había extrañado no verla en la cocina a la hora del desayuno. Si bien estaba fría, su semblante tenía la calidez del que ha muerto en la paz de la conciencia. Después de un entierro solitario, regado por una lluvia dispersa, tomé la decisión de abandonar la casa. Ya no tenía sentido seguir habitando una vivienda tan grande: por más que se limpiara, el polvo cubría todas las superficies; se mezclaba con la humedad y generaba una capa babosa. Además, la soledad era una presencia corpórea, gélida y sombría.

Aun así, permanecí una semana más por lo de los arreglos legales y la búsqueda de un domicilio pequeño, lejos del centro.

La muerte de la abuela parecía haber acelerado la caída: las paredes blanquecinas lloraron humedad y las vigas apolilladas incrementaron de una manera notable sus crujidos. Escogí mis posesiones indispensables y me largué dejando la puerta asegurada con dos candados enormes. Lo hice sin pensarlo, como un hábito inútil, pues no tenía ninguna intención de regresar: bien podría haberla dejado abierta de par en par. Y ahí se quedó, como un pez gigante y moribundo arrastrado por las olas a una playa desolada.

Durante un tiempo determiné ofrecer resistencia, pero en vano; sabía que ocurriría lo inevitable. Lo sucedido esta tarde fue un simple detonante, la chispa que activa la deflagración. Al parecer los vecinos ya se encontraban asqueados de los olores nauseabundos y escandalizados por los gritos nocturnos que no les permitían conciliar el sueño reparador. El vigilante, envalentonado por el apoyo de varios de los afectados, entre ellos la chica del frente que sonreía con satisfacción, golpeó groseramente a mi puerta para exigir mi salida de la comunidad en un plazo breve. Mi actitud y mi falta de higiene estaban causando un malestar evidente. Fue un alivio, a pesar de la refriega, los golpes, la sangre, la intervención policial.

Derrotado, voy a atravesando la ciudad. La noche me aguarda con sus calles cenicientas. Los maleantes me rehúyen como al portador de una peste. Desde adentro aseguraré la puerta con los dos candados; la calle será la casa y la casa el mundo. En el zaguán y el patio encontraré un hervor de vida. Después, por fin, el sosiego. Voy a dormir como nunca. Y antes de cerrar los ojos escucharé el definitivo chasquido de la madera, como el crepitar de una hoguera. Luego el estruendo, el derrumbe, la nube de polvo.

H

# SIEMPRE TODA LA VIDA

Ligia García de Barragán

## H

Un torbellino frío me saca de mí mismo. Retiro el plato de lentejas, tanto que me gustan, pero hoy me molestan el estómago. Mi imaginación te presenta en la mesa, extendiendo mis brazos para alcanzarte y te desvaneces. La cena no es la misma.

Cuántos días han pasado desde que te marchaste, Amelia, y no logro asimilar tu partida. ¿Cuatro días..., ocho..., diez? El calendario no los marca. Las preguntas me golpean sin encontrar respuestas y esto me aturde más.

Nos casamos tan enamorados, hoy lo recuerdo: tenías veintiún años y yo treinta. Los planes eran tener cuatro hijos y sacar mi empresa de zapatos adelante. Con tu ayuda lo lograríamos... y lo logramos.

Tu última imagen, Amelia, fue la de esa frialdad con que actuaste, que no me basta para dar credibilidad a tu ausencia. Simplemente te encontré empacando y te pregunté:

—¿Te vas, Amelia?

—¿Cómo lo adivinaste? —me preguntaste con sorna.

—¿Por qué te vas?

—Porque tanta felicidad me asfixia —y caminaste hacia la salida.

Te seguí con la vista y te vi tan decidida, tan lejana, que te dejé partir. Mi orgullo no me permitió admitir el sentimiento de soledad en el que me dejabas.

La ansiedad me levanta de la mesa y me lleva a husmear en las pocas cosas que dejaste en casa. Entro a nuestra alcoba, cuarto testigo del calor irrevocable de nuestros cuerpos. El que guarda tu voz y tus risas. Respiro tu olor que perdura pegado a las paredes, a las sábanas, a tu jabón, a tu champú, a tu almohada. Me poso frente a tu armario, lo abro, quiero encontrarte, me abrazo a tu bata de dormir, el aroma me invade. Me tropiezo con papeles arrugados, pañuelos con lágrimas secas y algo como una carta con un poema:

*Me iré tranquila  
En silencio será mi despedida  
No quiero frases que entretengan  
Se rompen las cadenas. ¡Es la vida!*

Algo más me atrae, algo que brilla en el fondo del cajón. ¡La argolla! La que unió nuestras vidas ese 6 de febrero de 1977. Dirijo mis ojos hacia la fotografía sobre la mesita de noche. ¡Todo el gozo del mundo se derramó en aquel momento sobre nosotros! Tú en tu vestido blanco de virgen escapada del Olimpo, y yo de frac para no deslucir. El vals nos mecía entre nubes, seguros que ninguno de nuestros acompañantes había sentido alegría semejante. Después el brindis, enlazadas nuestras manos, repetimos a voz alta la inscripción: “¡Siempre toda la vida!”.

Tu argolla quedó aquí en un cajón, yo tampoco la uso. Detenido en el tiempo trato de hacer conciencia: ¿te fuiste, Amelia? ¿O me ausenté yo?

Últimamente ni la oración nos acercaba.

Me siento con las manos vacías, con la vida llena de falta de *sentido*. El silencio intensifica mis miedos y nadie puede ayudarme a salir de ellos. Reconozco, Amelia, que eras todo para mí; intento escribir, igual, unas letras:

*Sólo tú caminarás por los espacios de esta casa,  
Invisible presencia que no acaba.*

Ganas me dan de salir corriendo. Prefiero dormir, dejarme ir hacia un lugar donde no hagan preguntas para no tener que inventar respuestas. Así que cierro las cortinas, echo llave a la puerta del cuarto, me quito la ropa, apago la luz y me extiendo cual soy sobre la cama.

H



# MIS PRIMEROS ZAPATOS NUEVOS

Nancy Ayala Tamayo

## H

“Los zapatos me van a quedar muy bien el día del grado”, dice Rosemberg mirándose al espejo. “Se verán súper con el pantalón caqui y la camisa azul..., son verde oscuro y hacen juego con mis ojos...”, Rosemberg le hace un guiño a la imagen del espejo. “Chévere mi cucha”. Su amigo Alejo está presente. Lo observa mientras aquél le pregunta por los suyos. Rosemberg también observa por el espejo el gesto de “eso nada tiene que ver conmigo” que le hace Alejo mientras refunfuña. Luego salen y se silencian mientras dibujan balones sobre la tierra con las manos y los pies. Están fuera de la casa el sábado a mediodía, viendo pasar los vecinos, muchos jóvenes como ellos, sentados en la improvisada acera del barrio de invasión construido en predios que la Universidad poseía al norte de la ciudad. Enfrente, a lo lejos, se divisa con claridad una hilera de montañas verdes y encima la constante proyección de formas efímeras de las nubes. “No he podido con el ensayo de Filosofía, el que tengo que presentarle al profe para graduarme, ese sobre el tema ‘somos lo que comemos’”, dice Rosemberg, “me está dando duro”, y

sigue: “¿vivo, parece? Ayer Ronaldo fue comprado por el Barça, qué tal, hermano, ni sé por cuántos millones, pero en todo caso cuando la vi por la tele la cifra no me cupo en la cabeza”. “Ni en la mía”, replica Alejo, quien no le despinta el ojo mientras siguen dibujando balones... Rosemberg, además, hace trazos fuertes, hace zanjas con sus pies mientras levanta la vista para asegurarse de que el globo en que hace rato se ha convertido una de las nubes, aún tenga dibujado ese hueco oscurecido en el centro que la hace ver como una rosca. “¿Por qué los nervios?”, le dice Alejo. “No, nada”, contesta Rosemberg, que ahora está como pegado al dibujo del piso. “¿Cómo está la cucha?”, a lo que Rosemberg contesta: “Bien, hermano, ya nos mandó ayuda. Hace como tres años se fue...”, y queda pegado al piso. “Oiga, hermano, saque ese pie de ahí”, le dice Alejo mientras mira cómo Rosemberg ha tensado su pie derecho en ángulo y usa como puntal el vértice que se hace sobre el dedo gordo para ahondar más el hueco. “¿Qué pasa hermano?”, le insiste, y ahora el dibujo es un balón con un hueco profundo en el centro, una copia de lo que sus ojos ven. Alejo se agacha, coloca sus dos manos debajo del pie de Rosemberg, quien lo hunde pesadamente con zapato y todo, resistiéndose, y de un tirón lo retira mientras palpa la suela... Ahora Rosemberg siente que el mundo es una masa áspera, de una sola textura, de una sola forma. Un fuerte ventarrón se desata y decenas de cajas desdobladas de cartón se amontonan a su alrededor, lo golpean, lo atacan como si fueran cuchillos, lo van a matar. Pero los vecinos siguen como si nada, ellos sólo agarran las cajas y las regresan al piso donde estaban, en la sala de la casa de Rosemberg. Alejo sólo parece molesto cuando algunas cajas se le acercan, pero se defiende cruzando los brazos delante del cuerpo, mientras dice alguno de los improperios acostumbrados; luego las agarra con brusquedad y las tira en el piso donde antes estaban. Nadie parece darse cuenta del peligro en que está Rosemberg. Son las cajas colectadas por él a diario luego de salir del colegio, antes de llegar a la casa entrada la noche. Las cajas que una vez adentro arroja con fuerza al piso y desdobra para colocar sobre cada una la planta de sus pies, con la que define una plantilla que recorta con cuidado.

A diario arma un paquete con algunas que lleva consigo cuando sale de su casa para cambiarlas cada vez que el asfalto, o la tierra, o el agua, le recuerden que los zapatos que siempre le han regalado después de ser agotados por su dueño tienen un hueco en la suela que necesita ser cubierto de nuevo. En cierto momento, Rosenberg ve colores y, después de un rato, el ataque cesa. Saluda a los vecinos que pasan a su lado y siente que Alejo le da una palmada en la espalda. “Nos vemos mañana”, le dice Rosenberg antes de entrar a la casa con la respiración entrecortada. El dibujo de las nubes ahora está en su pecho. Entra a su cuarto. Allí, en el armario, están su pantalón y su camisa. Y sus zapatos nuevos. Los que compró con la primera remesa enviada por su mamá desde Estados Unidos, de quien sólo sabía que estaba viva por este envío. Los zapatos que quiso regalarle la señora de una ONG que visitaba el barrio. La ONG conformada por profesores y estudiantes de varios programas de la Universidad, que había contratado la propia entidad para que el desalojo iniciado en el barrio no fuera tan traumático. Los que él no quiso que nadie le regalara porque “lo que me he dicho muchas veces, lo que más quiero, es sentir el orgullo de ponerme unos zapatos nuevos por primera vez, comprados con mi propio dinero”. Los pensamientos de Rosenberg se movían sin control chocando unos con otros mientras sale del cuarto y entra a la cocina. *Fue un impulso*. Toma el cuchillo usado para hacer las plantillas de cartón, lo afila, corta los zapatos verdes en pequeños trozos y se los come uno a uno ayudado por la leche que toma de la bolsa que su abuela recién había traído de la tienda.

H

# MIEDO

Juan José Andrade Guerra

## H

Roberto lloraba con mucha melancolía mientras trataba de que Julieta se durmiera. Caminaba de un lado a otro en el cuarto con la niña en brazos, buscando en el suelo una solución. La tormenta cesó. No quería asomarse a la ventana. Pensaba en cómo sobrevivir hasta el día siguiente. Logró dormir a la pequeña y tuvo oportunidad para sacar el cadáver de su esposa, aunque ya no tenía fuerzas y menos ingenio para resolver el asunto con la puerta atrancada.

Afuera de la casa, el silencio y la oscuridad eran absolutos. Quizá eso lo confortaba un poco, el silencio, y que parecía que ya todo había terminado. El teléfono sonó por segunda vez desde que comenzaron los temores de Roberto. En esta ocasión lo llamaban para una entrevista de trabajo. Un puesto seguro con muy buena paga. Al fin buenas noticias. Debía dormir algo, al menos descansar una hora y que su mente se despejara de lo acontecido en las últimas 24 horas desde esa otra llamada telefónica.

Esa otra llamada. Del banco. Un aviso de embargo y desalojo. El mismo Roberto atendió el mensaje. No le contó a su mu-

jer, pero su comportamiento lo delató. Ella lo interrogó y, por primera vez, discutieron. Los gritos asustaron a la pequeña Julieta. El llanto desesperó a Roberto, que salió a la calle. Casi tres meses que llevaba sin trabajo y acumulando deudas que saldaba haciéndose a otras deudas. Con el sueldo del nuevo trabajo podría solventar el crédito y pagar algunos préstamos a conocidos.

Julieta, un ángel frágil, huésped del ignoto mundo de los sueños. Roberto tenía que actuar, reaccionar, por su hija y por él. Miró el cuerpo ya sin vida que estaba sobre la cama. Entonces se preguntó cómo pudo atrincherarse en la habitación. ¿Cómo? Sí cuando regresó, encontró a su esposa muerta sobre el lecho y él llevaba en brazos a Julieta. No conseguía recordar nada. Aún se sentía turbado. Debía dormir él también. Miró en la habitación dónde recostar a su hija. No había lugar. La casa en que vivían era de una sola planta. La adecuaron con un piso improvisado. Era algo incómodo, aunque el cariño que se tenían compensaba la precariedad.

Una canción de cuna ambientaba el primer piso. Un juguete infantil, que al darle cuerda reproducía esa música, seguía funcionando en la mesa principal. Roberto no se asustó, ya había sufrido un estremecimiento cruel. El trago de saliva se le atoró en la garganta. No podía respirar. Trató de apagar el juguete. No lo alcanzó.

La canción de cuna siguió sonando con más fuerza conforme se acercaba el amanecer. En toda la calle sólo se escuchaba esa melodía y el llanto de Julieta.

# H

# DIEZ MINUTOS

Marta Acosta Acosta

## H

Carmen, aunque robusta, tenía una figura suave y agradable. Para su hija representaba todo, como se lo dijo en un poema; “... mi nevera, mi fogón, mi bolita rosada”. Más pequeña que el promedio, delgada, con el pelo corto y sin aretes, Laura era confundida con un niño por su desaliñada forma de vestir.

La aguja entra y sale de la media: los ojos, un par de botones; el pelo, de lana retorcida. Se parecía a “la niña Mencha”. Esa muñeca le había gustado mucho, ahora le haría algo diferente, fácil, pero que requeriría más tiempo. La cinta en la cara: “No tocar”, y ella sacando una serpiente de trapo del morral, la gran sorpresa que había preparado para su madre. Una y otra vez la aguja entra y sale para pegar la lengua bífida. Una media tras otra hasta ajustar el cuerpo y sus partes. Así pasaba el tiempo mientras su mamá estaba en el hospital.

“No tocar”, decía la cinta sobre el pómulo derecho, después de retirado el tumor. Ella no podía tocar a su madre, y no era sólo por la cinta. Era todo: la enfermedad, el matrimonio, era ella; ella también hacía parte del problema: cómo morir y dejarla tan pequeña.

En la operación se infectó, tuvieron que raspar nuevamente y dejar la carne viva para que fuera cicatrizando. El día de la primera curación, Laura, que compartía el cuarto y la cama con su mamá, presenció cuando su hermana mayor, la que estudiaba Medicina, retiró la gasa y dejó al descubierto un hueco.

Su último viaje, tres meses antes de morir, fue la visita al Señor Caído de Buga con un pequeño tanque de oxígeno recargable, su mejor amiga, su esposo y sus hijas. Una noche en el hotel dijo llorando: “Ustedes no saben lo que es esto”. Fue la única vez que Laura la vio llorar, ella también lo hizo sólo una vez: el día del hueco.

Verla ahí, fría, pálida. Ni para qué digo fría. Ni siquiera la tocó. No fue capaz, no podía, necesitaba un gesto y no estaba; necesitaba un permiso y nadie se lo dio. No la voy a describir. Todos los muertos son iguales. Necesitaba una orden para poder llorar y debía venir de su madre, pero ya estaba muerta.

Por qué tenía que ser ella la que se desnudara ante los otros, la que preguntara tontamente y de última de qué había muerto su madre. Le dijo que iba a vivir y se murió, se fue sin despedirse. El miedo siempre presente y Dios siempre en silencio.

*Hay cosas que uno no logra entender ni aunque pasen muchos años y, mientras más sencillas, más difíciles se hacen. Son cosas dolorosas, untadas de sangre, y que sólo se limpian con lágrimas.*

“Mejor no me toco más, me estoy sintiendo otra bolita en el hundido que me quedó. Con la droga ni pelo tengo para disimular la cicatriz. No sé cómo me aguanto esas pelucas con lo calientes que son, prefiero las pañoletas, aunque a veces salgo así. Desde hace tiempo ni me miro en el espejo, me da tristeza, sólo lo hago para ver si estoy limpia.

“Hoy no me entró el desayuno. Me dio pesar de Laurita, pero es que le quedó muy aguado el huevo; ella todavía no cocina bien, aunque de todos modos no como cuando estoy así. Desde ayer no me provoca nada. No he podido seguir con el suéter que es de lo poco que me relaja, porque contando los puntos no puedo pensar. Ya casi van a dar la misa. Es para lo único que prendo el televisor de la pieza.

“Hay dolores que punzan y queman, otros que se extienden y se encogen, algunos se soportan al principio y luego ni siquiera te dejan llorar. Gritar empeora las cosas. Lo he intentado cuando me quedo sola. Es mejor respirar, respirar despacio, pero entonces viene el otro, el de la costilla quebrada de toser, el que no te deja respirar del dolor y ahí sí un poco más de morfina, más de la que recomienda el médico, más de la que ellos creen que me tomo.

“Tengo la boca seca. A esas hijas mías no se les ocurre ni ofrecermé un vaso de agua. Será que de verdad creen cuando les digo que todo está bien. Eso se lo paso a Laura, pero las otras ya están muy grandes para no saber. Tampoco me puedo entregar así. ‘Si tu fe es del tamaño de un grano de mostaza moverás una montaña’; esa es la promesa, acrecienta mi fe. ‘No se mueve la hoja de un árbol sin tu voluntad’. Señor, escucha mi ruego; si mi fe no alcanza, escucha mis súplicas; dame tú la fe, dame tú la gracia de creer. El año entrante me alivio, yo sé que el año entrante me alivio.

“Me está doliendo otra vez para respirar. Dios, toma mi sufrimiento, purifica mi alma, tú que eres grande y misericordioso, tú que penaste en una cruz, que sufriste dolores que no se comparan con los míos, cúbreme con tu sangre, Jesús, guárdame en tus llagas, protégeme del maligno, alíéntame, dame fuerza.

“¿Es que nadie va a ser capaz de contestar el teléfono? Tata que está parada que conteste. Al menos a ella no la insulta la mujer esa, y como hoy es domingo tampoco llama. No llama sino cuando Víctor no está; cuando no está aquí y cuando no está con ella, porque lo que le gusta es que le conteste yo para martirizarme. En vez de haberme divorciado cuando pude, pero con esta enfermedad ni modo. Cómo irá a ser la alegría de la vieja esa cuando me muera, pero de pronto le hago el milagrito a la muy perra.

“Se me enterró este dolor otra vez. Por qué no te la llevas a ella que se metió en mi vida, en mi hogar, en mi casa. Ella es la que sobra, no yo. Ahora que cuando me muera no le vaya a dar al otro por traerla a vivir aquí a abusar de mis hijas. ¿Me estás probando como a Job? Si la vieja esa es la prueba, no la pasé y no la quiero pasar. ¡Estoy *jarta!* *Jarta.*



“No creo que vaya a ser capaz con esto. Ya me tomé la morfina, pero me da náuseas. Te entrego este sufrimiento por la salvación de mi alma. ¡Ay, Dios mío, ayúdame!”.

*A veces no somos más que recuerdos, incluso recuerdos equivocados, recuerdos de lo que quisimos que hubiera pasado, recuerdos inexactos de lo que fuimos en memoria de otros que evocan en voz alta sólo lo que el momento les permite, lo que la conversación les precipita en la garganta, lo que la situación o alguna pregunta desesperada, no les deja callar más.*

“No fui al entierro ni al velorio. No me llevaron. Nunca supe lo que dijeron, o tal vez sí; veinticinco años después les escribí un correo, les pregunté por ella, pero por escrito, no fui capaz de decir nada, de eso no se habla. Veinticinco años después averigüé por su vida. ‘Ya para qué pregunta, déjala descansar’.

“Le dijeron que no estaba respondiendo al tratamiento y le quitaron el catéter. La droga le daba mucha sed y antojos, pero al ver la comida no le provocaba. La gordura le ayudó mucho. Qué purgatorio los últimos años. Cuando eso no había ni internet ni grupos de ayuda ni unidad de duelo. Los psicólogos qué van a saber. Las grandes nunca la cuidaron, ella no dejaba, no se quiso morir en la casa, no iba a pasar ese momento con sus hijas. Qué fortaleza: hasta se anotó para donar órganos. Tuvo que llamar la doctora a decir que ni de riesgos le fueran a sacar las córneas. Preparaba el mejor perrito de cerdo y las arepas parecían una tela. Esos suéteres que tejía y en pura malla. ¿Dónde quedarían las agujas? A Carmen le dio muy duro, aunque ella siempre tuvo la esperanza de que el matrimonio se iba a arreglar. Una traición duele mucho y es que como que llamaba y ponía problema. Se le dañó la carita aunque nunca perdió el porte. Era una mujer muy elegante. Tenía un vestido de seda blanco, divino. Casi que no deja de fumar y cómo se enfureció cuando María le apagó el cigarrillo en Houston. Dios, en vez de haberse llevado a cualquiera de los hermanos viciosos que no hacían nada por la mamá. Ella visitaba mucho al abuelo y armaba chocolatadas. A Ximena

le enseñaba álgebra y hasta le regaló el libro de Baldor. Mandó a hacer el moisés de Laurita donde una vecina. Las casas donde vivió fueron muy lindas, sobre todo la de La América; allá fue la fiesta de matrimonio de la tía Nora. Les llevaba los traídos del Niño Dios a los sobrinos. Cuando la veían, se volvían juiciosos porque era muy templada. Sus hijas, lo mejor del mundo, siempre lo decía y lo hacía saber, vivía orgullosa de ustedes. Las tenía como en una burbuja, en esa casa sólo se podía hablar de estudio. Casi que le tocan los grados de la médica. Ella se ponía metas: la primera comunión de Laurita, los grados de bachillerato. El día que se murió, Tata hasta fue a presentar un examen a la Universidad y después ni se asomó al ataúd, ni lloró; la mamá le enseñó a ser muy fuerte. La mayor no se perdió de nada y como que era la única enterada de lo del cáncer. Todo el mundo sabía. Víctor la llevó donde el Señor Caído de Buga; le trajo agua del río Jordán, y nada le servía, o hasta por eso sería que duró tanto, por eso y por el tratamiento en Houston que le pagó María. Ella les decía que se iba a aliviar. Nunca creyó que tenía cáncer porque, como le dieron cuatro meses y ya llevaba... ¿Cuánto llevaba? Como ocho años. En esa época los velaban más que ahora, aunque la chiquita no fue y menos presenció cuando la metieron en el hueco. La abuela en la novena la vio jugando con las primitas y dijo que ni cuenta se había dado. Dios se la llevó por buena”.

*Ahora es peor: la muerte que no existe. El infierno. La muerte que no se nombra, que no está, la que se acurruca en una caja de cenizas para que no la vean. La muerte ajena, lejana, donde no hay cuerpo. Ya no se usa ni el cadáver ni el ataúd ni asomarse a ver si la maquillaron como ella no lo hacía. A la muerte le gustaba el fucsia, pero en la caja, un color más recatado acorde con la usanza del momento, con los modales que la muerte no conoce.*

Una construcción antigua compuesta de varios bloques de poca altura rodeados por árboles y jardines rompía, con su armonía y estilo francés, el desorden de los talleres y los almacenes del sector que ya para la época había perdido su

elegancia. Comenzó a llover después de la medianoche. Olía a la tierra que se evapora con la humedad de las primeras gotas.

Ella, en un segundo piso, sobre la cama, con el pijama azul claro que compró después de haber ahorrado dinero entre mercados y arreglos de la casa porque él no le daba para esas cosas, no había podido dormir bien esa noche ni muchas otras.

Diez minutos antes de morir se aclaró la lluvia. En la ciudad donde más truenos estallan hubo un silencio de diez minutos. La grieta en la pared parecía tan antigua como las ruinas de su memoria. La puerta de la habitación juraba conservar el secreto de su enfermedad. La bombilla apagada parecía resplandecer en las sombras. La muerte cercana se apiadaba de ella, la consolaba con una paz de diez minutos. No había dudas ni preguntas, por fin estaba segura. Nueve horas antes, sus dos hijas mayores habían cerrado la puerta del secreto; una ya lo conocía pero no por ella, no por nadie, los libros habían ido en su ayuda, se lo contaron todo pero sólo a ella, a la mayor, a la que estudiaba Medicina. Dos meses antes, su hija menor acababa de cumplir once años. Once: uno y uno; lo justo, ya era tiempo. En el sofá café, a la derecha de la cama, una de sus sobrinas dormía, la gordita, “la enviada”, siempre le toca a ella. Entre ella y su hermana han cuidado varios enfermos, y aunque la hermana lo hace más a menudo, para ésta es la despedida. Un rumor de silencio lo calmaba todo. Con sus hijas adolescentes había ido su esposo estrenando “las gafas de los cincuenta años”, como él decía. Ella nunca usó gafas. A pesar de la luz apagada, podía ver la iluminación de la calle, las hojas vibrando con el viento, las gotas chorreándose en reflejos. Sus ojos funcionaban. No todo su cuerpo estaba perdido. Su mente lúcida hasta el final, más lúcida ahora: diez minutos antes. No supo en qué momento acabó, pero una sonrisa fría parecía recordar aquellos minutos. Su vida no pasó ante ella, sólo una calma infinita, una espera eterna. Su mejor amiga ya no vendría. Celebraron juntas el Día de la madre y también la acompañó a Buga. Recordó esto, tal vez hace treinta o cuarenta minutos, pero no ahora. No había dolor ¿Por qué no se rindió antes? Tres meses atrás fue más difícil: lloró delante de ellas, no quiso hacerlo, no quiso asustar a sus hijas; sobre todo a la menor. El dique cedió. El agua inundó la habitación.

Sus lágrimas parecieron poco para tanto sufrimiento. Y él ahí con ella, pero no del todo. Con ella no había ido a Río de Janeiro, aún le dolía ¿Por qué le dolía tanto? Sus hijas también eran de él. A veces odiaba aquella mezcla, como la mezcla de vida y muerte que ahora la reclamaba. Ocho meses antes podía respirar por sí misma, el oxígeno no la quemaba por dentro. El agua de sus pulmones apenas comenzaba a derramarse, pero en esos diez minutos no sintió “el ahogo”. ¿Por qué no era más sencillo? ¿Por qué todo era tan complicado para ella? Las escaleras o una simple ducha que amenazaba con enfermarla de frío. Le gustaba el agua fría, pero una pulmonía dos años atrás la hizo desistir de su compañía, como desistió de la del que le enseñó a amar y también a estar sola y a odiar y a desear la muerte; pero su maldición se reflejó sobre ella misma. En esos diez minutos todo cobró sentido. No era una maldición, era la paz, el descanso que por fin la arropaba. Lo que hacía mucho tiempo no sentía en vida, parecía sentirlo ahora en la muerte. Qué momento, qué paz. No hacía falta la luz para darle tranquilidad. No recordaba algo así. Si lo hubiera sabido antes. Ahora lo veía claramente. Ahora lo comprendía, pero sólo ahora: diez minutos que encerraban una sabiduría perfecta y serena. Todo parecía justo, irreplicable, irreversible. Tantas veces le pusieron los santos óleos y ahora todos dormían menos ella. Su hija pequeña tal vez lo presentía. Se despidió con un “hasta luego”, no era su forma habitual. Siempre decía “adiós”; quince horas antes, “hasta luego”, buscando una promesa que le asegurara volver a verla. Una de sus hijas conocía el secreto conscientemente, pero nunca lo revelaría. Las había entrenado bien, las había templado hasta el punto exacto antes de reventarlas. No quiso despedirse de ellas, sólo de su mejor amiga, la que no vendría, la de hace unos meses, el Día de la madre. La llamó a Pereira y se lo dijo: “Esta vez no vuelvo”. “No diga eso, no sea boba”. Nadie quería hablar del tema, sólo el psiquiatra para decirle que se soltara, que no luchara más. No se sintió capaz de despedirse de ellas, ni siquiera se le ocurrió. Creyó que las protegía detrás del vidrio blindado del “todo está bien”. Las cosas que no se nombran no existen. Aquel vidrio se rompería cuarenta minutos después de su muerte, pero sólo un poco. Se fracturaría en algunas partes, pero seguiría ahí. Fue lo máximo que

pudo hacer, era todo lo que sabía. A veces se sentía tan perfecta como aquel silencio, parecía no equivocarse. No había tiempo para dudas. Nunca entendió por qué, cómo, él había escogido a otra. Era bella, incluso tres años antes seguía siendo bella: una cara dulce, una voz que podía ser tan fuerte como suave, unas manos que cosieron los vestidos de la época y que tejieron los guantes del viaje al nevado y el gorrito de su hija, las mismas manos con que golpeó a aquella mujer. Lo contaba con tanto gusto, pero no a ellas, no a sus hijas, a sus amigas sí: en el estadio un día de caminata. ¿Cómo se atrevía a cogerlo de gancho? Pero ella llegó más pequeña, más redonda, más mujer y la golpeó en la cara. Él se hizo a un lado. Creía que más de esos golpes la hubieran salvado, pero no en esos diez minutos en que todo cobró sentido; también pudo soltarlo a él. Aunque sus ojos todavía funcionaban, vislumbró la posibilidad de un punto ciego, de haberse perdido muchas cosas, de no haber querido ver otras, pero ya no importaba. Las piezas encajaban. El destino parecía manifestarse como un tejedor más diestro que ella. Sus pies comenzaron a hincharse seis meses antes, y eran tan bellos como sus manos. Dos años atrás, la enfermedad atacó su rostro, pero aún así, escogiendo el ángulo, era bella. Ocho años antes, la droga penetró en su cuerpo. Alguna era experimental. Firmó para renunciar a cualquier reclamo. Esa fue la que le rizó el cabello y le encorvó las uñas. Trece años antes, la primera operación. Durante otros cinco pareció estar sana, pareció libre, olvidó aquello, incluso quedó en embarazo. Hubiera sido más fácil de otra manera, pero en esos diez minutos sólo pudo haber sido así. Él la quiso como madre y ella lo quiso como hombre. Estaba tan joven, ignoraba tantas cosas. Tal vez si no hubiera sido tan hermosa habría tenido más tiempo de pensar, de comprender la situación, de saber qué quería, pero en esos diez minutos eso era lo único que quería, diez minutos en los que el tiempo se detuvo, diez minutos en los que el aire pareció no faltarle.

*Vivir de la verdad es imposible porque nadie la conoce; sin embargo, algunos estamos a la caza de certezas que, aunque falsas por incompletas, nos permitan seguir viviendo.*

“La mejor casa era la de Fátima, aunque la de La América no me tocó. Le habían hecho varios arreglos en distintas épocas. Parecía una colcha de retazos, por eso a mi mamá no le gustaba, pero era la mejor. Tenía algo que ahora es difícil de encontrar; un solar enorme con un árbol de guayabas, un brevo y un naranjo con frutas amargas que se volvían dulces cuando Tata y yo arábamos entre sus raíces para sembrar cebollas.

“La noche, con las estrellas supurándole en la piel y sin nubes para calmar la comezón de las lucecitas titilantes, esperaba en silencio lo que iba a suceder. Hacía ya varios días que no llovía, y empezaba nuevamente el rito del año pasado. Yo subía las escalas y me ponía el vestido de baño anaranjado con muñequitos, el que me regaló mi papá, el que tenía un círculo sin tela por donde se me veía el ombligo. En el primer piso mi mamá conectaba la manguera y esperaba. A mí me gustaba llegar antes de que empezara. Las matas que ella había sembrado en el patio, los helechos que tanto le admiraban y el palo de brevas habían esperado más que nosotras y, sin embargo, continuaban pacientes, expectantes.

Los helechos formaban un redondeo en la cima de un montículo de tierra que, para mí, era una montaña. En realidad era un templo, mi templo, un camino directo al cielo. Ahí era donde empezaba todo. Una vez arriba, en medio de las hojas que parecían venerar la gravedad curvándose hacia el exterior, mi mamá abría la llave y yo comenzaba a brincar, giraba, subía y bajaba los brazos rítmicamente para emparamarme toda, para compartir con la vida, con la vida y con mi mamá, el cielo.

H

# ATLAS DE LA GUERRA

Diana Verónica Méndez Sánchez

*El supremo arte de la guerra  
es doblegar al enemigo sin luchar*

Sun Tzu

## H

El cazador estaba frente al rinoceronte, era la primera vez que ocurría una batalla como esa. Minutos atrás, él se había apartado de la tribu persiguiendo el animal. Cuando se encontraron frente a frente, su mano apretó la jabalina pero sintió que le faltaban las fuerzas. Sin embargo, apuntó y lanzó con lo que pudo. Falló por poco. El rinoceronte lo embistió y, con su cuerno, le atravesó el abdomen. El hombre cerró los ojos.

Ese mismo hombre estaba de pie al paso de las Termópilas. Su suerte no le había permitido estar del lado vencedor, al menos no por el momento. La noche anterior, antes de que una espada persa le separara la cabeza del cuello, soñó con la caída de Jerjes. El azar hizo que su sangre migrara con la lluvia y el tiempo, así que pudo ver cómo un puñado de españoles asaltó Tenochtitlán y cómo las defensas cayeron unas tras otras. Luchó hasta el final, pero su cuerpo quedó sepultado bajo losas de granito luego de escuchar el sonido de la carne crepitante de los vencidos consumirse en el fuego.

De ahí en adelante, como si sufriera un inmerecido karma, fue dado de baja vez tras vez a lo largo de los siglos. En una

ocasión, hablaba alemán, pero no en el momento indicado, y fue hecho añicos en la Línea de Sigfrido. En otra, hablaba un muy fluido francés, pero era sólo un enfermero desarmado y los torpedos cayeron como lluvia sobre su campamento.

Ahora, el cazador cree que tiene una única y última oportunidad de ganar, por lo que toma las medidas necesarias. Primero, se promete no pisar nunca más el campo de batalla. Y segundo, jura por sus muertes pasadas que todos los que le han causado mal, pagarán por ello, de un modo u otro. Está decidido, asiente con la cabeza y su orden es acatada al instante. Observa la situación en completa calma, es su momento, así que se permite sonreír. Uno de sus soldados realiza lo que parece un eterno conteo regresivo antes de apretar el botón. El planeta estalla. En su lugar, no queda más que el silencio cósmico.

# H



# UN BUEN ZAPATO

Edison Mauricio Delgado

## H

Siempre suele ser emocionante levantarse temprano y saber que hoy vas a comprar zapatos. No importa si llueve o si hace mucho sol; sólo piensas en salir lo más rápido de la casa y como siempre te vistes con la mejor ropa, como si quisieras modelar, “como si a los zapateros les importara tu chaqueta, tus pantalones, o lo que hablas, ¿no?”. A ellos les interesa vender zapatos, tenis, botas, sandalias, chancas o las clásicas baletas o “boletas”, como les dice mi hermana.

Ese día salí “volando”, como se suele decir, caminé lo más rápido que pude; ya sabía cuál era el lugar, lo que quería, y sabía quién me atendería. Y clásico, como solemos hacer todos los hombres, siempre entramos primero a lugares donde sólo atienden mujeres, no sé si con la intención de salir con un buen par de zapatos y una chica del brazo.

Ese día fue diferente: estaba ella, una chica nueva, blanca, no muy alta, un poco mona, me atendió con gusto: “Dime qué necesitas”, me dijo. Me quedé callado y sólo la mire. Ella se acercó a un estante de donde bajó un par de botas negras de

cuero con punta de metal, como las que yo quería. Sentí que leyó mi mente; no supe qué decir, y ella sonreía cuando me miraba. Todavía recuerdo que me dijo, con tono dulce: “Mídetelos”.

Sin pensarlo me intenté quitar los zapatos viejos que tenía, solté los cordones tan rápido como pude, quería impresionarla, no sé con qué, no era el momento, pero cuando por fin lo hice, ella ya no sonrió, no me preguntó nada, me miró por un instante a los ojos y luego su mirada se quedó fija en mis pies.

Desde ese día sigo emocionándome al comprar zapatos, pero siempre reviso que mis medias no coincidan con el hueco del dedo de mi pie izquierdo y el cráter del talón del pie derecho.

H

# LOS LENTES AZULES DE DALIA

Lina María Gómez Ramírez

Creo que ahora tendré que pedir permiso, para morir un poco,  
Con permiso, ¿eh? No tardo. Gracias.

Clarice Lispector

## H

I

—Violetas lamiendo el piso de su departamento —dijo el testigo.

—¿Sólo eso? —preguntó alarmado aquel que escondía sus ojos ojos indecibles en una mirada al suelo.

—Sólo eso —respondió el testigo quien, con las manos en los bolsillos, juguetonamente se dispersó.

Eran las diez de la mañana de ese día en el que el sol no quiso salir, aun así era un día bello y lo suficientemente tranquilo como para que Diego Miranda, desde la oscuridad de su taberna cerrada para esa hora, se dedicara a resolver el acertijo del intempestivo romance con Dalia, la chica aquella que había llegado a la barra del Submarino Amarillo con un pedazo de asfalto entre las manos y con una voz tan delgada como la de una niña que contrastaba fuertemente con ese aire de rudeza para pedir una cerveza, a lo que Diego, liso como se siempre, le había propuesto:

—Se la cambio por ese pedazo de piedra que lleva.

—No es una piedra, es un pedazo de calle y no se lo cambio por nada — respondió agresiva Dalía, y el Diego desarmado tuvo que aplicar la de siempre:

—¿Fría o al clima, señorita...?

—Helada..., este tiempo reseca mi garganta.

## II

—¡Asfalto, de eso está hecha mi vida...! —Le había confesado Dalía a Diego a la altura de la tercera cerveza de ese primer sábado de su vida en común... — ¡Asfalto...!, ¡asfalto...!

“¡Asfalto...!”, terminaron canturreando los dos por las calles del barrio La Candelaria de Bogotá, a eso de las dos de la madrugada.

Diego ahora la recordaba, “¡... Dalía...!”, pero lo que nunca había podido extraer de los recovecos de su memoria es la calle donde estaba la guarida de Dalía, supo que amaneció ese domingo enredado con su cuerpo, tendido en el piso e impregnado de un fuerte olor a flores muertas que abundaban en toda la habitación. En todo caso, de allí llegó a salir el lunes en la mañana con un dolor de cabeza infinito y extrañamente enamorado.

—¡Andas enamorado, viejo! —Le dijo Joaquín, su primer cliente de todas las semanas, un anciano solitario que no encontraba, según él, otra cosa en qué gastarse su pensión de profesor de matemáticas que no fuera en aquellas polas a ritmo de tango en el Submarino Amarillo.

—Es tan diferente al resto de mujeres que he conocido, además huele como a ninguna otra... —Le intimó Diego a Joaquín.

—¡Ah, ya sé..., huele a nardo recién cortado...! —especulaba el matemático con un poco de espuma en los labios.

—Huele a algo más... —interceptaba el enamorado con una rodaja de limón en las manos.

## III

“¡Algún día seré plenamente feliz...!” se había escapado ese grito por la ventana de la habitación de Dalía, quien luego de vaciar desafortadamente todas las estanterías tuvo que reconocer que sus queridos lentes azules, inexplicablemente, habían desaparecido. Ya eran las dos y cuarto de la tarde de aquel perezoso miércoles capitalino, cuando el embajador llamaba a la puerta, a la que acudió Dalía semidesnuda y con los cabellos erizados por el insomnio; el embajador, aterrado de ver los ojos demasiado hundidos de su entrañable amiga, exclamó:

—¡Pobrecita!

Dalía rompió en llanto:

—¡Mis lentes azules!..., han desaparecido...

El embajador la abrazó deslizando sus enguantadas manos por entre la camisa raída, que era lo único que le cubría el cuerpo a la chica. Ella pensó que ese abrazo era un gesto de consuelo. Él no lo sabía con precisión, siempre se confundía en presencia de Dalía, pues tenía claro que la deseaba pero también que le temía, a ella, a Dalía, exconvicta de las calles, luciérnaga desafortada en medio de ese atropello de la vida en la capital. Aún así se escurrió en ese abrazo, mientras ella, rendida no sólo por el insomnio, en general estaba rendida por la vida..., se dejó llevar por aquellas manos.

## IV

Los viernes el Submarino Amarillo se llenaba de universitarios estridentes y unas cuantas hembras vaporosas que incrementaban la clientela. La especialidad musical para ese día era jazz, y aquel viernes de marzo, mientras deslizaba sus zapatillas y jugaba con el hielo en los vasos de ron, Diego buscaba entre la multitud a la que podría venir con una paloma entre las manos porque se la habría encontrado abandonada en el parque o con el cabello perfectamente teñido de amarillo.... Sí, Dalía era hasta capaz de llegar con un pez vivo, argumentando su antigua reencarnación..., pero no, esa noche simplemente

se presentó abrigada por un enorme gabán, que apenas le descubría el rostro y que le daba un aire sospechoso, con el que se acercó a la barra para pedir un deseo. Diego enseguida fue en busca de un vaso largo de cristal, hielo, ginebra y...

—Yo venía a pedirte... —alargaba los instantes para decir en un relámpago—: “When the Saints Go Marching In”.

A estas palabras de Dalia, Diego ya tenía su respuesta:

—Definitivamente eres especial, a ninguno de estos mocosos se les ocurriría pedir a ¿Armstrong? —preguntó dudoso Diego.

—No sé —respondió ella con un fingido desenfado en los labios. Diego fue enseguida en busca de los santos de su amada.

Dalia ya contaba con cinco ginebras en el cuerpo y en el alma cuando Diego había saldado todas las cuentas en el Submarino Amarillo y, como siempre, se escabulleron por las calles del barrio de La Candelaria, pero esta vez sintiéndose ángeles con trompetas en los pies...

## V

Era el oscuro mediodía de un sábado en el que, sin embargo, un hombre extraordinariamente blanco y de enguantadas manos se paseaba por las calles inciertas de la capital con una azul transparencia en la mirada.

# H

# NI CUMPLEAÑOS, NI TORTA

Iliana Zuluaga Daraviña

## H

### I

—Es nuestra madre.

—Cae en lo mismo, entienda, si ella está en cama hace cuatro años no puedo hacer nada; mándela al geriátrico, allá la cuidarán mejor que usted. Además, yo tengo marido, hijos y un trabajo.

—Sofí, ¿tu único aporte después de tres años de no visitarla es recluirla?

—Que le quede claro, Isabela: vine a celebrar sus noventa años, lo demás me rueda. Ah, y antes de su cumpleaños nos sentamos a revisar cuentas.

Isabela deja a la hermana al lado de la mamá. Agachándose en el piso se arregla sus tenis, mientras el vigilante abre la puerta del edificio. En ese instante, emerge desde la oscuridad un hombre sangrando que, extendiendo las manos, balbucea:

—Isabela, ayúdame, me “puñaliaron”.

El hombre se desploma. Con el vigilante lo suben al carro para llevarlo a la clínica, donde dos enfermeros lo alzan en

hombros hasta la única camilla disponible; con él atraviesan pasillos repletos de gente. En medio del corrillo aparece el administrador de Urgencias y exige a Isabela llenar una pila de documentos que tiene en las manos.

—No sé quién es, lo traje pero no lo conozco —dice Isabela.

De inmediato, el administrador de urgencias ordena remitirlo a un hospital público. Isabela se niega, no permitirá que le hagan el paseo de la muerte.

—A ver, señor, diga su nombre y pásame su cédula de ciudadanía —requiere el administrador de Urgencias.

—Nunca he tenido papeles, soy Saturnino Sanz Castro, recojo cartones y desperdicios —dice el hombre desde la camilla.

## II

Sorprendida, Isabela se dirige al patio, pues un fuerte hedor invade la casa. Se acerca a la enrejada pila de agua y observa a la mamá, que con mate en mano arroja agua a un niño flacuchento y sucio.

—¿Qué hace ahí? Venga, ayude. Lo encontré tirado en la vía al Basuro de Navarro, estaba sobre cartones como papel desechado. Lo toqué pensando que estaba muerto, y como se movió me lo traje.

Isabela abre la reja, coge el jabón azul, se acerca al niño y frota suavemente cada poro de su manchada piel. Cuando el agua quita la espuma de sus indios ojos, la aflicción reflejada en ellos se disipa. Aunque Isabela parece ser más grande que él, lo visten con su ropa. En la noche, los tres niños se disponen a ver la tele. Sofi le pregunta por su nombre, él le contesta que no tiene, ella ríe y rociándolo con agua del florero lo bautiza:

—Serás Saturnino, igualito que el patito de esta serie.

Al nuevo día, la mamá sale con sus hijas y Saturnino para la finca de Mediacanoa. En el solaz del campo ella inventa palabras, le muestra, le nombra árboles, flores, comidas, colores, números, herramientas, a Saturnino. Por las tardes caminan y saborean nísperos, guayabas, madroños, guamas, corozos y mamoncillos que Isabela recoge de sus



ramas. Al anochecer, la madre les cuenta historias y, tomándolo de la mano, lo arrastra al mundo de las mujeres.

Plácidamente, Saturnino penetra en el río, así como en sus vidas, monta caballos a galope y ante el asombro de todas sube por los inmensos caracolés de esa finca que atraviesa el río Cauca. Isabela no sabe si Saturnino es feliz, sólo intuye que cuando corre al lado de su madre ambos se comunican en un tiempo creado para ellos. Su pequeñez, sus enojosos ojos, su alborotado silencio empiezan a ceder en esas largas vacaciones y Saturnino se crece hasta parecer un niño de ocho años.

Como la madre bajaría unos días en la finca, el padre de Isabela y Sofi va un domingo en la tarde para regresarlas a Cali. Desde el auto pita y raudó baja para cerrar el paso a Saturnino. Grita a su esposa, diciéndole:

—No entiendo cómo expone a sus hijas al peligro de tratar con este gamín.

Las hijas ven acobardarse al papá cuando la madre sobresaltada lo corrige:

—¡Saturnino va para mi casa!

Y lo sienta atrás en el carro con sus hijas. Durante el camino a Cali, el papá no les habla. Ya en Cali ni siquiera se molesta en abrirles la puerta del auto, las dos bajan por la misma puerta y por la opuesta Saturnino pierde su niñez en las solitarias sombras de la asfaltada urbe. Finalmente, las dos hermanas entran a casa entre charcos de lágrimas. La madre evoca a Saturnino en cuanta charla pudo, increpa durante años a su esposo por no encontrarle. Ella misma, desde que la enteraron de su fuga, recorrió cuanto hueco, alcantarilla y caño encontró. Fue a los cambuches del Basuro de Navarro, mostró su fotografía a recicladores, policías, mas nunca lo halló. Saturnino, así como entró en sus vidas, desapareció.

### III

—Mentiroso, todos sacan la misma excusa.

Incisivo, el administrador de Urgencias sigue preguntando sin escuchar y ahora zarandea a Saturnino en la camilla.

- ¿Fecha de nacimiento?  
 —No sé —le dice Saturnino.  
 —Entonces diga..., ¿en qué día cumple años?  
 —Nunca, no tengo años.

Azorada, a Isabela se le caen de las manos los incontables documentos ya firmados; en tanto, observa cómo se sumergen en la sangre de Saturnino. Para apurarles limpia en su camiseta algunos de esos documentos y le da su número de celular al administrador de Urgencias. Éste, victorioso, empuja la camilla hacia dos enfermeros e Isabela, que corre al lado de Saturnino, es detenida y sacada de la clínica.

Ya en el apartamento, la madre le pregunta:

- ¿Por qué todo un día sin saber de usted, Isabela?  
 —¡Porque al fin lo encontré, Saturnino vendrá mañana a tu cumpleaños!

Esa noche, la mamá duerme intranquila. Su enjuto cuerpo parece apagado por la madrugada. Cuando despierta, ve al Zeus orinar sus alpargatas, temblando éste se sube a la cama y se enrosca entre sus piernas. A las once y media de la mañana, Sofi ordena darle un baño a la mamá. Así, la empleada la sumerge en una tina con agua de manzanilla y camia, mientras con ternura Isabela quita la espuma de la frente de su mamá diciéndole:

—¡Está hermosa! ¡Feliz cumpleaños, mamá! ¡Hoy regresa Saturnino a nuestras vidas para que celebremos con una rica torta!

Le da un beso y preciso en ese instante Sofi hace lo que mejor sabe, quejarse. La empleada no da pie con bola. El Zeus salta como loco encima de la mamá, que vivaz pide que le traigan a Saturnino. De pronto, comienza a desvanecerse, chilla el timbre, se levanta una ventisca, suena con insistencia un celular.

IV

Son las doce del día. Hace un calor canicular y por el celular se escucha la voz del administrador de Urgencias, que grita:

—Isabela Sanz Castro, venga y pague! ¡Este tipo que dejó acá tirado no existe, no aparece inscrito en la Registraduría, es urgente, no se esconda!

—Se está muriendo —gritan al unísono Sofi y la empleada.

En ese momento, como en éxtasis, la madre abre los ojos y toma con las manos unos lazos invisibles que la elevan. La aterrada empleada la baja a la cama y ven cómo se dibujan sobre su desnudo cuerpo dos vetas de color, una amarilla y otra violeta. Emergen suavemente desde sus pies, para subir apresuradas hacia la cabeza, como si fuera mercurio ascendiendo por un termómetro. En segundos, estos colores se funden en una sola mancha que envuelve para siempre el cuerpo de la madre en un blanco cetrino.

—Sí, ha muerto, Isabela. Debe venir y firmar los documentos otra vez, este desechable los emborronó de sangre. ¡Carajo, qué podía esperarse de un tipo que ni años cumple! —vocifera el administrador de Urgencias.

Sin recuerdos en su mente, Isabela no registra este dolor en ningún lugar de su cuerpo; así descontrolado no se conecta a su lengua. Lentamente observa a la madre, le seca la única lágrima que le vio salir en vida y cierra esa mirada. Huérfanas, Isabela y Sofi se abrazan al cuerpo de la madre mientras el Zeus aúlla.

H

# MENTES INFERIORES

Aida Yelisa Polo Ramírez

## H

Las paredes estaban blancas, el inodoro funcionaba, la cama olía a pétalos de quién sabe qué flores, pero yo olía a macho, olía a ese hombre...

Hablaba demasiado. Seguro tenía su saliva en todo mi cuerpo. Qué asco. Ojalá hoy venga uno que valga la pena o que no hable tanto como el sujeto de anoche. Con eso bastaría.

Quizá demore quitándome este olor. ¿Por qué tiene que sonar el teléfono mientras me baño?, y ¿sí es el sujeto de anoche? Lo mandaré a la mierda. Total, no pagó tanto.

—Aló...

—Hola, Vicky. ¿Te molesto?

—No, para nada. Estaba tirada en la cama pensando...

—¿En mí?

—No, en los dos. Ya sabes.

Llamaba él: Ignacio... atacaba más o menos cada dos meses, el mismo tiempo que demoraba sin pelear con su novia. Yo era la otra. Así era mejor. No había reproche y me gustaba eso.

—¿Puedo ir hoy?

—¿Ya peleaste de nuevo?

—Sí..., ella es difícil, no como tú.

—Nunca seré como ella..., tú sabes que no me buscas a mí, buscas que te abra las piernas...; yo siempre estoy..., vengas o no vengas... Pobre de ella, que tiene que andar detrás de ti...

—No me digas que ahora te volverás “ella”.

—Eso jamás. Lo que molesta se bota.

—Entonces... ¿Llego?

—En la noche, a las 7:00.

Él es suave, delicado, pero le falta algo. ¿Qué será? ¿Qué pensaría Ignacio si escuchara mis pensamientos? Aquí está, al lado mío, enredado entre mis sábanas. De seguro soñando con su novia. Quizá ahora que despierte la llamará. Pero eso no me importa... Ignacio, quiero que vengas siempre, así sea cada dos meses. Que te pelees con esa tonta a cada rato. Mientras ella llora, yo sudo como loca.

No sé si estaré demente o qué, pero cada vez que viene Ignacio y despierto junto a él, veo la luz de la mañana más clara de lo normal. Pareciera que los rayos se enfocan sólo en mí y no dejan de iluminarme. Ya ves, Ignacio, eres diferente...

—Vicky.

—Son más de las 8:00, Ignacio. Vete ya. En casa te esperan.

—Yo no quiero irme de aquí.

—No es lo que tú quieras, Ignacio, es lo que debes hacer.

—¿Te casarías conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eso es sólo para mentes inferiores, Ignacio.

Él sabía mi respuesta. El muy astuto quería comprobarlo en mi mayor estado de vulnerabilidad... en la cama.

# UNA Balsa EN EL DESIERTO

Mauricio Lazo Castañeda

## H

Landom trajo anoche a casa todas sus cosas para instalarse definitivamente. Su equipaje son dos maletas y el retrato gigante de sus padres. Su arribo tiene por el aire el ánimo de Clara, tanto, que se retardó más de una hora con mi medicamento. También olvidó mi colada de las nueve y las pastillas me hicieron un hueco en el estómago. Al principio, Clara me llevaba a la rotonda del parque, alimentaba los perros callejeros que nos seguían mientras ella empujaba la silla, me contaba lo de su día, los nuevos acontecimientos del barrio, y me endulzaba la boca con su helado de arazá. Ahora voy del cuarto al living y del living al cuarto, el sol me es esquivo desde hace algún tiempo.

Mi ropa fue a dar a la pieza de estudio convertida en habitación para evitar las escaleras, mis demás objetos reposan en el ático gracias al generoso de Landom, que ayudó a en-caramarlos. Mis actividades se reducen a un baño matinal cada tres días proporcionado por Clara, después del baño me leía el diario y una que otra fusilería de las revistas de farándula. Ya ni me habla, a lo sumo hace un gesto de desagrado cada vez que

me atiende. Anoche fue Landom quien me llevó a la habitación; es un hombre fuerte y no tuvo necesidad de pasarme en la silla, me alzó y en un santiamén ya estaba en la cama.

—¡Que tengas buena noche, hermano! —dijo.

No pude tener buena noche, los gimoteos y jadeos no me dejaron dormir, la habitación matrimonial queda en el segundo piso, justo encima de mi cabeza.

Hoy es miércoles y, si es martes, o si es domingo, no importa, del living al cuarto y del cuarto al living. Es pretérito este que caminaba y saltaba por doquier y cantaba burdas canciones pésimamente entonadas. Pero hoy es miércoles y si fuera otro día no importaría.

En la mañana se escuchan trastes cayendo de cuando en cuando, como en una contienda sutil. Las risas de Clara perturban la cocina, y el cuello me duele gracias a que al comedido de Landom no le informaron que me debía atrancar mi cabeza con los almohadones. Desperté con mi pómulo derecho inundado en mi saliva.

Por fin cesa el desorden en la alacena y un olor a café recién hecho llena el espacio. Al cabo, Clara abre la puerta y entra, deja a mi lado en una mesa de noche un platón con migajas de pan ahogadas en café. Corre las cortinas y un rayo de sol impío se soslaya en mi cara. Al verme se molesta.

—Ya no controlas ni tu baba —limpia mi cara con el trapo de la cocina que cuelga de su hombro.

—¡Si hubieras comprado algún seguro, no estaría en estos trabajos! —reniega en tanto me restriega el trapo que hiede a inmundicia.

Cucharada a cucharada y con dificultad terminé con el café y el pan deshecho. Clara limpió con su guante los vestigios del pegote alrededor de mi boca, tal vez salió pensado: ojalá te mueras.

Al rato vino el fortachón con paños húmedos y crema, me aseó el rostro, cambió mi pañal y me cambió la ropa, me levantó y me llevó al living. Me besó en la mejilla y salió de la casa.

Mi existencia no fue siempre la de una hortaliza, era un empleado destacado en una empresa estatal y aunque mi estudio no había pasado de ser Técnico en Administración,

ganaba más que muchos de mis antiguos compañeros que habían ido a la universidad, entre ellos Jhon Landom, quien estudió una ingeniería, pregrado que le había servido para ser mi subordinado. Cuando llegó a la empresa, yo era el titular del Departamento de Equipos y Suministros, él fue asignado al mantenimiento del sistema y a la actualización de la página de servicio; era un empleado dócil, siempre solícito a resolver cualquier impase. En un principio lo trataba con recelo, consideraba que era el mismo fortachón estúpido de secundaria que se pavoneaba con una novia distinta cada semana. Sin embargo, su actitud entusiasta y servicial fue borrando tangencialmente esa imagen hedonista que se había construido en los años de colegio. Nuestro trabajo mancomunado me catapultó hacia el Departamento de Auditorías de Proyectos de Planeación Municipal y él (por recomendación mía) pasó a ser el titular de mi antigua dependencia. Nos hicimos buenos amigos, salíamos de vez en cuando a almorzar y a pasear, compartíamos rutinas en el gimnasio, incluso lo llevé a casa y le presenté a mi esposa...

Estuve en el living toda la mañana, intenté vomitar, pero todo se quedó en el esbozo de unas arcadas, Clara dejó la radio prendida y sintonizada en una dial de cierta música que ella sabe que odia. Últimamente hace lo posible para fastidiarme, como si con este estado no tuviera lo suficiente.

... Las visitas de Landom a casa se hicieron frecuentes, incluso al regreso de un viaje, lo sorprendí en la cocina buscando algo en la nevera.

—Aquí sólo hay refrescos con mucho contenido de azúcar —le advertí.

—No importa, tu mujer me ha dejado seco.

—No eres al único que mi mujer ha dejado seco —lanzamos una estrepitosa carcajada.

Mi esposa siempre fue una dama, me figuraba que Landom se encontraba allí resolviendo un capricho de aplicación a su móvil, no quise ahondar en el motivo de la presencia de quien en días anteriores me había confesado su homosexualidad. Era mi séptimo año de matrimonio...



Tocaron a la puerta y me despertaron de la siesta, justo en esta siesta donde le regresaba las licencias que le había quitado a Paulo Francis, un pequeño empresario que se fue a la quiebra gracias a mí. Cuando me iba a redimir en sueños, un desadaptado (sin duda un vendedor de puerta a puerta) toca a la puerta, y lo peor, ya saben lo peor, no puedo correr la cortina y decirle unas cuantas cosas por haberme despertado.

Dormir y pensar es el último deajo de humano que me habita, el resto es un desagradable monigote de piel. El pensamiento me aniquila, a veces el recuerdo me ofrece calma, en medio de una calma agobiante, pero el sueño me libera porque me permite no ser, o ser otro diferente.

... Al final de la tarde en la que sorprendí a Landom en mi cocina, llegué a la conclusión que ya no estaba enamorado de mi mujer y que mis necesidades fisiológicas no serían resueltas en nuestra alcoba. Le propuse a mi amigo irnos para algún bar a buscar chicas, terminamos en un prostíbulo donde nos bebimos medio litro de aguardiente. La única puta que dejamos acercar fue la que nos sirvió el licor, tuvimos que embriagarnos para reconocer que no necesitábamos más compañía que la de nosotros dos, éramos un gran dúo. Nunca pensé que iba disfrutar besar a un hombre. Amanecí en el apartamento de Landom, desperté con resaca, desnudo a su lado, y sentí vergüenza. Me vestí y salí antes de que él despertara. Llegué a mi casa y le confesé a mi esposa que había dormido con Landom.

—Yo también me acosté con él —me dijo con inusitada sequedad, luego su voz se ablandó y con tono de congoja continuó—; ya entiendo tu inoperancia en nuestra cama, nunca pensé que tú, que él... —sin terminar la frase se metió al lavabo, estuvo cerca de media hora, salió con la cara mojada y los ojos encendidos, me miró por un instante y subió corriendo al segundo piso. Yo me cambié de ropa y me fui para el trabajo. Al final de la jornada particularmente trémula regresé a casa y encontré en la puerta de la nevera una nota de mi esposa:

Nunca te había dejado de amar, lo mío con Jhon era sólo por el sexo, te hubiera perdonado una infidelidad común,

pero ahora no veo en ti a la persona con la que decidí compartir mi vida. Me das asco. Espero nunca volverte a ver.

Yo sí la había dejado de amar y con pesimismo esperaba que al regresar a casa tuviéramos una agobiante discusión, pero su nota me llenó de alivio, me eximio de tener que dar explicaciones y soportar llantos y reproches, me sentí libre.

Le propuse a Landom establecer una relación. Todo funcionó muy bien durante un mes hasta que un martes infame sufrí un desmayo mientras realizaba una auditoría, desperté en la clínica: había perdido el movimiento de mis extremidades, en los días siguientes perdí el habla y la fuerza del cuello. De esto ya hace tres meses, conservo la vista y el oído. Mi esposa es un fantasma que ya no se deja ver.

En una pared privilegiada del living han ubicado el retrato gigante de los padres de Landom. El cuadro es un óleo sin brillo, las líneas de la mujer son totalmente impersonales y el esposo fue pintado con una sonrisa lasciva. De un momento a otro el cuadro cambia de una relación vertical a una relación horizontal..., es el almohadón derecho que se me ha caído ¿Cuánto tiempo voy a estar así? “Su expectativa de vida oscila entre dos meses o cuarenta años”, recuerdo que dijo el médico.

A Clara, mi hermana, la más joven, la enviaron a cuidarme, salió hace ya bastante rato y no ha vuelto. Ojalá y se cuide y vuelva pronto. Ojalá y ya no sea más la nueva novia de Jhon Landom.

# H

# EL DEL MOTILADO RETRO

Álvaro Andrés Pérez Martínez

## H

Me acuerdo de la primera vez que la vi, ese domingo yo estaba en la tienda tomando cerveza con los pela'os del barrio. Ella llegó a ver el local de enfrente, venía por lo del alquiler. A la señora Gladis, la dueña del local, no le fue fácil disimular cuando la observó caminar hacia el portón..., aunque me imagino que se sintió más tranquila cuando Jannis le dijo que su idea era montar una peluquería.

Nosotros habíamos terminado hacía rato un picadito de microfútbol en la calle, donde todavía estaban las piedras que hacían de arcos y que quedaron como recuerdo del cuatro a dos que nos habían metido los de la otra cuadra. Recuerdo que todos se la quedaron mirando, pero yo me paré y me fui adentro con una sensación de bochorno medio incómoda..., ¡estaba tan buena, y me parecía tan refinada y elegante! Se veía como las mujeres de los afiches que luego vería puestos en la pared de su peluquería.

Supongo que la señora Gladis, al ver la plata, no preguntó mucho y aceptó, porque al fin de semana siguiente, cuando fui a comprar unos huevos a la tienda, ya estaba en funcionamiento el salón de belleza “Jannis Stilos”.

Al pasar, casi ni se notaba que un garaje hubiese existido ahí. En la pared estaban colgados los espejos y al frente la silla ajustable; al otro lado estaba el sofá rojo junto a la mesita llena de revistas *Ti y Novelas*, sobre las que colgaban afiches de mujeres con los últimos cortes de moda. Al fondo estaba la silla para lavar el cabello y, en medio de todo eso, trabajando, estaba Jannis, que de tanto verme cruzar por el frente esa mañana — me inventé excusas para ir como cinco veces a la tienda — me miró con sus ojos negros.

Me observó de una forma reservada, que ni aun queriéndolo pudo dejar de ser seductora; fijando sus ojos directamente en los míos mientras yo caminaba hacia la nada. Enseguida no pude más que bajar la vista ante sus facciones y el rojo de sus labios serios, tratando de llenarme nuevamente de determinación; aunque ésta sólo llegó al final de la cuadra, cuando ya estaba frente a mí la tienda del cachaco. Me imagino que ella siguió como si nada, se notaba que ya estaba acostumbrada a esas cuestiones. Enseguida supe que no tenía con qué aguantarle el voltaje, lo que no me impidió disfrutar de una suave erección que me acompañó por el resto de la mañana.

Al poco tiempo todos se iban a cortar el pelo donde Jannis, y no quedó uno que no fantaseara con ella. Los pela'os mayores siempre estaban pendientes de cogerle detalles, y siempre contaban que le habían visto esto y aquello; decían que usaba brasieres de encaje color negro, y que tenía huequitos donde terminaba la espalda. También que tenía tatuada una palomita en la cadera, que, según me contó un amigo, se la había visto él mismo una mañana cuando regresaba de la playa... porque a ella le gustaba nadar los sábados en las mañanas, a la hora en que no hacía tanto sol y estaba sola la arena.

Al domingo siguiente preferí pasar la tarde en la casa, viendo a mi mamá recoger las sábanas y la ropa que había puesto a secar en el balcón. Mi papá leía el periódico en su silla, a la par que en la calle la bullaranga del respectivo partido de "micro" escalaba según se iban marcando los primeros goles. Las señoras sacaban las mecedoras al fresco del ocaso y los hombres se reunían a comentar en la esquina, entretenidos con el pica-dito de los pela'os, que por momentos yo también seguía desde el balcón. Esa tarde, yo les había dicho a los muchachos que no

insistieran, que no tenía ganas de jugar, que la última vez “casi que me ‘gano’ el vidrio de la tienda del cachaco” y que me dolía la barriga... La verdad era que no quería que Jannis me viera todo flaco y descamisado, porque siempre era fijo que a mí me tocaba en el equipo que tenía que quitarse la camiseta.

Tal como me lo imaginaba, al poco tiempo ella se asomó desde la terraza a ver también lo que sucedía; a ver de qué se trataban los gritos sobre supuestos tiros de esquina y penas máximas. En esa ocasión también llevaba los labios rojos, igual que la primera vez, igual que las niñas de la *Tv y Novelas*. La brisa del mar corría sobre su cara, junto con los últimos rayos de sol que venían a colorear esa piel morena. Ahí pude ver con calma su cuerpo entero, su cabello recogido. Ver sus piernas, que también lucían con el cigarrillo que traía en la mano y lo ceñido de su minifalda.

Los del cotejo enseguida se pusieron como pavos reales: a dárseles de James Rodríguez y de Cuadrado. Los señores de la esquina se voltearon a mirar, mientras que las “doñas”, en sus mecedoras, la observaban con más disimulo entre el vaivén de sus abanicos de mano. Mi papá alcanzó a bajar el ala izquierda de su periódico y fisgonear entre las barandas del balcón, pero mi mamá, que era de sentido agudo, le echó un sabanazo encima para que se dejara de hacer el marica... Era como si Jannis pudiera paralizar a todos con un movimiento de manos, aunque este sólo fuera el necesario para apagar, con delicadeza, la colilla de su cigarrillo.

Al regresar del colegio, los días de semana siempre me pasaba por la peluquería, como buscando la dosis necesaria para un vicio que no tenía intención de controlar. A veces veía a Jannis entretenida atendiendo, o me la encontraba sentada en el sofá leyendo revistas. Cuando era esto último, me parecía que me miraba detrás de las páginas al verme cruzar, como sabiendo que a esa hora yo siempre estaba por ahí. Entonces, para no darme vuelta, yo seguía derecho y daba la vuelta a la manzana, y entraba a mi casa lleno de un sofoco que ni el almuerzo me lograba bajar. Algunas veces no aguantaba y esperaba toda la tarde a que apareciera; mirando a la peluquería desde el balcón. Luego la seguía a escondidas en su paseo por el centro, en esos días en que se le daba por salir a caminar. La veía pasar cerca del Centro de Convenciones, adonde miraba sin mucha suerte

en búsqueda de cachacos que asistiesen a algún evento; antes de cruzar el Muelle de los Pegasos y entrar a la muralla por la Torre del Reloj. Los vendedores de libros usados siempre la miraban, como agradeciendo la buena vista en esos días de poco movimiento de la temporada baja, mientras que yo hacía mi pausa en sus estanterías a la espera de que ella se alejara nuevamente, para así poder seguirla encantado, viéndola pasear.

La veía perderse por las calles cerca de la catedral, hasta llegar a la plaza Santo Domingo, donde se encontraba con el hombre a quien le haría creer, esa tarde en particular, que podría hacerla suspirar. De entrada ella pedía una, dos, tres cervezas..., y al poco tiempo ya estaba calando nuevamente de su cigarrillo; observada por su acompañante, que al rato ya tocaba con sus manos la piel desnuda de sus rodillas. Impotente, yo la miraba todo lo que podía, hasta el último de los momentos, antes de que el tipo aquel la montara en el taxi que la alejaba definitivamente de mí. Al final, me regresaba para la casa caminando embobado, mientras escuchaba los pitos de los carros que pasaban por Getsemaní. Me distraía mirando las caras de los escasos turistas, el aburrimiento de las palenqueras y el traqueteo de la solitaria chiva Rumbera, que marcaba con su inactividad el momento de la ciudad en esos días de temporada baja.

Llegaba a mi casa faltando poco para la noche, a la hora de la comida, en el momento en que mi mamá solía comentar que “le dijeron”, “que le habían contado”, que Jannis no se perdía la “desembarcada de crucero alguno”, que siempre la veían con hombres diferentes agarrada de la mano, y que eso de la peluquería “era puro cuento”. Lo decía a propósito esperando algún comentario de mi papá, quien para su frustración siempre le respondía con su silencio estratégico, sin dejar nunca de buscar el crucigrama en el periódico y haciéndose el loco cuando ella le traía el tinto de después de cenar.

Por mi parte, yo ni bolas le paraba, seguro de no estar al descubierto; además de que el asunto no parecía que fuera conmigo. Sin siquiera pensar en ello, prendía el televisor o salía a la calle a ver en qué andaba todo el mundo, desconocedor en el momento de esa costumbre femenina de ir puliendo sospechas a punta de indirectazos. De todos modos, en esos

días, lo que mi mamá dijera más bien me valía huevo; para mí, lo que mejor se me daba, era complacerme con las bellas formas de la “señorita Jannis”. Así le decía en las noches cuando desfilaba por mi cabeza.

Ni ahora ni antes fui lo que se dice un “macancán”, aunque por mi altura y por la fama que bendice a quienes calzan desde jóvenes cuarenta y cuatro, nunca fui de sufrir complejos, “montadera” por los más grandes del barrio o problemas con las novias; las que, sin embargo, siempre fueron pocas.

Esto último viene a cuento porque para esos días en el colegio me decían que estaba medio flaco, hecho que el coordinador atribuía a mi jugadera de béisbol en los recreos y a los interminables partidos de fútbol cuando tocaba educación física —que de esos sí no me perdía ni uno aunque me tocara quitarme la camiseta—.

Con el tiempo, a mi mamá aquello le empezó a inquietar bastante, por lo que había días en que me servía comida como para un regimiento. Su preocupación a veces llegaba a niveles insostenibles, hasta el punto en que mi papá le tenía que decir que “ese cuento no da para tanto”, y que se “dejara de vainas” que eso sólo era por mi edad. Lo que no impidió, sin embargo, que ella me siguiera echando más arroz en el almuerzo y me sentenciara por el resto del bachillerato a baños con la puerta abierta.

A veces, era tal su preocupación que, cuando llegaba de clases, se me acercaba y me preguntaba por la novia, y luego a escondidas me revisaba los cuadernos buscando cartitas de amor. También les preguntaba a mis amigos cuando venían a casa, en el momento en que nos traía jugo de mango después de hacer tareas.

Claro que no insistía mucho porque mi papá siempre se la cogía y le pedía enseguida un café con la excusa de que iba a leer el periódico en el balcón. En esos casos, yo siempre buscaba salirme rápido “por la tangente” pidiendo permiso sin esperar respuesta, diciendo que me iba con los pela’os a jugar a la calle; mientras mi mamá se quedaba en silencio, mirándome desde la cocina. Sólo mi papá se daba cuenta, viendo desde el balcón cuando nos despedíamos todos en la otra esquina, que cada quien cogía por su lado después de hacer tareas; yo, caminando

por el corredor tras las matas de achote de la vecina, husmeando hacia la otra acera, buscando lo que no se me había perdido.

Sólo volvía a entrar cuando ya era de noche, con la mente llena de postales para mis encuentros con la almohada. Para esa hora mi mamá ya está pegada a la novela de las diez, y era mi papá el que con sus ojos me escudriñaba al entrar. Tal como son los papás, más dados a la acción que a las palabras.

Así fue como una noche me cogió sentado en el corredor mirando hacia aquella luz encendida. Era tarde y sólo la puerta de mi casa estaba abierta a esa hora. Como todos los domingos, el barrio se había recogido temprano, al día siguiente había que trabajar. Papá traía mis zapatos en la mano; seguramente me había mirado por un tiempo recostado bajo el dintel sin que yo me diera cuenta, hasta que los dejó caer al lado mío diciéndome que me los pusiera rápido. Me dijo que me apurara, que íbamos a hacer una vuelta; y era tal la seriedad que traía que en un parpadeo ya estábamos los dos recorriendo la calle solitaria. Tanto era su silencio que empecé a hacer memoria a ver en qué me las había cagado por esos días, sin que, llegando a la esquina, tuviera aún una respuesta. Poco después nos detuvimos para cruzar la calle, y fue ahí cuando decidió quitarse su disfraz; guiñándome el ojo me dijo: “Tienes el pelo muy largo”.

Enseguida lo mire y los dos nos miramos muy serios, pero de vuelta me dijo otra vez, dejando a un lado el juego de hacerse el malo: “Ya es hora de que te lo vayas a cortar, mariquita...”.

Al llegar, se veía que ella estaba a punto de cerrar. Como siempre lo hacía al final del día, ya había recogido todo y lo había puesto en su lugar. Ya no había cabellos en el suelo, ni cepillos regados, sólo se sentía el olor a frutas del acondicionador usado por última vez. Eran días de quincena; ya habían llegado las revistas nuevas. Jannis estaba recostada sobre el sofá rojo. Se notaba que se había quedado ojeándolas como quien deja a un lado sus labores inmediatas y aprovecha para distraerse, sentada bajo los afiches de mujeres igual de hermosas que ella, enmarcadas por un letrero grande que decía “L’oreal”.

Al ver a mi papá en la entrada lo saludó por su nombre y lo trató de manera cordial, acercándose a la reja después de advertir que la entrada tenía candado. Enseguida escuché las



palabras: “Pasen, pasen..., con confianza”, por lo que mi reacción mecánica fue obedecer como en cualquier visita a casa ajena. De inmediato, ella me dio la espalda sin que pareciese advertirme, de camino a colgar las llaves en el lugar correspondiente; luego de que una voz que venía de afuera, y que parecía alejarse, señalase a los gritos que “ya venía, que iba a la tienda por una cerveza”.

Lo más rápido que pude volteé para decirle a papá que la cosa no estaba como para sus juegos. Pero para entonces ya era tarde: ella ya venía de regreso, y esta vez me observaba de arriba a abajo; ahora estábamos solos, frente a frente..., y ambos sabíamos que la tienda ya estaba cerrada.

—Y dime, ¿cómo quieres que te corte el pelo? —me dijo, segura de quién era yo.

Su voz fue como un piquete de alfiler en medio de un descuido.

Por un momento sólo hubo silencio mientras mis ojos trataban de escapar a su mirada. En eso vi la única imagen de hombre en aquellas paredes; un cartelón a blanco y negro que, después me enteraría, era el retrato de un señor llamado Tony Curtis.

—Qué tal un motilado retro —se me ocurrió contestar. Pasándome la mano por mis churcos con la vana esperanza de que volvieran a su sitio.

Ella sólo sonrió, sin dejar de mirarme. Me pidió que me sentara, a lo cual obedecí. Luego puso sus manos sobre mis hombros, cuando estuvo de pie detrás de mí. Después, sus dedos índices sobre mis clavículas, antes de pasar una de sus manos por mi cabello.

—Tengo una idea en la cabeza —contestó, viéndome por el espejo—. Te vas a ver extremadamente “chic”.

# DOS JÓVENES AMANTES DE LIBROS

Auria Plaza Moreno

## H

Desde que murió mi madre empecé a vagar, permanecía en cualquier punto de la geografía, sin sosiego ni interés por nada ni nadie. Cuando no podía más con el tedio, escogía otro pueblo, otra ciudad que, quizás, lograra sorprenderme o tan sólo atraer mi atención.

De improviso, el único miembro de mi familia que aún quedaba vivo falleció, me dejó en herencia una finca, de la cual conservo dos imágenes: su paisaje y la enorme cantidad de libros atesorados en la biblioteca. Esta me impulsó a quedarme por un tiempo en el lugar. Podría vender la propiedad, después de leer lo que me interesara. Mientras tanto debía hacer algo y me decidí por una de las tantas cosas del tío: recoger la leche del ordeño de la zona.

La labor era sencilla, los campesinos todas las mañanas la traían a la orilla de la carretera en baldes y yo, con un jarro, medía la cantidad de botellas que iba traspasando a las cantinas. Les daba un recibo como comprobante y los sábados era el día de pago. Al terminar el recorrido la llevaba a la

enfriadora de la finca adonde venían a buscarla los de la pasteurizadora en un carrotanque.

Como me parecía muy aburrido lo de medir, empecé a traer conmigo un muchacho, hijo de la cocinera, para reemplazarme mientras yo, cómodo y calentito dentro del camión, leía y expedía los recibos. Se fueron deslizado los días, las semanas. Empecé a tomarle aprecio a Eusebio. Una mañana me preguntó:

—Patroncito, ¿qué es lo que tienen esos libros?

—Palabras —le respondí simplemente.

Al mediodía, cuando terminamos de recoger la leche, le ordené que en lugar de ir colgado atrás, se sentara a mi lado y mientras yo conducía le contaría acerca de los libros. Esa noche elegí *Las aventuras del Capitán Alatríste*. Era tanto el entusiasmo por las historias que escuchaba, que luego de poner a enfriar la leche, lo invité a continuar la charla almorzando juntos en la cocina. A su mamá no le gustó mucho la familiaridad del chico conmigo, y así me lo expresó:

—Patrón, el Eusebio debe comer con los trabajadores, no es bueno darle confianza.

Cuando íbamos por el *Sol de Breda*, me pidió permiso para entrar a la biblioteca. Después de las cuatro, al finalizar sus labores, vino y me consultó la ubicación de los libros de Pérez-Reverte.

—¿Este es el siguiente, verdad? —señalando *El oro del rey*.

—Sí —le contesté—, ¿quieres leerlo?

—Leo remal —me dijo en un susurro y colorado hasta las orejas.

—Eso tiene arreglo. A partir de hoy vas a leer por una hora en voz alta. Yo te voy corrigiendo, ya verás, pronto leerás muy bien y no vas a necesitar que sea yo quien te cuente estas historias.

No tardó mucho en leer con la entonación y el ritmo preciso. La cabina del camión lechero se convirtió no sólo en espacio de lectura, sino de discusiones, pues sentía la necesidad de alimentar el hambre propia de una inteligencia innata, de enseñarle a pensar. El cielo puro en el horizonte nos cubría como un manto.

Eusebio era muy diestro en su oficio, las muchachas salían al camino a ponerle conversación, sin embargo, él no se demoraba. Al principio pensé que había alguna chica a quien quería impresionar, pues últimamente se le veía muy acicalado. Su pantalón blanco de dril y su camisa de algodón, bien planchados. Dejó de usar las botas pantaneras, las cambió por zapatos deportivos. Se le veía muy cómodo y feliz.

En cambio yo estaba intranquilo, mi vida alterada; me sentía Aschenbach, con menos años, y en lugar del joven polaco, a mi lado tenía este adolescente de ojos claros y cabeza rubia a quien quería acariciar. Nunca hasta ahora me había sentido atraído por los de mi mismo sexo.

Al principio este sentimiento lo creí cariño, como afecto cuasi fraternal; un miedo no consciente me llevó a querer autoengañarme. En las noches peleaba con mi insomnio, su imagen y su voz se prendía a mi pánico de que amaneciera, y con la luz del día se hiciera más evidente esta pasión contenida. Cuando al fin lograba dormirme, tenía sueños eróticos, las sábanas amanecían húmedas.

Levantado antes de despuntar el alba, intranquilo, me ponía a leer hasta que la luz violácea, teñida con amarillos y rojos de la mañana, me volvía a la realidad. Con el anuncio de una nueva jornada, una parte de mí me siseaba quedarme, enviar a otro; pero el deseo de verlo se iba empoderando de mi voluntad y yo entregado a este anhelo.

Estoy cansado de esta lucha cotidiana, he tomado la decisión de irme a vivir a la ciudad. Finalizada la tarea diaria y antes de llegar a casa, estacioné el vehículo y le comuniqué mi determinación.

—Me ausentaré por un tiempo.

—¿Por eso quiso que aprendiera a manejar? —me interrogó Eusebio con una voz quebrada por el llanto en donde se confundía rabia y angustia.

—Sí. Además, es lo mejor para ti. Te pagaré lo suficiente. Ya no tendrás que hacer trabajo de campo. Te quedará tiempo para estudiar.

Todo en la cabina del camión había cambiado: esa alegre atmósfera de la que siempre estaba impregnada ahora se tornaba triste. Como cuando el azul limpio del cielo se empieza a cargar de celajes oscuros anunciando tormenta.

—¡No!... Si se va, me lleva con usted. Lo quise desde el primer día, a pesar de no tener ninguna posibilidad... Cuando me mandó a subirme en la parte delantera del camión fue como un sueño. ¡Un campesino como yo! Siempre he sido distinto, por eso dejé de ir a la escuela. Pero no voy a seguir negando lo que soy, lo que siento.

Sus manos buscaron las mías que fueron prestas al encuentro, se golpearon los dientes en el choque apasionado del primer beso. Éramos torpes, pero nos invadía el mismo hechizo. Descubrimos que nuestras pieles se necesitaban y que nuestros espíritus aspiraban a unirse, sin preocuparnos de lo que pudiera separarnos. Recordé los versos de García Lorca:

*Tú nunca entenderás lo que te quiero  
porque duermes en mí y estás dormido.  
Yo te oculto llorando, perseguido  
por una voz de penetrante acero.*

La cabina del camión lechero volvió a ser ese lugar de calma, se fueron los nubarrones, el viento tibio nos envolvió; los rayos del sol iluminaron sus cabellos, mis dedos volaron en alas de ese deseo tantas veces contenido y, entretejiéndolos con sus rizos exclamé:

—No va a ser fácil...

—Sí, lo sé, y —entregándome un pequeño libro que llevaba escondido entre la piel y su camisa, agregó—: lo leeremos juntos esta noche.

H

# ESCAPE HACIA EL ARMARIO NORMANDO

Carlos César Silva Araujo

## H

El foco irradiaba una luz que blanqueaba la atmósfera del cuarto. Sergio, abrumado, puso la pistola en la cama. Suspiró. Se quitó los zapatos, los *jeans* y la camisa. Miró hacia el cielo de concreto y se sobó la cabeza. Pensó que a través de la lectura, que distinguía como una forma de apaciguar sus desencantos, podía escapar de Andreína.

Usaba un calzoncillo verde con franjas rojas. Era un tipo flaco, alto, lampiño. Desde que había encontrado a Andreína en la sala de un apartaestudio del barrio Sabanas, tumbada en un sofá, bocarriba, exponiendo su cabello castaño y su *piercing* en el ombligo, sentía que se estaba perdiendo en el absurdo. Se acercó al estante de cedro donde reposaban sus libros de derecho y literatura. Acarició el lomo de *El código de Hammurabi en el siglo XXI* y *La piedad de los hipopótamos*. Luego, mordiéndose el labio inferior, extrajo *Historia del ojo* de Georges Bataille, novela que había comprado en el Festival de Literatura Erótica de Santa Marta.

Volteó, encendió el abanico de techo y se sentó en la silla del escritorio, donde había una fotografía suya recibiendo el título

de abogado de la universidad Popular del Cesar. Recordó que a Andreína le hacía falta poco para graduarse como ingeniera ambiental del mismo plantel, que era una activa defensora del río Guatapur y de la Sierra Nevada. Abrió el libro. Un separador con frases célebres de Julio Cortázar lo instaló en la segunda página del capítulo dos, que se titulaba “El armario normando”.

Creyó que daba el primer paso para dejar de respirar a Andreína. Retiró el separador, enderezó la espalda y situó el libro a la altura de su mentón. Buscando alcanzar la mayor concentración posible, se introdujo con firmeza en las palabras de Bataille. Advirtió cuando, después de una semana sin verse, Simona y el narrador anónimo se encontraron en la calle con Marcela. El hecho enrojeció de tal forma a Marcela que Simona no aguantó las ganas de besarla, pedirle perdón por lo que había ocurrido días atrás y prometerle que ni ella ni el narrador anónimo la volverían a tocar.

Apretaba el libro con sus manos dóciles y leía moviendo los labios, pero sin emitir sonidos. Notó que Marcela, quien carecía de suspicacia, aceptó a acompañar al narrador anónimo y a Simona a merendar con otros dos amigos y tres amigas. Sergio vislumbró que se estaba maquinando una trampa en contra de Marcela, situación que juzgó fascinante. El encuentro era en la casa de Simona. Al arribar los ocho muchachos, quienes no tenían más de diecisiete años, obviaron el té y empezaron a beber champaña. Simona aprovechó cuando el licor ocasionó en todos un efecto fulminante para ponerse a bailar un *ragtime* que emanaba de un fonógrafo, exhibiendo piernas y nalgas. Las otras tres mujeres la siguieron, pero Marcela, embriagada y taciturna, se rehusó a bailar.

La estrategia para soslayar a Andreína al parecer funcionaba. De la mente de Sergio se esfumaban los senos pequeños y las piernas largas y delgadas de la muchacha. Él era un novelista fracasado que hacía un mes había ingresado a trabajar en el CTI de Valledupar, pero que no dejaba de intuir en la lectura un túnel o una claraboya para huir de su realidad, aunque sólo fuera por un momento. Vio cuando Simona cogió de repente una servilleta, la elevó y expresó: “Apuesto a que hago pipí en la servilleta delante de todo el mundo”. Sergio abrió las piernas. Comprimió con la mano izquierda la parte inferior del lomo del ejemplar. Luego

metió la mano derecha debajo del escritorio. Se acarició la rodilla, el muslo. Uno de los muchachos desafió a Simona. La apuesta se fijó a discreción. Simona, naturalmente, bañó la servilleta con el agua dorada que salía de entre sus piernas. Su arrojo enloqueció a los presentes: “Ya que gané la apuesta a discreción —dijo al perdedor—, te quitaré los pantalones delante de todos”.

El abanico de techo soplabla un aire fresco, pero Sergio estaba sudando. Su sangre ardía como las palabras que entraban por sus ojos negros. Simona le quitó el pantalón y la camisa al perdedor y luego le acarició las nalgas. Quería provocar a Marcela, quien le pidió al narrador anónimo que la dejara ir: “Prometimos que no íbamos a tocarte —le dijo el narrador anónimo—, ¿por qué quieres marcharte?”. “Porque sí —contestó Marcela”. Sergio sintió una atracción vigorosa por Marcela. Esa creación de Bataille lo encumbraba y lo distanciaba más de Andreína. Sacó la mano derecha para pasar, con el soporte de la mano izquierda, a la página contigua. Luego volvió a meter la mano derecha debajo del escritorio mientras continuó sosteniendo el libro con la mano izquierda. Tenía el miembro a punto de reventar. Simona cayó al piso causando espanto en los demás. Parecía presa de un ataque epiléptico. Rondando a los pies del perdedor, exteriorizó con una especie de sed: “Méame encima... Méame en el culo...”.

Sergio, encrespado, se tocó el bulto sexual, alzó el calzoncillo hacia un lado y le dio libertad a su miembro. Luego interrumpió la lectura. Extrajo la mano, se echó saliva en la palma y empuñó su mástil venoso y lo recorrió desde la raíz hasta el glande, repitiendo el movimiento suavemente una y otra vez. Retomó la novela. Ahora susurraba la historia. Marcela se ruborizó mirando el comportamiento trastornado de Simona. Sin observarlo de frente, le manifestó al narrador anónimo que quería quitarse la ropa. El narrador anónimo la desvistió de inmediato, la besó en la boca y tocó su vagina húmeda. Sergio sintió que sus piernas se evaporaban, que sus huesos se querían romper. De pronto concibió que Marcela era Andreína, que Andreína era Marcela, que la angustia las hacía una sola mujer. Retumbó en su cabeza el canto de Kurt Cobain que sonaba cuando vio a Andreína mostrando su vello púbico floreciente, sus labios



roídos y su piel endurecida. Apretó con más ímpetu el libro. Marcela se aisló del narrador anónimo. Le soltó unas palabras al oído a Simona, atravesó la habitación como una zombi y se encerró en un armario normando, donde se comenzó a masturbar.

La estrategia de Sergio para escapar de Andreína definitivamente había fracasado. Ella estaba incrustada en su existencia de forma irremediable. Ahora, poseído por la excitación, leía en voz alta, truncando las frases, entrecerrando los ojos. Todos alucinaban por la audacia de los otros. De pie y con la falda levantada, Simona restregó sus nalgas contra el armario, donde se oía bramar a Marcela.

Sergio deslizaba su mano cada vez con más furor por su obelisco. Un cosquilleo que surgió en su pelvis le hizo estirar las piernas y torcer los dedos. Advirtió que Andreína, al igual que Marcela con el armario normando, buscó, por medio de un acto de liberación total, huir de la mezquindad que la atormentaba en Valledupar, ciudad que ella, según una carta de adiós que él encontró durante la diligencia que hizo con sus compañeros del CTI en el apartaestudio del barrio Sabanas, consideraba como atascada, hipócrita. De pronto se sintió un ruido de agua. Luego apareció un hilo de líquido que escapó por la ranura inferior de la puerta del armario. Marcela orinó dentro del mueble y provocó afuera una orgía de cuerpos caídos, piernas abiertas y semen.

Sergio imaginó que se perdía en un laberinto con paredes de fuego, que era un personaje de Bataille, o más bien el mismo Bataille. Comprimió las nalgas, miró hacia el techo y gritó: “Andreínaaa”. Su miembro convulsionó disparando un espeso líquido amarillento que mojó su calzoncillo y su abdomen. Se apretó el glande, efectuó un ronquido y soltó el libro, que cayó cerrado sobre el escritorio. Luego se puso de pie. Se aproximó a la cama, cogió la pistola y la acarició. El pecho le palpitó como un bombo. Cerró los ojos y apretó los dientes. Evocó los veinticinco años idos de Andreína, el frasco de Secobarbital vacío que estaba en la mesa del sofá donde la halló derrumbada y el desasosiego que lo invadió cuando, con la ayuda de sus compañeros del CTI, la introdujo en una bolsa de plástico blanca.

# AHÍ

Jaineth Calderón Ortega

## H

Cuando las nubes empezaron a caer no sabíamos qué hacer y por eso nos encerrábamos en las casas. Esperábamos sentados hasta que las alarmas anunciaban que ya ninguna se veía por Ahí. Ahí es este pueblo en donde se desploman las nubes, habitado por campesinos que se escurrieron de la pobreza buscando un lugar adonde ese mal no pudiera llegar, un lugar que un explorador señaló con el dedo para estacionarse: ahí, dijo apuntando con medio dedo índice, porque el resto del índice se le había quedado en el río y el explorador no supo qué se lo había arrancado. “Ahí”, les dijo a su gente y al indio guía, y esa es la causa del nombre de este claro en el valle, por el que antes se la paseaba jugando un río trasparente. Ahora dicen que ese río es el culpable de la desgracia, porque las nubes más grandes se derrumban justo sobre su recorrido.

Dicen que el río de Ahí viene de las más altas montañas, de donde nacen las nubes y las águilas se estrellan unas contra otras por culpa de la neblina, y que luego salta entre las piedras y se llena de espuma y que se pone más trasparente cuando llega al valle. Al menos así había sido siempre y todos la pasábamos la

mar (o la río) de contentos, haciendo paseos de olla y sacudiéndonos el mugre y el sudor entre su transparencia riquísima. Hasta esa mañana, a la hora de levantarnos para el ordeño, cuando mi hermanita Lain se asomó para mirar adónde iba tan asustada su gata, que había pasado las patas por su cara chillando y luego saltó por la ventana. Lain, mi mamá y yo vivimos en un codo del río y fuimos las primeras que vimos que su color se había puesto rosado. A mí me pareció raro y a Lain le pareció lindo.

Luego lo vieron todos, y fue tanta la noticia, que salió del pueblo del que casi nunca sale nada, y por donde se fueron las palabras llegaron los periodistas, los empleados del presidente y hasta los científicos, muy serios, diciendo que eso era culpa del cobre o de las fábricas. Lo malo es que aquí, en Ahí, nunca se ha visto cobre y menos una fábrica, a menos que se le pueda decir así a la fábrica de guarapo del señor Gerundio. Y por eso cuando el color se volvió más rojo vino el cardenal y bendijo el río, porque al padre de la iglesia detrás de la montaña, Anacoluto Méndez, se le ocurrió que esa era la sangre de Cristo y que Cristo enviaba un mensaje al pueblo para que reinara la paz. Pero luego de la bendición la gente se rio del río y del padre, ya que en este Ahí nunca había pasado nada violento, a menos que se le pudiera decir violencia a los partidos de fútbol en los que siempre salen cojos y adoloridos los delanteros y los defensas, porque nadie sabía bien las reglas y a nadie le importaban con tal de patear y patear.

Y aunque aquí nunca se ha visto la televisión, ya que la señal no pasa por los altos de las montañas, sí que seguían llegando los de la televisión para ver el río que se estaba poniendo del color de las moras. Y llegaron los vendedores que montaron casetas donde vendían obleas sin dulce, para que la gente se las comiera con el agua colorada. “La sangre y el cuerpo”, gritaban para los turistas. Porque en Ahí, que antes no era visitado sino por los misioneros, ahora se paseaban por la calle de tierra montones de gentes de muchos países que se bañaban en el río y se tomaban el agua recogida al pie de las montañas. Lo malo fue que luego se fue sabiendo que cuando se iban se llevaban un dolor de estómago que se volvía internacional, y parece que no se les curaba sino en su país, luego de muchos remedios.

Y fue ahí que el alcalde de Ahí dijo que sí, que había que saber cuál era la causa del misterio, porque las diarreas estaban espantando a los visitantes que se habían vuelto el mejor negocio del pueblo. Y todos se entusiasmaron y se hicieron asados, y todo de todo, hasta con baile de guitarra y silbido, para que los de la expedición se fueran contentos. Lástima que el día en que se iba la primera expedición cayó la primera nube.

Era pequeña, amarilla y con forma de nido. Y no más espantó a unas vacas. Hubo mucha curiosidad, más periodistas, más discursos y más vendedores, que traían maquinitas donde se hacían nubes de dulce colorado.

La segunda fue peor. Grandota, panzuda, igual que la bosta de una vaca, pero azul azul, y le cayó encima a la caseta de un vendedor que tenía cara de niño y el pelo negro, y que luego del susto quedó viejo y con el pelo blanco. La nube mató un perro y tumbó unos árboles.

La tercera era roja, cayó el día en que regresaron los primeros expedicionarios y se vino exactamente encima de ellos. Nunca se supo qué noticia traían.

Las muchas siguientes eran de todos los colores y espantaron a los que habían llegado. Las casetas quedaron abandonadas y se volvieron escondite de juegos, casa de perros o de ladrones. Porque, raramente, en el pueblo que siempre había sido honrado aparecieron los ladrones, pero luego ellos también se fueron. No volvió el cardenal, ni la prensa ni ningún científico. Ahora ni siquiera tenemos alcalde, porque era uno de los de la expedición que quedó bajo la nube roja.

Y la vida ha seguido así aquí en Ahí. No tenemos ya maestro, cura, alcalde ni policía (nada mas había uno y muy gordo, pero se fue). No tenemos adónde ir, no porque no queramos, sino porque los soldados del Gobierno no nos dejan salir por no arriesgarse a que con nosotros se vayan las nubes, que ya han aplastado a cincuentaitres personas de las quinientas que vivimos en el valle. Ahora no valen las alarmas, porque las nubes caen sin que nadie las haya visto antes en el cielo.

Y por eso al presente nos la pasamos esperando. Esperando que regresen los tres expedicionarios de la segunda

expedición y los ocho de la tercera. O esperando que nos aplaste una nube. Esperando encerrados, comiéndonos los granos de semilla de la próxima cosecha, o los perros que llegaron con los turistas y fueron abandonados, y la leche de las vacas que, esas sí, están gordas, pero la leche igual que el agua da una diarrea que nos tiene flacos. Esperando no más, o como dice mi mamá: “Esperando encerrados o encerrados esperando, pero sin esperanza”.

Esperando.

H

# EL PINO

Gloria Álvarez Arrieta

## H

—El peligro está ahí, la mala hora está acechando —dijo Julio señalando el pino que se encontraba en la entrada del jardín de la casa del médico Esteban.

—No pensemos en eso, no va a suceder nada —respondió el doctor, acercándose y dándole una palmada en el hombro.

—¡Pero el pino es viejo y ya tocó las redes eléctricas! —dijo el vecino en voz alta.

—Julio, ya fui y entregué la solicitud —replicó Esteban.

—Sí, pero lo único que han hecho ha sido podarlo... El árbol cada día está más alto, lo estimula la corriente.

—Pero usted sabe que para talar un árbol eso no es así —levantó la mirada hacia Julio, asintiendo con la cabeza—, ellos tienen que emitir una resolución.

—¡Pendejadas y qué cuentos, cualquier aguacero va a desplomar esa mierda!

El fogoso diálogo se convirtió en la nueva rutina entre Esteban y Julio. Sobre todo porque acostumbraban a tomar el café, frente a la jardinera de la terraza del doctor. Una amistad que no prometía nada, muy parecidas a las de hoy. Al inicio de la devoción,

era un estricto rigor mínimo de cortesía, pero con el tiempo, poco a poco fueron dejando los antifaces del protocolo y los escenarios se tornaron en un altar de confesonarios. Los secretos, las risas, los disgustos, los chistes; no faltaron el deporte, la literatura y la música.

*Imagine* de John Lennon, fue el álbum que le obsequió Julio a su vecino después de muchas tertulias sobre The Beatles. Parecían proyectar una relación de esas de radionovela, de cuentos de hadas, y recordar aquellas épocas ingenuas. “Me recuerdan la historia de David y Jonatán —dijo la esposa del médico—. La mujer algunas veces se integraba a las tertulias, sobre todo a opinar de literatura y música. Ella era la encargada de llevarles el tinto cada mañana.

El pino (araucaria) estaba ahí, frente a ellos, y era testigo de las pláticas que día a día se enhebraban. Julio, en una de esas tertulias, observó que la cima del pino tocaba las redes eléctricas. Al principio la conversación sobre el pino parecía parte de la rutina, pero a medida que las ramas del pino crecían y se entrelazaban con las redes, la charla se entrelazaba en pequeños giros violentos. Aunque Esteban procuraba mantener la calma, Julio advertía que él iba a ser la víctima. Y dado que él se había obsesionado con el repentino crecimiento del pino, las charlas giraban en torno a una tragedia.

—¡El pino se va desplomar sobre mi casa, maldita sea! —decía.

—Ya lo hice, vecino —dijo Esteban—, también reporté la situación al 123.

Pero Julio sólo veía la desgracia. El médico en algunos momentos trató de salvar la sentida compañía, preguntándole con astucia por Marcos. Marcos era la condensación de su orgullo, era su unigénito y estudiaba Medicina. Y ese día, Julio estaba casi fuera de control.

—¿Y Marcos, ya regresó de la universidad? —preguntó el médico—. ¿Cuándo se regresa?

Pero al querer Esteban redirigir la charla, Julio reflejó el desgaste de la misma. “Cuando tenga que regresar”. La mujer, que tomaba café mientras leía un libro, extendió la invitación desde el pasillo de la cocina.

—Amor, ven, está el café. ¡Señor Julio, tome el suyo! —pero Julio no parecía el mismo.

—Ya lo tomé —dijo desde la entrada de las rejas—, también voy de salida.

Dio la vuelta y se fue. La mujer no le dio importancia, siguió sirviendo el café como si siempre lo hubiera esperado.

—Hace calor, parece que va a llover, pero no veo nubes —dijo ella.

—¿Y el cigarrillo? —preguntó Esteban yendo de regreso a la casa. Se acomodó en el sofá. Encendió la música. Miró hacia el jardín y trataba de seguir la melodía—:

*Imagine there's no Heaven,  
It's easy if you try,  
And no Hell below us...*

—Sólo café. El cigarrillo es historia —dijo ella.

—Mujer, eso es mejor que ese olor en la garganta a podredumbre de la morgue —dijo él mientras seguía la melodía—:

*... Imagine all the people  
Living life in peace.*

—¡Parece un sueño! —dijo ella.

—¿Qué cosa, lo del cigarrillo o la canción? —preguntó él.

—Tómalo como quieras —respondió.

Esteban sacó el cigarrillo de la caja que ocultaba debajo del almohadón del sofá y lo encendió. Toma café y susurra la canción hasta el final. “Es lo único que me desintoxica del cigarrillo y de los muertos”.

—Ya lo sabía —dijo la mujer mientras pasaba la página.

—¿Qué cosa, mujer? —preguntó él.

—Lo del cigarrillo y los muertos. ¿Cuántos van? —preguntó ella.

—Apenas es martes y van ocho —se incorpora y le entrega la taza de café.

—¿Y el pino?

—Sí, voy por la respuesta de la solicitud para la tala del árbol, pero primero voy a la morgue. Anoche fueron tres.

El silencio lo acompañó hasta la puerta, mientras la mujer lo veía salir.

Luego, después de salir de la morgue, el médico se encontraba detrás del mostrador.



—Señorita, hace ocho días radiqué la solicitud para una tala, ¿qué respuestas me tienen?

La joven revisó la copia y buscó en un libro.

—Señor, tiene que esperar ocho días más. Su solicitud apenas llegó a archivo para abrir fólder del caso —dijo la recepcionista, mientras hablaba por teléfono.

Esteban explicó la situación del pino.

—Lo siento. Tiene que esperar que la solicitud suba y envíen al técnico a valorar. Venga por la respuesta aproximadamente dentro de quince días —dijo mientras sostenía el teléfono. Esteban la vio igual que cada una de las paredes de aquella oficina: impenetrable, sorda e indiferente.

El cielo se había nublado, así como estaba la situación del pino. Sin un horizonte claro, un camino por donde avanzar. Toda la noche serenó y así durante las dos semanas siguientes. Caía agua torrencialmente, sin descanso, sin parar, así como no paraban las actas de defunción.

—Anoche fueron cuatro —dijo—, mañana hay otra caminata por la vida.

—¡Pero los muertos siguen, caen y caen! Todavía me acuerdo de la caminata del profesor de física y del párroco de la Divina Fátima —dijo la mujer mientras pasaba otra página del libro.

—La policía ofreció recompensa —añadió él.

—Lo único que sé es que llueve agua, llueven muertos, llueven caminatas. ¡Es lo único que veo! —dijo Esteban mientras le entregaba la taza de café.

—¿Y el pino? —preguntó ella.

—Hoy me deben de resolver lo del técnico —respondió.

Terminadas de firmar las cuatro actas de defunción en la morgue, Esteban estaba nuevamente detrás del mostrador. La secretaria le contó que ya se le había asignado un técnico. “Dentro de los siguientes ocho días debe ir a valorar el pino”. Esteban sólo sintió que pronto acabaría este paseo de ida y venida.

Esteban y la mujer estuvieron ansiosos, las lluvias y los vientos golpearon con fuerza al árbol de cinco metros y éste se hendió. La fisura se presentó un poco más abajo de la mitad y el pino se había inclinado hacia la casa de ellos.

—Ahora entraremos en la lista de los muertos nosotros —dijo ella, tomando un sorbo del café.

—No digas eso, mujer. Sólo falta la valoración del técnico y listo —dijo apagando el cigarrillo en el tintero. Se incorporó y salió. La mujer siguió leyendo el libro.

El técnico realizó la visita: observó, detalló cada parte del tallo del árbol.

—Señor, ese pino es un peligro, se hendió y está inclinado —dijo ella tratando de acelerar el proceso.

—Disculpe, señora, hay que hacer otras revisiones, mirar así como la ley lo expresa. Dar la orden para talar un árbol..., eso no es así. Estamos hablando de quitarle la vida a un árbol... ¿Me entendió? —dijo mientras la miraba—. La ley establece sólo dos razones para la tala de árboles ornamentales. Si el pino cumple con los requisitos, se tala, si no, entonces no —añadió mientras organizaba la cámara.

—¿Y los resultados cuándo los podemos saber? —preguntó ella.

—Después del concepto técnico de la visita realizada, se traslada a Oficina Asesora Jurídica para la expedición de resolución, mediante la cual se otorga o niega la autorización solicitada —le contestó—, y se establecen las compensaciones a que haya lugar para el caso de las talas autorizadas. Es decir que habrá respuesta aproximadamente dentro de unos quince días.

La mujer escuchó detalladamente. Firmó los papeles y entró.

El Sol calentó el resto del día. El calor parecía como en las épocas de verano, no había dónde refrescarse. En la noche no se vislumbraba la Luna ni las estrellas, sólo unas gruesas nubes negras. El viento trajo una brisa fría con olor a humedad. Al amanecer, una tromba los visitó. Rayos centelleaban en el cielo. Los árboles eran destrozados por la fuerza de los vientos.

—¡Se nos viene ese pino! —dijo él mirando por el vidrio de la ventana. El viento soplaba con fuerza y los árboles rugían. Estaban horrorizado al ver el pino ondearse como una bandera.

—¡Ese pino parece que va a colapsar! —gritó mientras se colocaba las manos sobre la cabeza.

—¿Y qué queda? Seríamos dos muertos más que hay que sumarle a la cuenta de hoy —dijo ella. Se acomodó nuevamente en la cama.

—Ven a mi lado mientras pasa la tormenta.

En la mañana, los estragos se hicieron ver. Julio había elaborado una carta declarando que el pino era un riesgo para toda la comunidad. “Las ramas entrelazadas en las redes pueden ocasionar daños físicos y materiales”, decía él.

Julio recogió casa por casa las firmas de todos los vecinos. “Esteban, voy a entregar esta solicitud y la respaldan todos”, dijo en la puerta de las rejas. Dio la vuelta y se marchó. Esteban no dijo una palabra. Tomó el café y salió a la morgue. Ese día firmó cinco actas de defunción, entre ellas las de dos niñas asesinadas.

Las lluvias seguían, el pino se inclinaba más y más, la humedad permitía que el terreno y la corteza del pino cedieran. Parecía que las redes eléctricas sostenían al árbol. Esteban no dormía, estaba angustiado. Pensaba en que quizá la resolución no iba a llegar a tiempo.

—Duerme, Esteban, nada puedes hacer —dijo ella.

Pero más aterrado quedó el médico cuando le tocó firmar el acta de defunción de Marcos. Marcos, el hijo de Julio, su unigénito.

—¿Y quién lo hizo, amor? —preguntó ella.

—No se sabe, sólo sé que sus sesos quedaron como puré de papas pegados en la pared y que le quitaron el celular —respondió él. Un silencio seco llenó la casa. Ella empezó a vestirse. Él se sentó en el sofá.

—Hay una marcha por la vida esta tarde. ¿Vas a ir? —preguntó él.

—No, la seguiré por Facebook —contestó ella, y se acomodó el vestido.

—¿Y por qué no vas? —preguntó él.

—Ya para qué, ¿qué nos ha quedado? —respondió—. Te digo lo que dice el escritor Fernando Vallejo: “Pero lo único que cuenta es la muerte propia, la individual, la otra no nos importa; después de mí, el diluvio” —añadió mientras se acomodaba el bolso; lo agarró por la mano y salieron por el pasillo.

# TEDIO

Enrique Álvaro González

## H

En esta cama transcurre mi vida hace tres años. La acompaña el tedio y la quietud humillante de este destino. Sólo mis ansias de viajar, de conocer el mundo, me dan esperanza para enfrentar los retos y cumplir metas trazadas antes del accidente.

Aquí, mi posición sólo me deja mirar el cielorraso, tan blanco, que algunas noches me parece ver las nubes, la luna y las estrellas. En el día, ese cielo límpido bajo el cual viajaré un día, también.

Mi aburrimiento no cabe en esta pieza de paredes albas, cortinas translúcidas y ventanas cristalinas, por donde la enfermera parece espiarme a diario. Se acerca, me mira, anota algo en su tabla de pacientes y, callada, se retira.

Ella ignora que para mí es transparente como las ventanas o el techo, porque en sus ojos “leo” lo que piensa: “Pobre. Cada día está más delgado”.

¿Cómo no se da cuenta? ¿Cómo no entiende que no me estoy adelgazando? En realidad, poco a poco me estoy hundiendo en esta maldita cama que es una nata espesa, una arena movediza que me traga.

Lo único que mantiene mi cordura son los viajes que sueño. Me veo en el desierto de Atacama, bajo las inclemencias del clima, encorvado por los vientos que parecen traer el grito rebelde de Jara, admirando los salares, feliz con mi ración salvadora de agua y la cueca entonada por el verbo vivaz de una atacameña. Esa imagen le da peso a mi cuerpo.

Viajo, siempre viajo a pesar de este lecho escaso, de la enfermera, del trasluz de las paredes, del vacío que siento desde el cuarto piso, las blancas paredes y el techo transparente. Un día me verán partir.

Iré a degustar un churrasco gaucho adobado con aires de milonga, cerveza fina y su propia manteca, en las pampas eternas donde los bovinos le mugen a la tarde que se marcha, para echarse a rumiar. Luego, nimbado por la fogata y el ocaso, acompañaré a Martín Fierro con un mate a narrar cuentos de boleadoras y vacadas.

Qué imagen, ¿cierto? Ni modo. Ahora peso más. Veamos el reporte de ella: “Más delgado que ayer, doctor. Su palidez sigue impresionándome. Se le notan lo huesos, las venas”.

Es cierto. Como todo en este cuarto, yo también me hago transparente. Lo he notado, y mejor. Veo mi interior. El cauce de mi sangre, el mapa de mi carne, la estructura ósea que el accidente dejó buena, pero también la inútil, y en el alma veo arder mi pasión por viajar. Pero gano peso. Sigo hundiéndome en mi cama.

Ahora parto hacia las líneas de Nazca. La madrugada trae un vals peruano. El terreno, violáceo durante la noche, comienza a ser rojizo y negro por el sol naciente, mientras yo intento descifrar los secretos tallados en el desierto. Desde la altura, diviso figuras antropomorfas, geométricas o animales, y aventuro hipótesis que sólo yo entiendo, hasta cuando lo permita el combustible de mi avioneta.

Una vez esto pase, acompañaré el canto de Chabuca con un pisco ardiente en mi garganta, seguido de otros, hasta perder el sentido. No importa, carajo, que mi cuerpo adquiriera peso y me hunda con todo mi desasosiego entre el lecho.

“Mírelo, doctor. Ya casi no le encuentro vena para entubarlo”, dirá la asistente. Me reiré. Ya no me preocupa su ignorancia sobre mi transparencia y hundimiento, pues estoy

en el Maracaná, el templo del fútbol profanado por sacrílegos goles en aquel año cincuenta, cuando aún el Rey de Dos Corazones era un niño. Aquí me refundiré entre los gritos fanáticos de una torcida carioca cuyas arengas tienen sabor de samba, y jamás volveré. Entonces, ella, la enfermera, asombrada como lo está en estos momentos, sólo podrá reportar a su jefe lo siguiente: “¡No está, doctor! ¡No está! ¡Como si se lo hubiera tragado la cama!”.

Entonces habré asesinado este tedio inmenso, y seré feliz.

H

# POR DECISIÓN UNÁNIME

Aurora Elena Montes Rebolfo

## H

El muerto estaba ahí, tieso y frío, con esa expresión de ausencia, alejado ya de todas las preocupaciones del mundo, desconectado de la certidumbre y realidad que golpea, a veces suave y rápido como un *jab*, y otras duro y directo como un gancho a la mandíbula. Parada junto a mi madre miraba al hombre muerto, vi su cuerpo tendido en el piso, estaba semidesnudo, un cuerpo joven, fuerte, de piel negra y brillante. Vi las dos heridas de cuchillo, una en el cuello y otra un poco más abajo, justo encima del corazón. Mi madre sostenía mi mano y yo asustada la apretaba con fuerza, no había sangre o por lo menos yo no la vi. Las mujeres de la residencia lo habían arrastrado desde la hamaca donde descansaba, y en donde lo encontró su asesino, hasta el pequeño patio compartido por una docena de habitaciones. La gente iba y venía y murmuraba cosas; cuando me acercaba para oír, ellos callaban o se alejaban con esa costumbre adulta de excluir a los niños de la conversación sin darles mayor explicación. Entonces trataba de atrapar palabras que iba enlazando hasta construir pequeñas frases que daban un poco de sentido a lo que había ocurrido. El asesino había entrado por el portón que daba acceso a un callejón y que

desembocaba en el patio circular donde estaban las habitaciones. Antonio —así se llamaba— acostumbraba a dormir con la puerta abierta, el portón le daba seguridad, pero el portón era de zinc y no le resultó difícil al asesino abrir un boquete en la cerradura. No fue para robarlo, todas sus cosas seguían ahí, el asesino entró a matarlo y así lo hizo. Entre la confusión me asomé a la habitación del muerto, era muy pobre, sólo una hamaca atravesada y una mesa sobre la que descansaba una maleta, un viejo televisor y una cartera, algunas cosas regadas por el piso y en la pared de fondo un cartel de Rodrigo Valdés luciendo su cinturón de campeón y la sonrisa triunfal con sus dientes de oro, sonrisa que ya nunca revelará el rostro de Antonio, esa pelea la perdió un par de horas atrás. Una de las mujeres se acercó con un balde, jabón y un trapo, entonces mamá me tiró de la mano indicando que saliera. Ahora, treinta años después, no recuerdo haber visto un policía, ni un levantamiento del cadáver y todos los protocolos que se hacen en ese caso. Pero así era mi pueblo a finales de los setenta, pasaban semanas tranquilas, pero de repente asesinaban a tres personas en un día. Un pueblo abrumado por un calor constante que parecía de mentira, con sembradíos de algodón lamiendo la serranía del Perijá y guácimos eternos bajo los cuales se encontraba sosiego con treintaiocho grados a la sombra.

El Bolsillo, ese era el singular nombre del barrio donde vivió la familia por espacio de un año; lo llamaban así porque sólo tenía una entrada, era un callejón ancho y sin salida en el que las clases sociales estaban definidas: por la derecha vivía una clase media trabajadora y por la izquierda una clase baja que bien podía trabajar como mi madre, en el comercio ambulante, o como Antonio, en el robo ocasional o en el alquiler de habitación para una población itinerante que vivía del rebusque diario. Nunca nos gustó el barrio, había en él un aire de marginalidad y sus residentes estaban siempre al límite de la legalidad; mi madre afirmaba que la dignidad y el orgullo no eran incompatibles con la pobreza y, desde el primer día que llegamos, ella fue preparando el camino para irnos de allí lo más pronto posible. El pequeño barrio quedaba entre las calles doce y trece, a la vuelta quedaban varias casas de citas y una cuadra más abajo



el Teatro Internacional, uno de los dos cinemas del pueblo. Papá acostumbraba llevarme y fueron innumerables las películas que disfruté en el Internacional, el cual era muy concurrido hasta que cayó en desgracia, las apuestas y la prostitución le tendieron un cerco; terminó proyectando cine porno hasta su cierre final.

Para sepultar a Antonio, las mujeres de la residencia recolectaron dinero en el barrio y en los bares y billares que frecuentaba, el municipio pagó el alquiler de la bóveda, ya que no se pudo contactar a ningún familiar. Desde que había visto al muerto soñaba con él, me despertaba a medianoche perturbada por la imagen de su rostro con los ojos abiertos y la pupila dilatada, cuando pasaba frente a la residencia miraba hacia el callejón, el portón había sido reemplazado por uno de metal y la habitación ya tenía nuevo inquilino, parecía que todo volvía a la normalidad. Pero para mí no era así, era miedosa. Los miedos siempre fueron una constante en mi vida, los terrores me asaltaban con una imagen, una película o una historia en noches de tormenta. A los cinco años una imagen de un Cristo al que llamaban “El milagroso de la villa” me atormentó durante meses, aún no puedo explicar qué era lo que producía el miedo, si era el rostro, el color o las manos perforadas y ensangrentadas, pero no podía estar sola en la habitación y mirar la imagen fija en la pared, no importaba si era de día o de noche, mis manos temblaban y un estremecimiento recorría mi cuerpo, sentía ojos que me observaban desde múltiples ángulos, cercanía de peligros inexplicables para otros pero reales para mí. Ahora un nuevo temor irrumpía para inquietar las sombras de la noche, para resquebrajar el reposo; porque los sueños con el muerto continuaron por semanas, noches de aprensión y sobresalto, imágenes de ojos muertos, de cuchilladas en el cuello, cuerpos sin sangre. Me atemorizaba ir sola al patio, ese patio enorme lleno de árboles de guayaba, pero no de la guayaba grande y roja, sino de esa guayaba blanca, pequeñita y llena de gusanos; ahí junto a un árbol veía al hombre muerto, con sus ojos abiertos, sin sangre. Desde arriba, le caían diminutos puntos blancos, eran los gusanos que se salían de las guayabas para caer en el lustroso cuerpo del muerto, era una escena aterradora, el cuerpo negro y brillante cubierto de los pequeños

gusanos que se arrastraban por su abdomen, buscando horadarlo y anidar en él, para cumplir su papel en la cadena alimenticia.

Después de cenar, podía salir a jugar con las amigas, jugábamos frente a la casa sin ninguna preocupación, corriendo por esa calle llena de piedras y con el viento llevándose las risas, no había temores, sólo la certeza de lo inmediato, nunca se disfruta tanto del ahora como en la niñez. A las nueve nos llamaban a entrar y yo tenía que ir al baño que estaba al fondo del patio a cepillarme los dientes y lavarme los pies. Me quedaba varios minutos ahí parada sin poder seguir al patio, mamá me apuraba desde el cuarto, mientras tanto me llenaba de valor para ir hasta el baño, ese junto al árbol de guayaba, junto al hombre muerto con los gusanos resbalando por el cuerpo. Entonces me arrepentía de haberlo visto y juré que nunca más vería otro, promesa difícil de cumplir en un pueblo donde en muchas ocasiones ver un muerto era una manera divertida de salir de la rutina.

Era miedosa, pero me gustaban las historias de espantos, vampiros, brujas y muertes extrañas y violentas, las oía con embeleso, con una sensación de deslumbramiento que se sentía en la piel; cuando relataban historias de ese tipo, ahí estaba yo en primera fila, con los ojos abiertos y los oídos dispuestos a no perder una sílaba. Un día papá me avisó que estuviera lista a las seis para llevarme a cine, era algo que hacía con frecuencia, y emocionada lo esperé, arreglada desde las cinco. Cuando llegó, me dijo que la película se llamaba *King Kong* y quienes la habían visto decían que era buena. Salimos en la bicicleta, ahí iba yo sentada en la parrilla con mi trajecito de popelina con estampado de cuadritos azul turquesa, iba bien “modosita”, con dos ganchos recogiendo el pelo a los costados y tan contenta porque me gustaba tanto el cine como jugar con las amigas. Adoré la película, la atmósfera oscura, los gritos de Jessica Lange y los ojos de desconuelo del gorila. Pero sólo cuando llegué a casa y tuve que ir a lavarme los pies, recordé el patio de mis tormentos, entonces, además del muerto con los gusanos, era la oscuridad y los tambores y el gran animal al acecho. No quería cerrar la puerta del baño porque cualquier sombra proyectada me paralizaba el corazón, pero tampoco podía dejarla abierta porque aparecía el hombre muerto con su

mirada velada. Los pies atornillados al piso por el miedo me impedían el movimiento, mis dedos crispados agarraban un lado de la falda mientras con ojos alucinados buscaba fijar la mirada en un punto fijo para olvidarme de las imágenes que me acordonaban sin misericordia. Lo único que podía hacer era llamar a mamá, pegar un grito desesperado que la hacía brincar del asiento. Sólo cuando ella llegaba podía abrir la puerta y correr hasta el cuarto.

Mamá era experta en “tomas e infusiones”, buscaba de manera desesperada que durmiera tranquila y dejara de despertar a la familia con gritos a la medianoche. Me daba a tomar toronjil para dormir profundo, valeriana para la ansiedad y mejorana para un mejor despertar. Pero eso de poco servía, porque los demonios aparecían mucho antes, ellos hacían su ingreso al caer el sol, la oscuridad era su cómplice, el sueño simplemente era una forma mucho más íntima de hacerme compañía. Entonces aprendí día con día a vivir con los demonios, a aceptarlos como una parte de mí. En el día yo tenía el dominio, pero en la noche ellos reinaban y no tuve más remedio que cederles el control, algo así como una custodia compartida. Podría decirse que hicimos un acuerdo tácito, un arreglo mutuo de no agresión para lograr la convivencia, como los viejos matrimonios. De tal manera que, aunque el corazón latiera a mil y me doliera el estómago, yo iría al patio a cepillarme los dientes y lavarme los pies. En la enorme oscuridad de ese inquietante patio se escucharían los tambores y la cercanía de los “otros”, estaría Antonio con sus gusanos, y observándome desde cada rincón estarían sus ojos muertos.

# H

# PECADOS MILAGROSOS

Sandy Mileth Sierra Amaya

## H

Nací en un pueblo pequeño. Caliente y “polvoroso”. Aclaro que, con las dos últimas características, me refiero sólo a las mujeres. Porque todas sabemos desde niñas cómo se debe sudar una cama. Por circunstancias que ahora no deseo recordar, tuve que vivir algunos meses en la casa de Mamá. Así llamé siempre a la viejita de ojos apagados y caminar cadencioso que olía a chicharro de tamaca y a hojas de tabaco. Y quien me enseñó la verdad que ahora defiendo, aunque sea, a mi manera.

Los diecinueve embarazos de Mamá sólo la ayudaron a tener de manera prematura el cabello algodonado, un constante dolor en el vientre y los senos más flácidos que jamás haya visto. En los primeros partos que tuvo nació mi madre. Una mujer rumbera y de carácter bucólico, quien afirma con orgullo no haberse enamorado nunca. Ni siquiera de mi padre. Por la característica tan suya de dejarle todo al destino y presionada por el tiempo, se casó de manera tardía con un moreno de ojos miel y risa perpetua. Por lo tardío del matrimonio de mi madre, mis hermanos y yo fuimos los de menor edad en la casa de “Mamá”.

Un hecho que lamenté siempre, porque de haber sido mayor, hubiese entendido cuando la viejita me decía después de comer: “Hay que agradecer que se vive, aunque sea entre pesares”.

Recuerdo que en las noches, cuando la luz eléctrica lo permitía, algunos de mis primos y yo nos sentábamos en el piso de cemento pulido a ver una máquina cuadrada o rectangular. No recuerdo con certeza. Por la cubierta parecía ser de madera roja y, en vez de botones, tenía tornillos plateados. Cuando la encendían, salían en la pantalla personas diminutas, autos lujosos y comidas extravagantes. Asumí que ellos debían tener un luto perpetuo porque todo lo compraban blanco o negro. A mi parecer, el invento más extraño del mundo.

No digo que me gustara sentarme en el suelo frío donde veía dormir a los perros, vomitaban mis primos o me venían unas de las tantas hemorragias nasales. No. Lo hacía porque había un asiento por cada cinco personas. Y como decía el hijo de mi tía: “Ni modo. Nos toca. Donde los mayores mandan los pequeños callan y obedecen”. Veíamos la máquina extraña cuando Mamá decía alarmada:

—Tápanse los ojos. Ver eso es pecado.

—¿Por qué, Mamá? —pregunté.

—...

Por fortuna o desdicha, la curiosidad me persigue para todo y ya sabrán a lo que me refiero. Fastidiada de taparme los ojos, una noche me negué a hacerlo. Sin decirlo, claro. Y vi por un huequito entre un dedo y otro, que mi abuela, tíos y vecinos, eran pecadores. Nunca se tapaban los ojos. Debí ser que les gustaba lo que veían. Por las miradas pícaras entre ellos, supe que pecar no era tan grave como me hacían creer. Por el contrario, era muy divertido.

Llegó la madrugada y yo seguía haciendo conjeturas sobre el pecado que guardaban los mayores y esa máquina alcahueta. La fatiga mental atrajo el sueño. Por desgracia, el matinal des canso fue interrumpido por el canto atroz del gallo de la casa. Me tenía harta su “quiquiriqueo”. A veces creía que lo hacía para molestarme. Y cuando nadie me veía, lo golpeaba con lo que tuviera a la mano. Tenía que dejarle claro que nunca seríamos amigos, aunque la intrusa fuera yo.

Resignada, descolgué y recogí la hamaca. Entré a la cocina para lavarme la boca. Como siempre, no había crema dental. Tenía que volver a cepillarme con sal, así me sangraran las encías. Era eso, o andar el día entero con la letrina en la cara. Sin más opciones, llené un vaso con agua, agarré el poquito de sal y el viejo cepillo de dientes y salí rumbo al corral.

Terminaba de lavarme la boca cuando vi llegar con pasos apurados a la comadre de Mamá. Presentí la mala noticia. Miré al cielo y estaba nublado. Según la vieja, “cuando el cielo estaba amuga’o era porque la desgracia venía pisándonos los talones”. Tiré el agua que quedaba en el vaso. Sin pretenderlo, le cayó al gallo. Sonreí. Me fui acercando con cautela. ¡Pero qué va! *Mamá fue pájaro antes de yo ser pichón*. Y para impedir que escuchara, bajó la voz. Táctica fallida. Lo reconozco. Porque bajando la mirada y simulando buscar algo que ni yo misma sabía qué era, escuché parte de la confesión.

—Está “embrujá”..., como saben que ella es una pela’ita de su casa..., quieren joderla —dijo la comadre.

—La gente de este pueblo envidia hasta la honra de una mujer..., sólo un milagro podrá salvarla —contestó Mamá.

Llegada la tarde fui a visitar a mi prima. Tenía varios días sin verla y, además, extrañaba nuestros escapes secretos. De contar con suerte, ella sabría quién era la embrujada del pueblo. Llegué a la casa de mi tío, sofocada por el calor. Me saludó con el cariño que sólo él sabía darme en una simple sonrisa. Le devolví el gesto y pregunté por mi prima. A lo que él respondió:

—Pasa, hija, está en el cuarto.

Noté en el tono de su voz una preocupación palpitante. Corrí la cortina del cuarto y entré apresurada. Y por lo que veía, quedé más confundida que antes. Mi prima estaba acostada boca arriba. Tenía las manos y los pies amarrados a los extremos de la cama. Llevaba puesta una manta blanca. Lo comprendí. La embrujada del pueblo estaba frente a mí. Me miraba sin verme. No pestañeaba. “Está muerta”, pensé. La piel se me erizó.

Empecé a sentir que me vaciaban el cuerpo a totumadas. Otra vez el calcinante frío de la muerte. Las lágrimas luchaban por salir. Pero con siete años de edad sentía que había llorado

lo suficiente. Como decía Mamá: “Si llorar sirviera de algo, las lágrimas no fueran gratis”. Aguanté el llanto. Sentí un fuerte jalón en el brazo. Me molesté. Miré hacia donde provino el irritante sacudón. Escuché: “Vete de aquí. Es asunto de mayores”. La escasa luz y el tumulto de gente en el pequeño cuarto de barro me impidieron comprobar quién me amenazaba. Por la voz supuse que era la comadre chismosa de Mamá. Y por el agradable olor a tabaco seco en el cuarto supe que la vieja estaba allí. Me sentí protegida y me quedé donde estaba. La chismosa levantó la mano para obligarme a salir. Mamá le dijo: “Déjela, comadre, es bueno que le pierda el miedo a los espíritus”. Me acercó a mi prima dándome una vela encendida. Nos pusimos a rezar.

Durante la sesión, mi prima no dejaba de balbucear locuras que estoy segura ni ella misma entendía. Movía el cuerpo como los gusanos al caer sobre brasas. Y sudaba tanto que, por un momento, pensé que estaba lloviendo encima de su cara. Terminamos el ritual y volvimos a casa de Mamá en medio de un silencio incómodo.

La muerte de mi abuelo precipitó el temprano envejecimiento de Mamá. Empezó a perder la memoria. Lloraba con frecuencia. Lo llamaba de vez en cuando, como si él siguiera caminando junto a ella. Y por algunos instantes empecé a creer que en realidad lo hacía.

Debo reconocer que desde niña aborrecí a las personas de mi edad. Me parecían aburridas y predecibles, pues compartíamos el mismo grado de ignorancia. Prefería hablar con Mamá. Le tenía una explicación a todo, aunque tuviera que inventársela. En las tardes, antes de seguir con la romería a favor del alma de mi prima, la ayudaba a hacer sus propios tabacos. Se le dio por sostener que “los tabacos de ahora están hechos para matar a la gente”. Haciendo los tabacos aprovechaba para contarme una parte de su vida. Con el tiempo, fue olvidando casi todo. Terminó repitiéndome las mismas historias de siempre. Sin embargo, yo las disfrutaba como si las escuchara por primera vez.

En la segunda sesión, mi prima lucía peor. Estaba pálida. Se negaba a comer. Y, peor aún, no se quejaba. Parecía estar en otro mundo, tirada en la cama, con la mirada perdida en una

lejanía que terminó por apartarla definitivamente de nosotros. Por su parte, Mamá se negaba a perder la fe. Seguía implorando piedad por la vida de alguien, a quien sólo le faltaba el tanático olor para comprobar que estaba muerta. A diferencia del primer día, había menos público. Las personas se negaban a asistir por temor a que el maleficio las contagiara. Como aves de rapiña, a la espera de los gritos anunciadores de muerte, preferían aglutinarse alrededor de la casa de mi tío.

A la mañana siguiente, después del desayuno, me quedé sola en la casa. Mientras barría la cocina, escuché un alboroto en el gallinero. Temí que fuese un “zorro chucho”. Si era él, se iba a llevar las pocas pollitas que quedaban y, en esa pobreza, cualquier huevo hacía falta. Corrí al gallinero sin hacer bulla. Al acercarme, escuché unos quejidos y no eran de perra. No, señor. En el gallinero estaba pasando algo y yo no me lo iba a perder. Me acerqué ansiosa. Y vi entre el espacio de una guadua y otra a la embrujada. Desnuda, sudorosa y jadeante. Encima de ella estaba el hijo de mi tía, también sin ropa, con la cara sonrojada y respirando con afán. Sentí ganas de pecar. Estaban haciendo lo mismo que los mayores veían en la máquina alcahueta.

Con la diferencia de que aquí no había sábanas caras, cortinas de sedán, música de fondo, almohadas suaves ni una cama grande. Sólo algunas plumas de gallina haciendo las veces de colchón en un piso de barro, paredes rústicas de guaduas, amarradas con “bejuco de cadena”, el cacareo irritante de gallinas envidiosas, la mirada desafiante del gallo nefasto y el desagradable olor de heces humanas.

Algo extraño pasaba. A pesar de los cambios, mis primos se veían más felices que la gente de la televisión. Mi prima tenía las piernas abiertas, lo que el hijo de mi tía aprovechaba para meter y sacar lo que entraba y salía con rapidez del cuerpo de ella. Cada vez que pasaba, ambos temblaban y gemían. Los pezones oscuros y erectos de mi prima subían y bajaban. Mi primo empezó a chuparlos como si muriera de sed y ellos guardaran el último vestigio líquido del planeta. Los quejidos se hicieron tan agudos y largos que tuve que taparme la boca con fuerza para no jadear también. Mi primo empezó a



descender la cara hacia la entrepierna de su amante, dejando a su paso un glorioso camino de besos. Al bajar más allá del ombligo, mi prima empezó a temblar convulsivamente. A este punto estaba tan excitada que para no suplicarles que compartieran conmigo un poco de lo que hacían, me alejé con un horno encendido en las entrepiernas y en silencio.

En la tarde, antes de salir para donde mi tío, volvió la comadre de Mamá a darle la buena noticia: “El milagro ha ocurrido”.

Desde entonces, cada vez que veo televisión, abro bien los ojos para ver el milagro entre los protagonistas. No vaya a ser que un día de estos me toque salvar a alguien y no esté preparada. Después de todo, aprendí que un pecado milagroso no se le niega a nadie.

# H

# LA MUJER DEL PARQUE

Robinson Tavera Villegas

## H

Una mujer con una pañoleta que le cubría el cabello observaba silenciosa, sentada hacía largo rato en una banca del parque infantil de Apartadó, a la gente que pasaba por esos lares, sin que le prestaran atención alguna; “qué indiferencia”, pensé, considerando que se trataba de alguna de las víctimas de la violencia que el día anterior pernoctaron allí, provenientes de la serranía de Abibe, en busca de protección gubernamental o de una ayuda humanitaria.

Saboreando un tercer tinto en la terraza de una cafetería, ocioso me entretenía observando el paisaje y viendo pasar a la gente.

La mujer, que permanecía sola, no se movía de su sitio. Sin poder controlar mi curiosidad de periodista, vi la oportunidad de un informe o noticia que pudiera ser importante para la redacción de un medio de comunicación del que hago parte.

Conteniendo la alternativa de abordarla y abiertamente pedirle una entrevista, simulé marcar un número en mi celular dirigiéndome hacia ella. Pasé despacio por el frente, procurando encontrar su mirada para saludarla y entrar en confianza; al contrario de lo que presumí, no me determinó.

Con la percepción de haber hecho el ridículo, continué de largo. Veinte pasos más adelante me detuve haciendo un giro a mi derecha con el celular al oído, y fingiendo una conversación, la busqué con el rabillo del ojo. Estoy seguro que palidecí. Casi caigo del susto cuando me topé con unos ojos claros. Una mirada extraña que parecía saberlo todo dominaba mi presencia. Me sentí un tonto.

Sin otro recurso para salir de la ridícula situación, traté de sonreír con un movimiento de cabeza en forma de saludo y, procurando dominar el ambiente, me acerqué con decisión a prudente distancia.

Masticaba algo, con aparente indiferencia.

La saludé. Una voz extranjera correspondió con una sonrisa.

Para ganar confianza, le di mi tarjeta de presentación que señala mi condición de director de un periódico local. La recibió con curiosidad y leyó despacio. Extrajo una pequeña cartera de un bolso artesanal y la guardó con cuidado, haciendo un movimiento de cabeza en señal de agradecimiento.

Noté que era más joven de lo que aparentaba de lejos. Su acento y buenas maneras me indicaron que había errado en mi ligera apreciación de desplazada, que en lugar de desmotivar mi espíritu preguntón, quise indagar sobre ella.

Decidido en procura de alguna noticia, retomé la iniciativa:

—Creí escuchar un acento portugués —dije animado y procurando sonreír.

—Sí —respondió alargando la *i* con una expresión cálida y unos dientes blancos—. Resido en Benjamin Constant du Sul, al norte de Brasil.

—Es un nombre bonito, debe ser agradable —repliqué.

—Sí, realmente es encantador: es un puerto a orillas del río Amazonas.

Motivado por sus expresiones delicadas y el acento extranjero, que tiene una musicalidad especial para mis oídos, aproveché la oportunidad para interrumpirla y agregué: “Imagino gente orgullosa de la samba, los carnavales de Río y sus futbolistas famosos en el mundo entero”.

Le gustó la broma y con gracia soltó una risa que me animó a continuar indagando.

—También las mujeres de Brasil juegan fútbol muy bien — afirmó con mucha confianza—. ¿Le parece que yo no lo hago? —me preguntó como queriendo prolongar la conversación.

Aproveché la ocasión para reparar en detalle en su vestido de seda hindú, largo hasta los tobillos, con mangas cortas, botones de madera y sandalias de cuero desgastadas por el uso.

—Con ese vestido, sinceramente no te imagino corriendo tras de un balón. Pero estoy seguro que con un par de guayos y el uniforme de la selección Colombia te debes ver muy hermosa —le dije procurando un galanteo sin perderla de vista.

Una risa limpia apareció en su rostro por la broma.

Alentado, me lancé en tono bajito.

—¿Se puede saber qué hace una joven brasileña, en Apartadó, tan lejos de su patria?

Como si estuviera esperando la pregunta, hizo un cambio de piernas, aireando el vestido con juvenil movimiento.

Una suave inclinación acompañada de sus manos me invitó a sentarme a su lado. Lo hice despacio; intuí que algo importante me iba a decir y palpé la grabadora en el bolsillo derecho del chaleco, absteniéndome de sacarla hasta valorar la información que me podría dar; además, hay personas que se resisten a la grabación de sus confesiones.

Extrañamente tuve la sensación de que ella adivinaba mis pensamientos. Un estado de ánimo, de paz y espiritualidad, sentí por primera vez en ese viejo parque de gigantescos árboles con sus ramas verdes danzando al ritmo de un viento fresco que llegaba del oriente con anuncios de lluvia.

Me dí cuenta de que no había preguntado su nombre; preferí esperar hasta que avanzara un poco la conversación, que ya me resultaba inquietante.

Sabía que no debía presionar la respuesta, así que tomé aire, armoniqué la respiración y esperé paciente.

Del bolso sacó un paquete de habas y me ofreció.

—Bueno —dijo ella—, no vas a creer fácilmente mi presencia en Urabá.

Me alerté un poco y esperé atento.

—Soy alienígena —dijo sonriendo sin parpadear.

—¡Ah!, entonces yo soy especialista en enfermedades mentales —le respondí en broma, sin pensar, correspondiendo la sonrisa.

—Estaba segura de que no creerías —dijo haciendo un movimiento de resignación—; siempre sucede. Los humanos deberían mirar con mayor curiosidad el Universo. Deberían interesarse y pensar más como galácticos; observar el firmamento como parte de sus vidas. La Tierra pertenece al Universo; el conocimiento del cosmos eleva la conciencia humana y la comunicación con la naturaleza terrestre. La Tierra es más que un espacio de dominio comercial. La vida humana se destruirá en menos de un milenio, si no cambian de actitud y manera de pensar.

Aunque el argumento era válido y coherente, por el abuso de la industria sobre la biodiversidad y la escasa conciencia humana por el ambiente, me sorprendió la fuerza y seguridad con que se expresó; sin embargo, ignoré adrede lo del milenio y lo de alienígena, y continué atento a su disertación.

Como si hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—La duda es válida, se supone que nadie va a creer en nuestro origen.

“Nuestro origen”; repetí mentalmente con curiosidad; no estaba sola; su acierto de mi desconfianza sobre su origen me desconcertó; venciendo la confusión, reflexioné que, frente a una afirmación tan incrédula, era evidente adivinar la suspicacia de mis pensamientos, por ello le respondí desafiante:

—No vas a pretender que escriba en primera página la noticia de una alienígena dialogando conmigo en el parque infantil de Apartadó...

Guardó silencio, entreteniéndose con la bolsa de habas, la dobló en cuatro partes; me observó atenta con sus ojos miel; me sentí el más ignorante de todos los mortales.

Pidió que observara con atención sus ojos. Gustoso lo hice, no sé por cuánto tiempo. De repente sentí que estaba metido dentro de un bloque de hielo. No podía mover ninguno de mis músculos, ni siquiera los ojos; sin embargo, continuaba percibiendo mi respiración, el ritmo cardíaco y los movimientos a mi alrededor. No sentí miedo, estaba convencido de que no sufriría daño; mi mente dejó de pensar y analizar. Observé con precisión todos los objetos a mi alrededor, sus formas, sus

colores y movimientos de personas, algunas con sus mascotas controladas por una cuerda. Extrañamente comprendí que podía escuchar con nitidez el sonido de una hoja al caer.

Con un ligero movimiento me sentí flotar y elevar, precisando el contorno de los municipios de la región, rodeados de una inmensa colcha verde, tejida por plantíos de banano y platanales. Hacia uno de los costados observé el Golfo de Urabá como un apéndice del mar abriendo espacio en tierra firme; de momento en momento sentí que me alejaba de la Tierra; observé los trazos cenicientos del continente americano que se perdían en una esfera azulosa; a su lado vi otra esfera más pequeña de un gris brillante, indudablemente era la Luna. En otro veloz instante, distinguí perfectamente a Marte, un planeta anaranjado, casi del tamaño de la Tierra. Me acerqué por curiosidad y pude ver la naturaleza áspera, como un inmenso desierto cruzado por canales o surcos, unos más profundos que otros, que se extendía hasta el pie de altas montañas desoladas, de un rojo opaco.

Continué avanzando de instante en instante por un corredor de millones de asteroides, navegando en un inmenso mar oscuro, con movimientos armoniosos, como si atendieran a un ritmo musical.

Muy a lo lejos, en una absoluta oscuridad y soledad, brillaba una inmensa esfera, como si fuera mil veces el tamaño de la Luna. “Es el planeta Júpiter”, pensé, situado a más de 4,5 billones de kilómetros de la Tierra; sentí frío y turbación; unos fuertes vientos a altas velocidades me asustaron, y decidí volver.

Todo era tan real y nítido dentro de mi mente, al contrario de los sueños en que al despertar se pierden las imágenes y la memoria no alcanza a retener los detalles; comprendí que los sentidos de la vista y el oído se me habían agudizado de una manera extraordinaria, entonces se me ocurrió que por allí podría haber otras personas. Fue una idea tonta, el espacio en el Universo agota cualquier cálculo matemático y la imaginación más aguda; además, todo es oscuro y vacío, que en su conjunto es de una belleza espiritual inefable.

Con la voluntad de volver a mi lugar de origen, en un instante observé de nuevo la Luna y la Tierra. Una luz violeta impregnó mi piel de un tenue resplandor, penetrando mi espíritu de una extraña sensación de humildad y amor por el Universo,

por las galaxias, por las estrellas, por los planetas, por las inmensas rocas ferrosas navegando como barcazas en un mar de soledad.

Sentí un genuino amor y comprensión por los humanos, por los animales, por la naturaleza, por la vida; me alegré de volver a esa pequeña esfera, origen de mi existencia, un planeta noble y de radiante belleza; entonces agradecí al Arquitecto universal que diseñó la Tierra y los demás planetas como puntitos dentro de una inmensa galaxia que pareciera respirar.

Es curioso. El desplazamiento por el Universo, de planeta en planeta, no es un vuelo como el de los superhéroes de las películas: es un movimiento que no tiene parecido a la velocidad de la materia, ni a la velocidad de la luz; todo pasa de instante en instante. Y así, en un instante, estaba de nuevo sentado en la banca del parque infantil como si nada hubiera pasado. Respiré profundo, me reacomodé y observé a la mujer que en silencio miraba sus manos. Me di cuenta de que ella no iba a reiniciar el diálogo; entonces dije, más con el pensamiento que con la voz:

—Fue una alucinación fantástica, quizá sufrí un shock o pasé por una hipnosis inducida.

No respondió. Girando despacio su cabeza, me observó como una hermana, en una despedida definitiva; entonces comprendí que esta mujer tenía poderes excepcionales. Definitivamente ella era de otro planeta.

En lo alto, las ramas de los almendros continuaban su danza. A un costado, en una placa polideportiva, un grupo de jóvenes disputaban un partido de microfútbol; los feligreses en pequeños grupos familiares salían perorando de la iglesia; los niños saltaban, algunos tomados de las manos adelantándose a sus parientes; todo era muy claro y me sentí renovado. Con genuina felicidad comencé a reír sin aparente razón, como nunca antes lo había hecho; la gente que pasaba me observaba con curiosidad, se contagiaban de mi ánimo y también reían, ignorando la presencia de la mujer del parque, que igualmente reía con gusto.

# H

# UNA VIDA SIN PASADO

Duffay Ríos Castaño

## H

El estudio, aquel insignificante punto en medio de la gran ciudad, fría e impersonal, estaba más gélido que ella. La penumbra y el desasosiego estaban tan a gusto que las agujas de luz que se colaban en medio de las persianas mal cerradas parecían violentarlos.

Ni el clima ni el espacio eran diferentes, lo diferente era su alma: ya no la sentía, se había ido tres días antes, pero ya no importaba.

Como cualquier tarde que pasaba en casa, no hacía nada diferente: el mismo estudio, la misma silla orejera de cuero con el mismo tache saliente que le molestaba en el brazo izquierdo y que cada vez se prometía arreglar. La misma música popular a bajo volumen, evitando como siempre que sus vecinos escucharan aquellas canciones llenas de pueblo y de cantina. Y la misma actividad: limpiar su arma, su compañera de trabajo, la que en tantas misiones no se había separado de él, nunca lo abandonó. Seca y fría, era su pasado, presente y futuro.

No podía sentirse más ajeno a ese mundo que lo rodeaba, aquel mundo en el que llevaba toda una vida tratando de



pertenecer, de ser aceptado. Los honores, el dinero, la posición y el poder ya poco le importaban. Nunca había sido de allí, ahora lo sabía, tarde lo supo. Había vivido en una pantomima, buscando aquello de lo que siempre había carecido, pero que ífuso reclamaba como un derecho.

Llevaba sentado allí tal vez cuatro o cinco horas, había perdido la noción del tiempo. Su mente divagaba hasta sus más antiguos recuerdos, el olor a querosén, cuatro paredes de adobe, un cielo de paja y un piso polvoriento, dos viejas esteras y los brazos cariñosos de José, lo más cercano a un padre que pudo tener, aunque aquel joven viejo tan sólo fuera unos años mayor que él.

Recordaba los ojos de José, era lo que más recordaba, esos ojos achinados, de un negro profundo donde la fuerza convivía con la nobleza; no podía olvidarlos, nunca podría olvidarlos.

Recordaba también los cuidados de José, su preocupación porque tuviera un pan que llevarse a la boca y su protección. Siempre su protección. Lo protegía de aquel que les había dado la vida, aquel borracho que lo maldecía y le gritaba cada noche que era un asesino, el asesino de su madre, el culpable de todas sus desgracias, frases que seguía escuchando cada noche aunque a tan tierna edad no lograba comprender, pero que José, con todo su cariño, lograba convencerlo de que no eran verdad, le contaba que ella ya estaba enferma antes de que él naciera y que, en ese mismo momento, dándole la vida, ella se había ido a descansar de tanto sufrimiento.

Recordaba cómo cada día, antes de salir el Sol, se levantaba detrás de José y lo acompañaba en los quehaceres, las vacas, el huerto, traer agua del río, siempre había algo por hacer. Las jornadas eran largas y terminaban entrada la noche cuando, bajo la luz de una lámpara, José le enseñaba sus primeras letras o le contaba historias de lindos paisajes, de niños buenos, de padres buenos, que había aprendido de su madre. Eran los momentos más felices, hasta que una bofetada, un grito o un empujón los devolvía a la realidad.

Recordó también aquel día en que sintió desgarrarse el alma, cuando comprendió que José no iba a volver, que lo había abandonado en aquella iglesia de pueblo, luego de una

mañana de camino, la primera vez que salió de casa. Nunca pudo volver, sólo le quedó la estampita de la Virgen y la carta que leyó el padre Roberto, con aquellos garabatos, en donde José quiso que supiera que lo amaba y lo dejaba allí para que tuviera un mejor futuro.

A partir de ese momento, el padre Roberto y las monjas de la caridad se hicieron cargo de él, inclusive cuando creció y decidió seguir la carrera militar se sintieron orgullosos porque en su corazón latía el espíritu de la justicia, del deber patriótico y social.

Su vida cambió, ya no estaba rodeado de pobreza ni dormía en una estera en el piso. Ahora era un militar con una carrera brillante, gracias a su aplicación y estricto cumplimiento de la norma y la ética. Pero jamás cambió su espíritu de soledad y abandono, sus carencias al no saber quién era realmente ni de dónde venía.

Había conservado su nombre, Emilio, pero nunca supo cómo, a través de procesos no muy claros, el padre Roberto había conseguido que tuviera unos apellidos, pero él sabía que no eran los suyos, pues nunca tuvo documentos reales de su nacimiento, nunca encontraron a su familia, ni supo cuándo había nacido.

Sus documentos decían que había nacido un 20 de enero y que ya tenía treinta y cinco años.

Durante mucho tiempo pensó en volver al pueblo, pero nunca lo hizo, porque aunque por fuera era un hombre fuerte y sin temores, en realidad en el fondo le daba miedo encontrarse con su pasado y ver en los ojos de la gente el sentimiento de lástima con el que siempre lo miraban cuando era un niño.

Seguía allí, recordando su vida, su largo caminar, en el que el niño abandonado se había convertido en el militar exitoso, pero sobre todo en un hombre de apariencias, que buscaba en el éxito económico, en la superación cultural y en un temperamento serio y poco dado a los excesos, borrar los rastros del pasado, los rastros de su origen.

Su última conexión con el pasado se había ido con la muerte del padre Roberto cinco años atrás. Nunca había tenido la intención de formar un hogar o de tener hijos, no era hombre para esa

vida, su vida estaba en el monte, en los operativos que dirigía con su equipo de alta montaña, buscando exterminar la plaga guerrillera que azotaba el país. Esa era su vida, su misión, debía proteger a los campesinos, pues entre ellos había nacido y aunque no le gustaba que nadie se enterara, en realidad se conmovía con la gente del campo, sabía que en algún lugar estaría José y tal vez su padre, levantándose a la madrugada para iniciar su labor como jornaleros en una finca de cualquier rincón del país.

Sólo se permitía relaciones pasajeras: había tenido muchas aventuras con mujeres de toda clase y alguna vez también se había permitido una aventura con un joven recluta, que no pasó a mayores porque se dio cuenta de que eso no era lo suyo y que sólo había sucedido por la soledad y la curiosidad.

Su vida seguía pasando ante sus ojos, volvía a limpiar su arma, su amiga, su camino; veía al militar exitoso, dedicado a su labor, convencido de la importancia de su oficio, de los grandes objetivos que había perseguido, pero en ese momento sólo sentía que había fracasado en su vida, que realmente sólo fue un objeto usado por una guerra de mierda que no llevaba a nada, que era un círculo vicioso donde los unos necesitaban de los otros y donde todo era en realidad un negocio, a cuyos intereses servían todos los actores y que los verdaderos dueños de los hilos de la violencia no tenían intención de terminar; el conflicto parecía no acabar, sólo acababan vidas y familias de un bando y del otro; sólo quedaban los mutilados, los desplazados, los “héroes” y los “bandidos”, de un conflicto sin tregua, de un conflicto sin punto final, que disfrazaba pobreza, abandono social e injusticias, hijos directos de la corrupción y la ineptitud.

En verdad no había sido nadie, sólo una marioneta que pensaba que era importante y que era valioso, pero ya había abierto los ojos, ¿para qué? ¿Para qué abrirlos si ahora lo único que quería era cerrarlos para siempre?

No podía borrar de su mente su último operativo, aquel operativo exitoso, que lo llevó a aquel sitio inhóspito donde se pensaría que acababa el mundo, donde se refugiaban aquellos bandidos, donde tenían uno de sus cuarteles más numerosos y que, bajo su comando, había sido destruido.

No podía olvidar aquel momento cuando hacía la inspección final de rutina, contabilizando bajas y heridos, tomando nota de lo encontrado en aquel sitio, de lo incautado, de lo importante del resultado de aquella exitosa operación por la que le darían un ascenso, cuando revisando las bajas enemigas llamó su atención un agonizante guerrillero: un hombre de contextura mediana, su piel quemada por el Sol, de unos cuarentaipocos años, pero cuya mirada lo impactó de inmediato. Se aproximó, lo miró de cerca. Aquel hombre le devolvió la mirada, ya casi no podía hablar, escasamente podía dar sus últimos respiros. Estaba seguro, esa mirada nunca la podría olvidar, esos oscuros ojos achinados, llenos de fuerza y nobleza...

Se agachó hasta el agonizante y acercó su rostro lo que más pudo y le susurró a modo de pregunta, con una voz temblorosa:

—¿José?

Y aquellos inconfundibles ojos se cerraron para siempre regalándole su última lágrima, pero llevándose con ellos su vida, su alma, su corazón y hasta sus convicciones. No dijo nada, no fue capaz, no pudo gritar a todo el mundo que aquel guerrillero muerto era su hermano, el primer ser que había amado, a quien le debía el haber tenido una oportunidad diferente de vida. No fue capaz de gritar, se sintió un cobarde.

Desde ese momento habían pasado tres días, los que le había tomado volver hasta su apartamento, sentarse en su estudio y coger su arma, llorar, pensar y recordar. No dejaría una nota, no había quien lo llorara, el único que lo hubiera llorado había muerto. El mismo había causado su muerte, por culpa de este conflicto inhumano sólo le quedaba una cosa...

Y terminó de limpiar el arma.

H

# ALA DERIVA

Libia Cantillo Vásquez

## H

Abril trajo a la región lluvias intensas que podían durar horas. En las noches, el estruendo de los relámpagos y las luces que entraban por las ventanas aumentaban la angustia en mi interior. Todo eso se sumaba al presentimiento que tenía en el corazón, que algo malo se avecinaba. Apenas comenzaba a llover, corría a esconderme en el cuarto de la pequeña Soledad. Ella ponía al lado de su cama una manta de lana para mí y me acariciaba el lomo hasta tranquilizarme.

Los días eran opacos y transcurrían demasiado lentos. La humedad se había ido apoderando de la casa como una presencia silenciosa y las paredes mostraban grandes rosetones grises. Para mí, eso también era un augurio de fatalidad. Inquieto iba de un lado a otro. El rabo lo tenía caído entre las patas, no comía, las orejas se me agacharon y no podía conciliar el sueño.

El amo se preocupó mucho cuando me vio las caderas huesudas y un semblante moribundo. Ese sábado de mañanita, me puso la correa y arrancó conmigo para la vereda vecina a que me viera el veterinario. Llegamos al consultorio a eso de las siete

de la mañana, justo cuando salía un chihuahua que al verme comenzó a ladrar a todo pulmón. No le hice el menor caso, mi amo me empujó al interior y me colocó sobre una mesa blanca y helada. El Dr. Ramírez me examinó con detenimiento mientras fruncía el ceño. “No puedes pasarte la vida sin comer, así que vamos a ver si con una buena purga te mejoras y vuelves a ser el mismo”, me dijo. Trató de parar una de mis orejas, me levantó el rabo, pero mi cuerpo no reaccionó. Me miró con dulzura y sentí que se me aflojaban las patas. Luego ordenó que me dejaran allí hasta el día siguiente. “Presenta un alto grado de angustia y posiblemente parásitos”, fue lo que dictaminó con voz autoritaria. Aullé a grito templado por estar allí, mientras por la ventana podía ver al chihuahua retozando feliz con un niño. Mi amo me miró sobrecogido. Cuando lo vi tomar su sombrero para volver a casa, me le tiré a sus piernas y con mis patas delanteras en su cintura, le rogué con mis ladridos que no me dejara. Tuvieron que amarrarme a un árbol afuera. Su figura se perdió en el camino y sentí que un pedazo de mi vida se me iba con él. Esa era la primera vez que nos separábamos.

Me quedé allí echado en el suelo, pensativo, con mi cabeza recostada a ras de piso. Al cabo de un rato, el cielo comenzó a taparse de nubarrones y el sol, que apenas iba saliendo, terminó por desaparecer. Una lluvia fina empezó a caer, bañaba mi cara y me nublabla la vista. Las hojas de los árboles se movían con un ligero temblor, al igual que yo. Sin saber lo que se avecinaba, permanecí expectante, con el corazón acelerado. El veterinario y su auxiliar me llevaron adentro, me acomodaron de nuevo sobre la mesa para inyectarme y pusieron unas pastillas en mi lengua. Casi de inmediato me sentí mareado por los medicamentos y con los ojos pesados de tantas noches sin dormir fui cayendo en un sopor cercano a la muerte.

De un momento a otro, el suelo empezó a vibrar, como si miles de caballos vinieran en estampida. Paré las orejas lo más que pude para identificar de dónde provenía aquel estruendo. En cuestión de segundos, la fuerza descomunal de una creciente me arrastró junto con todo lo que estaba allí. Me esforcé por salir a flote. Sentía que me golpeaba con las

cosas que el agua arrastraba a su paso y oía gritar y llorar a las personas que venían en medio de aquel torrente. Después de un tiempo, los gritos se entrecortaron y, por último, callaron.

Estaba asombrado de la magnitud de la tragedia. En muy corto tiempo, la avalancha había tapado las pocas viviendas que formaban ese pueblo. Yo continuaba luchando, agitaba las patas, la corriente me llevaba, y entonces lo único que pensaba era mantener mi cabeza con la nariz hacia arriba. Algunos troncos de árboles bajaban dando tumbos con sus raíces desprendidas y, encima de uno, divisé una gallina emparamada que viajaba con la corriente. Pensé que si lograba hacer lo mismo, me salvaría, y como pude me agarré del siguiente tronco que pasó, me dejé arrastrar sobre él sin saber adónde me conduciría.

Después de algunas horas, la lluvia fue bajando de intensidad y la turbulenta corriente amainó también. El tronco flotaba más despacio y mi cuerpo permanecía encogido por el frío. Había momentos en que el temblor me hacía tambalear, y varias veces estuve a punto de caer al agua y morir como esos animales que pasaban por mi lado. A lo lejos divisé la iglesia, la torre permanecía erguida y la campana sonaba cada tanto. Un poco más allá, el sacristán flotaba en la corriente. En una de sus manos permanecía atada la cuerda del campanario. El hombre aquel ejercía su función hasta después de muerto.

Así continué, viajando sobre el tronco, como la gallina que había visto antes. En cuanto estuve cerca de un techo, me arrojé, sin pensarlo más, sobre las tejas rojas de aquella casa, en medio de un viento lacerante que se apoderó de mi cuerpo y erizó mi lomo. El hambre hacía rugir mi estómago. De pronto, vi acercarse un hueso blanco que se atoró en una de aquellas tejas. Lo toqué para cerciorarme de que era real. Cuando estaba a punto de destrabarlo, ansioso por morderlo y con la boca llena de saliva, tropezaron contra él las costillas de un esqueleto y más atrás una calavera me sonrió desdentada. Asustado, empujé con repugnancia la osamenta que se había atorado allí, y de inmediato continuó su viaje río abajo. “El cementerio también fue arrasado por la creciente”, pensé.

A partir de ahí, no hice otra cosa que esperar resignado a que la inundación bajara. Así pasé mucho tiempo, con frío

y azotado por una legión de zancudos que chupaban la poca sangre que me quedaba. Aunque la lluvia había cesado, no me atrevía a cerrar los ojos, me daba terror que volviera otra creciente y me dejara por completo a la deriva. No soportaba ese olor nauseabundo que se respiraba en el ambiente. El estómago se me revolvió y empecé a escupir una baba espesa y verde que fue arrastrada llevando un mensaje de agonía.

Una pesada quietud se adueñó de aquel lugar. Quedé en medio de la nada. Sólo las copas de los árboles se divisaban sobre el agua y algunas piedras grandes que el río había arrastrado. Las palomas, con sus plumas pegadas por la lluvia, se negaban a volar, aguardando encontrar su nido cuando bajara la creciente. Por mi parte, no estaba tan esperanzado como ellas. Desde donde estaba, divisé el zigzaguar de las culebras en el agua y me espanté al ver una babilla que mordía con ímpetu el cuello de una vaca ahogada. En seguida, las aguas se tiñeron de un rojo oscuro y, después de un momento, emergió la cabeza desprendida de la res, con algunas ramas enredadas en los cachos, como en un macabro desfile. En ese momento supe que mi suerte sería la misma si me dejaba llevar por el río.

No tenía claro cuántas horas habían pasado desde el comienzo de la tragedia, pero sentía que llevaba mucho tiempo inmerso en la orfandad. Vi pasar personas ahogadas, en sus caras se había marcado la angustia para siempre. Yo las observaba tratando de encontrar a mi amo e incluso reconocí el tipo de botas y uniforme que lo extorsionaba. Se balanceaba como si bailara un vals con la corriente. Iba bocarriba a punto de reventar. Cómo olvidar el culatazo que me dio en la panza cuando le mordí la mano. Quería evitar que le disparara a mi amo, mientras él, de rodillas, le suplicaba por su vida. El cadáver tropezó con un pedazo de pared que había quedado allí y detuvo su marcha. De inmediato se posó sobre él un gallinazo cabeza negra. A la altura del ombligo y por entre el ojal de la camisa verde oliva, el animal dio una clavada certera con su pico de hierro y le abrió la esponjada barriga. Miré hacia arriba. Un grupo de gallinazos volaba esperando la señal de su líder para caer sobre el apetecido cuerpo. “Así también caerán sobre mí apenas muera”, pensé aterrorizado. El ave que llegó de



primera emitió un sonido ronco y de inmediato bajaron los otros gallinazos que se posaron, dando pequeños brinco y resoplidos. Pelearon entre ellos por sacar el mejor bocado y con violentos picotazos fueron destrozando aquel cadáver sin piedad. Los restos fueron llevados con mansedumbre por las turbias aguas.

Había sentido mucho odio por ese hombre el día que encontramos a la pequeña Soledad tirada en un platanal. Yo la vi cuando fuimos con mi amo y la policía más allá de la socola. Ella estaba muy pálida, sus ojitos quedaron fijos en el capullo morado con florecitas amarillas de una mata de plátano. Su vestido blanco estaba untado de sangre seca y barro de la quebrada. Mi amo casi enloquece de tristeza.

La nostalgia me invadió. Miré a mi alrededor, había quedado allí detenido en ese tejado, como si fuera el único sobreviviente de una isla olvidada. “Es el final”, pensé. La lluvia comenzó otra vez y cada gota que caía sobre mi cuerpo flaco me producía un dolor agudo, como si clavaran espinas en mis huesos. Todo fue perdiendo el color ante mis ojos que se cerraban, y el cansancio y el miedo me vencieron por fin.

Cuando desperté, un sol radiante quemaba mi hocico. El temblor y el frío habían pasado y, para sorpresa mía, el amo y la pequeña Soledad habían llegado a recogerme. Me levanté de inmediato. Observé por la ventana el día más radiante de mi vida y comencé a ladrar de pura alegría. No paré de batir el rabo mientras el auxiliar y el veterinario me tocaban la panza comprobando mi recuperación. Luego, la pequeña Soledad me llenó de besos y yo le ladraba una y otra vez, feliz de verla con vida. Nos despedimos y de inmediato cogimos camino de regreso a casa. A lo lejos, el toque de las campanas invitaba a la misa del domingo. Arriba, en el cielo despejado, revoloteaban algunos gallinazos.

# H

# ADIÓS, NEGRA MARÍA

John Taylor

## H

Remaba lentamente hacia el poniente. En un hermoso amanecer, los colores anaranjados del cielo se mezclaban con los azules de la mar. Remaba suavemente, contemplaba con calma y serenidad las vertiginosas montañas de la Isla. Sabía que era la última vez que las veía, iba al encuentro de la muerte.

Su misión en esta vida había concluido, así lo veía él: sus hijos estaban grandes y bien podían cuidar de ellos y de su esposa, la negra María. No quería esperar la muerte en la hamaca, pertenecía a la mar, de cuerpo y alma, desde su infancia, cuando por primera vez tuvo conciencia de ella y de la vastedad que encerraba. Amó la mar, la degustó y siempre disfrutó de su compañía, aunque como los enamorados también tuvieron sus disgustos, como aquella vez, en esta misma canoa, estando fuera del arrecife y lejos de la costa, una ola cariñosa, con deseos de abrazarlo, lo volteó y casi se ahoga, perdió su preciosa carga de pescado y langosta. Recuperó con mucho esfuerzo su canoa, fue a la playa, se compró dos litros de ron, se emborrachó furiosamente y al amanecer salió a insultar a la mar, hasta quedar dormido arrullado por las olas. Ésta había sido su mayor contrariedad con ella.

El viaje lo había preparado desde hacía mucho, desde el día que hizo su canoa y talló a mano el remo, habían pasado muchas, pero muchas lunas desde aquel entonces, se había casado con la negra María, que le había dado cinco hijos, el menor rondaba por los treinta años.

“¡Ah!, Negra María, cuánto te amo”, hablaba en voz alta, mientras seguía remando cariñosamente, “no estabas de acuerdo con el viaje, lo sabías desde siempre y nunca me creíste hasta hace una luna, cuando viste que miraba con más atención las variaciones del viento y la marea, cuando viste que con mi mirada me despedía de todos y todo, cuando me viste parado y llorando frente al palo de mango que habíamos sembrado el día que decidimos vivir juntos; te sorprendiste cuando con aceite de tiburón empecé a engrasar el remo que por años había estado colgado a la entrada del bohío, me mirabas y no decías nada, con ternura me acariciabas cada que podías, no hacías nada por detenerme, pues sabías que nada me detendría y no querías pelearte en esos instantes, antes por lo contrario, me pedías hacer el amor como cuando recién nos juntamos. Esta mañana me preparaste una gran vianda con fruta fresca y seca como nunca, no fuiste a la caleta como las otras mañanas, sino que me dijiste adiós desde el palo de mango y sé que ahí estarás esperándome.

“¡Aaahhh! Negra María, tus pechos hermosos y parados desafiando el mundo y la gravedad, tus piernas torneadas y bronceadas que era una delicia besar después de haber estado en la playa, tus ojos fosforescentes y siempre sonrientes, aunque en la mesa no hubiera nada o estuvieses enojada, tú siempre tan compañera en las buenas y en las malas, sé que si no pensaras que es pecado y tal vez te condenarías, vendrías conmigo, sé que nos reuniremos pronto porque en mi ausencia te consumirás. Sé, María, y también lo sabes, que detesto las cadenas y las cárceles, y un ataúd, aunque sea de cedro, es una cárcel. Adiós, Negra María, te amo.

H

# FLOR

Jorge Isaac Romero Polanco

## H

La tormenta se diluye en el gris del atardecer. El hombre la ha observado por horas, acucillado bajo una saliente de roca. Resopla al contemplar la inmensa nada en la que se ha convertido el mundo y avanza dejando huellas arrastradas en el fango. A veces cae, debilitado por la falta de alimento; a veces grita, cuando observa en derredor. El erial se extiende monótono hasta alcanzar las montañas oscuras sobre las que se acumula otra tempestad, después continúa hasta cruzarse con un pueblo abandonado. Lo sabe porque viene de esa dirección. Ningún ave atraviesa el cielo, hasta los buitres han desaparecido.

Camina hasta que tropieza con los restos de un perro cubierto por larvas de mosca. Las observa reptar entre el poco pelaje que aún cubre huesos y vísceras. Después las siente retorciéndose en su boca, la forma obesa y blanda, el regusto ácido que impregna su lengua cuando las muerde y las destripa. Las encías le duelen. Bebe un poco de agua para mitigar el ardor, le sabe a lodo y lo hace vomitar. Tumbado boca arriba, contempla la membrana de contaminación que cubre las

estrellas y el espectro del Sol que se lleva la última claridad de la tarde tras la frontera oblicua y vacía del mundo. Presiente cientos de sombras vagando en la penumbra, generaciones y civilizaciones sepultadas en la demencia de esa nueva realidad, como si la maldad hubiese derrotado y esparcido el cuerpo del firmamento sobre la Tierra en océanos de lluvia envenenada.

“Soy una larva y la tierra es un cuerpo en descomposición. ¿Cuándo vendrán los dioses a masticar mis restos?”.

La niña juega en su memoria. Él la descubrió cuando ella lo espía desde una ventana en aquel pueblo. Una criatura pálida como la ceniza que se asentaba por doquier. Él buscó la esperanza en la mirada de la niña, en los gestos de la niña, en todo lo que se supone debe hacer un pequeño; pero sólo halló los vestigios de una vida aguantada a la intemperie, sostenida por casualidades, por mendrugos encontrados en las alacenas de las casas o usurpados a las ratas y a los perros. Y algo más, un acto desesperado, evidenciado en un cúmulo de huesos humanos descarnados y en el llanto de ella cuando él le preguntó qué había comido.

Recuerda cómo se agotaron las reservas de alimento que encontró en un sótano cuya puerta, asegurada con cadenas, logró abrir después de varios intentos. Los insuficientes depósitos de agua y el cielo sin nubes, una sequía que se extendió hasta que el calor terminó de beberse el sedimento de los pozos. Miraron hacia las montañas y emprendieron la marcha tras la última bandada que avistaron. Volaban a contra viento, hacían caso omiso de milenios de leyes migratorias.

—Yo te cuidaré —dijo él—. Las aves van en búsqueda de agua y comida.

—¿Aquí? —dijo la niña, y buscó en los bolsillos de su vestido y le entregó un recorte de revista manchado de sudor y grasa, raído de tanto doblar y desdoblar.

Era la publicidad de un campo vacacional. Pequeños lagos cristalinos, cercados por un césped de verde intenso. Árboles frondosos, pájaros como cometas blancas. Un cielo tan azul que parecía recién pintado a mano. En el centro una familia

de *camping*, niños risueños de cabello limpio y mejillas lozanas a punto de morder sus sándwiches. Bajó la vista y contempló a la niña. Los ángulos de los huesos de la cara. El pelo de estopa. La piel anémica, las profundas ojeras enmarcando unos ojos extenuados en los que apenas quedaba el miedo, la ira, el enfado contra aquellos que habían hecho esto.

—¿Me llevarás aquí? —insistió ella.

—Sí —respondió él, y le devolvió el recorte—. Prometo que iremos a este lugar.

Y, por primera vez, la vio sonreír.

Llevaron alimentos enlatados y agua en cantimploras. La ausencia de lluvia los condenó a caminar por senderos de polvo; un par de harapientos peregrinos en un paisaje compuesto por campos marchitos y lechos desecados de otrora ríos y bosques en donde las ramas caían en terrones de pavesa. Todo aquel yermo narraba la misma historia, los estertores de un mundo agonizante. Su piel calcinada y resquebrajada se curvaba en costras, como escudillas de arcilla con los bordes despícados. Platos de ofrendas por la muerte del agua. Al atardecer el viento se levantaba, recorría el paraje y los llenaba con manotadas de hojas secas.

En las noches, sentados ante la fogata, él le hablaba de lo que existió antes, el reflujo de los océanos, la canción de los cañaverales, la danza del fuego y el hielo cuando el Sol teñía de rojo las cumbres nevadas. La niña decía: “Cuéntame el del *Lago de los cisnes*”. Ella siempre se alegraba al escuchar el final, cuando Odette y Siegfried se zambullían, nadaban y reían, felices para siempre. Luego dormía. El hombre la observaba largo rato, hasta que la lumbre menguaba y la nada se abatía sobre ellos. Entonces la escuchaba respirar, la veía sonreír y creía que la niña soñaba. Él deseaba que fuera así. Que los sueños la llevaran lejos de aquella oscuridad mortecina y su imaginación desenterrara los paraísos sepultados en la arena.

Ella siempre despertaba antes que él, en el alba gris que bosquejaba la esterilidad circundante. “¿Ya estamos cerca?”, decía, a modo de buenos días. Soñoliento, él escudriñaba en las alturas y pensaba: “Hoy tampoco lloverá”.

Y no llovió, no hasta que fue demasiado tarde. Destapó una lata de melocotones y se los dio a ella, que comió y bebió con una sonrisa en los labios. Los últimos melocotones del mundo. La última sonrisa del mundo. Cuatro días después, al despertarse, la encontró a unos treinta metros del campamento. Estaba acostada boca abajo y daba brazadas sobre los surcos de un campo de sembradío arrasado por el fuego.

—Ven, el agua está tan fresca...

La alzó y le limpió el hollín del rostro. Y supo lo que iba a pasar al sentir la fiebre.

Después llovería. Cada día, siempre. Con el recorte hizo un barco de papel y lo colocó en las manos de la niña.

Aquella noche, el hombre soñó con una lluvia de pájaros famélicos. Las aves caían, se destrozaban contra las rocas. Nada de esto lo conmovió, en el sueño siguió caminando como si nada, hasta que encontró al cisne y vio sus dolorosos intentos por remontar el vuelo a pesar de tener las alas rotas.

—Descansa —dijo, cuando se acercó. Lo tomó entre sus manos y le partió el cuello.

Los relámpagos iluminan su semblante cubierto de lodo reseco y agrietado, que le confiere el aspecto de una antigua figura de arcilla y le hace pensar que ya no existen dioses que puedan insuflar el hálito vital a la tierra, y que la raza que habitó y destruyó este mundo tampoco lo merece. Piensa que sin la niña no vale la pena y la rememora con fuerza, hasta el punto de casi verla de nuevo, escuchándola respirar en la profundidad de sus pensamientos.

Come tiras de carne seca. Se dirige hacia la floresta situada en la ladera de una montaña cercana. En la distancia, los árboles parecen renegridas figuras de alambre retorcido, los brazos levantados en afligidos gestos en un intento inútil por protegerse de la lluvia cáustica. Camina a lo largo de la pendiente. Esqueletos de árboles recortados contra el cielo plomizo, sus sombras exánimes sobre la ceniza; como si él estuviera en la línea de un espejo observando aquel escenario bifurcado en todas las gradaciones de la oscuridad y todo, en el cielo y

la tierra, conspirase contra la cordura. Entonces la descubre: una flor solitaria mecida en una de las ramas. Color rojo, rojo brillante, un punto de luz en el ceniciento tono perenne.

La observa por horas. La memoriza. Cae en cuenta de que nunca se había maravillado al contemplar algo tan pequeño, algo que en otros tiempos sólo era, para él, una trivialidad.

—Una flor —repite como una letanía, como un ruego para despertar de una pesadilla que se ha prolongado por demasiado tiempo—. Una flor...

Rodea el tronco y descubre que no es el primero en avistarla: un hombre se ha descerrajado un tiro de escopeta en la cabeza y, como un sacrificio, descansa en la base del árbol. Está cubierto de larvas. Se pregunta si de su cráneo destrozado ha manado la sangre que corre por los pétalos de la flor, si de su corazón y costillas han nacido las moscas que volarán por la tierra llevando consigo el polen y el mañana. Sangre y raíces. Polen. Quizá todavía queda esperanza. Recuerda a la niña ilusionada con el lago, el inmisericorde Sol, los días de sed, el horizonte empañado enfermando la vista... Y luego la lluvia, como la contracara de la moneda con la que apuesta una deidad desquiciada.

Se sienta junto al cuerpo, la espalda apoyada contra el árbol, los ojos a ratos fijos en la escopeta, a ratos extraviados en el baldío que palidece en el atardecer. Una cortina de lluvia plomiza se cierne en la distancia y hace zozobrar los barcos de papel encallados en el fango. El cielo cada vez más lóbrego, surcado por una red de relámpagos, le hace imaginar la radiografía de un planeta atormentado por el cáncer, las espesas nubes oscuras como tumores y ningún resquicio de claridad que refute la teoría de que ha hecho metástasis y ya es demasiado tarde. Y, sin embargo, allí está la flor, ondeando sobre su cabeza, como el estandarte de un ejército que se niega a claudicar.

H



H  
POESÍA  
H



H  
DIRECTORES  
H



# OBRA MÍNIMA

Raúl Henao Fajardo

## La madrugada

En la jaula de la madrugada hay un pájaro cantor.  
Se conciertan los caminos al sol,  
al sueño alterna la vigilia a modo de réplica.  
No cojea sino el deseo tras las circunstancias,  
tras el paisaje la realidad.

Se aparejan y desaparejan las ventanas al viento,  
el pensamiento y las palabras, la arena y el tiempo.

## Biografía del alba

A la distancia escucho  
el ladrido de las estrellas.  
La hoguera de nubes  
levanta el castillo  
de vigilia  
que la noche esconde  
al vejete, al recolecto  
llamado pensamiento.

La mañana perfuma  
mis palabras:  
buscapiés o pila de luz.  
Hay un rosal en flor  
en su loco homenaje  
al tiempo de la justicia  
donde —pájaro  
o mariposa—  
la humanidad deberá  
responder al corazón:  
amurallado rayo de sol.

## Los días concertados

Al concierto  
de los días  
se reconcilia  
el pulpo  
con la tinta,  
con el incendio  
la escalera.

A cal y canto  
trascurren  
los días,  
el sereno corre  
tras el viento,  
tras la oruga  
vienen las arrugas.

Reúne la noche  
—rama desnuda  
del ciruelo—  
al mochuelo y la luna.

## Celebración de la lluvia

Desde la ventana  
de herrumbrosos  
barrotes  
te veo correr  
por la calle  
en mil burbujas  
resplandecientes,  
¡oh, hechicera!  
Escucho ladrar al perro  
de lanas,  
del granado del patio  
cuelgan los rojos  
frutos del paraíso.

Pero todos mis recuerdos  
de infancia  
son nada comparados  
al sortilegio  
de tu plática  
en la techumbre  
de la vieja casa.  
Bajo tu repiqueteo  
celestial  
todavía quisiera ser  
la seta en el campo,  
el mosquito en la charca.



## La lluvia es mi pareja de baile

Como pareja  
de baile  
la lluvia  
no se cansa  
de corretear  
en el patio  
de la casa.

Sólo me deja  
una zapatilla  
de raso  
o cristal  
abandonada  
en el corredor.

Sus pasos  
escurridizos  
entre las cenizas  
del amanecer.

## La fidelidad

La lluvia repica como un teléfono  
                  descolgado  
en la soledad del apartamento.  
Al fondo del corredor  
escucho caminar  
un reloj inmemorial  
de blanda indiferencia.  
Sordas paredes del inquilinato  
con las que sin embargo  
se termina por hablar a solas,  
hablar con los propios pasos  
en el rellano vacío  
de un minuto o una semana,  
de un año o un siglo.  
Fiel compañía del corazón  
—compañía de la propia muerte—  
que jamás te engaña  
como la memoria o el amor;  
como el pensamiento mismo  
que es mar o mujer,  
nebulosa o glaciar.  
Sé fiel —me digo— a la soledad  
                  de los pasos,  
al latido del corazón, a la propia muerte.

## Paisaje suburbano

¿Qué traje de calle lleva en las tardes octubre?  
El barrio otoñal antes familiar y solariego  
Luce ahora prematuramente envejecido  
y al paso se respira  
un aire agrio o avinagrado.

¿Esa mujer recostada a la fachada de un cine  
es ella o apenas el recuerdo de un primer amor?  
¿Soy yo o usted? —Le pregunto confuso  
al hombre parado a la salida del café.  
Bajo la lluvia regreso al autobús que se pierde  
en las primeras sombras del anochecer.

## Reconvención al desamorado

Qué insufrible transcurre la vida del desamorado.  
No resuenan otros pasos que los suyos  
en el apartamento, no se refleja otro rostro  
a su lado en las vitrinas callejeras.

Paseando distraído en la alameda al claro de luna,  
no escucha otra voz aparte de la brisa nocturna.  
¿Se habrá resignado acaso al desamor que ya no vuelve  
la mirada tras de ella en las calles?  
¿Habrá olvidado esperarla en la habitación del hotel,  
en el rincón agrídulce del café,  
en la casa de campo, donde una silla vacía  
se mece al viento o cabecea la luz de un farol?

Qué suerte adversa deberá conjurar para que el tiempo  
le devuelva su imagen a la vez terrenal y paradisíaca.  
Su presencia amada, ahora que sólo toca a su puerta  
la lluvia negra y persistente de las tardes de invierno.

Don Quijote de la Mancha aconseja  
a un poeta hispanoamericano  
del siglo XXI

Rescate en el aire nocherniego del barrio  
el perfume de la pomarroza, un nido de torcaza  
en el entrepaño de la ventana.

Y luego ponga alto en la mañana  
la música de un tango o una guaracha,  
mientras termina de bajar de la cama  
para ir al baño en el corredor del hotel.  
No importa que a su paso se interpongan  
molinos de viento, rebaños de carneros  
galeotes encadenados o toneles de vino.  
O que de vuelta en la habitación  
se aventure en sus brazos  
alguna Maritornes enemiga y hechicera.

El mundo, ya se sabe, es del color con que se mira  
y hasta la bacía del barbero puede parecerle  
el yelmo de Mambrino.  
La Edad de Oro no tiene pasado ni futuro  
porque a cada instante se levanta de sus ruinas  
en el corazón humano,  
aunque su Frestón cotidiano —cordura o cobardía—  
no le permita apreciarlo de ese modo,  
al subir a diario al autobús.

In memoriam Mario Cesariny

## La amante invisible

Vueltos de cara al viento de leva del propio  
destino  
a todo cuanto fuimos, somos y seremos  
en el espejo de la humana condición,  
sólo las horas de soledad alrededor nuestro  
nos llevan a encontrar de nuevo la flor perdida  
de la infancia,  
el canto del cucarachero  
en la tapia ruinosa  
del viejo barrio suburbano.  
para, finalmente, otorgarnos la dádiva suprema  
de cambiar la propia vida  
aceptándola en su plenitud de goce y sufrimiento.

Vueltos de cara al viento de leva del propio  
destino,  
a todo cuanto fuimos, somos y seremos  
en el espejo de la humana condición,  
sólo las horas de soledad alrededor nuestro  
nos llevan a reanudar la búsqueda  
de la fuente de la juventud y Eldorado,  
la estrella de los magos o la amante invisible.  
Y aceptándola en su plenitud, a cambiar la vida.

H  
ASISTENTES  
H





# ROSTROS EQUIVOCADOS

Félix Molina-Flórez

## SANSÓN

1

1. Cuando en lugar de una tumba la vida te suministra una tonelada de tristeza. Cuando en lugar de sexo una mujer-bella te regala una mentira. Cuando en lugar de una copa de vino el destino te sirve un vaso infestado de leones. Cuando en lugar de un abrazo paterno recibes el pasado de un desierto impúdico.

2

1. Entiendes, entonces, que el cabello es una catástrofe erótica de donde emergen dos cuerpos sin pieles. Comprendes que la vida y la muerte nos apuestan en una partida de ajedrez cuyo juez es un dios embriagado de soledad y tedio.

2. Adviertes, también, que el amor es otra vez una farsa.

SAÚL

1. A lo lejos, más allá de los sueños, el sonido de un acordeón anuncia la parranda.
  2. David ejecuta un merengue que todos escuchan despa-  
voridos. El arpa duerme sobre un taburete quebrado que se  
retuerce de soledad en la mitad del patio.
- 
1. Saúl bebe gozoso; está convencido de que la vida es  
una fiesta sin resaca y que toda celebración es una espera  
áspera. Extasiado de alegría ha olvidado que pronto su  
vida será un cadáver ebrio atravesado por su espada.
  2. Saúl observa con los ojos llenos de llanto que a lo lejos se  
aproxima la muerte con una botella de suicidio en sus manos.

## CAÍN

1

1. El discurso de la muerte, la catástrofe de un amor sepultado en un jardín sin labios. El mito de los sacrificios profanos, de los fantasmas y sus túnicas de sangre y tedio.
- 2 . La vida: una ofrenda de verduras incendiadas. El ropaje de una oveja triste, sin metáforas en las venas. El llanto muerto de un hermano y la desdicha de una mujer sin cuerpo.

2

1. *Dios*: un verbo muy imperfecto para esta sintaxis. Una marca en el alma y el pesimismo de un hombre que carga una esvástica en la frente.
- 2 . El recuerdo: un castigo demasiado grande para un hombre inocente.

## JUDAS

*A Carlos Guevara,  
que le gusta este poema.*

**1** 1. Te levantaste con los ojos hechos un puñado de silencio. Oficiaste un oscuro ceremonial de besos. En tu alforja llevas la libertad con la que puedes comprar una soga para ahorcar tus sueños. Hay errores en la vida, Judas, que se pagan con la muerte, y tú lo sabes. No ignores: el tiempo es como el mar estancado en sí mismo que se ahoga con su propia sangre.

2. Llega temprano porque todos te esperan. Corre y dale un beso a la roca; anda y golpea a quienes te odiarán con ese sublime recuerdo. No mires los ojos del verdugo ni los pálpitos de quien pronto morirá clavado, como atado a un mástil. Saca plata de tus bolsillos y ve a la tienda de don Gregorio. Tómate una coca cola mientras observas de lejos los gritos de quienes invocan a la muerte.

**2** 1. El silencio es cada vez más moribundo. Unos ojos te apuñalan y ya ni el pan reconoce tu garganta. Ahora lloras, pero es tarde. Las lágrimas no dicen nada. Huyes. Tu asesino te persigue, pero cometes un grave error: te escondes en la guarida del que más te odia.

2. Miro tu lápida y la leyenda en ella es contundente: "Aquí yacen juntos Judas y su propio asesino".

## LÁZARO

*La vida es una muerte que viene.*

J. L. Borges

- 1**
  1. ¿De qué sirve abrir los ojos si te verás solo como Adán cuando despertó convertido en carne?
  2. Ya para qué una vida de segunda. Para qué develar el escueto rostro de la muerte o revivir la esperanza de una madre que ha de llorar nuevamente frente a una tumba.
  
- 2**
  1. “¡Lázaro, ven fuera!”. Una voz irrumpe a tus oídos y vuelve la luz a tus ojos noctámbulos. Pretendes retornar a la intemperie: hacia la vida que otra vez ha de acabarse.
  2. Tus pies se dirigen al patíbulo o a la vida, que es igual.

## MOISÉS

*A mi madre,  
que no me lanzó al río.*

- 1** 1. El tiempo es como un río, no envejece. Heráclito te nombra en los sueños del Nilo donde navegas hacia el exilio de las horas.
- 2 . Tus pies acarician las espaldas del desierto y él, a cambio, te da gotas de sol para que sacies la humedad de tus ojos. Una serpiente en tus manos te guiará, sin premura, a un paraíso equivocado.
- 2** 1. Moisés, la vida te premió con un enorme castigo. Mira al cielo y espera que caigan las provisiones como caen los confites de las piñatas. Es probable que pedazos de vida se amontonen sobre tus lomos.
- 2 . Espera la lluvia. Espera el quejido del cielo que con ahínco te mostrará los surcos que ahora se llaman estrellas. Espera que la roca herida te dé su sangre. Levanta la cabeza y muéstrale el rostro a la derrota; dile que tus “pasos de luchador bal-dío no se acostumbran a los tropiezos de la luna”.
3. Moisés: ahora más tarde la muerte te lanzará sin misericordia a sus aguas de donde nadie podrá salvarte.

## MUJER DE LOT

1

1. Sodoma es un alma triste que llora la pérdida de su cuerpo. Gomorra es un ramillete de niños felices que nada moribundo dentro de un charco de fuego.

2. No mires atrás: la soledad te puede castigar con la rigidez de sus abrazos. El fuego no ha cesado y las sombras se mueren con un gemir angustioso, como si fueran un niño de doscientos años que no ha probado los pezones.

2

1. Ahora serás huérfana y viuda. Estarás sin padres que te floren. Sin nadie que quiera visitarte a tu tumba desabrida. Regresa a tus adentros y muérdete las entrañas; ni la poesía puede salvarte ahora: también ella está sentenciada a ser odiada por las espaldas.

2. Atrás dejas un infierno solo que te reclama, te dice que regreses a dejar lo que te llevas en el alma.





H  
MENCIONES DE HONOR  
H



H  
ASISTENTES  
H



# CON EL OJO BAJO LA BOTA

Alfonso Durán Rincón

46

Esta mañana pude escuchar el murmullo de una cosedora  
y el trinar de una vasija llena de agua caliente y sal  
y me puse feliz  
y no tuve motivos para seguir pensando que el mundo es feo  
porque podría llamar a la vida de muchas formas  
invitarla a salir, mirar un café,  
hablar tonterías sobre los pingüinos,  
brincar sobre una cama llena de cráteres y poseerla  
a mi gusto

No lo sé muy bien, pero creo que puedo ir a la luz  
y ponerle los nombres que quiera  
Puedo también quitarme los zapatos  
y regalárselos a una nube  
para que se sienta mejor,  
más nube o algo así...  
Si me corto las uñas podría armar un carnaval  
y si me visto de montaña podré irme a pasear  
a la montaña

Las reacciones de los que me siguen harán en mí  
algo así como un derrumbe  
de huesos o hechos  
pero podré recoger los restos de lo que quede  
y hacer la cena  
así que no creo que deba preocuparme  
ni por las ventosas

ni por la madera  
tan sólo debo pensar en ese pelo que navega entre mis ojos  
y buscar la forma de hacerme su amigo y navegar con él  
y cuando la acción, las crispetas y los huecos felices terminen  
estaré seguro de que mi perro, los ñus y yo caminamos  
Lo necesario  
y que la llegada del señor de negro a las seis  
tan sólo será la de un domicilio  
al que pagaremos con una astilla  
y unos centavos,  
nada más.

## Juerga

Me invitaron una vez  
a una fiesta ciega  
de tempos magnetizados  
y luces mentirosas  
y comida para gatos  
y bailes que llegaban  
hasta  
más  
abajo  
del  
sol

No quería ir  
pues no tenía virtudes  
en los pezones  
pero me convencieron  
de que era mejor  
    ir  
que quedarme  
en mi tugurio a la medida  
viendo arder garbanzos

Fuimos a la algarabía  
con la sangre en  
    los cordones  
listos para sacarnos  
las liebres y los cangrejos  
nos dejamos reír  
y nos comimos  
unas cuantas groserías  
de colores fosforescentes

Al ritmo de una cabra hinchada  
pusimos a bailar  
nuestros dividendos  
y nuestros dilemas  
                    zoológicos

Una lluvia de angelitos azules cayó  
entre los botones de nuestras tetas  
y así aprendimos  
    las cuatro letras  
                    del alfabeto del simio

Salimos tan  
siniestros de la borrachera que  
nos sentimos como  
albóndigas  
    frías  
Tuvimos que vomitar  
nuestros prestigios  
y andar descalzos  
encima de  
nuestros silencios  
Y al final  
nos fuimos a morir  
a la casa



## Hallazgo

Esta tarde encontré  
a puro vuelo de escoba  
un pedazo  
de recuerdo viejo

Lo examiné  
como quien mira atento  
una quimera de peluche  
y noté al instante  
que el recuerdo se había vuelto loco  
desde las aristas  
hasta la piel

Busqué los restos faltantes  
con ayuda de un ojo de barro  
y con la misma suerte  
de un alga  
emocionada  
localicé los taciturnos fragmentos

Uno de ellos estaba durmiendo  
en una botella de risas  
Otro estaba escalando  
una montaña de imágenes verdes  
Al tercero lo hallé  
pidiéndole prestado al verbo  
unas cuantas  
acotaciones  
A otro lo descubrí  
Haciéndose los amores  
con un sillón  
Y hallé al último  
vendiendo repuestos de sol  
para tardes de piscina

Cuando tuve los trozos  
enclaustrados en la mesa  
y me dispuse a pegarlos  
un ciervo  
hecho de razones  
apareció  
se acercó a la mesa  
y miró aquellos trozos  
aquellos chicos  
inocentes y azules  
expectantes de un examen  
del que puedan salir airosos  
Luego invitó a la mesa  
a su hocico  
y a su lengua  
les acarició el temor  
y los hospedó en sus dientes  
los procesó en su hondura  
y luego  
los olvidó.

## Divulgación de la espera

Me siento en esta esquina.

Me acomodo como puedo  
en el centro de su espíritu.

Saco de mi mano  
un paquete de Siempre  
y los absorbo con mis ojos frescos.

Reviso si algo no se ha caído aún  
de las barandas  
o de los suelos.

Hago tiempo.

Miro las aguas grises  
que conversan con las palomas.  
A veces les estiro un comentario biche,  
a veces no.

Aguardo un poco más.

Multiplico mis crujidos dentales  
con los tambores de guerra  
que hallaron mis dedos.

Espero lo que hay que esperar.

Arrugo la cara,  
hincho mis mejillas con ritmo.

A lo lejos una bolita de arcilla  
se burla de mi paciencia a la intemperie.

Entonces no puedo más,  
me quito la mirada y la tiro lejos.

Me sacudo la tierra de la matera,  
me levanto de mi sistema,  
recojo mis nalgas serias  
y me marchó.

## (He llegado al) límite

Resultó que una noche,  
mientras me estiraba los ojos hacia el sol  
y hacía muecas para no olvidarme,  
comencé de pronto  
y entre líneas (no sé bien)  
a prestarme demasiados escrutinios;  
    entonces desvié la vista  
hacia la ensalada de mis cosas  
y me asusté hasta diez metros,  
y me miré la nariz  
abrochada a un recuerdo postrero,  
y me miré la lengua  
y le grité mentiras descalzas,  
y me miré el ombligo  
y vi que estaba  
nadando en temores,  
y me miré las manos  
y vi que ellas jugaban  
a ser diosas en todo momento,  
y me miré los dientes  
y les deseé la muerte,  
y me mareó tanto escrutinio,  
tantas miradas justo un martes,  
y terminé desorientado  
y obsoleto,  
y sentí que me hinchaba  
de salsas negras, negras,  
y que me atiborraba  
de Pensamientos  
y Planteamientos  
y Pretensiones

y Procedimientos  
y luego  
    sentí que  
        comenzaba  
a separarme  
    de los límites,  
                    de las tormentas  
                    de la suave vida

Pero luego cerré las luces  
y se callaron los grillos  
y se enfriaron los pasamanos,  
y todo fue pasando,  
parando,  
parlando,  
partiendo,  
y sólo entonces me di cuenta  
que lo que pasó después  
de la ingesta  
fue  
una tontada,  
tan sólo  
una flatulencia  
atrapada entre mis destinos.

## Anuncio de retirada

*Para Sebn.*

Cuando por fin me aleje de esta luz cuadrada  
y le dedique todos mis pies y todas mis horas  
a transitar por las venas hinchadas del mundo  
con la garantía de un estómago vacío  
Preferiré siempre que no sea un mal día  
—de esos que no les gustan ni a las gallinas—  
para poder comenzar mi camino de asombros  
con pasos cubiertos de caramelo

Ofrendaré los avatares del sol que llegue  
a observar los recitales subterráneos  
a mirar con atención los aguacates  
y a ver morir de sueño a las hormigas

Iré acumulando los insomnios  
y las llagas de todos los recuerdos  
por si acaso llegara yo a bajarme  
en alguna estación del Destino

Crearé una torre gigante con palillos  
cantaré desde su cima mil bostezos  
y descansaré de algunos verbos en futuro

Observo en estos planes magullados  
una cierta tendencia al paludismo  
como si en ellos hubiera una sordera  
hacia todo lo que sepa a realidades

Habrá que andar  
con el ojo bajo la bota

todo sea por encontrar aquel resplandor torcido  
de lo que no pude evitar  
y que ahora está  
enfrente mío



H  
OTROS POEMAS  
H



# LA ANTESALA DEL CAOS

Jonny Fernando Carvajal Torres

## Girasoles a Martha

Sólo la noche me acuchilla de la forma en la que lo hace  
Sólo ella sabe el dolor de la oscuridad que se ha posado  
a mi diestra

He permanecido bordando girasoles para lanzarlos al mar  
cuando Martha se aleje de mí  
Me he preparado para ahogarme entre la sangre de un  
cuchillo roto por unas venas torpes

He preparado mi muerte como un festín de bienvenida  
Parto a un lugar desconocido  
Parto con girasoles a Martha  
Parto de una provincia desconocida al mundo de la primavera

He bordado girasoles a Martha  
Sus pétalos como lágrimas de sol  
Su cabeza como mi corazón hueco

## Las horas

Las semanas se disuelven y los segundos te devoran  
Siéntete y arremete contra el viento  
Esperarás eternamente las palabras insaboras  
Lucha al olvido lucha a contratiempo

La fetidez de tu ser te arrastra al silencio  
Correrás tras imaginarios furtivos  
Correrás tras eternos vacíos  
Correrás y las muertes y las cóleras  
El cansancio

Las horas se lanzan al vacío  
Los segundos se posan inquietos  
Tu cuerpo al filo del abismo  
Se estanca en la espera en la risa en el temor al fracaso en  
la eterna soledad en la estúpida masa la patética vida  
la farsa el olvido el regaño el llanto

Y las horas como siglos

## Nevada de enero

Le he hablado a la nieve sobre tu delicado tacto  
Me ha hecho esperar otro invierno para contarme su secreto  
Le he hecho esperar muchos días para hablarle de tu seno  
Me ha hablado en vano anticipándose al otoño

Le he rechazado una copa de whisky a medio tomar  
Me ha obligado a escucharla hasta madrugadas interminables  
Le he obligado a dormir en arrullos celestes  
Me ha rechazado el abrigo de mis cabellos rojizos

Te ha enviado saludos y espera visitarte  
Has mentido al decirme que no se posa en tu ventana  
Te ha mentido al decirte que no conoce mi rostro  
Has enviado con ella la palidez de tu beso

Nos apaga los ojos cuando el frío empieza a rugir  
Les cercamos en vitrinas intactas a la crueldad  
Nos cerca entre sabanas a pasos cortos de la delicia  
Les apagamos las luces para que brille como diamantes

## Enfermedad en retratos

Vomitando ando empapando al mundo  
En una esquina manchada de fotografías a blanco y negro  
Él se aferra a los recuerdos  
Acunando al sol  
Acunando al viento

## La pena de Beatriz

Beatriz se evapora con el pasar de las horas  
Al azar ella ha dejado su felicidad  
Su sonrisa fúnebre y sus ojos cóleras  
Caminan descalzos por las torres de la ciudad

Mandarinas flotando en su cuarto oscuro  
Beatriz vomita piedras aplumadas  
La negrura de la noche se funde con los muros  
Encerrada entre rejas aúlla y grita entre almohadas

Algo la persigue y la atormenta  
¿Su pasado gris? O ¿su alma violenta?  
Atenta sedienta lamenta la cuenta  
Las lágrimas y cartas que produce hambrienta

Beatriz se ha cansado de volar entre moscas  
De intentar amarrar entre púas al amor  
Beatriz se ha cansado de beber de tantas bocas  
Las palabras amargas, amargo licor

Beatriz sueña en su cama de piedra  
Perforando su corazón y rompiendo su techo  
En ella el cielo escupe el amargo Ginebra  
Harta de todo muere riendo en su lecho

Ella me mira y pinta de rojo mis labios  
Roja rosa roja fresa  
Roja risa roja farsa  
¡Que los bese! Boca suya labios míos

Sus ojos grises se empañan al recordarlo  
Es el hombre sin nombre el nombre escrito con la letra muda

Sus labios excretan verdades y dudas  
Dudas, temores y fracasos que impiden pronunciarlo

Beatriz bebe vino y se va hundiendo en el fango  
Beatriz ¿dónde estás?  
Cansada de querer ser y ser  
Danza camino al olvido arrastrada por la melodía de un tango



## Acostumbrándome

- A dormir con mi ventana abierta para no ahogarme con el  
calor de sus recuerdos
- A tragarme la sangre con ron para no coser mis heridas en  
público
- A empalar mi alegría en manos de mi sufrir para no acariciar  
los bufones en lunadas oscuras
- A enfrascar atardeceres septembrinos para no encender  
mi sonrisa en féretros de luces
- A abrazarme en medio de la multitud para no escupir a  
los payasos que cristalizan pupilas
- A volar en mi vórtice con alas de bronce para no colorear  
el Nilo en mi cama
- A besar con los ojos abiertos para no correr en arcoíris  
rosas con ojos vendados

## Reminiscencias rotas

Estrangulando mis sueños como pájaros en otoño  
Continúo a la espera de atardeceres atrapados en ataúdes  
de cristal  
Rescatando de mis manos el himen de mi virtud perdida  
de mi sonrisa la dulzura y de mis pies la fortaleza  
Indivisible ante navajas de plata se grita en silencio: —  
PELEA NIÑO DE CABELLOS AMBARINOS—.

## Días sin fin

La eternidad de un año se espesa en los segundos inmóviles  
de un día sin fin

Mis días impávidos como quimeras al sol

La sed en los días salados ahorca lombrices abrazadas en  
dinteles de plata

Mis días impávidos como quimeras al sol

Siete eternidades en siete segundos siete respuestas bobas  
y tres botones de Orión

Mis días impávidos como quimeras al sol

Éxtasis en rayos de sol tuestan las rayas de maizales naranjas

Mis días impávidos como quimeras al sol

Mis días de tormentas abstractas y edificios que se derriten  
tiñen destiñen y tiñen de rosa la acera de arquitectura liviana

Mis días impávidos como quimeras al sol

Lamentos de dolor que son camuflados en sonrisitas de  
siete dientes

Mis días impávidos como quimeras al sol

El glacial de la iglesia gótica arrea ganado a misa de doce

## Dos de enero

Fue el naranja siniestro quien manchó las calles por donde  
mis pasos se desvanecieron

Fue un resplandor de un atardecer de enero quien derritió  
mis párpados como las seis en ese ocaso

Es el naranja muerto de una tarde muerta pinta de muerte  
mi sangre y mi rostro infantil como de diez vomita eternos  
dolores de eternos amores

El corazón se arruga y se acongoja porque no hay manos  
en mis manos

## El que cambia

Ahorcando su cuello se rehúsa a amar  
Hunde su depresión entre el jazz y tres copas de vodka  
Amarra sus manos para no arrancar sus vísceras  
Lo que él no sabe es que ya todas las ha perdido  
Lo que él no sabe es que ninguna batalla ha ganado

Aferra a su pecho fotografías vacías  
Con sentimientos inexistentes de un pasado inexistente  
Un invierno en el puerto y tres llamadas urgentes  
La simple vida que se estanca en puentes de siete colores  
La simple agonía que se lanza a lagos de siete colores  
La simple armonía que se desecha con la una  
La una a.m. traída por los serafines  
La una a.m. que no sale de su mente  
Y la luna como la mujer que arrebató su tranquilidad  
El que cambia vive de sollozos ocultos  
El que cambia cerca su corazón  
Su corazón que quisiera tan mío

# POEMAS

Mayirled Puentes Barbosa

## A un pianista

Tú, que forjas con tus dedos  
el encanto a mis oídos,  
llevando mis sentidos  
a un sinfín de sensaciones  
que esculpen del silencio profundo,  
mi más sutil abnegación  
al evitar aferrarme a tan elocuente canción  
a tan ilustre jovencito;  
que con sus manos tan sublimes  
puede llevarme al cielo pintoresco  
que anhela mi alma,  
o al infierno fúnebre y sombrío  
al que tanto teme mi espíritu.

El ritmo que marca tu melodía  
se dibuja sobre el silencio,  
y se colorea de blancas y negras  
sobre mi cuerpo.  
Ante tal debate se halla mi esencia,  
al no ver diferencia entre el mar y la tierra,  
tierra que ya no tocan mis pies  
porque ahora sólo sé caminar  
sobre tus agraciados y prodigiosos dedos.

## Inhóspitos días

En estos inhóspitos días por los que peregrinan mis males,  
estoy cansada y desolada como la muerte  
al ver aquellos que un día dijeron a mi paz:  
duerme sobre mis hombros que en mí hallarás descanso.

Vacilante me encontraba en estos días vanales,  
creyéndole al silencio de los pasos que mí ser hallaba  
y entre escombros de recuerdos una neurona luchaba  
por encontrarte, y se quemaba cansada de no hallarte.

Existía tanto desconcierto en mis adentros  
era todo tan furtivo y exuberante,  
tan complaciente, fascinante  
que de tanta belleza no podía ser cierto.

Tantos instantes triviales enmarcados con sutileza y encanto  
se iban desvaneciendo como el agua en mis dedos;  
dulce y refrescante, calmó mi sed por un instante  
luego envenenaron mis huesos y cayeron eternamente.

Todo parecía esencia fresca y penetrante,  
que me hacía caer en inconciencia permanente  
parecía ensueño y fantasía. ¡Vaya!,  
sí no sintiera este dolor diría que todo esto fue mentira.

Tu voz será la caldera que derrita mi canción  
tus manos serán aquellas que den forma a este jarrón,  
moldéame como quieras que en tus manos habitaré  
en tus labios me posaré cuando de mí bebas café.

Mientras me visitan los días de junio,  
voy paseando por campos otoñales  
cae la lluvia. ¡Cuánta lluvia cae!

Caen las hojas rojizas  
sobre mis cabellos. ¡Cuántas hojas caen!  
Caen mis lágrimas,  
esas que confundí con la lluvia.

Sólo me mantendrán viva las memorias de viejos tiempos  
que como el aire no volverán. ¿Acaso no lo sabías?  
Eran brisas...  
Y las brisas cuando pasan una vez,  
no regresan por el mismo lugar.



## Cuando me miras

Cuando me miras de esa gloriosa manera, tan delicada y sutil haces temblar mi alma,  
algo desconocido sucede dentro de mí, algo enciende mis sueños y ese algo eres tú.

Cuando me miras de esa manera tan innata que hace a los ojos hablar,  
te digo todo lo que mis labios callan, mis pupilas dilatadas te lo pueden gritar.

Cuando me miras de esa manera, olvidan mis pupilas el arte de respirar.

Se congela mi aliento, los sentidos pierden su existencia y su razón de ser.

Cuando me miras de esa manera, se borran las penas sublimes de mi ser.

El frío invierno se transforma en destello celestial.

Cuando me miras de esa manera, no quiero que ni dormido me dejes de mirar.

Tus ojos cristalinos me ciegan más que la luz del sol.

Cuando me miras de esa manera, me pierdo en el alba.

No quisiera que a otros ojos miraras de esa hermosa manera.

Eso causas en mí y no sé qué más pueda sentir,

Si al transcurrir de los días, los años y más allá,

me sigues mirando de esa gloriosa manera, voy a morir...

## Bitácora de una mujer sin fe

Quiero decir: te extraño, que me hiciste daño  
Que mi vida rompiste y que tú ya moriste.  
Quiero decir que te deseo y no espero algo a cambio  
Destrozaste mis ilusiones, acabaste con mi poca voluntad.  
Quiero decir que renuncié a mi risa y a mis afectos; a mi  
resignación dejó el resto.  
No quiero que estés conmigo, pero no quiero dejarte ir.  
Quiero decirte que borraste mis ilusiones; una mujer sin  
ilusiones no es nada.  
Quiero que sepas que mucho te quise, aunque ahora due-  
le que lo sepas.  
Quisiera tener una esperanza que me despertara, que me  
embriagara, ¡que me liberara!  
Pero no la tengo; sólo tengo un sublime agobio que  
destroza el poco corazón.  
Queda en mí no más un cementerio, donde cada cadáver  
flora tu desengaño,  
y eso me hace un daño tan grande y profundo que borra  
mis fuerzas de luchar.  
Al fin de cuentas, ¿quién eres tú y quién soy yo?  
No tuve por qué esperar algo a cambio, pero lo esperé.  
Ese fue mi gravísimo error, ahora lo entiendo, ¿qué puedo hacer?  
Como te dije, no tengo fuerzas de luchar.  
¿Qué puedo hacer?  
Sólo ahogarme en un mar de fobias,  
que mueren por ideas pero que renacen como un fénix.  
Con pensamientos elocuentes, quise ser tu mejor poema  
a cambio fui tu mejor juego.  
Ahora te digo con más que un poco corazón:  
y un cerebro calcinado, no te quiero aunque te quiera  
más a ti que a mí.

## Niégame todo

Niégame tu mirada, por favor te lo pido,  
no quiero que mis ojos los vuelva a ver;  
no me puedo de nuevo en ellos perder  
no deseo ni en sueños volverte a ver.

Niégame tu sonrisa es un clamor del olvido  
no quiero tu risa volver a escuchar  
ese divino gesto como nada me enloquece  
los recuerdos de tus labios al mar iré a botar.

Niégame tu voz, a grito entero lo ruego  
basta escucharla para sufrir en un santiamén  
son castigos de las notas tus susurros  
con tal de borrarlos, a todo diré amén.

Niégame tu presencia, nada te cuesta.  
Ya es ofensa respirar el mismo aire.  
No sabrás jamás del dolor de tu ausencia  
sin ti todo es silencio y un abstracto desaire.

Niégame tu amor, mi corazón lo suplica  
de nada sirve que lo des si no hay quién lo reciba;  
ennoblecida estaba mi alma cuando no lo tenía  
tus afectos eran música y al silencio todo iba.

Niégame todo de ese hijo tuyo, ¡Oh, Dios!  
Si él caso no te hace, entonces hazlo tú;  
bendito el día que mi amor lo halló  
maldita la noche que su nombre salió de mi voz.

Niégame tu mirada cuando te mire,  
Niégame tu sonrisa cuando te sonría.

Niégame tu voz cuando te hable.  
Niégame tu presencia cuando esté contigo.  
Niégame tu amor cuando sin dudar yo te amaría.

Niégame todo te pido, te lo pido en cada letra de este poema  
Aunque me esté quebrando, niégame tus besos, tu hastío  
hazlo si te pido que no te niegues,  
niégate aunque te lo pida llorando.

# SI PUEDES, CON LAS ALAS

Carmen Teresa Garcés Castro

## Mujeres

El fuego inunda nuestra sangre  
y arde el mundo.  
Los días invaden nuestras miradas  
y el tiempo grita.  
Acumulamos un mar de batallas desconocidas,  
las más heroicas e increíbles,  
como olas que se rompen para volver a levantarse,  
o que arriban a la playa en un atardecer,  
precediendo a los primeros brillos de la luna.  
Soñamos el día,  
lo pintamos  
y le damos diversas formas y colores,  
a nuestro ver de mariposas o panteras.

Somos mujeres universo,  
bebemos la sensualidad de nuestra carne,  
somos vientre que puebla, vibra, ama,  
donde nace el primer pálpito de vida  
con toda la potencia de la creación.  
Aterrizamos en nuestras propias alas,  
sobre las huellas del amor y las heridas;  
levantamos nuestro cuerpo y nuestras voces  
al ritmo de los tambores de la historia,  
y gota a gota,  
verso a verso,  
vida a vida,

conquistamos esperanza, identidad y libertad.  
Caminantes desprevenidos:  
ese fuego del camino  
¡somos todas!

## Cada tarde

Cada tarde se arreglaba minuciosamente.  
Con cuidado,  
maquillaba cada punto de su rostro,  
cubría su talle de rosas encendidas  
y decoraba con atavíos de colores  
los arrecifes de su cuerpo.

Emergía, después de las doce,  
a la primera campanada Cenicienta.  
Con ella,  
la calabaza perdía sus encantos,  
salía a pasear con un par de ratoncitos  
y cada vez que buscaba príncipes,  
le llovían sapos.

## Reivindico

Me gusta mi olor de mujer grande,  
 aroma de quien lucha desde la primera luz,  
 dispuesta a devorar este mundo de torpes agravios y mentiras,  
 en el que a veces nos queda bien ese color rosa,  
 porque la magia sigue viva para recibir flores,  
 y tejer con pétalos la oscuridad pávida  
 que apacigua los tiempos de renunciadas.  
 No amo a quien no lo haga,  
 he tardado demasiado tiempo amasando historia  
 y construyendo rituales de fuego.  
 Tengo huellas,  
 dejo huellas,  
 cicatrices evidentes de mis grandes batallas  
 en las que aprendí que no soy oferta en el mercado  
 ni demente sin causa.  
 Soy mi propia dueña  
 y se me ama por lo que soy.  
 Revelada, tal vez, se me ve severa,  
 indómita,  
 como a la bruja que aparece en sus transformaciones  
 más perversas...  
 Pero igual de hermosa.  
 Miro el peldaño estando arriba  
 y pienso que, después de todo, existe el miedo.  
 Las brasas encendidas  
 devoran el subconsciente que retorna herido.  
 Aun así, desde el sitio que confiere el universo,  
 hay misterio escondido en mi equipaje,  
 y en la proeza insaciable de este canto,  
 hoy tejo esta proclama:  
 ¡me gusta mi olor de mujer grande!



## ¿Qué eres?

Eres gato hurraño,  
que huye ante mi súplica;  
eres huracán inalcanzable,  
fugitivo,  
fruta de verso  
que provoca al paladar.  
Quiero disfrutarte vanidosa,  
encubridora, de camaleones:  
cómplice quiero ser de tus secretos.  
Fórmate en mi verso como arcilla,  
como barro que se junta con mi barro.  
Haz comparación  
y dale forma a este mar revuelto de poesía.  
No huyas, metáfora deseada,  
ha llegado tu hora.  
Déjate alcanzar.

## Renuncia

Me cansé de la tele,  
al diablo con todo,  
a las mil caras de mis iconos gestuales.  
Renuncio a navegar por internet  
y a los viajes de internauta;  
prefiero una barca improvisada,  
un mar desconocido  
donde nadie me busque,  
donde nadie me encuentre.  
Ni siquiera el celular  
que no me deja existir.

Hoy no voy a mirar el reloj,  
me recuerda que existe el tiempo.  
Renuncio a la pantalla,  
a la nada con su todo,  
al todo con su nada.  
Me apago un momento,  
respiro,  
cierro la globalización  
y salgo a caminar.

## Ojos de gato

El gato se prepara,  
elabora su estrategia, se pone sus botas.  
Ha llegado la noche.  
Con dedos de pianista, eclipsando los tejados,  
se aventura en el laberinto de lo desconocido,  
con ojos brillantes de tanto espiar la luna.

En cambio los míos,  
displicentes pero ansiosos,  
amoldados a estas paredes,  
permanecen ocultos,  
abandonados en la calle perdida.  
Y le pregunto a la ventana  
que permitió la fuga del gato:  
¿Qué hay fuera?  
¿Quién se mueve?  
¿Qué nueva magia titila en todas partes?

Ella calla,  
jamás habla de su otro lado  
y abre paso a una brisa inesperada  
que me recuerda, sigo viva.  
Igual de día que de noche  
alisto mis ojos de gato.  
Hoy he vuelto a mis andanzas.

## Todo es tan sencillo, tan complejo

Todo es tan sencillo,  
tan complejo como la vida.  
Y me pregunto  
si las funerarias ven a los vivos  
con caras de muertos.

Todo es tan sencillo y estoy feliz  
como una niña  
que guarda hojas verdes en sus bolsillos.

Este día tiene ansias  
de mujer que va a parir.

Y todo es tan complejo  
como los rayos del sol,  
como su luz que quema,  
como la sangre de los árboles,  
como estas alas ansiosas de viento  
y que torpemente aletean sin volar.  
Y todo es tan sencillo y tan complejo  
como los ojos del alma,  
como el alma de la vida,  
capaz de despertar en una rosa  
y mutarse en hombre.

Y todo es tan sencillo,  
a veces tan simple, como los pies desnudos que me llevan a casa.  
Y es tan complejo  
como un laberinto abierto al desafío.

# PENUMBRA

Charol Saray Gualteros Bolaños

## La provincia

Todos tuvimos un amigo al que llamamos «poca luz»  
Un balón que rescatar  
Y una profe que lloró sin mirar para atrás.  
Soy de provincia  
De perro sin collar  
De amor por el padre  
Y respeto cariñoso por la madre  
Soy colombiana  
No distingo de su vida señor guerrillero,  
O de la suya señor soldado.  
Mi profe Sara en segundo me enseñó que el amor se hacía  
con cartas convertidas en promesas eternas  
Mi perro muerto en un corte  
Me dejó sus caricias con el gato  
El matón del barrio  
Me enseñó desde chiquitica a  
Alzar la voz contra el maltrato  
La melaza salvo mi perra La Pinina.  
La bicicleta de linda  
En la que dábamos de a una vuelta  
Me recuerda el viento que era sólo eso...  
Ahí aprendimos a darnos golpes  
Como si fueran los únicos  
Que dejen cicatriz.  
La provincia  
Me enseñó a sentir el «dolor del dolor».

## Veinticuatro

Después del tiempo  
Me doy cuenta de que tú habitabas estas fechas  
Tú hacías el postre,  
Decorabas la casa y me recordabas el sentido de empacar  
un regalo  
De empacar uno especial para ti y tú uno o dos especiales  
para mí  
Después del tiempo recordé que me diste una familia  
La hermana mayor que nunca nació y el hermano menor  
que me hubiese gustado cuidar.  
Después del tiempo recordé que me diste un par de navi-  
dades perfectas.

## ¿Sus horas o las de Él?

A las 7:00 am, ella extrañó su saludo matutino  
A las 12:00 m pensó en unos versos que deseaba leerle  
A las 3:00 pm sus pupilas iluminaron la calle 15  
A las 7:00 pm tatuó su caricia  
A las 8 menos 5 sintió cuán ausente él vivía.  
Al dormir,  
Despertó soñando que conocerlo  
fue un sueño del que salió por una pesadilla.

## Idiota

*La poesía es un vicio solitario.*

*Ya sabía yo.*

Gonzalo Arango

¿Y qué más podía pasarme?:

—Un viernes en que no hallaba satisfacción

—Su cuerpo embustero ya estaba en otras manos.

Escalé por mis trémulas pasiones

Y supe que debía transitar desguarnecida;

Dejar de mentirme,

Desistir de abrir puertas ya abiertas,

Y acariciar idiotas ya idiotizados.

No me interesaba buscar dentro

Un nido de águilas

Ni un arroyo con peces.

Me sentía conforme así:

—Un poco muerta

—Falta de esperanza;

Pero completamente plácida

De no disfrutar de vendas en mi pecho

Y de apenas permanecer en este jueves de lluvia.

Ahora el borde de la manga estaba un poco sucio,

Las mejillas y los oídos se llenaban de besos

Y el par de veces que me dijo amiga,

Me alegraba,

Porque era la única palabra que repetiría.

Siendo así,

Amigos

Lo que seremos eternamente.



## Mi amor vagabundo

Sólo conoce mis brazos,  
huele mi aroma y mis pasos.  
Una felina peligrosa y seductora.  
Desdeña rozar mis cobijas al anochecer,  
Osa robar cada segundo de mi tiempo  
de mi alma y de mi amor.  
Tan suave y tan letal  
Araña mis piernas  
Hasta sangrar.  
Hace lo que le dicta la gana,  
Y por más que la saque de entre las sábanas,  
Consigue poner sus patas sobre mi cama.

## Encuentro

Se acerca una bestia  
Titilante, cálida y sombría;  
Aquella guarda tras sus ojos un lastre de seriedad enmarcado  
en el cristal que se teje en dos columnas de plástico.  
Sentados alrededor de un monte agonizante  
Se posa tu palma húmeda cerca de mi espalda.  
Tus cinco dedos brincan en mi dolor lumbar.  
Al instante siento una llama que absorbe mi espalda  
Sin dejar vericuetos dormidos.  
Como si los días que han pasado  
Bastaran para que un beso se hundiera en el símil  
De la lógica,  
La libertad  
Y el canto de un pájaro mudo.

# MEANDROS

Luis Felipe López Rebellón

## El baile de los ausentes

Cosechar con dolor las siembras  
de la inconsciencia.  
Hacer lo mismo, esperar distintos,  
por una obsesión que enceguece.  
Cerrar las puertas, las que tú mismo abriste,  
un rastrillar el alma con cristales rotos.  
Llorar por ti y por los que contigo se perdieron,  
tras un delirio,  
el baile de los ausentes.

## Ese no es el mar

No, ese no es el mar.

Es un camposanto de compasiva arena  
donde olas moribundas expiran al llegar.

Sí, es cierto, en el acantilado ruge,  
como león herido, como lejano trueno,  
en estertores de muerte, cuando todo ha pasado ya.  
Pero ese no es el mar.

No es el mar guerrero que organiza sus huestes  
esperando la señal postrera que desbordará su furia,  
para remontar airoso el farallón sediento,  
siguiendo las huellas de una era primigenia.

Sólo son restos de la coraza circundante,  
cuando el cielo amante con céfiras saetas,  
arranca virutas de agua peregrina  
que al final de su camino hoy fenecen a tus pies.

## Elogio a la cerveza

Una, dos y tres cervezas, y logro la paz que difumina,  
ya todo es vano, ya todo fluye,  
nada que muerda me gangrena.  
Como tú, pájaro que emigra, vierto sol en mis venas,  
he ido al mar y he mojado mis pies de tierra,  
no me juzgues mal, la niebla me congela.

## La impasible luna

La luna incolora y llana  
se asoma impasible entre agujas,  
las agujas marmóreas de la ermita.  
Nosotros, abajo, abajo,  
en el atril de la iglesia,  
pintamos de colores sus cornisas,  
proyectamos sueños en ventanas,  
y trascendemos en una vela olvidada.  
Mírala cuando ella nos mira,  
la luna incolora y llana.

## Querido Pablo

*Sobre una poesía sin pureza.*

Pablo Neruda

No sólo mueren los muertos en las batallas del olvido,  
nosotros, los vivos, también morimos de frío.  
En su largo viaje de viajero inmóvil,  
el que ve, por desgracia, más de lo permitido,  
sobrevuela raso con tus alas de viento y tierra,  
con la palabra gastada que renueva el verso.

Cuerpo fofo, salsa en traje, actitudes vergonzosas,  
sueños, vigilia, amores y odio,  
sin excluir ni aceptar nada,  
poesía sin pureza donde la palabra eleva y surge,  
del uso, del sudor y el humo,  
con huellas de dientes, plumas y estrellas.

## Llorar por dentro

El líquido fuego  
que anega corazones mustios,  
la ígnea tormenta sobre los azules hielos,  
vierte su ondina de palabras mudas,  
y se caldea la grieta y la existencia bulle.  
¿En dónde? ¿En dónde? ¿A mi dolor escondo?

Río para acallar los gestos,  
gritan los cuervos y grito con ellos,  
se distiende la boca y la mano celebra,  
el mundanal silencio acecha,  
y yo lloro por dentro.

Soños,  
en el último vagón,  
danzan los duendes ebrios.



## Árbol suntuario

Nudosos brazos, vasta sombra, fruto ausente,  
siempre presente, digno,  
gesta su propia historia en un remolino de nidos;  
un celebrar airoso por el carpintero fallo:  
inútil para un tallado fino.  
Anclado, arrea la vela y fluye,  
columpio de guirnaldas mecido por el viento.

## La paloma

Eres la paloma,  
la del alféizar de mi ventana.  
Ladea la cabeza, mira adentro, mira al cielo y duda,  
el abrigo o el vuelo... dudas.  
En silencio te contemplo,  
ansioso, ansioso, por tenerte a mi lado.  
Las palomas son de alturas y, sin darme cuenta, te bendigo.

## Tierra mojada

Con la ligereza que da lo escaso al que sueña con volar,  
acostado en mi cama, junto a la ventana,  
veo la lluvia caer.

Un aroma a tierra mojada trepa por el muro,  
se infiltra y deposita en mis vísceras,  
escudriña sin pausa todos mis resguardos:  
las cicatrices de un corazón domado,  
la arteria que ensancha el artificio,  
el hígado graso, el dislocado tendón.  
Y resurjo de vejez cuando te veo caer.

No estás, es cierto,  
ya tu risa no espanta tinieblas,  
y la parodia de una actriz cursi y sexi que inventabas,  
tus historias fantasiosas,  
las mentiras truculentas y las piadosas,  
tus alas cedidas por momentos,  
la alegría que contagia...  
ya no hacen parte de mí,  
y, sin embargo, algo tuyo y mío, mustio por olvido,  
renace en este instante de abril eternidad.

Dirás que soy un loco, un obseso,  
pues después de tantos pasos y de tanta ausencia,  
ingrávido en el tiempo pienso aún en ti,  
pero esas gotas que caen también fueron tú,  
y esas tierras sedientas siempre fueron yo,  
y ese aroma que inhalo fuimos los dos.

## Bella y Bestia

Los ojos de fuego que miran y queman,  
los ígneos manantiales de un jardín secreto,  
el aroma virgen, la mentida entrega,  
mandan al traste mi resolución irresoluta de árbol viejo,  
la de arropar nidos y olvidar los frutos rojos.

Está allí,  
centelleando hormonas nuevas,  
revolcando mi corazón desahuciado,  
llenándolo de bailes licenciosos y cancioncitas de amor.  
Y renazco de cenizas cuando la veo pasar.

Exigencia vs. prescindencia, intuición vs. concepto,  
bella y bestia que en un telar de sueño,  
trama su perversa urdimbre de maldades y de amor.

# INSTRUCCIONES PARA AMAR

Luis Eduardo Valencia

## Instrucciones para amar

¿Alguna vez han observado que el amor se basa en una sola cosa? Que una persona conozca muy bien a otra persona, y así poder que se cree ese delicioso aroma del amor, que no tiene sabor, pero sí se puede oler.

Lo único que importa cuando amas a una persona, es amar a esa persona y si de verdad la amas entonces, ámala. El amor se ama con amor, pues sin amor no se puede amar. Lo que toca hacer es mirar con el corazón, pensar con los ojos y oír con la mente, que el corazón mire bien. Tienes que abrir bien la mente para que oigas lo que de verdad quieres amar y pensar mucho tiempo para poder ver lo que el corazón quiere mirar. Después de que hayas hecho todo esto ya puedes llamar amor a lo que sientes.

## Sentir

Lejos de lo que piensen a mi alrededor.  
Me acobija la frustración y el desespero, madre  
de mis emociones.

A veces acudo a la belleza de  
lo que algunos llaman sentir.  
Y en ocasiones logrando despertar  
el sentido del amor,  
me acuerdo de lo que todos llaman  
sufrir.

Recordando lo único que activa mis sentidos,  
la depresión.  
Cuya emoción ya ha hecho  
de las tuyas en varias ocasiones  
y muere con tan sólo  
sentir llegar la motivación.

# EL PAYASO SOY YO

Andreis Camero Bajaire

## Payasos

*¡Uno de esos abandonados  
Condenados a reír siempre,  
Y a quienes falta la sonrisa!*  
Charles Baudelaire

### I

Padecen una enferma alegría,  
marchan en sus zapatones de colores  
bajo el palmoteo de quienes sus caídas disfrutan,  
llegan vestidos de arcoíris al final de la lluvia  
con delantales de círculos multicolores  
y esa densa estética de pelucas rosas.  
El rostro pálido y obscuro,  
una risa gigante sobre sus labios  
—como puñalada sobre el cadáver—  
disimula los ardores de almas cansadas,  
devuelve a sus verdugos el placer  
de un hombre que padece resignado.  
Su ser está habitado por efímeros objetos  
como las palabras escritas al borde del mar,  
el llanto de solitarias golondrinas,  
la luz fugaz de los relámpagos  
y pieles de perturbados suicidas.

## II

¿Cuándo ríen los payasos?  
 Si sobre sus narices hinchadas de rojo  
 se apoltrona una mosca negra y burlesca,  
 si cuando cantan la voz languidece  
 para prolongar el goce de la muchedumbre,  
 si aquello que los hace especiales  
 es esa manera de jugar al sufrimiento;  
 de permitir por un instante al espectador  
 la posibilidad de olvidar de su suerte.  
 Si los payasos son flores plásticas;  
 por fuera adornadas de radiantes colores  
 y por dentro un frío hilo de metal.  
 Seguramente ríen  
 cuando todos los niños se han ido  
 y la máscara de felicidad se desvanece,  
 los zapatones dejan ver sus diminutos pies,  
 la peluca rosa se esconde en el armario  
 y el traje de arcoiris retrocede hasta ocultarse  
 dejando un escuálido hilo de piel  
 que se mira en el espejo  
 para al fin, reír.

## III

¿Cómo aman los payasos?  
 Su mal soberano es el amor.  
 Desde niños empiezan ese camino  
 contemplando a la pequeña de las trenzas  
 que se sienta en la primera fila del salón  
 a escribir en sus cuadernos perfumados,  
 rodeada de niños buenos y decentes,  
 sin fijarse nunca en el pequeño bufón.  
 Sin embargo, un día cualquiera, mientras camina,  
 su amor encuentra destino lo cual es terrible;  
 pues quien se enlaza a ellos de verdad



no consigue advertir el camino que le espera;  
 la desgracia sólo puede ser equivalente  
 al placer sádico que origina  
 ver el rostro sin la máscara todos los días,  
 o dormir desnuda sobre el cuerpo frío  
 atolondrando, trémulo y sin maquillaje.  
 Pero ellos, ya sin máscaras, las rechazan;  
 por lo general les gusta dormir solos  
 vivir, comer o soñar solos,  
 no quieren que nada los distraiga de sus sufrimientos.  
 Aunque la mujer en un acto de venganza  
 permanece,  
 y está dispuesta a sufrirlos para siempre.  
 Ellos se vuelven ausentes y distraídos;  
 regresan a casa con cardenales en la piel,  
 y lágrimas postergadas en el límite del parpado,  
 mientras sus amantes responden al tedio  
 perpetuando más allá de las máscaras  
 el espectáculo del circo.

## IV

¿Cómo terminan los payasos?  
 Bajo el espejismo estruendoso de los aplausos,  
 adornando para siempre la habitación  
 de un niño cruel y presumido,  
 sufriendo el acoso de murmullos fantasmas,  
 los payasos contemplan con lentitud  
 el final de sus grises vidas de colores.  
 Algunos con el tiempo recapacitan,  
 La pintura blanca sufre una metamorfosis,  
 un tono color piel atavía sus mejillas  
 y el hule de los pies se convierte en cuero fuerte,  
 los trajes de arcoiris en finas camisas monocromáticas;  
 en la muñeca que escondía sus trucos  
 un reloj de metal compacto y brillante  
 marca cada segundo con autómata sonoridad.

Estos conversos del payasismo  
se camuflan en cualquier estructura,  
y reconocer que un día fueron payasos resulta imposible.  
Pero ellos a pesar de los nuevos lujos,  
los teléfonos modernos, las cenas caras,  
las oficinas, el perfume y las tarjetas doradas,  
recuerdan nostálgicos la última hora de bufones,  
y con espanto de su memoria  
descubren que para siempre serán  
payasos.

## Estatuas

¿Por qué no hay estatuas de ellos?  
¿Acaso su locura heroica y fugas  
en mitad de nuestra cuidadosa sensatez  
no vale moldear la rígida piedra?

Un prócer levanta su espada contra los malvados,  
arrasa sin piedad historias y legados de enemigos,  
deja caer el filo de su acero sobre hombres o bestias,  
luego convertido en piedra  
sostiene la inmaculada paloma de la paz.

En cada templo un salvador se exhibe  
con la muerte pública como máximo bien,  
lleva en sus costillas señales de todo sufrimiento,  
y guarda para sí  
la arrogancia de dominar el infierno.

Mujeres semidesnudas alzando banderas libertarias,  
guerreros enardecidos en caballos de fuego,  
niños inermes que recibieron de frente y en todo el cuerpo  
el beso de la muerte:  
la muerte siempre tan celebrada y temida.  
Ya sea sobre el mármol rígido o el acrisolado hierro  
todo agente de la muerte tiene por lo menos una estatua.

¿Y el alma que cantan y bailan sobre abismos o praderas?  
su única estatua será sin duda  
el fugaz destello  
sobre la mirada encantada y olvidadiza,  
de fascinados pequeñuelos.

## Ancestros I

Dibuja un par de alas amarillas,  
dos tentáculos rojos;  
entonces la mariposa,  
encuentra el dibujo inverosímil..., lo desecha.

Pinta grandes trazos sobre un suelo oscuro  
que el tiempo degrada de naranja a café,  
el boceto le parece irracional,  
enfurece y lo desecha.

Escribe una larga carta  
donde las estrellas existen,  
hay planetas, candiles, astros,  
oscuridad, distancia, tiempo,  
todo le abruma,  
vomita y lo desecha.

Inventa una canción que suena a árbol bajo la lluvia  
en el instante que unos seres diminutos  
y multicolores caminan en el aire,  
al final de la canción un mar se enferma de olas y peces  
el sonido le parece fatuo y lo desecha.

Dibuja un ser escuálido  
de piel tersa y ambigua  
adornado con el don del error por todo el cuerpo  
y la espalda llena de melancolía,  
se asusta de su quimera  
y con terror la desecha.

La última creación  
ha convocado a los otros  
se han marchado.

Cuando el creador los descubre ya es tarde,  
clama por su regreso,  
Ellos los miran, ríen  
y lo desechan.

## Sueño

*Para mi hijo.*

Agonizando, la llama cede ante lo oscuro,  
la mano desnuda recorre un rostro pequeño;  
no importan los pastelazos en la cara,  
correr tras los ladrones de pelucas,  
el fracaso del monociclo,  
el albayalde en las mangas y pecho,  
los gritos de niños asustados,  
ni las pocas monedas  
al final del espectáculo.

La llama se apaga  
el rostro tranquilo, se duerme:  
espera la mano que el rostro sueñe,  
en gris, púrpura o azul marino,  
cantando y bailando en praderas de verano,  
jugando a la rayuela en la lluvia,  
repitiendo el truco del guante eléctrico,  
o besando los labios de una tierna muchacha,  
siempre libre...  
Y la mano sueña también,  
a través del rostro tranquilo que sueña.

## Ancestros II

Desde el vientre fétido del animal  
 recuerdas al despiadado que te condena,  
 el sacrificio para calmar su hambre.  
 Piensas en Nínive y sus mercados de cabezas crispadas,  
 en las risas obscenas de los paganos  
 cuando te escuchen hablar en nombre de dios  
 en las frutas podridas que arrojaran a tu paso,  
 en el destino que repudias y no puedes evitar;  
 entonces imaginar la corrupción de tu cuerpo  
 en el vientre del animal te resulta tentador.  
 Pero pronto vendrá la muerte, muchacho,  
 no hay forma de escapar de su mano,  
 tan poderosa y oscura.  
 No importa  
 si los hombres te olvidan te ignoran o matan,  
 no importa si te escondes en el vientre de una ballena  
 o escapas de la ciudad en un barco pirata,  
 no importa cuántas veces intentes huir.  
 Él todo lo ve en su solitaria morada  
 Te perseguirá hasta el corazón de la Tierra,  
 pues su oscuro sello está sobre ti.  
 Serás sin duda bufón por las calles de Nínive,  
 despedazarán tu cuerpo como caníbales poseídos,  
 y una vez arrepentidos serán perdonados.  
 Pero para ti no hay perdón,  
 prepárate para ser vómito de ballena,  
 dormir sobre una piedra en el exilio,  
 y las risitas inquisidoras en los burdeles.  
 O corta tu cuello,  
 así habrás vencido al tirano.

## En la celda

El hombre del traje verde  
no soporta tu pastelazo en el rostro,  
la descarga eléctrica en su mano,  
la cara mojada por una margarita de plástico,  
o el golpe del martillo de hule sonando en sus nalgas.  
No resiste que le quites la insignia,  
y camines con ella entre los dientes,  
que escupas su juego de medallas doradas,  
y muevas las piernas como hilos de agua.  
Ni tu voz de carnaval,  
ni tu mirada iluminada,  
ni el sonido de vidrios rotos cuando gritas.  
Por eso, tierno animal,  
lo mejor será esconderte en tu agujero,  
donde el tiempo deshaga tu máscara,  
apolille tus trajes de colores,  
y lentamente te tumbe los dientes.  
Hasta que ya no seas.

## No necesitas nariz

Para ser payaso no necesitas la nariz  
ni el maquillaje corroído  
o el jardín en las ropas.

Basta que contemples atardeceres  
aun con el hambre en las tripas.

No es necesario un espectáculo  
ni malabares con objetos extraños;  
es suficiente que la palabra te salpique,  
que otro la pronuncie cerca de ti  
y sientas el más leve eco.

No es necesario ser la burla de un público fantasma  
o el fenómeno animado de un circo corroído,  
basta simplemente con que en ocasiones  
permanezcas inmóvil ante el destello de una luciérnaga,  
o bailes con dos mariposas en plenilunio.

No precisas mucho para ser payaso,  
lo eres desde cuando pensaste  
que son los otros de quienes te burlas,  
que es de otros el fracaso,  
el ridículo, los zapatones azules,  
la nariz roja, los globitos en forma de perro,  
la miseria, la cara triste al final del espectáculo  
y el tiempo, que derrite el maquillaje.



# MÚSICA DE AGUAS

Fabiana Naranjo Urrea

## Nuestro techo

Nuestro techo  
es un techo a dos alas.  
Revela nuestra verdad más libre  
es un techo a cientos de aguas.  
Nos deja escuchar la orquestación  
sin robarnos secciones de la lluvia  
sin ocultarnos la fuerza de las parvadas.  
Este techo sabe ser nuestro cielo  
nos provee de aves  
de agua  
de plantas que viajan  
y nos visitan  
bajando hasta la ventana.  
Un canto nuestro techo.  
La sílaba más sonora  
de nuestra casa.

## De lluvia

Sueño que llegue la lluvia  
y diluya los dichos,  
las palabras  
una a una  
con sus silencios.

Sueño que llegue la lluvia  
y enmudezca las pinturas de las casas,  
que las cuerdas de ropa se templen y destemplen  
hasta volar en danza al siguiente patio.

Que llegue la lluvia  
y nos haga esperar debajo de un techo vecino,  
unas horas, unos días.  
Y que la misma lluvia escape  
en un piano súbito  
y la realidad nos descubra  
sin fronteras,  
juntos.

## Las sombras

Cuando se va la luz  
prendemos una vela  
y vuelve la hoguera.

Se encienden las historias.

La risa nos aluza el rostro,  
no importa comerse al tiempo  
la colada de maíz y la palabra.

Se oye de los vecinos sólo sus silencios.

Hacemos gigantes en la pared,  
lobos, gatos.  
Aullidos felices  
de la oscuridad.

## Fantasía al cielo desplomado

La rama es bahía  
el nido, escaso barquito  
a la deriva del árbol  
traspasado  
desnudo bajo el filo húmedo de las gotas;  
circunstancia  
tinte de pinceles mudos  
arrebato  
revolución  
fracturas.

## Dos ríos

El agua corre en el río  
en un silencio que interroga.  
Canta vidas habitadas,  
cascada de vientres.

Las piedras se desgastan en sonsoneos,  
van quedando en las orillas.  
Hasta que más allá del río,  
fundan otro río.  
El río seco,  
que se puebla de piedras que ya no cantan.

# EL SILENCIO NO ES OLVIDO

Ebelis Corzo Oñate

## Pizcas de recuerdos

En indeseable antesala  
extraña gloria me invade  
aparezco en tus ojos y  
cargo mis lágrimas.  
Cuando habla el dolor  
un mundo de pensamientos  
me golpea contra el ocaso.  
Por instinto abro el catálogo del amor y  
observo incesantemente que todo lo tuyo  
Tiene un recuerdo...  
Desentrañando laberintos y encarnizando el tiempo  
involucro pizcas de agonía  
a esto que me enferma  
y soportarlo no puedo.

## La lluvia te nombra

Este severo dolor que habita en mí  
Y esa lluvia implacable que grita tu nombre  
aborda la extrañeza de los sentidos:  
Ojos pegados en la pared... deshaciendo retinas  
camaleón indomable que arrugas mi pecho sin avisarme  
Oleadas de mariposas se propagan, duplicando sentimientos  
Formando un híbrido incalculable  
que me recorre por dentro...

## Esa luna

Un árbol...

Un agujero en medio de las hojas.

Una luna que me mira a través de él.

Pensé descontar ausencias, pero se dispersaron en los márgenes.

Me amenazó el amor.

Mi mano sostenía la barbilla,

electrizada, en medio de 93 barrotos de hierro, alcé mis ojos y  
me di cuenta que hasta la luna me había abandonado...



## La tarde y tus ojos

Contrastar tus ojos con esta tarde amarilla...  
Amor que conlleva a la muerte.  
Poseída por sentimientos que retumban pasos de alguien  
que no llega  
Misión embalsamada por lágrimas de melancolía.  
Sentada en el tiempo.  
Estatua de la vida.  
Presidiaría del amor...

## Es mi mundo

En mi pequeño mundo  
la voz encerrada en tu pecho  
llena de lo cotidiano y sensual  
me recuerda que mi vida está guardada en tu amor  
como dos zapatos enamorados  
te espero en alguna sombra  
para retarte a un duelo de poesía  
y con el alma en la mano  
ganarme reto a reto  
“pedacitos de amor”.

# ESCRITURA SIN CRISTAL

Sandra Victoria Suárez

## Escritura sin cristal

Una hoja en blanco, una pluma azul salvaje; al lado, una diosa invita a empuñar la daga para salvar la ronda desvaída de los días en llanuras, tardar un instante es perder la doctrina de nácar al tronar la locura entre figuras e historias de reloj, atacar al risco con ira y vino tinto es andar sin antifaz sobre fronteras y astros olvidados; entre lunas dormidas en los parques y sueños de besos perdidos en el umbral del misterio. Esperar a escondidas de una flor arranca el color de los adioses y enciende en los labios la ceniza amarga de una torre de relámpagos que huyen entre ángeles de sombras y violines de mármol en añejo. Partir sin deslizar el viento del Norte cierra el final del llanto escrito en la ventana del recuerdo.

Una diosa, una pluma, una hoja,  
una noche en fuga,  
un silencio que se escribe sobre las manos en venganza.

## Eco sin voz

La pálida noche conoce el dolor de los pétalos de hielo en las mejillas de lo incierto, callada se derrumba sobre paredes opuestas que llevan en sus manos el frío de un nido al descubierto en medio de la guerra.

La noche siembra faroles ausentes de letras y canciones, en sus líneas la imagen desvanecida juega a ser devorada por las raíces de un sueño inconcluso, su voz asciende entre horas húmedas y una flauta en el desierto alcanza la cumbre de las palabras en desuso.

La noche ya no es noche, es la evocación de otra, misteriosa, azul, donde se hizo lento el silencio y con pedazos de piel envejecida abrigó la sonrisa sibila de la soledad.

## Destellos

En la calma de los pantanos vi nacer el fruto que escondía la caja de piedra. La fina hierba rebosa de tormentas la laguna, los ríos llevan sombras, la noche carga una que otra luciérnaga que alumbra el camino devorado por las hormigas, los carriles se lamentan del antiguo exilio y pronto ocupan las higueras envejecidas de la última estación, el paso se arrulla sobre las notas de una canción sin melodía, se duerme el capullo, muere la voz.

Los andenes se visten de verde ojalado y en la cúpula de nubes un arpa de hielo deja fértil los maderos.

## Nostalgia

Hoy, déjame habitar en la memoria de una hoja, descosa  
encarnada en las cuerdas de la guitarra, deja que la esfera  
de fuego cruce las manos herradas en el desierto,  
la melodía antigua de una ciudad se reviste de murallas  
y deja al descubierto al implacable monstruo de restos  
sepultados bajo la arena de la indiferencia.  
Hoy desnudo la calle y apago los nombres de quienes  
perdieron la guerra al descifrar tormentas.

## Augurio

He visto la boca callar frente a la amenaza de una estampida de palabras sin sabor; no siempre es vencedor quien levanta la mano o hace un gesto de destierro, el autoexilio es precepto cuando se trata de salvaguardar la vida. Ya he visto lo profano de tus ojos al querer revestir mis pasos con la penumbra del silencio y desmembrar mi alma con la sed de la tristeza que se marcha.

Creí haberlo visto todo, hasta que la llanura se desbordó en fuego y el mundo cubrió mis manos como una mariposa roja.

## Complot sombrío

Somos así...

Una lágrima del sol nocturno que habita los carruseles de la soledad

nos abraza para desmentir las sombras que han dibujado un sueño que no conocemos.

Una mirada que danza en las calles toca los universos salientes de las palabras, la risa cabalga en la garganta de un niño y deja morir el asombro abandonado entre sus huesos.

Morir cómplices en un silencio para salvar la promesa que azota las noches en que nuestras almas con afán han buscado un pretexto para vivir entre las horas esculpidas de la incertidumbre.



## Levitar delirio

Se disfraza en verso  
el canto de la musa calcinada  
por serpientes de hilo.  
La noche no espera entre alfileres  
y paredes de angustia para nombrar  
el abismo de fuego  
y ecos ahogados del fantasma  
de las madrugadas pasadas,  
el frío endurece tus venas,  
infiernos nadan en tu garganta.  
No te sigue, camina tus pasos,  
cae en tí, llega al fondo,  
hasta el punto acordado,  
donde de cara al crepúsculo,  
te encontrarás con la más arraigada  
de las pesadillas: Tú.

## Palabras desonantes

Pedazos de papel con el abecedario que salta una y otra vez, trae en sus líneas el color de la soledad.

Bajo el rojo de las nubes espumantes,  
en el pequeño firmamento de pelícanos,  
caen de sus picos una a una las letras de la tarde.  
Un beso en la distancia,  
la nostalgia en los labios de hierba seca,  
un recuerdo en el silencio de la niebla; allí, allí  
donde el sol y las rocas se levantan,  
donde las torres que se dibujan en las calles  
tallan en su cúspide  
un campo alado de silvestres melodías.

## Desagravio en do mayor

Buscas caminos desandados, trazas una línea que no quema tu sombra, dejas aroma a hierba fría en el ocaso abatido bajo tus pies, riberas desoladas alcanzan la tarde en que durmió el último cisne que no cantó su tristeza, te envuelves en bragas de ceniza y tornasol, no dejas ver más de lo que tu boca calla, no distingo entre tu instinto de morir y la sed de rabia que besas frente a la laguna, te reinventas en el instante en que cruzas la memoria de lo irreal y pagano, te nombras entre los pasos moribundos de los dioses, llevas de la mano falsas caricias con insultos; has llegado lejos, muy lejos, ahora sólo puedo decirte: ¡Vete!, ¡vete!... Tan cerca, que no pueda tocarte.

## Impostor de vuelo

El resplandor en fuga no cesa,  
la noche no da paso al misterio del reloj,  
no está para treguas ocultas en las pupilas.  
No he visto morir la sombra abrazada a tu memoria  
ni rendirse ante la melodía  
de los versos ocultos y lejanos,  
sólo gotas de ausencia la cobijan.  
No he visto al minuto cometer el delito  
de la espera a lo ajeno,  
ni las calles húmedas salvar al beso  
que muere al ser besado por un perfume sin sabor.  
No, no te he visto,  
espejo sin reflejo, pájaro brutal.

# SILENCIOS DE UNA SOLISTA

Aurora del Carmen Cárdenas López

## Deseo

Sólo quiero desnudar el aire  
Que contempla los susurros de la noche  
Habitar los gritos inéditos  
Escondidos tras el azul de una mirada ausente  
Estar en la vigilia del asombro  
Abrazar la ausencia del encuentro  
Redimir el suspiro desbocado del exilio  
Y condensar las odas de las sombras  
Tras un velo de silencios móviles.

## Miedo

Briznas de lluvia agujijonean el asombro  
Quieren cubrir de sombras la esperanza  
Tu asedio pierde importancia  
En la piel que muda el abrazo  
En la aurora que se amuralla cuando amenazas  
En la cicatriz del alud que mutiló el camino  
En los fósiles de gritos que cercenaron hogueras  
Eres centinela que le dispara al alba  
Tu silueta tiene la forma  
Que le doy a tu llegada.

## Equilibrio

Se desatan las sonrisas felinas  
al vértigo de la demencia.  
La caída está ocupada por laberínticas palabras  
ancladas en las migraciones del azar,  
se deslizan esquivando el equilibrio de la cordura,  
visten de esmeralda para engañar la desesperación:  
en su colonia de cometas se defienden  
del intruso campaneó de golondrinas sin verano.  
Y danzan de estación en estación  
en busca del oráculo.

## Fuerza

Entonces  
Fue concebida sin nacer  
Sin mirar el horizonte  
Que le ofrecía un camino ausente,  
Intransferible  
El verano se cumplió sin luz  
Se fue sin ella  
El destino era exilio entre grietas ocultas  
Por silencios deformadas  
Descolgó la epifanía,  
La vigilia retornó el sentido  
El trigo la vistió de sueños  
Para desnudar los claustros del siniestro  
Más allá del infortunio  
Polinizó la tempestad  
La miel la cubrió de resplandor  
Y en la cúspide del sol  
Las colmenas fueron sus aliadas.



## Negrura

Indago entre nubes de tiempo  
Rasgo la noche  
Busco tu luz  
Camino por el filo del viento  
El siniestro te oculta  
Me enfrento a él  
Se niega a entregarte  
Y te diluyes agreste  
Por una brecha agónica  
Esgrime el silencio  
Tu inocua presencia  
Mis esquemas se exilian  
En un grito tras de ti  
Entonces descubro que eres sombra  
De un vacío  
Petrificado  
Yerto

## Gris

Se escurre la brisa en esquelas de sombras  
Crispa el silencio un beso que no enjuaga el rocío  
En las bolsas de unos ojos salta un árido sembrado  
Que no acunan temblorosos suspiros  
Ríen las espinas  
Cabalgan el viento  
Y sobre el guayacán alas rasgadas  
Dejan estelas descarnadas  
En las plumas del sinsonte  
Muere el último horizonte  
Bajo pestañas de leones

## Nada

Camino  
Desando  
Siento el despojo del tiempo  
Pasos extraviados abraza la zozobra  
No estás  
No te busco  
Sólo lluvia bajo las sombras del cerezo  
Frutos secos de demacradas sonrisas  
El tiempo esconde las cenizas del mar  
Bajo siniestros oleajes de misterios  
Se conjura el exilio  
Y en silencio  
Las sombras te habitan.

## Poema Uno

*Ninguna palabra ha  
permanecido ilesa.*

Gonzalo Márquez Cristo

Pido perdón por la sed que transita la alegría  
En esuelas de sombras  
Por no haber nacido antes que la palabra  
Antes que el primer insulto y avaricia  
¿Pude ser Dios?  
¿Crear el diccionario  
Sin la palabra  
Pecado?  
Pido perdón por mi llegada tarde  
Ahora las azucenas tiene el color establecido  
El rumbo del siniestro  
Precede el asalto de la infamia  
No se flagela la injusticia inquisidora  
Ni el amanecer en las fauces de las sombras  
Ni la incisiva indignancia del infierno  
Donde reposa la redención de las coronas

# CINCO POEMAS

Cecilia Urrutia Zorro

## I. Identidad

Suelo querido, ¿cuánto en ti se dio?,  
de los valles a las inmensas montañas  
con picos de nieve que la vida agradó,  
tus venas son ríos y fuentes  
que en paraíso diverso te convirtió;  
aquí la fiesta es de inigualable color,  
todo en ti se contiene  
y con orgullo el iris plasmó,  
el destello de luminosos colores  
en las aves de encantado plumaje  
y en su floral formación;  
en la tierra y las rocas  
que hacen del pabellón tricolor,  
idiosincrasia sagrada  
de ancestros que nunca olvido;  
los tiempos todo lo cambian,  
sin embargo el corazón no,  
de la patria chica se guarda el fervor;  
se vuelve coraza el lugar, la región  
se ata la garganta, reclama el grito su rol  
desde alto y lo ancho, del llano a la selva,  
de la ciénaga al campo labrió  
que en sus quebradas montañas  
su carácter y sino forjó;  
un cielo, dos mares, cordilleras,  
ciénagas e islas, tu continente enmarcó  
soy tu suelo, tu aire, tu lluvia, tu fuego  
y el sentir de un único y feliz soñador.

## 2. Armonía

Un nuevo año, un fin, una expresión,  
es primavera, todo reverdece,  
la vida se revela en esplendor  
las orugas se visten de pasión,  
las gotas crean paleta de color.  
En esta danza de armonía,  
llega el verano, llega el sol  
con deleitable y discreto abrazo,  
incita al placer aledaño a la fuente.  
La arena, la playa y el amor;  
todo tiene sosiego y calma  
la llovizna temprana y el pajizo color,  
las hojas que en danza caen  
dicen que el fruto llegó y cosechó,  
la semilla se guarda para un tiempo mejor  
el otoño cubierto de ocres volvió;  
se intensifica el frío y de blanco color,  
se viste el árbol, la hierba y quien pasó  
parece que en un instante todo se durmió;  
la vida sigue, allí no terminó,  
sólo espera renovar el ciclo  
reservando la armonía de aquello que comenzó.

### 3. Paisaje

Un claro de luna llena la ventana vislumbró  
y en ese claro de luna siluetas al desnudo dejó,  
guardando una actitud de reposo  
detrás de alcanzar un sueño,  
que dibuja en el rostro satisfacción  
cálida noche que todo abrazó,  
cabellos turbados, manos acopladas  
que cuentan cómo el cuerpo gimió,  
un lecho húmedo cuya almohada  
fuertes brazos improvisó,  
aliento que toca el alma  
besos que con ansia rebosó,  
el anhelo de la entrega  
quizá única ocasión,  
o quizá el principio  
de tantos otros momentos de pasión,  
noche eterna y serena  
sin época, sin reloj,  
que permitió la sutil caricia  
el susurro de palabras,  
cambiadas en una dulce canción  
sosegado de luna llena,  
todo lo callas en íntimos secretos  
contigo los amantes viven a hurtadillas,  
todo aquello que en verdad son.

#### 4. Amanecer

Es la primicia de un nuevo día  
con el tibio sol que brilla.

Es descubrir el verde y ocre en lo alto  
y el dorado de la siembra en el campo.

Es escuchar el viento en murmullo y canto  
entre hojas del río y el camposanto.

Es ir ante la ventana entreabierta,  
acoger del mar la brisa gentil que refresca.

Es sentir que tu espalda se abriga  
con la caricia que encubre y esperas.

Es saber que la admiración vivida  
la sientas en regalos que motivan y crean.

Es advertir en lo frágil, pequeño y sencillo  
lo eminente, admirable y magnífico.

Es encontrar en las pupilas radiantes  
el gozo, la risa y el respiro inmutable.

Es elevar los brazos en actitud incansable  
con el propósito grato de vivir y amarte.



## 5. Secreto

¿Quién sabe qué es un secreto?  
¿Quién además lo posee sin saberlo?  
Para unos quizá no importe...  
¡El que lo tiene desea retenerlo!  
Para otros sólo es savia de desvelo,  
que carcome el alma haciéndose peso,  
otros saben y callan por el mismo respeto.  
En un espacio y un tiempo,  
quizá es un karma,  
o quizá un tesoro no manifiesto,  
que en un rincón nadie explora  
para que no turbe el momento.  
A nadie afecta el silencio;  
no se altera un curso trazado.  
No obliga a hacerte perfecto.  
Sólo calla por simple albedrío.  
Por eso se llama secreto.



•  
Si eres azul  
yo rojo y negro  
a veces amarillo  
de hambre,  
vendrás blanca mía  
para fundirnos  
en violeta.

•

Cuántos soles y qué de olvidos.  
La curiosidad se hizo trampa.  
Ahora venimos  
a rompernos el alma en los ojos,  
a enmarañar los sentimientos y jugar con ellos,  
a matar el sueño  
    ese río subterráneo de la noche  
        que rumoroso nos abandona  
            en la mañana imposible  
donde el olvido se parece a la piedra  
            del mundo en remolino.

Yo te quiero, niña tonta,  
imaginándote.  
Así te conozco,  
    por sendas sutiles e indirectas  
y sé, sé con pasmosa certeza  
que tu naturaleza es de viento  
    ¿qué pueden mis manos, entonces?  
La oquedad de mi vida.

## Poemas de medianoche

Recostada en la ventana  
sueñas otras vidas.  
(Noche implacable,  
en la que todos corren a casa),  
¡ah, veo en tus ojos,  
la luna hacerse pedazos!

•

Las campanas repican a lo lejos  
la neblina deja apenas adivinar las casas.  
Luego  
como un dios muerto  
el silencio.

•

Pereira es una ciudad turbulenta, mi vida. Aquí se ofrecen a los altares de la miseria esos cuerpos linfáticos, triturados por el hambre y las drogas. Tras las vitrinas los comerciantes ven el cielo encapotarse y en esos edificios las hojas y las firmas y el teléfono no paran. Yo paseo largamente estas calles como otros tantos sin objeto alguno, me siento a tomar un café, entretenido e inútil, y veo ascender serpientes de humo, seseantes como la locura, como este grito sordo de la ciudad, en la que eres perfume y silencio...

# OTRA

Michelle Alexandra Rincón Cardona

## De la propensión al reconocimiento

Resulta propicia esta ventana junto a la cama,  
para poder huir con la mirada  
cuando no se sabe ir hacia el sueño

ni mucho menos estar en la habitación.

Ojear a la mujer de enfrente

—desear poder hacer juntas el desayuno

—pasear por la capital  
mientras fluyen las palabras y demás ingenios del lenguaje

—leer en un parque —ir a cine —beber un buen vino.

La pregunta es si se puede lidiar con la vastedad.

Si se puede  
una vez más  
aceptar la pérdida

ahora que nuestras miradas huyen

reconociéndose mausoleo de ayeres más transitados.



## Inoportuna memoria

Cruzas la calle  
—mientras miras desprevenida hacia la acera que está del  
otro lado—

y adviertes la sonrisa de alguien  
que ya no está ocupando la banca vacía.

Qué desacertada la nostalgia.

Cual Gato de Cheshire se presenta

—te sonríe y se desvanece—

justo cuando tu rostro se ilumina

dejándote en tinieblas.

## Oda al frío

Lo confieso

—no sé usar un abrigo—.

Decaigo a la desnudez de los brazos —la cercanía al tacto  
—la excusa interminable de ir por un café.

—una pashmina —una diadema —unas bragas  
pueden acomodarse al cuerpo.

Un abrigo no.

Un abrigo nos aleja de las cafeterías baratas  
y la propensión a llegar tarde a nuestros destinos.

Un abrigo me resulta ajeno al cuerpo —a sus curvas —la  
tentación de la caricia.

## Intemperie

De no ser por los libros —las cartas —documentos y  
demás apuntes  
por resguardar

cedería a esta tentación  
de caminar bajo la lluvia

—a estas ganas de no detenerme  
y continuar el itinerario gris de la tarde.

Qué ganas de no cargar más que los pasos y cazar la lluvia.

De que por fin el tiempo se detenga lo suficiente  
hasta encontrar la noche

en alguna resquebrajadura de las horas.

## Falto aquí

Falto aquí

y aunque los objetos parecen intactos  
el tiempo se ha lanzado sobre ellos.

No hay nadie en este lugar —nadie en mí—

—la que ensucia el piso tras cada paso —la que entra a  
la habitación

—la que desordena los libros —la que toma una siesta y llora

es otra.

Soy yo su visitante e intrusa

su persecutora al acecho que se arroja sobre ella al abrir sus ojos

arrugando sus fantasías de no despertar.

Necesito que alguien me recuerde que estoy en mí,  
no desde el amor.

—el amor no puede entrar en deshabitadas—.

# SABES

Yineth Nova Guerrero

## Corazón de madera

Me lo saque  
con sus pies colgando  
aún del amor.  
Me lo saque  
monstruo del armario  
con besados cachetes  
prendidos de nuestras estrellas.  
Me lo saque  
prestados labios  
revoloteando en la universidad  
tras un perfume nuevo  
te lo saque y me lo saque  
sin bendición de muerto  
sin rosario  
un corazón de Geppetto.

# LA NOCHE HABITADA

Raúl Ortíz Betancúr

## El canto del poeta en las troneras

Insondable, sibilino, hecho eternidad ese instante poético, emisario del asombro en noche incierta noche dionisiaca. Principio y fin aquella nocturnidad. Camino de la noche vacía. A esa nada oscura insondable el poeta viajante en busca del farol. A lo más profundo. Allí la noche engendra la luz y el albor saluda al musicar de la alborada.

¡Milagro, parió la tierra! Un cogollo del roble brotó de su silenciosa entraña. La vieja ceiba, centenaria, ya marchita, entregó su savia. El color de la aurora siempre en despedida. El devenir de los siglos narrado en los obeliscos de la noche trémula. Las peras en el peral el colibrí en la flor del guayacán el agua con sabor a pájaro huyente... oyente. La paciencia de Job puesta en llagas en “el laberinto de la soledad”. La raza de Caín el estúpido homo sapiens, la rosa de los vientos señalando las guerras desde la memoria de los tiempos. Tánatos venciendo a Eros. Tú, poeta a la intemperie en desamparo. El triste enérgico libre vuelo de los albatros. Distante, lejano tu canto solitario. Las sirenas ocupan todos los espacios. Tú, señor de las quimeras, poeta de utopías hacedor de sueños. ¡Prohibido soñar!, grita el Comandante del “progreso”.

“¿Para qué poetas en tiempo escaso?. Pero ellos son, dices tú, como los sacerdotes sagrados del dios del vino. Los que fueron de un país a otro en noche sagrada”. “Pero lo que queda, lo instauran los poetas”. Bendito seas tú, san Hölderlin. Allá, en océanos agitados, en mar de Ieva, en mar sereno, navegan alegrías, navega el desconsuelo. Tú, poeta, que esculpes

tu dolor en el bruñido de tus propias soledades. Tuyos son los cielos, tuyos los infiernos, escarpados meandros en el camino de los laberintos borgeanos.

Soy aquel que como Ulises soy NADIE en el eco de la nada..., nada soy fuera de ser yo mismo. Tormentas en la torre de Babel, el ojo del huracán recoge los lamentos de la compasiva caravana. Quietud y calma en la legión desplazada.

El crepúsculo hermano de la sombra. Tú, poeta, que sueñas con la lobreguez de los montes, con el recreo de las nubes en arrebol, con el lenguaje de la roca musgosa en el frío de la noche en tiniebla, sueña con terrazas elevadas en tierra mar y cielo. El sueño del poeta agranda el mundo allende todo límite. Tu arpa eólica vibra en las mil ondas que mece el viento sobre las cuerdas del universo. Tú, que sabes de la magia del vuelo sin alas en los talones, que sabes lo que es caer, lo que es morir, lo que es nacer, sabes de la embriaguez nocturna, el vino orgiástico en las sendas del delirio.

Levanta el vuelo hasta lo más alto, lo más ligero. Los poetas desde la cima saben de la caída. EL ALTAZOR DEL POETA. El albatros con su aleteo libre teje su nido en el cobijo de la noche. El aligeramiento del poema libera las heridas que dejan las cadenas. Voluptuosidad dulce, quieta, lejana.

En la infinitud del cielo trazos de noche esparcen la calidez lunar. Pedazos de día permiten el calor solar. La luz opaca, la quietud del viento, avisos de la noche en primaveras.

Sólo el poema, sólo el poema carga en su entraña la fuerza oculta de la vibración espiritual. Canta desde tus vísceras, poeta, pon la denuncia a Eolo la estupidez humana y ensalza el poder de la simiente en el eterno femenino. Viaja a los hontanares donde nace el sol, recoge de allí la semilla cósmica y siémbra la en el lugar de la sombra.

Un leño, allá sobre las olas, acoge la voz del relámpago embajador del trueno.

Salvajino el canto del poeta en las troneras. Barbacanas.  
La completitud del vacío, albergue en la oscuridad del ánfo-  
ra musgosa, curtida por la acción del tiempo. El gran útero,  
siempre en dádiva su eterna oquedad.

Irreverente el canto del poeta salvaje, viajero de la noche fe-  
menina al lejano azul donde alumbran epifanías. El verso del  
poeta... un cobijo.



## Ayer la noche (A Virginia)

Ayer la noche besó la rosa  
y el silencio se llenó de estrellas.  
La rosa era fresca, con edades para la florescencia.  
Esa rosa adulta buscaba luces en la tiniebla,  
y la noche..., que cobija lo insondable, y lo que no se expresa  
por mucho tiempo en el laberinto se mantuvo quieta.

La rosa siempre rosa,  
y la noche llena de nombres,  
en el silencio fueron cómplices:  
copularon, y despertó el deseo.  
Y en esa cópula desapareció el tiempo:  
fue cuando se supo que en un segundo  
cabe la muerte, cabe la vida, cabe lo eterno.

Aun sabiendo que la rosa es Rosa  
la noche continúa existiendo.  
La rosa sabe que en la sombra también florece, florece roja.

En los nocturnales el canto de la noche:  
soy el misterio, y en mi regazo...  
la rosa... o sigue siendo rosa  
o se torna azul...  
o negra...  
o muestra trazos  
carmesí, naranja, verde...  
o no aparece...

La rosa... por siempre seguirá siendo  
Ella en la rosa, la rosa en ella  
la rosa y ella, la misma rosa.

## Infinitud efímera

El espasmo de la golondrina  
Vigilante...  
Olor a lluvia fría  
La lágrima  
el tiempo  
el fondo oscuro  
el ánfora vacía  
el vértigo  
la música del universo

La vejez hundida  
apaga lento las luces encendidas  
el pasmo de la muerte  
el asombro... el horror... la maravilla  
las cosas idas: Frágiles-Huidizas  
Infinitud Efímera.

## Profanidades

Ya nadie bendice la mesa  
ni a la aurora cuando amanece  
ni al lucero cuando llega  
ni al árbol que da sombra ni al río que lo riega  
En tropel los dioses están de huida  
Con la fusta, el depredador los flagela

Ya el vino no es azul  
ni la espiga reverdece  
Los templos, como maniqués esqueléticos,  
yacen en el ornato de las vitrinas  
velos de maya, venta de oropeles,  
jaulas de oro en la subasta  
mundo desencantado, mundo de tiempo huero

En la palestra, allá... allá... en la lejanía  
entre tempestades...  
en los escombros...  
lucernas encendidas.

## El cáliz vacío

¡Por Dioniso!

He visto al vino llorar

Ya el dios no derrama su embriaguez en las vertientes seminales

El cáliz vacío, vacío el frenesí de la danza

Vacía de orgía la noche.

## Noche iluminada

Copularon las luciérnagas  
Y la noche iluminada quedó cargada de esperma  
vertida sobre el bronce de los árboles de roble  
esperma semilla que alumbra los tálamos verdes  
farol viajero en el sereno despuntar del alba  
esperma caminera germen de esperanza  
creadora del Eros de libido azul  
esperma hendida en las raíces de la tierra  
vuelta humus para abonar la sangre  
esperma regada en los úteros de la noche  
Spérmeta, semilla del mundo

Sin la noche no hay posible gestación  
no hay parto, ni embriaguez, ni caos  
yermo la locura, yermo el asombro, yermo el bosque  
vacía de eros la montaña  
baldío el poder del amor.  
Sin la noche no hay posible gestación.

## Hoy es fecundo el dolor

A carcajadas el leproso ríe sobre sus llagas  
Hoy es fecundo el dolor  
halos luminosos  
invisibles, indivisos, imposibles  
“EL ALTAZOR” del poeta... atento a la caída  
“Cae, cae eternamente, cae al fondo del infinito”  
Es todo... es nada.

## Algunos haikus

1

Ese cántaro  
tan lleno de vacío  
como la noche

2

Cómo arropa  
la gota de rocío  
a las montañas

3

Fiesta en el lago  
balbuceo de ranas  
mágico silencio

4

El mar sin límites  
infinita soledad  
en la canoa

5

Sin hacer nada  
sentado en el balcón  
crece la dalia

6

Hoy, que soy río  
soy montaña soy árbol  
soy lágrima

7

En el basurero  
buitres, llovizna... y el niño...  
desprevenido

8

El habitante  
hurga en la basura  
calles urbanas

9

El túnel verde  
así era la calle  
Hegó el “progreso”

10

Caen gotas  
en la hoguera  
Shsssssssssssss... Eso... es todo

11

la pequeña flor  
en aquella lápida  
es testigo

12

Andrajoso, muelco  
el viejo de la calle  
ríe a carcajadas

13

Los tajos ocres  
que dejó la avalancha  
belleza triste

14

Antes del alba  
tú y yo en la cocina  
olor a café



15

En la fogata  
la danza de la llama  
¡ESA CHISPA!

16

El relámpago  
único instante  
lleno de luz

17

Bando de aves  
en la copa del árbol  
himnos del bosque

18

Ese maestro  
escucha al discípulo...  
Y se inclina

19

En mi cabaña  
ranas... cigarras... grillos...  
y un chamizo

20

Los tajos ocre  
que dejó la avalancha  
“belleza triste”.

# DE LAS FORMAS DE LA MUERTE

Johanna Marcela Rozo

## Estirpes

Somos (lo he dicho muchas veces)  
un amasijo de pesadumbres  
traídas de nuestras estirpes.

Puedo sentir a veces la inquietud de mi abuelo  
caminando lejos de la tierra labrada,  
la muerte en el lodo del tío mayor, huyendo de la caída  
que lo alcanzó.  
La incertidumbre *post-mortem* de la abuela por sus hijos  
ahora huérfanos.

Me aqueja el frío y la vejez de mis manos empieza a notarse,  
tengo marcas de guerra sin haber ido un día al reclutamiento;  
siento el desarraigo y no he pasado una noche fuera de casa  
y entiendo entonces que la desesperación se hereda con la  
luz del nacimiento.

## Autobiografía

Voy por el mundo sin ser una crisálida  
camino con esfuerzo porque no tengo raíces para cimentarme  
en la tierra.

La herencia de mis abuelos sólo tiene recuerdos  
en blanco y negro, pero no me pertenecen.

Vengo de todas partes: de la bota, del rancho, del río, del  
pez, del vientre, de tí, siempre de tí.

Intento desembocar en la palabra. Única creación que me  
hace volver a mi forma humana para alejarme de la felina  
que sigue arañando en el fondo.

## Puedo morir todos los días

Insisto en escribir para no morir de soledad  
veo como soy una unidad indivisible con la palabra  
la misma que me ahoga, que me incita a la tristeza  
que me alcahuetea el hastío.

Tengo el infortunio de creer en cada letra que pronuncio  
y me ahogo en las noches con los silencios que dejo morir en mí.

No apelo a nada, ni a la entereza de espíritu, ni a la justicia divina.  
Caigo sin tormentos en lo único que sé de memoria:  
todo es palabra o sed.

## Necesito saber

Es posible que no encuentre la palabra exacta  
para preguntar si el alma  
pesa un poco en este cuerpo de alondra seca.

Si se mete como luz celestial  
por el cordón umbilical  
para saber que existes  
    iniciando una lucha permanente con la muerte.

Como saber si soy luz infinita en el universo que se expande  
mientras sueño que no soy, que no existo, que no estoy...

Te has preguntado si es posible  
que sea un sueño y que aún no tengas en las manos  
la luz del nacimiento.

Deliras con la vida aquel cristal visto desde una gota de agua.

## Dos

Esa otra  
la voluble, la celosa, la inestable  
la que se divide en dos y no lo sabes  
te mira al otro lado del río.

Esa te dice a los ojos  
de las muchas formas que aprendió a engañar  
se muestra frágil pero no lo es  
en su corazón hace mucho se instaló la ausencia.

El calor que la recorre es una mentira  
aprendida de imitar las muecas de las enfermas de amor  
el vibrar de sus labios también es falsa  
y lo entenderás cuando la leche de sus senos te sepa agria.

## De las formas de la muerte

*A Tirso Vélez, Edwin López  
y Gersón Gallardo.*

Uno  
(aunque hablar de uno suene extraño)  
debería nacer muerto  
e ir naciendo a medida que se crece  
en mil partos sin cesárea.

Nacer con muerte de infarto  
antes de los cinco años  
sin saber de las arrugas del rostro  
y de las canas dispersas en el cráneo.

Uno  
debería ir aprendiendo de la parca que te mira  
para sostenerse del latido  
y a los diez años irse reponiendo del cáncer en el alma  
cicatrizando sin la menor intención las heridas del amor a los veinte  
para que a los treinta el beso haga menos daño.

Uno  
debería estar enfermo de deseo en los sesenta  
para morir de vida  
y también de amor, única forma digna de entrar  
al sepulcro.

## Cuando Dios estaba enfermo

Cuánto necesito para comprender el ser inmutable que soy.  
El espejo arroja imágenes pálidas que no responden nada  
los minutos previos a la muerte no son suficientes  
cuánto más necesito para creer  
que somos un suspiro extraviado de la hipocondría de Dios.



# LUZ DE UN RECUERDO

Andrés Mauricio Suárez

## En la memoria

Bordeo la página  
queriendo rescatar  
de algún rincón  
en la memoria,  
de alguna hendidura  
en el alma,  
a una mujer que duerme  
con los pies zambullidos  
en la noche,  
con el sueño roto,  
donde llora todo el amor  
que se llevó el viento.

## Luz de un recuerdo

Atardece y caen las hojas, los pájaros sacuden de sus alas  
el vértigo.

Llueve y el silencio se esparce en el crepúsculo, reliquia  
de tu nombre,

luz de un recuerdo adormecido entre fotografías, perros  
lánguidos y una cama vieja.

## En tres o cuatro

El viento acaricia el suspiro.  
Lo tensa, lo dobla,  
lo parte en tres o cuatro,  
lo hiñe entre sueños,  
lo arroja a las tinieblas.

## Alba

El alba florece  
cual verso en  
las manos,  
alarga el silencio  
y duerme el amor en sus ojos,  
batallón de amapolas  
cubriendo la sombra,  
y la caricia lejana.

## Marzo

Sobre el vientre de las hojas  
el tiempo escribió nuestra historia,  
sobre la lluvia,  
cuerpo de penumbra.  
Fuimos brevedad del silencio,  
tormenta en la cama vacía.

## Somos

Somos lágrima  
punto y  
aparte.  
Eres la canción que  
repiten mis manos,  
el fusil.



## Éter

Inhálame en tus días,  
cométeme un sueño consentido,  
arriésgame por mares de colores  
sin barco, sin canoa,  
con delirio  
seamos protagonistas tú y yo  
del girar de la tierra  
del olvido, del recuerdo vivaz,  
y de esta paradoja del destino.



## Leer

Miré palabras rítmicas  
acompañar mi corazón alegre  
bailé con la imaginación  
significativamente  
devoré las frases  
con los ojos  
disfruté de sus signos  
y sus tonos  
y en un pacto de amor  
las sepulté en mi mente

## Plegaria

*Creador de la humanidad,  
ten compasión de mi vida;  
si ya no he de palpar,  
mi tiempo ya no será;  
mas, por bondad  
te lo pido,  
que desde arriba tu llanto  
derrames en abundancia  
o el campo fenecerá.*

La súplica fue lanzada,  
como dardo llegó al cielo,  
heridas las nubes blancas  
oscureciéndose fueron  
el aire frunció su ceño  
volviéndose ventarrón  
aullaba y aullaba  
en aras de su misión  
intermitencias de luz  
y goterones en marcha  
atropellaron el suelo

¡se desgajó el aguacero!  
el hombre no falleció  
los animales bebieron  
las montañas absorbieron  
la anhelada humectación  
la tierra reseca entonces  
sus raíces revivió  
y las cuencas de los ríos  
albergaron en su cauce  
las lágrimas del Creador.

## Redondeces

Me asombran las redondeces,  
miro la luna, el sol,  
este, mi planeta Tierra,  
las pupilas de tus ojos,  
el círculo de mi vientre,  
mis senos,  
el pronunciar de la o,  
el ¡ah! de una exclamación,  
las lomas,  
el óvalo de tu cara,  
la ondulación de los mares,  
el sembrar una semilla,  
las tajadas de la piña,  
los caminos serpenteantes  
y la gotita de sangre  
que me hace sentir dolor.

## Sin dormir

Blanco desvelo...  
Blanca mi mente  
nivea la página  
la musa ausente

Ruego a las letras  
para que broten  
bien montaditas  
en un renglón

Dejo a la inercia  
sin su labor  
y agarro fuerte  
la inspiración

Si bien es cierto  
que adoro el verso  
procuro entonces  
contar el cuento

destilo mente,  
devano el seso  
leo en voz alta  
tacho, comento

pasan las horas  
recurrer el sueño  
logré mi empeño  
ya está completo.

H  
AUTORES Y TALLERES  
H



# SOBRE LOS AUTORES

## H

EUGENIO DE JESÚS GÓMEZ BORRERO

Nació en Caicedonia, norte del Valle, en 1977. Estudió Arte Dramático en la Universidad del Valle y se especializó en Dramaturgia en la Universidad de Antioquia. Es miembro fundador y director de CINESPINA: Plataforma para investigación y creación en artes. Actualmente se desempeña como director del taller de escritura creativa *Voces en el estero* de RELATA, en Buenaventura. Entre sus obras está: *Amangualados: el fusilamiento de Manuel Saturio Valencia*, investigación y creación dramática realizada con la Universidad del Valle en 2010; *Morfeo*, *Dilemas* y *La muela*, publicados en Antologías de RELATA en 2011 y 2012, y “Seis personajes en busca de buena ventura”, beca de dramaturgia, Mincultura (2014).

GUILLERMO JOSÉ MEJÍA BARONA

Ingeniero en electrónica, nacido en Cali (Colombia) en 1963. Asistente al Taller de Cuento y Crónica de Harold Kremer en la Universidad Santiago de Cali desde hace cuatro años.

## SANDRA INÉS GÓMEZ GALINDO

Nació en Bogotá, Cundinamarca, en 1969. Es comunicadora social y periodista de Los Libertadores y magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha participado en los talleres literarios de Idartes. Ha participado en la colección de crónicas, núm. 3, *Miradas a la Universidad Nacional de Colombia* “El campus a vuelo de pájaro” en 2006. Como periodista ha publicado varios textos de no-ficción en diferentes medios impresos de la Universidad Nacional como UN Periódico, Revista Matices y Carta Universitaria. Se ha desempeñado como editora de contenidos.

## NORWELL CALDERÓN ROJAS

Bucaramanga, 1962. Abogado. Director de los programas: Libertad Bajo Palabra, Semillero y Relata, Cúcuta. Especializado en Administración de la Informática Educativa, con estudios en Pedagogía de la Educación Superior y Hermenéutica Jurídica. Ha sido corresponsal y articulista en revistas y periódicos. Catedrático de la UFPS. Consejero Regional, Departamental y Nacional de literatura. Jurado Mincultura, y Jurado único, concurso de novela corta y ensayo. Instituto Municipal de Cultura, Bucaramanga, 2.009. Publicaciones: Novela “La peligrosa herencia del joven Aykord”. Hillman Publicaciones y Editorial libros & libros, y biblioteca nacional digital. Participación en antologías de cuento: “Suenan Voces”, Ministerio de Cultura - RENATA, 2010, y Antología Nacional, 2012. Participación en antología “Soliloquio que Nancy no va a escuchar y otros cuentos”, 2010, RENATA. “El dragón viejo y otros cuentos”, Alcaldía de Cúcuta, 2002. Participación en las antologías de poesía: La sombra y el relámpago, y Palabras como cuerpos, Epika ediciones, 2011 y 2013.

## ANDERSON ANTONIO ALARCÓN PLAZA

Nació en Funza, Cundinamarca, en 1995. Estudia Humanidades y Lengua Castellana en la Universidad Distrital



Francisco José de Caldas. Pertenece al taller “Funza para Contar” desde el 2010. Algunos de sus textos fueron publicados en los libros *El tercer botón de la camisa y otros cuentos* (2013) y *Alcachofa’s fields forever y otros relatos* (2015). Participó en las antologías *Historias de sábado a las once* (2013) y *Huellas de tinto y tinta* (2015) del taller “Funza para Contar”.

RONALD SARMIENTO CASTELLAR

Nació en Montería, Córdoba, en 1975. Estudia Español y Literatura en la Universidad de Córdoba. Pertenece al Taller literario “Manuel Zapata Olivella” de la Universidad de Córdoba, adscrito a RELATA.

PATRICIA LEMUS GUZMÁN

Nació en Barranquilla en 1973. Estudió Contaduría Pública en la Universidad del Atlántico. Pertenece al taller “José Félix Fuenmayor” desde el 2009. Sus textos han sido publicados en las antologías locales, *Así va el Cuento* (2009), *El cuento sigue* (2010) y *Mientras haya cuentos* (2013). También ha participado en las antologías nacionales de RELATA en 2010 y 2014.

MARÍA ANA ELISA FRANCO BOTERO

Nació en Bogotá en 1960. Decoradora de Interiores. Desde muy temprana edad se inició en el arte de escribir plasmando en el papel todo sentimiento que marcara en su vida momentos importantes e inolvidables. Es autora de los ensayos “Cómo no Morirse en el Intento” (2012) y “Ja, ja, ja, llegó la menopausia y... la andropausia” (2014). Autora del cuento “Gloria” (2014). Para el cuento “Mataron a mi líder” (2015), se inspiró en el testimonio de su padre Enrique Franco y su madre Estella Botero, quienes vivieron muy jóvenes la fuerte experiencia del 9 de abril de 1948. Realizó el taller de escritores de la Universidad Central de Bogotá (2015) y actualmente pertenece al Taller de narrativa “La Tinaja” en la ciudad

de Chía, (Cundinamarca). María Ana es una escritora que permanentemente está en su ejercicio con varias obras para publicar.

#### JOSEFINA QUINTERO MURCIA

Nació en Neiva, Huila, en 1953. Magíster en Desarrollo Educativo y Social, del Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, CINDE-Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, Bogotá. Estudió Lingüística y Literatura en la Universidad Surcolombiana de Neiva. Es docente y pertenece al taller “José Eustasio Rivera”, RELATA-Huila, desde el 2008. Algunos de sus textos fueron publicados en la revista *Lea y Entérese*, *Vorágine* y en medios de circulación local. Es autora del libro *Cuentos de mi Tierra* (2011) y coautora de *Textos Pedagógicos* (2014).

#### JUAN DAVID HERNÁNDEZ

Nació en Dagua, Valle, el 14 de mayo de 1998. Actualmente es estudiante de Octavo grado de bachillerato en la Institución Educativa de Santa Librada. Es participante activo del Taller de Escritura Creativa de la Institución San José. Comparte su tiempo libre entre su pasión por la lectura y la escritura y su gusto por tejer pulseras, cinturones y accesorios en croché e hilo terlenka.

#### JAEL MONROY SOTO

Nacida el 1 de junio de 1966 en San Rafael de Rionegro (Santander). Sábana de Torres (Santander) fue la población que la acogió como su segunda patria chica, luego se trasladó a Bucaramanga, donde obtuvo el grado de psicóloga, curso estudios en Salud Ocupacional, Gestión Humana, Literatura y actualmente Psicología TRANSPersonal. Ha laborado en importantes empresas de la región sumando experiencia valiosa en la aplicación de las áreas de conocimiento, actividades paralelas al desempeño profesional de la escritura de novelas, guiones y actuación teatral.

## MILADEH ESTHER ILLIDGE ZABLEH

Mujer samaria, con ascendencia árabe y europea. Psicóloga de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, especialista en Gerencia de Recursos Humanos de la Fundación Universidad del Norte de Barranquilla. Participante en el Taller “Cronistas del Tayrona” RELATA-Santa Marta desde 2014.

## JULIO SANTIAGO CUBILLOS BERNAL

Nació en Facatativá, Cundinamarca, el 20 de mayo de 1949. Estudió Filosofía en la Universidad del Valle en la ciudad de Cali, donde obtuvo la Licenciatura y la Maestría en dicha disciplina y el Doctorado en Educación. Fue profesor en el Instituto de Educación y Pedagogía de la Universidad del Valle por 33 años. Pensionado en el 2008, orientó su interés por la escritura de cuentos, artículos y poemas que le fueron publicados en la revista Fonvalle Informa. Entre sus escritos literarios: “Un viaje fantástico: recreación de la fundación de Cali”, (revista núm. 30, 2011); “Poema Filosófico”, (revista núm. 33, 2013); “Poema a mis botas”, (revista núm. 34, 2013). Participó en la convocatoria del Banco de la República para participar en el Taller “Écheme el cuento” del año 2015 de RELATA, coordinado por Alberto Rodríguez.

## JAIR ALEXANDER DORADO ZÚÑIGA

Nació en Popayán en 1974. Bachiller del Liceo Nacional, egresado de la Universidad del Cauca. Parte de su vida la vivió como inmigrante en España, donde empezó a configurar parte de su obra. Participante activo de la organización entredosorillas.org.com en la que hace parte del Catálogo de artistas, en la modalidad literaria. Ha publicado varios de sus relatos en portales literarios donde ha sido destacado en varias ocasiones. Actualmente reside en Popayán, participa en el Taller RELATA dirigido por el poeta Felipe García Quintero y ejerce como periodista en un periódico local. En el 2014 publicó *Nostalgias y fechorías*, una colección de relatos.

LIGIA MARÍA GARCÍA DE BARRAGÁN

Nació en Guadalajara de Buga. Pertenece al Taller “Palabra mayor” de RELATA, que dirige Alberto Rodríguez en Cali. IncurSIONa por primera vez en el cuento con “Siempre toda la vida”. Ha publicado poesías en Poetas del Vino 3, Antología Universus 2007. *La piel de la mujer* y *Del amor y otros sentimientos* en Casa de poesía del Valle Jorge Isaacs, Lecturas urgentes Antología 2014, Relatos del sur de Relata nodo sur y Revistas Plenilunio Cali.

NANCY AYALA TAMAYO

Nació en Armenia, Quindío, en 1956. Pregrado en Economía. Posgrados en Administración y Filosofía de la Ciencia. Jubilada de la Universidad del Quindío. Pertenece al Taller Literario “Café y Letras”, Relata, Quindío desde 2013. Ha publicado Crónicas Literarias en la sección cultural de La Crónica del Quindío (2014) y en Ediciones Café y Letras (2014). Ha participado en tres antologías de relatos en preparación para ser publicadas, Taller Literario “Café y Letras”, Relata, Quindío (2015).

JUAN JOSÉ ANDRADE GUERRA

Nació en Pasto, Nariño, el 13 de febrero de 1988. Estudiante de Licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Nariño. Es de los más antiguos asistentes al taller árbol nómada RELATA-Pasto. Participó en la pasada antología.

MARTA ACOSTA ACOSTA

Nació en Medellín, Antioquia, en 1977. Estudió Biología en la Universidad de Antioquia de Colombia. Es docente y desde el año 2010 miembro del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto, en cuya antología 2015 se publicará uno de sus cuentos.

DIANA VERÓNICA MÉNDEZ SÁNCHEZ

Nació en El Copey, Cesar, en 1985. Estudió Licenciatura en Lengua Castellana e Inglés en la Universidad Popular del Cesar. Es docente y pertenece al taller de creación literaria “José Manuel Arango”, adscrito a la Universidad Popular del Cesar y a RELATA. Algunos de sus textos fueron publicados en las antologías *Este verde país. Cuentos Colombianos* Renata 2008. *Viaje a la memoria* Renata Valledupar 2009.

LINA MARÍA GÓMEZ RAMÍREZ

Nació en Medellín el 27 de Noviembre de 1970. Ha publicado un libro de poemas y cuentos cortos, titulado *Presagios de Viento*, por la editorial El Tambor Arlequín, en noviembre del 2004. También ha sido publicada en varias antologías de poesía, siendo la última de ellas las memorias del 25 Festival Internacional de Poesía de Medellín, y en blogs y páginas web de poesía en España, Portugal y Chile, así como en antologías en Perú y Colombia. Algunos de sus poemas han sido traducidos al portugués.

ILIANA ZULUAGA DARAVIÑA

Estudió Diseño Gráfico en el Instituto Departamental de Bellas Artes de Cali. Ha participado en dos talleres de RELATA desde el 2013 y actualmente con el taller del escritor Harold Kremer. Se ha publicado uno de sus cuentos en las memorias del “Taller de escritura creativa” dirigido por José Zuleta. Es autora de *Lita busca maestro sin clase* (2013).

AIDA YELISA POLO RAMÍREZ

Nació en Cartagena. Estudiante de décimo semestre de Comunicación Social en la Universidad de Cartagena, con enfoque en Periodismo y Cultura. Experiencia como redac-

tora y editora de contenidos para medios de comunicación *online*. Trabajó como locutora para radio y presentadora de televisión. Miembro del “Taller permanente de escritura creativa” de Cartagena perteneciente a la Red Nacional de Talleres RELATA. Actualmente se desempeña como practicante en la Casa Editorial EL TIEMPO.

#### MAURICIO LAZO CASTAÑEDA

Nació en Manizales, Caldas, en 1977. Estudió Lenguas Modernas en La Universidad de Caldas. Docente de humanidades y pertenece al “Taller Permanente de Dramaturgia de Manizales”. Ha publicado en la *Antología Relata* (2014), en la antología de obras de teatro del “Taller Permanente de Dramaturgia de Manizales” *Seis formas de matar a una mujer y nueve obras más* (2015). Es el autor y director de *La Cofradía*, con la cual participó en una edición del Festival Internacional de Teatro de Manizales y de *Pedazo de Tierra*, con la cual participó en diferentes festivales de carácter local y nacional. Es el autor de *The Godmother* y del poemario *Sopa de espinas*. Actualmente es estudiante de la maestría en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira.

#### ÁLVARO ANDRÉS PÉREZ MARTÍNEZ

Nació en Sincelejo, Sucre, en 1987. Abogado de la Universidad Industrial de Santander-UIS. Aunque abogado de profesión, antes que todo es escritor, oficio que ejerce sin mucho éxito, aunque con anónimas satisfacciones desde su época escolar. Actualmente trabaja en empleos ocasionales, de los que trata de huir la mayor parte del tiempo para dedicarse a ver cine, escuchar música y escribir. Por estos días ya puede presumir de haber ganado algo. El año pasado logró ingresar al “Taller virtual de escritura creativa 2014” del Ministerio de Cultura, luego de presentar uno de sus textos a concurso.

## AURIA PLAZA MORENO

Nació en Cali, Valle del Cauca, el 19 de octubre de 1945. Muy niña sus padres se trasladaron a Armenia, Quindío. No tuvo educación académica pues empezó a trabajar desde muy joven. Ha vivido en Bogotá, Caracas, Buenos Aires, Miami, Nueva York, San Francisco y Calgary. En el otoño de su vida regresó a la tierra de su infancia. Finalista en el concurso Historias en yo mayor 3 (2013). Participó en el libro *Crónicas de oficios perdidos del Quindío* con “El arte de sobrevivir” (Taller de Escritura Creativa RELATA-Quindío).

## CARLOS CÉSAR SILVA ARAUJO

Nació en Valledupar, Cesar, el 22 de noviembre de 1986. Es abogado de la Universidad Popular del Cesar, especialista y magíster en Derecho Público de la Universidad del Norte. Docente de Derecho Constitucional de la Udes. En el 2013 publicó en la web el libro de artículos *Cine sin crispetas*. Cuentos suyos han sido publicados en las revistas Puesto de Combate y Panorama Cultural. Miembro fundador del grupo artístico Jauría. Co-creador del bar cultural Tlön.

## JAINETH CALDERÓN ORTEGA

Jaineth Charline Indira Calderón Ortega, Cúcuta, 1996. Técnica en Comercio Internacional, estudiante de Diseño para la Industria de la Moda en el convenio SENA-FESC. Formación en promoción de lectura y bibliotecas, Políticas públicas de juventud y democracia y liderazgo político. Ganadora del concurso de Ensayo Cumbre de las Américas (2012) y concurso de Ensayo Isla Dokdo y mar del Este de Corea, realizado por la Embajada de Corea del Sur en Colombia (2015). Desde 2010, asistente del taller literario “Ella y un café”. Integrante de la tertulia “A otro con ese cuento” y del taller Relata Cúcuta.

GLORIA ÁLVAREZ ARRIETA

Nació en Chinú, Córdoba, en 1970. Estudió Español y Literatura en la Corporación Universitaria del Caribe; especialista en Ética y Pedagogía de la Fundación Universitaria Juan de Castellanos. Docente y miembro del taller “Páginas de Agua” desde 2011 hasta 2014. Actualmente participa en el taller “La Poesía es un viaje”.

ENRIQUE ÁLVARO GONZÁLEZ

Nació en Bogotá en 1955. Dragoneante del INPEC desde 1983; ganó el concurso de cuentos a nivel institucional con el cuento “Zafra, el hombre que se volvió paloma”. Fue autodidacta, hasta el año 2000, cuando formó parte del taller literario “Carmelina Soto” de la Universidad del Quindío. Luego ganó el concurso interempresarial de la región, de Confenalco con “Hombres de cristal” en 2008, siendo parte de Renata Armenia. Publicó en 2011 “Relatos Cautivos”, ganó el segundo puesto en el concurso regional de cuento infantil adelantado por Confenalco en 2013 con “La odisea del Arlboro”, y ser seleccionado para diferentes antologías, con trabajos como “El adulto”, “Crónica de Verónica, Policarpo”, “Sureño” y otros.

AURORA ELENA MONTES REBOLLO

Nació en Valledupar, Cesar, en 1971; psicóloga de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia-UNAD; asistente al taller RELATA desde 2012. Participó en la Antología RELATA 2013 y en la antología nodo Caribe; finalista en el concurso departamental de cuento Cesar 2014.

SANDY MILETH SIERRA AMAYA

Nació en el corregimiento de Juan y Medio, La Guajira, en 1993. Estudió Licenciatura en Etnoeducación con énfasis en Lengua Castellana y Bilingüismo en la Universidad de La Guajira. Pertenece al Taller “Cantos de Juyá” desde el año 2013.



ROBINSON TAVERA VILLEGAS

Nació en Puerto Perales – Antioquia. Ha sido columnista en periódicos regionales. Creó y fue director de la revista «Crucicultural Urabá», una revista de contenido cultural, crucigramas, retos y pasatiempo. Actualmente dirige el periódico “El Comercio Impreso”, en Apartadó, para la región de Urabá, donde escribe una columna de opinión, crónicas y el editorial. Ha escrito varios cuentos cortos que no han sido publicados.

DUFFAY RÍOS CASTAÑO

Nació en Cali, Valle del Cauca, en 1973. Profesional en Finanzas de la Universidad del Valle. Pertenece al taller “El cuento de contar” dirigido por el escritor José Zuleta en la Biblioteca Departamental del Valle. Algunos de sus textos fueron publicados en la antología *Al pie de la Letra 2014*, del taller de escritura creativa de Comfandi, dirigido por Julio César Londoño, y en la antología de microrrelatos del concurso Diversidad Literaria 2014. Escritora por pasión y convicción, publica también desde 2010 en su blog personal.

LIBIA CANTILLO VÁSQUEZ

Nació en La Paz, Cesar, en 1960. Desde los dos años vivió en Santa Marta. Estudió Diseño Textil en Bucaramanga, profesión que ejerce combinada con la escritura de cuentos. Ha participado en varios talleres de cuento y ha sido elegida para la *Antología de Talleres Literarios Renata 2010* y la antología internacional *Al otro lado del arcoíris* de la Latin Heritage Foundation. Actualmente pertenece al taller RELATA-UIS de Bucaramanga.

JOHN TAYLOR

Navegante del mundo anclado en la Isla de Providencia. No sabe si es libre pensador, pensador libre o ambas; en cualquier caso, considera que lo de pensador es un elogio y lo de libre, una fantasía.

## JORGE ISAAC ROMERO POLANCO

Nació en Bogotá en 1976. Publicista. Ganador del concurso Renata (2010), Coopjudicial (2010), Premio especial del público Canal Literatura (2010), mención de honor Ibraco (2011), ganador de la convocatoria Hugo Ruiz Rojas de antología de cuento (2013). Textos publicados en la antología de cuento Biblioteca Soledad Rengifo (2010), *Mapas Rotos*, antología RELATA-Liberatura (2012) y revista La Balandra (2014). Actualmente participa en el Taller de Cuento Relata-Liberatura, Ibagué.

## RAÚL HENAO FAJARDO

Poeta y ensayista colombiano, nacido en Cali, 1944. Ha vivido en Venezuela, México y los EE.UU y representado a Colombia en numerosos Congresos y Festivales Internacionales, entre ellos en el Segundo Congreso de Escritores de Lengua Española (Caracas, 1981). Festival Internacional “NOPTILE DE POEZIE” de la Curtea de Arges (Rumania, 2001). Primer Festival Internacional de Poesía de San Salvador (El Salvador, 2002). Primer Festival Mundial de Poesía de Venezuela (Caracas, 2004). Congreso de Tenerife (España, 2006) IV Festival Internacional de Poesía en Granada, Nicaragua (2008) POETRY PARNASSUS FESTIVAL –Olimpiadas Poéticas, Londres (2012). Vive en Medellín.

## FÉLIX MOLINA FLÓREZ

Nació en Valledupar en 1986. Se ha desempeñado como tallerista de literatura, promotor de lectura, docente de español y literatura y bibliotecario. Desde el 2004 hace parte del Taller de Escritura Creativa “José Manuel Arango” adscrito a RELATA-Valledupar que dirige el poeta Luis Alberto Murgas. Parte de su producción poética y narrativa ha aparecido en: *Antología Nacional RELATA 2011*; Revista

Puesto de Combate núm. 76 (Poemas); *Antología de Poetas del Cesar* (Editorial El Perro y la Rana, Venezuela, 2010); *Antología: Viaje a la Memoria*, (Cuento. Renata 2009). Recientemente resultó ganador del Concurso Nacional RELATA 2015, categoría Asistente, género poesía.

ALFONSO DURÁN RINCÓN

Nació en Ibagué, Tolima, en 1985. Estudió psicología en la Universidad De Ibagué. Es miembro del proyecto de animación a la lectura creativa “Tertulia Liberatura”, que funciona desde 2004 en la Universidad de Ibagué. También asiste desde 2008 al taller de creación literaria RELATA-Liberatura, dirigido por Martha Fajardo. Desde 2014 desarrolla, con el Colectivo “Saberes del Viento”, la técnica japonesa de Kamishibai para contar historias de todo tipo a niños de 0 a 99 años, realizando actividades en ciudades como Ibagué, Medellín, Villavicencio, Popayán, Villa de Leyva y varios municipios del Tolima.

JONNY FERNANDO CARVAJAL TORRES

Nació en Marsella, Risaralda, en 1992. Estudió Administración de empresas en la Universidad Nacional de Colombia en la sede de Manizales, cursa actualmente Licenciatura en Artes Escénicas con Énfasis en Teatro de la Universidad de Caldas. Es integrante del “Taller permanente de Dramaturgia” en la ciudad de Manizales. Ha publicado sus escritos desde los 12 años, participando con cuentos en revistas de literatura en concursos intercolegiados. *El cuarto rojo* publicado en 2014, *Kretta quiere gritar* (2015) y ensayos en la *Revista Colombiana de Artes Escénicas* titulados *La Comedia del Arte: Génesis del Arte Escénico* (2013), *Cuerpos en Espacio Urbano: Conflicto y Arte Posmoderno* (2015). Entre sus obras dramáticas llevadas a escena se encuentran: *El Vals de la Mariposa*, *El Silencio de Irene y Corazón de Hierro*.

## MAYIRLED PUENTES BARBOSA

Nació en Vélez, Santander, 1991. Antes de cumplir la mayoría de edad se trasladó a la ciudad de Bucaramanga donde estudió y desarrolló talentos en baile, música y composición. En el transcurso de estos años creció su gusto por la literatura. Leer y escribir se convirtió en un hábito que la llevó a participar en diferentes talleres, lanzamientos y ferias del libro en la capital Santandereana. Actualmente hace parte del taller de escritura creativa RELATA, bajo la dirección de Laura Margarita Medina, donde con otros escritores se forman y perfeccionan el bello arte de escribir.

## CARMEN TERESA GARCÉS CASTRO

Nació en Arboletes, Antioquia, el 7 de diciembre de 1982, actualmente vive en Apartadó. Contadora pública de la Corporación Universitaria Remington, integrante del Taller de escritores “Urabá Escribe”; algunos de sus poemas han sido publicados en el libro *Policromías Literarias*, antología donde participa el colectivo del taller, en la Tagua y en otras revistas culturales y literarias de la región, su obra inédita *Olor a Fruta* será publicada el próximo año.

## CHAROL SARAY GUALTEROS BOLAÑOS

Nació en Bogotá, en 1995. Cursa actualmente Licenciatura en Psicología y Pedagogía en la Universidad Pedagógica Nacional. Pertenece al taller de poesía “UPN-RELATA” desde el 2013.

## LUIS FELIPE LÓPEZ REBELLÓN

Nació en Cali, Valle del Cauca, en 1960. Estudió Ingeniería Industrial en la Universidad de los Andes y cursó un diplomado en Alta Gerencia en la misma universidad. Desde principios del presente año, pertenece al taller “El Cuento de Contar” de la ciudad de Cali. Fue invitado al XII Festival Internacional de

Poesía de Cali, año 2012, como uno de los representantes de los poetas inéditos. También participó en exposiciones colectivas locales de artes plásticas, técnica óleo sobre tela.

ANDREIS CAMERO BAJAIRE

Nació en Barranquilla, Atlántico, en 1987. Estudió Filosofía en la Universidad del Atlántico. Actualmente es docente y pertenece al taller José Félix Fuenmayor de Barranquilla desde el año 2014. Ha incursionado en narrativa, ensayo y poesía. Su trabajo como poeta está reunido en el poemario inédito *El payaso soy yo*. Ha participado como poeta en diferentes espacios en la ciudad, entre los cuales se destaca el Festival Internacional de Poesía Poemario en el 2013.

FABIANA NARANJO URREA

Nació en Alpujarra, Tolima, en 1989. Estudió Licenciatura en Música en el Conservatorio del Tolima. Es docente de música y pertenece al taller Relata-Liberatura en Ibagué desde el año 2013. Participó en *Cincuenta Minicuentos, Antología de minificciones del Taller Relata-liberatura Ibagué*, edición y compilación de Martha Fajardo Valbuena (2014).

EBELIS CORZO OÑATE

Nació en Fonseca, La Guajira, en 1972. Estudió Lenguas Modernas en la Universidad del Magdalena. Es docente y pertenece al taller “Cronistas del Tayrona” de la ciudad de Santa Marta, desde el año 2012. Tiene el texto publicado en la revista dominical *Macondo* del año 2014 titulado “¿Dónde está el perrito?”. Escribe poesías y le encanta leer cualquier tipo de literatura.

SANDRA VICTORIA SUÁREZ

Nació en Betania, Antioquia, en 1982. Integrante de los talleres de literatura “Letra-tinta” y el “Sueño del árbol”

de la Casa de la Cultura del municipio de Itagüí. Participó en el IX Festival Internacional de Poesía en todas partes, Palabra en el Mundo, 2015.

AURORA DEL CARMEN CÁRDENAS LÓPEZ

Pertenece a la corporación de escritores de Medellín: MECA, al taller del poeta Raúl Henao en el café rojo, ganador de la Beca del Ministerio de Cultura para publicar la antología poética *Burla y Fervor* 2015, donde se le publicarán ocho poemas. También fue publicada en la antología de Comfenalco 2015. Obtuvo el primer puesto en poesía en el encuentro metropolitano de escritores, ciudad Envigado 2015. Participó en el X encuentro de mujeres poetas, en el IX festival de poesía al parque de Itagüí, en el primer encuentro metropolitano de escritores. Ha publicado poesía en la revista *Mefisto* de Pereira, en *Gotas poéticas*, en el libro *Genealogía de los susurros*, una recopilación de 82 voces poéticas de Latinoamérica y Francia.

CECILIA URRUTIA ZORRO

Nacida en la ciudad de Tunja, Boyacá, santandereana por adopción hace 30 años. Madre de tres hijos profesionales, abuela de cinco nietos. Especialista en Planeación para la Educación Ambiental, Especialista en Docencia Universitaria, Tecnóloga en Laboratorio, egresada de la Universidad Santo Tomás, seccional Bucaramanga. Gestora cultural, poeta, jurado calificador y presentadora en eventos culturales. Asociada a la Corporación Casa de Los Poetas de Santander, a Poetas Del Mundo, a Debut Lírico y al Movimiento Artístico Cultural de Santander.

ALAN GONZÁLEZ SALAZAR

Nació en Pereira en 1987. Egresado del Grupo Escuela de Teatro del Instituto de Cultura de Pereira, promoción 2006,

bajo la dirección de Claudia López. Cofundador de la Revista Polifonía y miembro del comité editorial de las revistas Portafolio Cultural y Juglar, esta última especializada en teatro. Ganador del Premio de Crónica Universitaria en abril del 2008, organizado por Comfamiliar y la Universidad Católica Popular del Risaralda. Premio Nacional de Novela Ciudad Pereira 2012, con la obra *Anónimos*. Poemas suyos han sido incluidos en las antologías: *Tocando el Viento*, *Poetas del Gran Caldas*, *Libro de agua interminable*, *Lecturas Urgentes de Poesía*. En la actualidad, ejerce el periodismo cultural en varios medios del país.

MICHELLE ALEXANDRA RINCÓN CARDONA

Nació en 1988. Estudió Contaduría Pública en la Universidad Central, Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad Santo Tomás y es diplomada en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera en la Universidad de la Salle. Es tallerista en literatura y pertenece al taller de cuento de “Ciudad de Bogotá”. Ha publicado el libro de poemas *Fabricante de Abismos* con la Editorial Domingo Atrasado. Algunos de sus textos fueron publicados en el diario de Pereira El Otún y es ganadora del premio literario del taller de creación literaria Gabriel García Márquez de la Universidad Autónoma en el 2014.

RAÚL ORTÍZ BETANCÚR

Nació en San Antonio de Prado, Medellín, en 1946. Ingeniero industrial de la Universidad de Antioquia. Magíster en Educación con énfasis en Formación de maestros de la Universidad de Antioquia (2009) con distinción meritoria al Trabajo de investigación Experiencia profesional en varias empresas (1970–1998). Profesor en las cátedras Ética y Cultura y Antropología Pedagógica en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia (1999–2014). Autor de los libros *A esos que así actúan los puedes llamar Caspas*, *El maestro investigador: Ideales y realidades*, *Noción emergente en el orden del discurso neoliberal*. Jurado junto con Vicente Haya y Juan Felipe

Jaramillo a la convocatoria Concierto de Haiku SER AGUA 2015. Primer puesto en la categoría de mejor Haiku otorgado por la Asociación Mundial de Haiku (World Haiku Association, WHA) en su Séptima Conferencia celebrada en Medellín el 15 de septiembre de 2013 con el poema “Ese cántaro / tan lleno de vacío / como la noche”.

JOHANNA MARCELA ROZO

Nació en Pamplona, Norte de Santander, en 1985. Ha obtenido varios reconocimientos como gestora cultural sobre Tertulias Literarias. Trabajo publicado en el libro *Bibliotecas, lectores y lecturas, Memorias por Fundalectura*. Segundo puesto en la categoría de poesía en el V Concurso literario bonaventuriano de poesía y cuento, convocado por la Universidad de San Buenaventura, Cali. Ha publicado en diferentes antologías entre ellas: *Nómina de huesos, Las mujeres que yo amo* (Perú), *La sombra y el relámpago, Palabras como cuerpos, Poesía terapéutica, Antología ciberpoesía Universidad de Manizales*. Ha publicado dos libros de poesía: *Al otro lado del asfalto* (2007), *15 poemas rosados para Violeta* (2013). Es también locutora y productora de programas radiales.

ANDRÉS MAURICIO SUÁREZ

Nació en Cúcuta, Norte De Santander, en 1992. En la actualidad cursa octavo semestre de Comunicación social en la Universidad Francisco de Paula Santander. Amante de la poesía y la palabra, lector, aprendiz y escritor de pasatiempo. Dedicó esta compilación de poemas a la luz de sus ojos. R.E.

ANA RITA JORDÁN

Nació en Medellín en 1946. Egresada del Centro Latino-Ingles, Bogotá. Vivió toda su vida en Bogotá y hace seis años se radicó en Cali. La poesía y el cuento son géneros en los



que ha participado. La lectura y la escritura, sus ocupaciones permanentes. El arte en todas sus manifestaciones son motivo de contemplación. Se extasia ante un verso que taladre la más íntima fibra. En 1999 gana el Concurso Nacional del Cuento para Trabajadores-Medellín. En 2012 recibe Mención de Honor en Costa Rica por parte de la entidad AGEKO. En 2014 publica en la *Antología Relata*.

Este libro de la Red de Escritura -Relata-,  
se terminó de imprimir en Diciembre de 2015  
en los Talleres de Caza de libros Editores,  
en Ibagué - Tolima, Colombia.